

PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA DE LO GRUPAL

**(EL DERECHO A LA SINGULARIDAD EN EL MARCO
DE LO COLECTIVO)**

CARLOS SCHENQUERMAN

"En una palabra, no se puede observar una ola sin tener en cuenta los aspectos complejos que concurren a formarla. Estos aspectos varían continuamente, razón por la cual una ola es siempre diferente a otra ola; pero también es cierto que cada ola es igual a otra ola, aunque no sea inmediatamente contigua o sucesiva; en una palabra, hay formas y secuencias que se repiten, aunque estén distribuidas irregularmente en el espacio y el tiempo."

Italo Calvino, "Palomar"

Índice General

Prólogo:

7

CAPÍTULO 1:

Introducción:

<i>Los</i> paradigmas de base	11
<i>Trabajar</i> el pensamiento de Pichon Rivière	16
<i>Romper</i> y reanudar	19
CAPÍTULO 2:	
<i>Ensamblaje</i> de lo singular en el marco de lo colectivo	28
<i>El</i> semejante en la estructura del Edipo	42
<i>Qué</i> tiene aún para ofrecernos la teoría estructural	45
<i>Relaciones</i> entre lo inter y lo intrasubjetivo	56
CAPÍTULO 3:	
<i>El</i> inconciente y el Grupo	63
<i>Desconstruir</i> la ilusión de una unidad imaginaria	65
<i>La</i> teoría bachelardiana del obstáculo	66
<i>Obstáculo</i> y enigma traumático	68
<i>Relaciones</i> entre lo intra y lo intersubjetivo en el proceso grupal	71
<i>Qué</i> podemos recuperar de la teoría estructural para el análisis grupal	72
<i>La</i> teoría del Vínculo: aperturas e impasses	75
<i>Resonancia</i> y Consonancia: cuestiones que hacen a una teoría de la intersubjetividad	81
<i>Consonancia</i> y momentos del proceso grupal	84
<i>Algunas</i> reflexiones sobre "Psicología de las masas y análisis del yo"	86
CAPÍTULO 4:	
<i>Lectura</i> del proceso grupal	94
<i>Un</i> cuestionamiento a la apología del cambio	102

Historia singular - historia del proceso grupal	106
La necesidad también tiene su representación	114
¿Es el grupo una realización de deseos?	116
La teoría debe dar cuenta del orden de determinación de lo aparente	122
CAPÍTULO 5:	
El fantasma inconciente y la práctica grupal	128
Carácter "preformado" de los fantasmas originarios	130
Fantasmas originarios e intersección fantasmático	136
Los destinos de un grupo	147
Masa y poder, según E. Canetti	152
CAPÍTULO 6:	
Lo inconciente y lo latente en la lectura del proceso grupal	158
La politización de la teoría	163
La práctica grupal como posibilidad transformadora	166
Convocatoria grupal	167
La consigna	170
Los momentos grupales	170
El método en la Práctica Grupal	173
Una viñeta de Grupo Elaborativo de Simbolización	178
Qué conserva aún del método psicoanalítico la interpretación grupal	184
CAPÍTULO 7:	
Terremoto	190
Una teoría de grupos sometida a la prueba del terremoto	194

<i>L</i> as premisas teóricas de base	196
<i>L</i> a problemática del traumatismo	197
<i>N</i> eurosis traumática, teoría traumática de las neurosis	211
<i>E</i> l traumatismo en el sujeto en constitución	214
<i>E</i> laboración y simbolización: dos cuestiones centrales	220
<i>L</i> os Grupos Elaborativos de Simbolización	223
<i>L</i> a experiencia del trabajo grupal	224
<i>L</i> os traumatismos posteriores	237
<i>E</i> l traumatismo en las madres	247
<i>L</i> a segunda etapa: el tratamiento individual	252
Relación entre traumatismo e historia -Las constelaciones psíquicas previas- Derivaciones para una teoría grupal	261
<i>D</i> e la neurosis traumática a la neurosis actual	266
<i>I</i> ntervención de Jean Laplanche ante los alumnos del curso para Terapeutas con Población en Situación de Emergencia	270
<i>O</i> bservaciones finales y problemas planteados	272
<i>L</i> a teoría puesta nuevamente a prueba frente al atentado sufrido por AMIA el 18 de julio de 1994	282
<i>R</i> especto a algunas cuestiones específicas de la Asistencia de Afectados en una Situación de Catástrofe	284
<i>A</i> lgunas cuestiones técnicas a tener en cuenta	289

Prólogo

Ser un investigador implicado y comprometido con aquello que se investiga no es tarea fácil. El entusiasmo o la desilusión hacen dificultosa la objetividad necesaria para sacar conclusiones que reflejen el hecho investigado con un grado óptimo de claridad. Sin embargo, vale la pena intentarlo. Este libro pretende ser un esfuerzo por lograr eso. Muchos años de trabajo con Grupos en el ámbito social me permiten afirmar que vale la pena el intento. Múltiples situaciones y acontecimientos en los que tuvimos la oportunidad y el privilegio de participar nos brindaron el espacio propicio para pensar y desarrollar estas ideas que hoy pongo en consideración de quienes están interesados -y preocupados- por la cuestión grupal y la transformación social. Pero, debemos, de inicio, hacer una justificación: el acontecimiento es mucho más rico que las conclusiones teóricas que de él pueden desprenderse. Si no es esto del todo cierto, al menos debemos aclarar que se trata de otra clase de riqueza; la de los matices afectivos, la del amplio espectro de tonos emocionales que los miembros participantes de un Grupo despliegan en el encuentro grupal y los que, del otro lado, embargan a los miembros del equipo técnico que en él trabaja. De eso es difícil dar cuenta en teoría.

El psicoanálisis, como corpus teórico, tiene aún mucho que aportar a la comprensión de los fenómenos colectivos y a su transformación. Ser psicoanalista hoy, no es tarea fácil. Cada época tiene sus propias dificultades. No nos topamos ya, con la indiferencia o el rechazo social como en tiempos de los pioneros. Actualmente hay más discrepancias dentro que fuera de las instituciones psicoanalíticas. Las diferencias no son sólo teóricas; tal vez las más serias y difíciles de superar sean las ideológicas. Por su identidad, el psicoanalista, se ve llevado a reflexionar constantemente sobre lo social y lo cultural. Si el saber como psicoanalista le abre la posibilidad de acceder a un saber sobre sí mismo, ese saber lo confronta a querer saber del otro y de la sociedad que lo circunda. Lo diferencia de aquéllos, el poder ubicarse a la distancia óptima. Si bien se ve y se sabe entramado al resto, puede alcanzar la independencia de la mirada y una aguda conciencia crítica. Crítica a la desigualdad social y económica, crítica a la marginación de las minorías, crítica al abuso del poder y la autoridad, crítica a los privilegios y la injusticia, crítica a la impunidad.

Tal vez por eso existió un Freud. La marginalidad por sus orígenes, su identidad judía, le permiten desarrollar una teoría y una práctica que va en contra de todos los valores e intereses de su época. Su conciencia crítica respecto a esos valores, el conocimiento del dolor, en carne propia, por las situaciones humillantes que le tocó vivir, sus intereses sociales de igualdad, se expresan en frases como estas: "Quien en su juventud conoció por experiencia propia la amarga pobreza, así como la indiferencia y la arrogancia de los acaudalados, debiera estar a salvo de la sospecha de ser incomprensivo y no mostrar buena voluntad ante la lucha por establecer la igualdad de riqueza entre los hombres, y lo que de ésta deriva."¹ O: "Por poderosos que sean los afectos y los intereses de los hombres, también lo intelectual es un poder. No justamente

¹ Freud, S.: "El malestar en la cultura", en *O. C.*, Vol. 21, Amorrortu ed., Bs. As., 1979.

uno que consiga reconocimiento desde el comienzo, pero sí tanto más seguro al final. Las más graves verdades terminarán por ser escuchadas y admitidas después que se desfoguen los intereses que ellas lastiman y los afectos que despiertan. Siempre ha sido así hasta ahora, y las indeseadas verdades que los analistas tenemos por decirle al mundo hallarán el mismo destino. Sólo que no ha de acontecer muy rápido; tenemos que saber esperar."²

¿Qué queda, actualmente, de esa posición del psicoanálisis y de los psicoanalistas? En sus comienzos el psicoanálisis escandalizaba. Las verdades que planteaba no eran bien toleradas. Las heridas narcisísticas que propiciaba generaba enemigos y detractores. Hoy está más *aggiornado* y es parte aceptada de los "aparatos ideológicos", sino del Estado, de la sociedad en su conjunto.

La institución psicoanalítica ha crecido, multiplicado y expandido desde sus orígenes en aquellos miércoles de las Minutas de Viena. Si digo crecido, multiplicado y expandido me estoy refiriendo a sus aspectos cuantitativos. No ocurre lo mismo en su nivel cualitativo. En efecto, la repetición, la ecolalia - el *psitacismo reverencial*, al decir de Rosolato, en ese texto que vale la pena leer³- están a la orden del día. Esto da cuenta de que el psicoanálisis se ha desarrollado más como corporación que como cuerpo de teoría.

He leído, en los últimos tiempos, algunos trabajos producidos en el interior de la Institución Psicoanalítica Oficial, que intentan hacer una denuncia de los deslizamientos burocráticos autolimitantes.

Los mecanismos de preservación institucional están al servicio de evitar los candidatos sensibles y críticos que posteriormente serían una irritante espina en la carne corporativa. Hoy se privilegia, en las entrevistas de admisión, a aquellos que manifiestan una buena adaptación social, que pertenecen a "familias normales y bien constituidas", que aspiran a "tener éxito en la vida" y que honran los valores éticos de los grupos dominantes.

De esto resulta que, como a la Filosofía, se le debe preguntar al Psicoanálisis, si sólo se resigna a *interpretar de diversos modos al mundo que lo rodea* o si intentará hacer algo para transformarlo. Si se supone que en esta pregunta se vislumbra algo de las Tesis sobre Feuerbach, no se equivocan. Para enfatizarlo citaré la VIII: "*La vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica.*"⁴

Si el psicoanálisis de los 70's, al menos en la Argentina, cuestionaba la singularidad por considerar que todo rasgo de individualismo debía ser abolido por juzgarlo pequeñoburgués, el de esta década de fin de siglo, por el contrario, ha olvidado lo social y ha reificado lo individual por estar más cerca de sus propios intereses.

Por eso, en esta Perspectiva Psicoanalítica de Lo Grupal, reivindicó el Derecho a la Singularidad en el Marco de Lo Colectivo.

El plural que uso en los capítulos del libro no es meramente una cuestión retórica literaria; por el contrario, pretendo con ello dar cuenta de un trabajo colectivo. Muchos me acompañaron en pensar la teoría que aquí se expone a los lectores, muchos otros en los fructíferos años de práctica en los que se confrontaba la teoría con la prueba empírica. Por eso, el valor de este libro, cualquiera sea éste, no puede dejar de ser algo compartido. Con Silvia Bleichmar hemos recorrido juntos muchos caminos, en la vida y en la práctica profesional; los del descubrimiento y los de la satisfacción de los logros obtenidos; los de las decepciones y los de las utopías realizadas. Su pasión intelectual, su interés por la verdad científica, su amplio horizonte conceptual psicoanalítico, su militancia por la transformación de las situaciones sociales en las que

² Freud, S. : "Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica", en O. C., Vol. 11, Amorrortu ed. , Bs. As., 1979.

³ Rosolato, G.: El psicoanálisis idealoducto, en Revista *Trabajo del psicoanálisis*, Vol. 3, N° 8, México, 1986.

⁴ Feuerbach, L.: *La filosofía del futuro - Marx, K.: Tesis sobre Feuerbach*, ediciones Calden, Bs. As., 1969.

veíamos el sufrimiento de grandes sectores de población, la marginalidad, la injusticia, nutrió cada una de las páginas de este libro y fue inspiración en los proyectos emprendidos. A ella, particularmente, todo mi agradecimiento.

Otros han contribuido, de una manera u otra, a que este libro fuera posible. A partir del campo de la práctica y del espacio de conceptualización, fundamentalmente llevados a cabo en los años en que la historia social y personal determinaron que tuviera que vivir en México, muchos me acompañaron desde aquella institución que allí fundamos, la Escuela Interdisciplinaria de Aprendizaje y Comunicación Grupal, lo mismo que desde otras que compartieron con nosotros los intereses y deseos de transformación social. No podría incluir aquí tantos nombres. Sólo algunos en los que los demás se puedan sentir representados: Livia Fernández de la Maza, Marisa Pizarro, María Elena Barrié, Octavio Nateras, Fernando Wagner, Carolina Lozoya, Gina Fontanot,

(OJO: en el capítulo s/Psicología de las masas hacer una nota s/la cita de Freud(1910) en "Las perspectivas futuras.." Vol. 11, pág. 140: "El éxito que la terapia es capaz de alcanzar en el individuo tiene que producirse también en la masa.")

CAPÍTULO I

Introducción:

Los paradigmas de base

Si hay una exigencia para que una hipótesis de trabajo pueda ser llevada a buen término, ella está dada por su capacidad discriminadora: posibilidad de cercar un campo, de fijar sus leyes de funcionamiento, de instrumentar las reglas de su transformación. Para el lector familiarizado con el psicoanálisis -¿y quién no lo está hoy, aunque más no sea en el plano intelectual, a fines de un siglo que ha sido "atravesado" por él?-, saltan a la vista, claramente, estos elementos: determinación de un territorio: el del inconsciente, fijación de sus leyes: la de la legalidad que lo rige, la aplicación de un método para su conocimiento, la libre asociación, instrumentación de las reglas de su transformación -lo que se ha dado en llamar, de un modo un tanto esquemático, *la técnica*.

De todos modos, las hipótesis, no permanecen como tales a través del tiempo; se sostienen con vigor en la medida en que no atentan contra el principio general del progreso de la ciencia, progreso en el cual este siglo creyó tremendamente, del mismo modo que creyó en un avance ilimitado de la razón y de la historia.

Nuestro tiempo ha sido marcado por la expectativa de un devenir siempre en perfección y cuyo punto de culminación fue avizorado desde distintas perspectivas. El fin de siglo, sin embargo, parecería asistir al intento de anunciar el fin de las ideologías. ¿Quiere ello decir el fin "de todas las ideologías"? ¿Es concebible un mundo en el cual los hombres no teoricen sobre los fenómenos que los rodean? ¿Un mundo en el cual no se intente, de uno u otro modo, otorgar una racionalidad a la historia en la cual se está inmerso? El ser es una preocupación de ser, dice Emmanuel Levinas en un reportaje realizado hace unos años, siguiendo para ello una cierta tradición filosófica moderna. "Se diría que el sentido de la vida es ante todo la vida misma. Es verdad que el mundo animal lucha por la vida. Es, en cierta medida, verdad de la materia que es encerrada en sí misma, sólida, impenetrable, como los átomos en su confinamiento. Hay entonces una especie de egoísmo fundamental que el hecho humano viene a interrumpir e incluso a romper. Pese a sus historias guerreras, el hombre se sacrifica e incluso muere por el otro. Es este acontecimiento extraordinario lo que yo llamo *ética* (¡término griego!), la *santidad posible*"⁵.

La *ética*: posibilidad de que la lucha por la existencia tenga en cuenta al semejante; y aún más, que esta lucha no se reduzca a la existencia cotidiana, a la preservación de la vida biológica; que esté regida por un horizonte simbólico en el

⁵ Reportaje a Emmanuel Levinas, "Le nouvel observateur", París, Febrero de 1990.

cual, muchas veces, sea la existencia misma, individual, singular, la que se ponga en riesgo en aras de preservar al otro.

Ruptura de la cosificación -para volver a este concepto que marcó a toda una generación-, que implica que el semejante no sea un simple medio para la acción, ni que el *deseo* -en el sentido psicoanalítico estricto- no opere en su aislamiento destructivo, destructivo de sí mismo y del otro.

He aquí la cuestión que nos interesa: la de repensar los fenómenos por los cuales los seres humanos se vinculan, se distancian, se enfrentan o se alían a otros seres humanos. El proceso grupal es un instrumento privilegiado para su exploración. En el mejor de los casos, en ciertas circunstancias, para su transformación.

Sin embargo, hoy, a casi ochenta años de los primeros intentos psicoanalíticos de establecer una teoría del accionar humano en grupo -si partimos de "Totem y tabú"⁶, aún cuando la intención de Freud no vaya expresamente dirigida al fenómeno grupal sino a sus consecuencias en la constitución de la subjetividad-, nuestras hipótesis "cojean", nuestras formulaciones generales continúan superponiéndose sin que podamos establecer ni leyes precisas ni postulados generales.

Es posible que nuestras dificultades no sean sino efecto de las mismas que el psicoanálisis arrastra, desde su fundación, para establecer sus paradigmas de base (siguiendo a Kuhn: el conjunto de enunciados aceptados como verdades por la comunidad científica que sobre ellos opera⁷). Una teoría constituida "por derivación" arrastra, inevitablemente, las virtudes e *impasses* del campo de conocimiento del cual deriva. Y la teoría grupal es hija -legítima o ilegítima, según la perspectiva en la cual se esté emplazado- del psicoanálisis. Que pueda devenir autónoma no es por ahora sino una esperanza; ello no se obtiene por decreto. La fórmula "*del psicoanálisis a la psicología social*"⁸ se sostuvo en la ilusión de una teoría psicoanalítica ya constituida, unificada; ilusión generada en

⁶ Freud, Sigmund: "Totem y tabú" (1913), O.C., Amorrortu Ed., Bs.As., 1976.

⁷ Kuhn, T.S.: **La estructura de las revoluciones científicas**, Fondo de Cultura Económica, México, 1975

⁸ Como pretendió hacer en Argentina E. Pichon Riviere; intento inaugural sin duda; fallido al mismo tiempo, debido tanto al entremezclamiento de categorías en juego como a la ideologización en la cual recayó constantemente cuando los conceptos sobre los cuales sostenía sus desarrollos se evidenciaban insuficientes para dar cuenta de la complejidad del fenómeno al cual apuntaban. Su falla se revela fundamentalmente en la imposibilidad de seguir desarrollándose y propiciar un enriquecimiento. La repetición estereotipada de fórmulas que se escuchan hoy al respecto y su alineamiento junto a las corrientes menos actualizadas del pensamiento psicológico dan cuenta de ello. Obligan, al mismo tiempo, a una puesta al día que haga justicia al intento. Cf. **Del psicoanálisis a la psicología social**, Ed. Galerna, Bs. As., 1971, y **El proceso grupal**, Ed. Nueva Visión, Bs. As., 1975.

la integración político-institucional de los psicoanalistas de los años 60's; a *posteriori*, las fracturas sectoriales -teóricas y políticas- pusieron al descubierto las contradicciones que dificultan un corpus unificado de conocimientos; y queda en reserva la posibilidad de considerar si esta unificación es posible, y más aún, deseable. En lo que sí hemos avanzado, indudablemente, es en reconocer la diversidad que lo constituye y en no intentar ni una sumatoria ecléctica ni una absorción ingenua, "superadora", sobre la base de la "novedad", del conjunto de proposiciones que hacen a las tensiones, en muchos casos altamente productivas, que en su interior se despliegan.

A todo esto se agregan otras cuestiones que han tenido que ver con el espíritu de los tiempos. Si el psicoanálisis ha trasladado sus dificultades y embarazos a la posible elaboración de una teoría grupal, la ideología dominante del siglo, en el campo intelectual, la que puso en el centro los conceptos de *masa* y *colectivo*, ha brindado también su aporte a la confusión reinante. Entre el sujeto aislado, biológica e instintualmente determinado, por el cual se deslizó gran parte del psicoanálisis hasta los años 60's, y el "sujeto colectivo", aquél que cobra razón de su existencia en la dilución de lo individual en el interior de conglomerados definidos ideológicamente, no es fácil encontrar al sujeto social, al hombre que realiza la historia, tanto la suya, singular, como aquella que en cierto modo lo determina y a la cual intenta imprimir una cierta dirección.

Trabajar el pensamiento de Pichon Rivière

¿Desde qué lugar, a qué tipo de racionalidad obedecería el hecho de que un psicoanalista formado en su actividad profesional a fines de la década del 60, atravesado por el maniqueísmo ciencia-ideología que impregnó al conjunto de las ciencias sociales en aquellos años, intente hoy ir al rescate de un discurso cuyo orden de legitimidad se basaba, centralmente, en un saber cuya transmisión se sostenía en los valores colectivos más que en la coherencia de sus postulados científicos?

Nuestra tarea no es sencilla: retrabajar un pensamiento al cual no nos unen, hoy, muchos acuerdos teóricos pero sí una intención transformadora, el de Enrique Pichon Rivière. Una propuesta que se extendió a partir de los años 50's, que coexistió, durante los 70's, con el embate de la nueva epistemología francesa y el giro del psicoanálisis que se conoció bajo la consigna del "retorno a Freud". Coexistió, es decir, nunca se reinscribió, nunca fue puesto en cuestión.

Lo inmediatamente superado siempre huele a viejo, y guarda algo del bizarrismo de quienes se niegan a su actualización. Entre el silencio, respetuoso en algunos casos, despectivo en otros, del "*Nouveau analyse*", y el encierro soberbio de aquellos que se negaban a ceder uno solo de sus postulados de base, lo pichoniano quedó confinado en los márgenes del psicoanálisis; y ello no sin

reapariciones y aún sostenimientos subrepticios, *aggiornados*, en ciertos desarrollos actuales de apariencia estructuralista que, sin reconocerlo explícitamente, llevan la marca de la impronta que los determina.

Esto no constituye el problema mayor. De hecho, era necesario un ordenamiento; pero no es lo mismo una clara delimitación de campos que una segregación a los *ghettos* de innumerables escuelas que, sin contacto ya con el resto del mundo analítico productivo, continuaron su camino hacia el empobrecimiento. No es de descontar la posibilidad de que, detrás del desprecio y el silenciamiento teórico, un sector del mundo analítico hubiera encontrado la vía de escape para apartarse no ya de los conceptos que el pichonismo propulsaba, sino del aire de preocupación social que embargaba todo su pensamiento, sobre todo en la Argentina de fines de los 70's, tiempos en los cuales toda inquietud social podía ser causal de riesgo de desaparición y muerte.

Acorralada desde el exterior, amurallada desde el interior, la propuesta de Pichon Rivière quedó aislada de los procesos de pensamiento que la entornaban. Aunado el desconocimiento de los que sentían superado su discurso al anquilosamiento de quienes pretendían defenderlo, el diálogo de sordos terminó por dejar de ser diálogo, devino repetición circular de enunciados compartidos en pequeños reductos que sólo produjeron, desde hace años, solaz narcisístico y reaseguramiento cómodo frente a lo desconocido.

Y sin embargo, existió un Pichon Rivière. Un hombre que no se contentó con una propuesta "puramente ortopédica" del psicoanálisis, un hombre que participó de las utopías del siglo. Entre otras, lograr una dosis mayor de bienestar para los hombres; no para unos u otros, no para algunos a costa de los otros, sino para la mayor cantidad de seres humanos posibles.

Dejemos, entonces, de lado lo que se han llamado las motivaciones profundas del quehacer teórico; reconozcamos sí, que el autor de este libro cede a la tentación, en un momento que considera necesario para la recuperación de la historia, de hacer aquello que se presenta también como una posibilidad: volver a ubicar las perspectivas a partir del reconocimiento de los orígenes. Ello implica -tarea analítica de quienes se piensan en el orden de las generaciones- repensar la propuesta de los maestros: saber cuán lejos o cuán cerca nos encontramos de su pensamiento.

Pichon Rivière atravesó con sus ideas no sólo a sus contemporáneos sino al psicoanálisis argentino en su conjunto. Un maestro no sólo deja marca en cuanto a los conocimientos que imparte; produce, de hecho, una verdadera transmisión de la cual la ética no es una cuestión menor, un modo de aproximarse a lo real, un conjunto de enunciados que trascienden el quehacer específico mismo. Y ello porque, por alguna razón, el maestro es elegido en el punto de una intersección por la cual

numerosas líneas se entrecruzan: modos de acceso "a una sabiduría" -no nada más un conjunto de formulaciones acerca del objeto de conocimiento sino también un "saber hacer", un "saber oír", un "saber vivir". Solamente la postmodernidad ha separado radicalmente la transmisión de conocimientos del ser que los imparte, produciendo una caída del modelo socrático. Ello, si bien no deja de ser operativo en cierta medida para la producción, es al mismo tiempo, en el límite, la forma más brutal y fetichizada de los modos de circulación de una mercancía que se degrada en mero valor de cambio. Para que el *sujeto supuesto saber* sea desmantelado, es necesario que se crea, en principio, en su saber; del mismo modo que hay una antecendencia del saber del padre, punto de partida de todo saber posible, aún aquel que se construye por oposición al mismo. El conocimiento que no se produce "en transferencia", del cual no se extrae algo más que enunciados denotativos -es decir por referencia al objeto de conocimiento- se enmarca en una relación del más puro cuño perverso.

Dejemos por un instante de lado, entonces, las fragilidades teóricas, las superposiciones conceptuales, los ensamblajes imposibles, los saltos sin solución de contigüidad que se expresan en todos los desarrollos teóricos pichonianos, para pensar al servicio de qué intuición, a qué propuesta remodeladora se abocaban. Digamos, para ser breves, que el supuesto que guiara su trabajo y definió su obra -no sólo escrita, sino cotidiana, su *praxis*- era el de romper y renovar. Propuesta de ruptura y renovación que lo condujo a trazar un camino desde el cual intentar el salto del psicoanálisis a la psicología social -salto al vacío, no porque ello fuera imposible, pero sí porque lo era antes de que una teoría de la constitución de la subjetividad, en el marco de lo intersubjetivo, se produjera con todo su peso en el interior del psicoanálisis mismo- inaugurando al mismo tiempo toda la problemática de los Grupos Operativos, generando sus posibilidades de existencia y, por supuesto, abriendo un campo para nuevas aplicaciones o exportaciones, más allá de las fronteras del consultorio en el cual se desenvuelve la práctica analítica.

Romper y reanudar

Podríamos, por nuestra parte, señalar que hoy, más que de romper y renovar se trata de *romper y reanudar*. En un andar inevitable, el conocimiento sólo se produce por un movimiento anulatorio de lo ya aceptado, del consenso frente al cual no vale conceder porque, de no actuarse con cierto rigor, lo anterior se resiste abrochándose, fijándose y anulando las posibilidades de acceder a nuevas propuestas. Esta fijación, esta negación, conlleva inevitablemente a la inercia de lo ya sabido, parapeta en lo ya conocido. Reanudar los hilos de un conocimiento cuyo anquilosamiento atenta ya no sólo contra sus posibilidades de nuevos desarrollos sino contra la práctica misma. Reanudamiento que implica retomar los aportes de las conceptualizaciones psicoanalíticas de los últimos treinta años,

años en los cuales se produjo una discusión que obliga a un replanteo epistemológico de los más amplios alcances.

Recuperando la historia de Penélope y Ulises, J. Laplanche nos remite al trabajo de duelo que este reanudamiento implica. Mediante la estrategia de destejer, ella, Penélope, deshace, cada noche, la tapicería que ha tejido durante el día a fin de postergar la posibilidad de constituir nuevos lazos amorosos: "Más allá de la argucia, hay un contenido latente: es imposible hacer un nuevo tapiz sin haber terminado de destejer el antiguo, y el día que ella haya deshecho verdaderamente ese tapiz anterior, podrá tejer, con los mismos hilos y no con otros, uno nuevo". Estamos verdaderamente ante una imagen maravillosa, tanto del trabajo de duelo como aquél del análisis⁹.

En efecto, este trabajo de desanudarnos de una teoría para reanudar los hilos conceptuales de otra requiere de nosotros un tiempo de elaboración, de duelo, que garantice que el nuevo tapiz teórico no se constituya ni como un deshilado caótico ni como un entramado cerrado, y que permita que sus hilos queden abiertos para continuar el tejido.

Otro orden de determinación, no menos significativo, para este trabajo: diez años de vida en México nos han llevado a tomar contacto -de un modo no sólo intelectual- con los graves problemas que afronta Latinoamérica. Descubriendo, a partir de ello, que la ceguera de quienes poseen hoy los conocimientos más actualizados no es menos atentatoria para enfrentarlos que la actitud de aquellos que, bajo un remanente setentista, y reificando el subdesarrollo, se niegan a replantearse la posibilidad de instrumentar nuevas formas de transformación de la realidad y se sostienen en enunciados estereotipados y empobrecidos bajo un cierto parapeto ideológico cuyo agotamiento se revela en dosis crecientes de ineficacia.

Seamos más claros. Si nos parece necesario el retrabajo de la propuesta pichoniana a la luz de los conocimientos aportados por el psicoanálisis que, a partir del "retorno a Freud", logró las bases para un replanteo general, no sólo en la concepción de la producción de teoría sino en los objetivos de la clínica misma -arrancando a esta última de las opciones adaptacionistas que desde una reabsorción de los postulados freudianos impregnara a dominancia al campo analítico- es porque ello permitirá abrir la perspectiva a todo lo que hay de recuperable una vez emprendida tal tarea y que pueda ser retomado y aplicado a diversos campos.

En estos años, en los cuales nos hemos visto obligados a instrumentar proyectos cuya validez social es indudable y en los cuales no hemos temido poner en juego la pureza del psicoanálisis cuando grandes sectores de la población de México

⁹ J. Laplanche, "Duelo y temporalidad", en Revista **Trabajo del Psicoanálisis**, Vol. IV, N.º. 10, Bs. As., 1990.

atravesaron riesgos serios, sólo teníamos en los comienzos, por relación a los grupos, una propuesta empírica (¡Dios nos perdone!) y una serie de nociones que suponíamos necesitadas de revisión. Pero sabíamos que si el psicoanálisis tiene algo que decir frente a las poblaciones severamente afectadas por catástrofes naturales (como lo fue el terremoto sufrido en septiembre de 1985), si pueden plantearse vías de resolución elaborativas para los efectos de colapsos históricos como los sufridos por los refugiados guatemaltecos alojados en campamentos de frontera, y producirse proyectos para el enfrentamiento que las poblaciones rurales deben realizar ante el avance de la modernización, si hay posibilidad de comenzar a pensar e implementar alguna estrategia para ayudar a reelaborar su propia historia y la historia que los circunda a menores infractores que llenan instituciones que son más depósitos de marginales que verdaderos lugares de recuperación de la dignidad y de la responsabilidad social ante la miseria, el psicoanálisis tiene la obligación, dado que tiene la posibilidad, de contribuir a la construcción de respuestas y de instrumentos simbolizantes para esos sectores, en dichas circunstancias.

Y ello sin dejar de tener en cuenta el vasto campo del aprendizaje en general, cuyas modalidades tradicionales, si bien no pueden ser descartadas en su conjunto -como se pretendía en una falsa y apologética propuesta desde algunos sectores que propiciaban el abandono de todo modelo anterior de adquisición de conocimientos en función de considerar al Grupo Operativo¹⁰ como el único medio de un aprendizaje auténtico- pueden ser enriquecidas desde nuevas vías y reconsideradas las áreas específicas en las cuales se muestran ineficaces para cumplir su objetivo.

El agotamiento teórico de las "trincheras" abre la posibilidad de pensar ciertos puntos de articulación. Y ello desde dos ángulos: desde la perspectiva intrateórica, en el campo específico del psicoanálisis, tanto de sus postulados teóricos como de su práctica clínica, y en el de las posibilidades de su aplicación o exportación extramuros, en zonas de articulación con otras disciplinas o campos del conocimiento. Las ideas que desarrollaremos hacen a esta segunda perspectiva, obligándonos, por ello, a sentar posición ante las cuestiones que se relacionan con las grandes líneas abiertas, actualmente, en el interior de la teoría psicoanalítica -sin extendernos en el debate al respecto pero comprometiéndonos a especificar, a medida que avancemos, el bagaje conceptual con el cual nos manejamos.

¹⁰ Grupo Operativo: instrumento creado por Pichon Rivière con el que se proponía llevar a cabo todo proyecto que, desde el campo grupal, pudiera ser pasible de transformación.

Cuando ponemos a trabajar a un autor no sabemos, en los pasajes que realizamos por sus ideas, cuándo las vueltas espiraladas que realizamos terminarán por operar como una reformulación por relación a su pensamiento y, en definitiva, como una ruptura.

Si de romper y reanudar se trata, indudablemente cuando comenzamos la labor de poner a trabajar a Pichon Rivière, no nos proponíamos llegar a un producto nuevo -mucho menos novedoso-, y sin embargo, en la exigencia misma que guió su pensamiento estaban las condiciones para ello. Seguir repitiendo se tornaba estéril -en el sentido mismo que marca el vocablo "repetir" como mecanismo psíquico, en el sentido compulsivo del término-; se hacía necesario recordar. ¿Recordar qué? En primer lugar, la dialéctica del pensamiento pichoniano: la de transmitir un saber que implica al mismo tiempo una desconstrucción y una construcción; luego, la reconstrucción y el reanudamiento como único modo de generar ideas.

Es pueril, a esta altura de la historia, cuestionar toda actividad grupal haciendo extensivas las críticas formuladas -muchas de ellas no sin razón-, a la psicoterapia de grupo. La dilusión del inconciente en una ideología "vincular", la confusión entre objetos del inconciente y objetos "reales", "externos", el deslizamiento de la teoría freudiana del conflicto intrapsíquico -entre instancias- al conflicto intersubjetivo -entre "personas"-, la anulación de la subjetividad singular y su subsumisión en categorías universales y abstractas -sea del orden de la mitología biológica, sea del orden estructural-, son algunos de los cuestionamientos teóricos, de peso, que se han contrapuesto al ejercicio de la psicoterapia grupal homologada, sin más, con el psicoanálisis.

Las consecuencias de estos desvíos, en la práctica, son evidentes: ¿cómo acceder al inconciente sin la libre asociación del sujeto, sin el establecimiento de la situación analítica, sin el empleo de los elementos básicos, imprescindibles, para el ejercicio del psicoanálisis en el descubrimiento de este inconciente que constantemente se sustrae a la mirada?

La omnipotencia entusiasta que llevó a confundir -desde Pichon Rivière mismo- el campo posible de aplicación de los grupos operativos con el de la psicoterapia analítica no es sino efecto de este mismo deslizamiento. Ello no quiere decir que no haya beneficios terapéuticos en las prácticas grupales -también los hay espontáneamente en los fenómenos de masas¹¹- pero a condición de dejar sentadas las diferencias sustanciales que se abren entre la práctica analítica y cualquier otra práctica que tome, bajo formas más o menos explícitas, más o menos encubridoras, elementos aislados de la misma para llevar adelante su procesamiento.

6 Volveremos sobre esta cuestión, a la cual Freud dedicó algunas reflexiones en el apéndice de "Psicología de las masas y análisis del yo".

La práctica del grupo operativo, indudablemente, no es la del psicoanálisis; no sustituye ni aporta un modelo nuevo de acceso al inconsciente. Nadie ya lo pretende. Fuera de las instituciones en las cuales ha constituido su reducto, es claro para el conjunto de la comunidad analítica que nada tiene ya para ofrecer a la resolución del malestar psíquico cuando de producciones sintomales se trata. No hay actualmente -como ocurrió en los sesentas- analistas aplicando la técnica de grupos operativos, en sus consultorios, con fines terapéuticos. Pese a ello, muchos de sus enunciados de base siguen persistiendo sin que se someta a discusión el orden de verdad que encierran, desligados de la teoría general que los sostuvo e, incluso, desconociendo los orígenes que los determinan.

Del mismo modo, gran parte de las teorías familiológicas actuales se sostienen en enunciados más o menos *aggiornados* -con la inclusión de reformulaciones estructuralistas- de muchas ideas de sello pichoniano -sin que esto sea abiertamente reconocido o explicitado. Y ello acarrea necesariamente un arrastre de vicios y virtudes si no se hace un deslinde conceptual mínimo de los presupuestos de base. A modo de ejemplo: hace poco un grupo de jóvenes terapeutas lacanianos presentó un trabajo en unas jornadas hospitalarias anuales, interdisciplinarias, en el cual postulaban como eje de su práctica en hospital de día la intención de constituir "el corte" y de instaurar "la metáfora paterna" como eje central de su accionar con pacientes psicóticos. Realizaban grupos terapéuticos con familiares de estos pacientes, y cuando se les preguntó cuál era el objetivo de los mismos respondieron con la mayor soltura: "Bueno, lo que intentamos, en realidad, es una redistribución de la locura"; no tenían, más allá de sus buenas intenciones, la menor idea de que habían formulado un enunciado de matriz pichoniana. He aquí otro conjunto de razones para someter la propuesta de Pichon Rivière a un examen más cuidadoso a partir de una metodología que posibilite hacerla circular en el interior de otros debates psicoanalíticos actuales. El psicoanálisis argentino guarda, bajo modos mutilados y denegados de su historia, estratos geológicos prestos a resurgir en cualquier momento.

Si ha sido fácil cuestionar desde la epistemología contemporánea el enunciado de lo "bio-psico-social" -y aún demolerlo, al desconstruirlo-, y la teoría de las tres áreas -mente-cuerpo-mundo, -en cuya supuesta integración se anula más que se resuelve una problemática de la intersección que sigue todavía dando dolores de cabeza a quienes operan en las zonas limítrofes de las psicósomáticas, de los trastornos del aprendizaje y de los déficit de la simbolización-; si el recorte de los territorios científicos posibilitó un ordenamiento cuya ganancia de racionalidad es indudable, no es menos cierto que este recorte obligó a la defensa apasionada de los territorios conquistados y, con ello, a la expulsión de una serie

de cuestiones cuya insistencia desde lo real marcaba la imposibilidad de seguir permaneciendo en el reducto de pureza que se postulaba de inicio.

Sin embargo, es necesario plantear, a esta altura, que el riesgo mayor que acecha al psicoanálisis actual no son sólo aquellos con los cuales se libró batalla en los años 60's, el de la subordinación al campo de la biología o al de lo social. Hoy enfrentamos otros riesgos: por una parte, el solipsismo al cual lo impulsa, por un lado, un espiritualismo del deseo y la esterilidad con que se diluye en un hermetismo metaforizante que cada vez lo aleja más de su objeto y lo condena a reverberaciones solitarias; por otro, el encierro en grandes o pequeñas corporaciones cada vez más empobrecidas y aisladas del contexto científico, social y cultural de la época -encierro que propicia, además, la ilusión, a quienes en ellas participan, de que la parte puede ser tomada por el todo y de que la tópica de la institución, o de la corriente teórica adoptada, puede ser "la totalidad de la tópica". Y por otra parte, como respuesta espontánea, en los últimos tiempos, un retorno al eclecticismo empobrecedor, que confunde rigor con dogmatismo y propicia, a través de alianzas políticas de origen dudoso, un retorno pragmático a la clínica como "fuente de verdad y conocimiento".

Para que una teoría de lo grupal sea posible, es necesario abrir la discusión respecto al carácter intrasubjetivo del conflicto psíquico en el interior del psicoanálisis mismo, en un momento en que lo interaccional reaparece bajo las más diversas formas (ya sea a través de la teoría de los sistemas, o de la emigración de la problemática psicopatológica -una vez más- a lo "familiar"). Es sólo desde este ángulo que se puede revisar y cuestionar la *teoría de los roles* tal como fue desarrollada por Pichon Rivière desde el funcionalismo. No para denegar su carácter descriptivo, pero sí para rehusarle toda posibilidad explicativa (cuya consecuencia mayor es la subordinación del sujeto a lo interaccional, el cercenamiento de la historia, y su coagulación en formas supuestas de funcionamiento que determinan dicha interacción).

A modo de anticipo de lo que desarrollaremos en los capítulos siguientes, señalemos que el proceso grupal da cuenta de la forma en que se articulan las relaciones entre lo intersubjetivo (entre sujetos), y lo intrasubjetivo (en el interior mismo de la tópica psíquica); da cuenta, a su vez, del modo mediante el cual un sujeto singular recubre con sus organizaciones fantasmáticas dicho proceso. Pero es necesario señalar, a esta altura de la historia del psicoanálisis, que lo fantasmático mismo es ya un efecto de relaciones primarias intersubjetivas, un efecto "social", y no el puro engendramiento solipsista de un psiquismo que segregaría, desde sí mismo, la materialidad que constituye sus representaciones de base.

A partir de ello, nos vemos obligados a poner en cuestión la *teoría del emergente* (pilar de los desarrollos pichonianos), para plantear que el proceso grupal no propicia la *emergencia* de nada que se dé en la superficie de las interacciones, sino que pone de manifiesto, por el contrario, aquello que hace a los modos con los cuales los seres humanos, singulares e históricos, articulan el pasado con el presente en la historia grupal específica.

El hecho de que, en el imaginario de quienes lo constituyen, el grupo aparezca dando forma al objeto, al poner en juego y activar una estructuración fantasmática en los sujetos que lo integran, no puede reflejarse en un nuevo imaginario teórico, que crea que esto que los sujetos *ven* y *sienten* está determinado por el aquí y ahora grupal. La organización fantasmática con la cual el sujeto se integra al grupo precede a la experiencia grupal, no se inaugura en ésta, y encuentra nuevas fuentes de resignificación, es decir de simbolización, a través de las vías que el proceso grupal abre. Una vez constituido el grupo por singularidades que lo fragmentan, los individuos se ven a sí mismos soldados en un todo orgánico, pleno y potente. Es el grupo "el que habla", "el que quiere", "el que siente", o "el que piensa" (propiciando altos grados de alienación y de subordinación del sujeto singular, en desmedro de su propio hablar, querer, sentir o pensar); a esta ilusión totalizante y alienante de completud ha respondido como en espejo la teoría, sin asumir que su función no es reproducir la totalidad estructurada sino dar cuenta del orden de determinaciones que la hace aparecer como tal en lo manifiesto.

Si es difícil defender a nivel conceptual la ilusión de completud totalizante que propició la teoría de los Grupos Operativos, es oportuno señalar que es el movimiento grupal mismo, que obtura al mismo tiempo que devela sus determinaciones, el que abonó el terreno en el cual ésta pudo desplegarse. La teoría tomó, entonces, a los sujetos como unidades totalizantes-totalizadoras, intentando anular el conflicto intrapsíquico, y confundiendo, a partir de esto, no sólo su propio objeto de estudio con la imagería dramática de la escena, sino propiciando una técnica de anulamiento de la singularidad.

Una dominancia ideológica que reificaba lo colectivo por encima de lo singular, hizo su contribución al respecto¹²; el metarrelato ético que legitimaba "lo justo por encima de lo verdadero"¹³ coadyuvó a cierta mutilación del pensamiento

¹² El enunciado aristotélico de que *el todo es más que la suma de sus partes* dejó abierta una zona de ambigüedad al punto de vista del intérprete: el **más** subrayado, en su carácter **cuantitativo**, descriptivamente centrado en la cantidad; el **más cualitativo** que denota, sin abrir juicio, la calidad de distinto; o, como el caso que cuestionamos, el carácter de **más calificativo**, que, dando cuenta de lo **ideológico**, lo equipara a **mejor**.

¹³ Ver al respecto la legitimación del saber que la modernidad ofrece, consultando *La condición postmoderna*, de Jean Francois Lyotard, Ed. Cátedra, Madrid, 1984.

singular. Si en esos años "todo rasgo de individualismo debía ser cuestionado", cómo no embarcarse en una propuesta que como la de Pichon Rivière proponía: *ponerse la camiseta, hablar un mismo idioma, pertenecer al grupo -equivalente a pertenecer al todo-, ser nosotros, constituer un ECRO GRUPAL¹⁴, hablar un mismo lenguaje...* La compleja cuestión de la relación al otro, resuelta entonces bajo el modo de una rigidización de los ideales del yo, no pudo sostenerse cuando los valores sociales en los cuales se asentaba, cayeron.

Que el metarrelato ético no pueda ser el modo de convalidar el conocimiento, que lo verdadero no siempre pueda ser asimilado a lo justo, implica, paradójicamente, cercar los lazos entre una ética que subyace a nuestra práctica y la búsqueda de la verdad; ello aún más cuando nuestro accionar se despliega por relación al sufrimiento humano. La difusión de una "ética del deseo" con la cual muchos analistas, a partir del pensamiento de Lacan, intentaron poner coto a la intrusión valorativa en su práctica, como una puesta entre paréntesis de la ideología, valores y metas de vida del analista en el proceso de la cura, debe ser separada cuidadosamente de la degradación que condujo a muchos a confundir abstinencia con *no-implicación*. Desde otro ángulo, Jean Laplanche¹⁵ desarrolló lo que denominó "la santidad del analista", santidad que no implica el no compromiso sino la abstinencia concebida como abstinencia a la saturación de sentido, como el rehusamiento a ofrecer al otro respuesta a sus propios enigmas, rehusamiento de un saber del analista acerca del inconciente del otro.

CAPITULO 2

¹⁴"Esquema Conceptual Referencial Operativo", en el cual se anudaban, subsumiéndose, diversas propuestas de todo tipo -conceptuales, nocionales, ideológicas, teóricas, subjetivas-, generando la ilusión de un surgimiento, en el aquí y ahora grupal, de un referente que era elevado al rango de teoría desde una praxis devenida empiria.

¹⁵ Laplanche, Jean: *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis y Problemáticas V -El psicoanalista y su cubeta-* Amorrortu ed. Bs.As.

Ensamblaje de lo singular y lo colectivo

La problemática de la relación del sujeto psíquico al semejante no es algo que preocupe sólo a la psicología grupal. Las discusiones actuales en el interior del psicoanálisis respecto al carácter del síntoma, a su determinación y sus efectos; la función de la estructura parental en la constitución del psiquismo; la posición fundacional del otro por relación a los orígenes del inconsciente; son todas cuestiones que han producido un verdadero sacudimiento en los fundamentos mismos, tanto de la teoría como de la clínica, y que ponen sobre el tapete, nuevamente, los problemas que el psicoanálisis lleva de arrastre bajo modos no totalmente esclarecidos ni sistematizados.

Cuestiones como las referidas al objeto, a la relación que con él establece el sujeto, al *vínculo*, noción cara a Pichon Rivière, forman parte del vocabulario cotidiano psicoanalítico actual bajo modos diversos de aproximación conceptual. En ciertos casos, se trata de una reformulación que alcanza a la metapsicología de la clínica o de la teoría grupal con la cual muchos se manejan; en otros, simplemente, de una incorporación acrítica en la cual se superponen conceptos sin que se cobre demasiada conciencia ni de la contradicción que se pone en juego ni de los *impasses* a las cuales ello conduce.

Un mínimo ordenamiento se hace necesario, más aún cuando intentamos encontrar los modos de ensamblaje entre lo singular y, para decirlo de un modo descriptivo, lo grupal. Por nuestra parte, pensamos que sería adecuado enmarcar esta cuestión en términos conceptuales más precisos, vale decir, abordar las relaciones entre lo intra y lo inter-subjetivo, encontrando las vías de determinación y pasaje entre uno y otro campo de fenómenos.

Conocemos las oscilaciones por las cuales la obra misma de Freud pasó a lo largo del tiempo; oscilaciones que se sostienen, más o menos cristalizadas, en las diversas corrientes que en el post-freudismo se constituyeron. El término "relación de objeto" se encuentra ocasionalmente en sus textos, y si bien Freud no lo ignora, puede afirmarse que no forma parte de su aparato conceptual¹⁶ y es con el post-freudismo que esta noción comienza a ganar extensión, fundamentalmente a partir de las teorizaciones de Balint y de Spitz.

A partir de ello, se hace necesario despejar la superposición entre diversos tipos de objeto y modos de relación al mismo que se han ido entremezclando a lo largo del tiempo. En primer lugar, si se habla de "relación", debe ser concebido esto en todo el sentido del término: se trata de

¹⁶ Cf. el *Diccionario de psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis, apartado "Relación de objeto".

una "interrelación", tanto de la forma con la cual el sujeto constituye sus objetos como del modo en que estos lo modelan.

La segunda cuestión, central en nuestra opinión, es aquella relativa al objeto: de qué tipo de objeto se trata, y qué tipo de sujeto está en juego.

Conocemos la oposición clásica, desde Freud mismo, entre "objetal" y "narcisista". Oposición sin embargo a desglosar en sus términos, ya que recubre varias categorías no siempre diferenciables entre sí. Durante años la dominancia del pensamiento anglosajón llevó a concebir al narcisismo como "anobjetal", siguiendo para ello cierta perspectiva presente en los textos freudianos, y arrastrando una dificultad de origen que no deja, sin embargo, de poner de relieve ciertas contradicciones. Es necesario no perder de vista, sin embargo, que lo que Klein define como estado narcisístico no es algo que aluda a la ausencia de objeto sino al no-reconocimiento, por parte del sujeto, de la existencia del mismo: "En el estado narcisístico, el objeto exterior es odiado y rechazado de manera que se pueda amar al objeto interno que esta fusionado con el yo y extraer placer de ello".¹⁷ Klein toma acá la perspectiva freudiana que enfrenta lo objetal y lo narcisista en términos de amor de objeto, de libido "trasvasable" al objeto, pero sin por ello dejar de tener en cuenta que la pulsión misma tiene su objeto -parcial- y, en tanto tal, es irreductible a toda "anobjetalidad". El reconocimiento de la presencia o no del objeto donador puede ser homologado acá a la propuesta de Freud mismo en "Pulsiones y destinos de pulsión", cuando señala que, en la etapa narcisista, los objetos que proporcionan satisfacción al yo son parte de él mismo, mientras que sólo reconoce como diverso aquello que le provoca estímulos displacientes¹⁸: "En ese tiempo, el yo-sujeto coincide con lo placentero, y el mundo exterior, con lo indiferente (y, eventualmente, en cuanto fuente de estímulos, con lo displacentero). Si por ahora definimos el amor como la relación del yo con sus fuentes de placer, entonces la situación en que sólo se ama a sí mismo y es indiferente al mundo ilustra la primera de las oposiciones en que hemos hallado el 'amar'".¹⁹

Es sobre todo en las perspectivas post-kleinianas, e incluso en algunos desarrollos actuales en las cuales lo "narcisista" deviene "anobjetal" y, en un deslizamiento mayor, "autista" (F. Tustin, por ejemplo). La oposición narcisismo-amor de objeto se desliza entonces fácilmente a aquélla que marcaría una oposición anobjetal-amor de objeto, reduciéndose la primera a la segunda y

¹⁷ M. Klein, *Desarrollos en psicoanálisis* (buscar la referencia, por relación a la p. 81 de los N.F.)

¹⁸ O.C., Vol. XIV, p. 129-134.

¹⁹ Ibid. p. 130.

desapareciendo, de tal modo, y en un mismo movimiento, tanto el carácter de objeto amoroso -efecto de identificación- que imprime al yo su cualidad específica de reservorio libidinal, como la función del objeto en la constitución misma de la pulsión.

Freud tiene su cuota de responsabilidad en esta confusión inicial, en la medida en que superpone, en varios lugares, lo autoerótico y lo narcisista que, él mismo, definiera como etapas diferentes de la constitución sexual: "Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales, por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya".²⁰ Sin embargo, y más allá de los intentos que se hicieron durante décadas, y no sin razón, por parte de aquellos que intentamos poner en concordancia cierto freudismo con los desarrollos de Lacan respecto a la función del narcisismo en la constitución del registro de lo imaginario, no podemos cegarnos a las oscilaciones que Freud mismo realiza al respecto. Oscilaciones que se marcan claramente en las páginas de la Metapsicología que sirven de soporte para las ideas que estamos desarrollando: "Nos hemos acostumbrado (sin examinar al comienzo el vínculo entre autoerotismo y narcisismo) a llamar narcisismo a la fase temprana de desarrollo del yo, durante la cual sus pulsiones sexuales se satisfacen de manera autoerótica", párrafo en el cual la frase entre paréntesis constituye un llamado al orden para dar cuenta de la necesidad conceptual de establecer diferencias entre ambos, dejando entrever claramente una coherencia con las líneas antes expuestas -anteriores, también, cronológicamente, en la redacción de la Metapsicología-; para afirmar, poco después: "En la medida en que es autoerótico, el yo no necesita del mundo exterior, pero recibe de él objetos a consecuencia de las vivencias derivadas de las pulsiones de autoconservación del yo".²¹ O aún: "El yo se encuentra originariamente, al comienzo mismo de la vida anímica [acababa de afirmar, anteriormente, que el yo no está presente desde el comienzo de la vida psíquica] investido por pulsiones, y es en parte capaz de satisfacer sus pulsiones en sí mismo".²² Y aún: "Las pulsiones sexuales, que desde el comienzo reclaman un objeto [no siendo, por tanto, anobjetales] así como las necesidades de las pulsiones yoicas, que nunca se satisfacen de manera autoerótica, perturban desde luego este estado [de narcisismo primordial] y preparan los ulteriores progresos. Por cierto, el estado narcisista primordial [nuevamente, un narcisismo primordial, un yo primordial] no podría seguir aquel desarrollo si

²⁰ "Introducción del narcisismo", *O.C.*, Vol. XIV, p. 74.

²¹ *Ibid.* p 126

todo individuo no pasara por un período en que se encuentra desvalido y debe ser cuidado, y durante el cual sus urgentes necesidades le fueron satisfechas por aporte desde afuera, frenándose así su desarrollo".²³

Sin embargo esta superposición entre narcisista y autoerótico, que tantas dificultades ha creado a lo largo de la historia del psicoanálisis, pone de relieve lo siguiente: objeto hay siempre, a partir de la existencia de la pulsión. Que ese objeto sea parcial, sea el yo, o sea el semejante, pone de relieve que el objeto esta siempre allí, como constitutivo de la vida psíquica. La palabra anobjetal no fue formulada nunca en su obra, al punto de que ni siquiera figura en el índice que Strachey realizara para las *Obras Completas*; hecho tanto más llamativo cuanto que forma parte del vocabulario corriente psicoanalítico sin que se hayan realizado demasiados esfuerzos por establecer su origen. La oposición claramente planteada es la que queda establecida entre lo narcisista y lo objetal, entendiendo por objetal aquello relativo al objeto de amor o de odio, al objeto correlativo al yo capaz de ser diferenciado por el sujeto con su existencia autónoma, independiente de su propio deseo y accionar.

¿Qué es lo que precipita, sin embargo, estas marchas y contramarchas, estas contradicciones que vemos emerger *in situ* en los párrafos que estamos en vías de analizar? ¿Qué es lo que impide establecer una demarcación clara entre lo amoroso, ligado, -narcisista u objetal-, y lo autoerótico, puntual, desligado, relativo a la pulsión parcial, al objeto parcial?

Recordemos algunas cuestiones respecto al autoerotismo repasando rápidamente los aspectos que lo caracterizan: en primer lugar, una satisfacción *in situ* -en el lugar mismo en el cual la excitación tiene lugar- satisfacción que Freud llamó placer de órgano. Se trata de una satisfacción sin objeto externo -ya que su carácter es alucinatorio, y se constituye por relación a un objeto fantasmático. Esta satisfacción no es unificada, no hay sujeto capaz de tomarla a cargo -Lacan ha acuñado una expresión esclarecedora al respecto: el carácter "acéfalo" de la pulsión.²⁴

Estos caracteres han llevado a muchos analistas a considerar anobjetal a este estadio; sin embargo, revisemos un poco más atentamente los términos: no hay, por supuesto, de acuerdo a los caracteres que acabamos de describir, reconocimiento del objeto en tanto existente externo. El carácter de autoerótico no puede ser definido sólo por el hecho de que el sujeto tome una parte del propio cuerpo -del cual, por otra parte, no sabe que es "el propio" cuerpo- como

²² Ibid. p. 129

²³ Ibid. p 129.

²⁴ Ver Lacán, J.: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*

objeto, sino en razón de que no hay reconocimiento de la existencia sujeto-objeto. De tal modo, partes del cuerpo de otro pueden ser empleadas de modo autoerótico (cuestión a ser tomada en cuenta ya que permite dar un paso más en relación con lo descriptivo, y comprender ciertos fenómenos de la vida libidinal en los cuales, bajo una apariencia "objetal", es decir con empleo de un objeto exterior, son modos de satisfacción autoeróticos los que predominan²⁵.

Sin embargo, indudablemente, hay objeto, objeto correlato de la pulsión, es decir aquello en lo cual y mediante lo cual la pulsión busca alcanzar su meta.

La diferenciación con el narcisismo y el amor de objeto es clara, vemos desdoblarse el concepto de objeto en dos direcciones: En primer lugar, aquella que remite al objeto de la pulsión, objeto contingente, no determinado previamente, especificado en la historia del sujeto, singular y definido en términos de "lo que hay de más variable en la pulsión". Por otra parte, el objeto concebido como objeto del amor y del odio, remitiendo en ora al yo ora al objeto -objetalizado en este caso, jugado en las polaridades sujeto-objeto, única dirección en la cual se puede pensar en una "relación de objeto".

En el marco de esta doble acepción es que deben ubicarse los aportes efectuados tanto por Klein como por Winnicott. Por una parte, la oposición parcial/total, dualismo central de la teorización kleiniana, que puede ponerse en correlación con los desarrollos de Freud en términos objeto de la pulsión/objeto de amor. El objeto transicional winnicottiano, por su parte -más allá de los rasgos peculiares que lo constituyen: ser siempre un objeto material pero al mismo tiempo no reducir su carácter a esta materialidad-, tiene la particularidad de situarse en un espacio entre el niño y la madre, "entre el pulgar y el oso de peluche"; si el objeto transicional constituye la primera "*not me possession*", si se halla a mitad de camino entre lo objetivo y lo subjetivo, da cuenta, en su estructura paradójica, de algo atinente a la constitución misma de lo objetal en psicoanálisis: proviniendo del exterior, no es concebido como tal por el niño, al mismo tiempo, no proviene del interior, no es una alucinación. Sin embargo, al corresponder a los fenómenos de la ilusión, manifiesta como cuestión central la imposibilidad de constituir un campo de lo objetivo que no sea, al mismo tiempo, algo estructurado en la trama de la subjetividad.

Volvamos ahora a la teoría clásica. Tomemos, de la multiplicidad de problemas que plantea, dos de ellos para comenzar: en primer lugar, aquella que remite a la cuestión objeto de la pulsión/objeto de amor. En segundo lugar, la

²⁵ Tal el caso de relaciones sexuales en las cuales el objeto es tomado de modo masturbatorio, anulado en su existencia independiente, satisfactor puntual, "*in situ*", de la descarga libidinal.

que se juega en la relación objetal/anobjetal, para definir, en su interior, el problema de la función del objeto como estructurante, como "fuente" del inconciente y, por relación a ello, los destinos posibles en la relación intersubjetiva.

Una lectura más o menos atenta de la Metapsicología permite encontrar, a cada paso, esta complejidad a la cual Freud se enfrenta cuando intenta definir la cuestión de derivación de la pulsión. En "Pulsiones y destinos de pulsión", dos tendencias -con pocas páginas de diferencia-, se evidencian: en primer lugar, una definición de la pulsión que concibe a ésta como constituida por una fuente de origen somático y un objeto satisfactor de la meta -que siempre es el alivio de tensión producido por la posibilidad de descarga con relación a un objeto: "La meta de la pulsión es en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión... El objeto de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta... Un lazo particularmente íntimo de la pulsión con el objeto se acusa como fijación de aquella. Suele consumarse en períodos muy tempranos del desarrollo pulsional y pone término a la movilidad de la pulsión contrariando con intensidad su desasimiento... Por fuente de la pulsión se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión."²⁶

¿Cómo entender que el objeto sea al mismo tiempo contingente, que su fijación se establezca en períodos "muy tempranos" -es decir que no venga preformado y, al mismo tiempo, que de él dependa la cancelación de una fuente que tiene origen en lo somático? Y, por otra parte, ¿cómo articular esta definición de objeto, objeto satisfactor de una necesidad de origen somático, con el prototipo de objeto del autoerotismo pulsional oral, vale decir la succión del pulgar, si de éste no se extrae ningún producto capaz de producir una modificación en la fuente somática? Primera definición entonces de la meta y de la fuente plasmado de contradicciones y conduciendo a *impasses* de difícil resolución.

Sin embargo, Freud nos ofrece, dos páginas más adelante del mismo texto, una nueva definición de la meta que trastoca tanto el concepto de fuente como el de objeto: "La meta a que aspira cada una de ellas (las pulsiones) es el logro del placer de órgano... Se singularizan por el hecho de que en gran medida hacen un papel vicariante unas respecto de las otras y pueden intercambiar con facilidad sus objetos. A consecuencia de las propiedades mencionadas en último

²⁶ O.C., Vol. XIV, p. 118.

término, se habilitan para operaciones muy alejadas de sus acciones-meta originarias."²⁷

Nos encontramos ante un verdadero salto: si la meta es el placer de órgano, ya no se trata del alivio de una necesidad determinada biológicamente, sino de algo que se juega en el plano de la excitación sexual, y cuya resolución se produce bajo los modos del autoerotismo.

El objeto ha sufrido una mutación: se trata de un objeto sexual, en el sentido estricto, no sólo que ya no tiene nada que ver con la autoconservación, sino porque opera incluso a contrapelo de la misma; la excitación, por su parte, proviene entonces de la zona erógena, y no ya de la fuente somática.

Algo del mismo tipo ocurre con el concepto de *apuntalamiento* (*anlehnung*). El índice temático elaborado por Strachey da cuenta de una doble vertiente, dividiendo en dos rubros el ordenamiento bibliográfico de este vocablo: apuntalamiento (de la pulsión sexual en la autoconservación); y apuntalamiento (elección de objeto por)²⁸. En "Introducción del narcisismo" la cuestión es planteada en los siguientes términos: "Las pulsiones sexuales se apuntalan al principio en la satisfacción de las pulsiones yoicas, y solo más tarde se independizan de ellas; ahora bien, ese apuntalamiento [en este caso apuntalamiento de la sexual en lo autoconservativo] sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales; son, sobre todo, la madre o su sustituto. Junto a este tipo y a esta fuente de la elección de objeto, que puede llamarse el tipo del apuntalamiento [En este caso apuntalamiento de lo amoroso en el objeto], la investigación analítica nos ha puesto en conocimiento de un segundo tipo que no estábamos predispuestos a descubrir. Hemos descubierto que ciertas personas, señaladamente aquellas cuyo desarrollo libidinal experimentó una perturbación (como es el caso de los perversos y los homosexuales)²⁹, no eligen su posterior objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de la persona propia."³⁰

El empleo de un mismo vocablo para objeto (de la pulsión), y objeto (de amor), da cuenta de un orden de derivación que induce a encontrar los elementos en juego que ligan, y al mismo tiempo diferencian, ambos objetos (y, en la génesis del sujeto psíquico, ambos tiempos).

²⁷ Ibid. p. 121.

²⁸ O.C. T. 24, p. 378.

²⁹ Es de subrayar el hecho de que Freud, allí, distingue como dos categorías distintas **perversión** y **homosexualidad**, estableciendo una diferencia que olvidan con demasiada facilidad quienes asimilan una a la otra.

³⁰ O.C., Vol. XVIII, p. 85.

¿Se puede incorporar la noción postfreudiana de "relación de objeto" sin establecer una revisión de la teoría de la pulsión? Dos parecen ser los riesgos que acechan esta posibilidad si no se realiza un estudio cuidadoso de la misma: en primer lugar, y en aras de incluir la función del semejante desde los orígenes mismos de la vida y romper el solipsismo al cual, el psicoanálisis biologizado, parecería condenar a la cría humana, un deslizamiento apresurado traspolante de la relación sujeto-objeto en términos de amor-odio y la anulación de la problemática freudiana de base, aquella atinente a la sexualidad. En segundo lugar, y como fuera definido hace ya años por Laplanche y Pontalis: "En la medida en que el concepto de relación objetal, por definición, hace recaer el acento en la vida relacional del sujeto, ofrece el peligro de conducir a algunos autores a considerar como principalmente determinantes las relaciones reales con el ambiente..."³¹, lo cual, podemos agregar, implicaría una caída en el interaccionalismo a partir de la confusión fácil entre figuras familiares establecidas mediante la distribución de roles, y funciones estructurantes del Edipo y sus procesos de metabolización a partir de la singularidad histórica del sujeto psíquico en constitución.

Indudablemente, la reacción de quienes se inclinaron por adoptar como constituyente la noción de relación de objeto respecto al sujeto psíquico de los orígenes, estaba dirigida a discutir la teoría del narcisismo primario como anobjetal -tal el caso, entre otros, de Pichon Rivière. Sin embargo, la sustitución operada por Balint por relación al narcisismo primario, anobjetal, por el término de amor primario de objeto, producía una complicación mayor, ya que el concepto psicoanalítico de amor no plantea que éste se trate simplemente del apego al otro, sino de un modo de vínculo en el cual el otro es tomado como total, por relación a un acto del sujeto total que ama. La confusión introducida por Balint, sin embargo, no era sino la continuación de las superposiciones operadas por el mismo Freud entre el erotismo y el amor, cuando en muchos momentos denomina "amor" a la elección erótica definida por un modo parcial de enlace al objeto -para emplear la conceptualización desarrollada por Klein-. Y esto, más allá de las confusiones que genera, no deja de obedecer a cierta exigencia: poner de relieve que, aun los procesos "desexualizados" como la ternura o el apego son procesos afectivos efecto de pulsiones de meta inhibida.

Repasemos rápidamente los problemas planteados en aras de ordenarlos con vistas a desarrollar el tema que nos compete y dejando sentado que hemos escogido la dirección que considera al narcisismo en el orden de una sucesión -no lineal, tampoco mecánica- en la cual autoerotismo-narcisismo-elección de objeto ocupan lugares diferenciados tanto en la evolución sexual del sujeto como

³¹ *Diccionario de psicoanálisis*, ap. Relación de objeto (u objetal).

en la tónica psíquica. En esta línea, en la cual el narcisismo es el residuo del narcisismo parental proyectado sobre el bebé y que constituye la matriz de la identificación primaria que da origen al yo, el autoerotismo no será concebido tampoco como "anobjetal", aun cuando no implique relación con un objeto de amor exterior al sujeto. Ello implica, entonces, un movimiento de partida en el cual el autoerotismo precede al narcisismo, y por tanto la oposición narcisismo-amor de objeto no constituye el tiempo primero del sujeto psíquico sino un tiempo segundo en el cual el yo es investido como objeto de amor, como objeto totalizante por relación al autoerotismo.

Podemos ordenar los puntos sintéticamente de la manera siguiente:

1. El narcisismo originario -y empleamos originario y no primario para dar cuenta de que no sólo es anterior al secundario sino que "da origen a"-, no implica de ningún modo "anobjetividad", sino una relación con un objeto de amor privilegiado, el yo, que recibe sobre sí los investidamientos hasta el momento dispersos de la libido proveniente del inconciente.
2. Como tal, el narcisismo originario -o primario- no es el primer tiempo de la constitución psíquica, sino un tiempo segundo por relación al autoerotismo.
3. Una vez constituido residualmente, como efecto del amor narcisista parental, puede "trasvasarse" a otros objetos de amor, dando así origen a lo que se ha dado en llamar relación de objeto.
4. En tal sentido, el "amor de objeto", o la "relación de objeto", no pueden ser consideradas como existentes desde los orígenes, sino posteriores a esta unificación amorosa que es atravesada por el narcisismo y de la cual éste constituye el tiempo *princeps* de organización.
5. En segunda instancia, entonces, el "amor de objeto, o la "relación de objeto", no pueden ser opuestas al narcisismo de modo tajante, sino en el interior de una dupla que podemos denominar narcisismo/amor narcisista de objeto con todos sus matices recorriendo una gama amplia de posibilidades. Las dificultades presentes en los textos freudianos para diferenciar lo objetal de lo narcisista dan cuenta de ello, e incluso la denominación "elección de objeto narcisista" (*narzissitsche Objektwahl*) pone de relieve que el narcisismo mismo puede recaer sobre un objeto, al modo de un trasvasamiento, tal como ocurre con el amor materno, que Freud ubica como el quinto tipo de elección narcisista: "a la

persona que ha sido una parte de la persona propia". Una perspectiva estimulante es la planteada por Lacan respecto a la dialéctica del ser y el tener, que pone en el centro, sin duda, el reconocimiento de la castración simbólica, como se ha denominado este movimiento que da cuenta de una fractura en la completud por la cual el sujeto se ve arrojado de una posición mítica originaria. Dialéctica, por otra parte, no ajena a Freud, cuando en "Psicología de las masas y análisis del yo" señala: "Es fácil expresar en una fórmula el distingo entre una identificación con el padre y una elección de objeto que recaiga sobre él. En el primer caso el padre es lo que uno querría ser; en el segundo, lo que uno querría tener. La diferencia depende, entonces, de que la ligazón recaiga en el sujeto o en el objeto del yo" ³².

El semejante en la estructura del Edipo

La cuestión de la función del semejante no se reduce, sin embargo, a aquella que atañe a los modos de ligazón amorosa, a la identificación -primaria o secundaria-; no se trata, por tanto, de concebir a ésta en términos de relación intersubjetiva de un modo general, ya que sólo sería concebible la intersubjetividad a partir de la existencia tanto del sujeto como del objeto. Se torna necesario precisar los diferentes estatutos del otro en los procesos de estructuración psíquica y, a partir de ello, la forma en que esto se juega, a *posteriori*, en el sujeto constituido.

Dijimos más arriba que la noción de relación de objeto no podía definirse sin una revisión de la teoría pulsional y ello en razón, agreguemos, de que se trata de una cuestión que está en el corazón mismo de la problemática de los orígenes del inconciente.

Que en los orígenes del inconciente se encuentre inscripto el otro humano, es algo que comienza a tomar peso y extensión en el psicoanálisis contemporáneo a partir, indudablemente, de los desarrollos de lo que se ha dado en llamar "el psicoanálisis francés contemporáneo", del cual Lacan fue la cabeza en el sentido más pleno del término.

Podemos ubicar, a fines ordenadores, dos grandes líneas presentes, a lo largo del siglo, en relación a la constitución del aparato psíquico. Ambas tiene, indudablemente, su origen en la obra freudiana, y no es mutilando las contradicciones en ella presentes sino poniéndolas a trabajar que se podrá salir de las *impasses* que esto representa.

³² O.C., Vol. XVIII, p. 100. El subrayado es de Freud.

Por un lado -y éste es el punto de partida pichoniano, el que lo obligó a abandonar el psicoanálisis, el que da origen a gran parte de las dificultades que encontramos a lo largo de sus desarrollos-, aquella que propone una especie de ser mítico, en el cual la sexualidad -en el sentido extenso, freudiano del término, que no se reduce a lo genital³³, emerge por una especie de preformado pulsional, por delegación de lo biológico en lo psíquico. Consecuencia lógica de esta posición teórica que considera al inconciente fundado por delegación de lo somático en lo psíquico, el concebirlo entonces como existente desde los orígenes, constituyéndose endogenamente y generándose, en consecuencia, la tópica, por diferenciación.

El semejante, reducida su función a paliar las necesidades autoconservativas del incipiente sujeto, y ayudando a través de ello a disminuir el montante de angustia al cual el embate pulsional lo deja sometido, no cumple sino funciones de acompañamiento, de rectificación, de tal modo lo vemos aparecer con dominancia tanto en la *Ego Psychology* como en el kleinianismo y sus derivados posteriores.

Por otro lado, toda una dirección que se inaugura a partir del psicoanálisis francés contemporáneo -como se llamó en sus comienzos, alrededor de los años 50'-, dirección que, apoyándose en toda otra vertiente de la obra freudiana, define la humanización, la constitución del sujeto psíquico, incluido en ello el inconciente, como efecto de las relaciones que el Edipo establece en tanto estructura preexistente en la cual la cría humana encuentra un lugar que define la constitución de su subjetividad a partir de su posicionamiento.

No nos extenderemos al respecto, hay ya suficiente bibliografía que se puede consultar, y, a lo largo de los años, estos temas se han ido incorporando al pensamiento cotidiano hasta formar parte de la ideología espontánea de casi todos aquellos que se aproximan tanto al psicoanálisis como a las diversas teorías grupales.

Sabemos, por otra parte, que estamos hablando de dominancias, y que aún dentro de estas posiciones hay líneas de encuentro que no permiten establecer diferencias de modo homogéneo y taxativo. Un autor como Winnicott, por ejemplo, ha dedicado gran parte de sus desarrollos a replantear la función materna en la constitución del psiquismo, sin poner por otra parte en cuestión, posiblemente debido a su raigambre -no sólo geográfica sino teórica-anglosajona, la existencia del inconciente desde los orígenes. Del mismo modo, el kleinianismo, que ha tenido una postura coherentemente partidaria del concepto de delegación -"la *phantasy* es el correlato mental del instinto", para

³³ Concebida como un conjunto de excitaciones y de actividades, existentes desde la infancia, que producen placer, es decir que no pueden reducirse a la satisfacción de una necesidad fisiológica de orden autoconservativo.

recordar un enunciado clásico que hizo escuela-, no deja de poner en correlación procesos de proyección e introyección, procesos en los cuales el inconciente mismo recompone sus objetos constitutivos de base, objetos residuales en última instancia aunque más no sea como efectos de estos procesos en los cuales la proyección es siempre primera.

Sin embargo, lo que nos parece necesario poner de relieve, es el hecho de que, concebida la constitución del sujeto psíquico en el interior de la estructura del Edipo, la cuestión del semejante, del otro humano, toma un giro radicalmente diverso, y es esta una cuestión que inaugura una perspectiva inédita en psicoanálisis. Al mismo tiempo, y realizando un balance que da cuenta de más de 40 años de estructuralismo y en momentos de reflujo de su dominancia, podemos señalar que la propuesta del inconciente fundado a partir de movimientos estructurales inaugurada por el lacanismo, al mismo tiempo que constituyó un giro revolucionario y abrió nuevas vías para pensar la cuestión del otro, produjo nuevas *impasses* que obligan a no desconocer que gran parte de sus desarrollos cayeron -tanto en lo que hace a la constitución del sujeto como a las consecuencias clínicas que de ello se derivan- en posiciones que echan por la borda postulados centrales del psicoanálisis: abandono de la teoría pulsional en aras de un espiritualismo deseante, liquidación del estatuto ontológico del inconciente y valor posicional del mismo por relación "a la barra resistente a la significación" (teorización que anula, de hecho, y en un mismo movimiento, conceptos centrales como el de represión, conflicto y resistencia), migración del inconciente infantil a la estructura parental, desaparición del carácter intrasubjetivo del síntoma y emplazamiento del mismo en el plano intersubjetivo, etc.

Muchos de estos desarrollos, conciente o inconcientemente, se han extendido a la familiología, dando un sustrato conceptual a posiciones que, de hecho, han reingresado al psicoanálisis luego de años de permanecer en sus márgenes. No podemos dejar de plantear a esta altura que la confusión existente entre, por una parte, metabolización fantasmática de la implantación de objetos sexuales, y condiciones reales, ambientales, de interacción, por otra, lleva a la mutación que pone en el centro de la estructuración tanto sintomal como psicopatológica en general, la vida familiar.

Reubicar, entonces, las condiciones de fundación del sujeto psíquico y los movimientos en tanto tiempos reales que la constituyen, será el objetivo de los próximos párrafos.

¿Qué tiene aún para ofrecernos la teoría estructural

Que la cría humana no se constituya a partir de sí mismo, que sus pulsiones, sus deseos inconcientes, sus fantasmas, no sean de origen endógeno

sino de aquello que se precipita sobre él y lo obliga a un trabajo de dominio y metabolización, es una opción que hemos asumido en el interior de la teoría psicoanalítica y que nos lleva a concebir la tópica psíquica como fundada exógenamente, es decir desde el exterior.

Recuperamos así la propuesta freudiana presente no sólo en la segunda tópica por relación a la fundación de las instancias secundarias, sino aquella que está presente en los primeros años de la obra, y que alude al lugar constituyente del semejante en la fundación misma de la pulsión y al carácter de precipitado de la fantasía.³⁴

Pero no se puede producir un deslizamiento fácil a partir de ello, no se trata de concebir una psicología social estructurante. En primer lugar, esto sería desconocer que en los orígenes del psiquismo no hay dos subjetividades en correlación, o en interacción, sino una subjetividad estructurada -la de la madre-, en correlación con un sujeto en constitución -el bebé-, lo cual plantea una asimetría radical y fundante del psiquismo humano.

En segundo lugar, porque, efecto de este encuentro, lo que se introduce en la cría son precipitados que encontrarán su punto de articulación intrapsíquico en la medida en que mayores niveles de complejización determinen modos de ensamblaje de los residuos de objetos originarios, descompuestos y recompuestos, en un producto nuevo determinado por su propia singularidad.

¿Qué tiene aún para aportar del concepto de estructura? Y, en relación a esto, ¿cuáles son los caminos que abre y las *impasses* a las cuales conduce? En los años pasados, la impregnación del estructuralismo abarcó grandes espacios en el interior de las ciencias, y especialmente en las ciencias sociales. Es de hacer notar, y el diálogo intercientífico lo permite, cómo los diversos campos del conocimiento se ven, en determinado período histórico, confrontados a problemas comunes. En las ciencias sociales del siglo, el problema central que se fue jugando con dominancias hacia uno y otro lado, fue el de la oscilación entre estructura e historia. ¿Se contraponen ambos? ¿Se puede concebir -persistencia del hegelianismo- a la historia como pura realización de la estructura (del Espíritu, del logos...)? ¿Se debe, por el contrario, considerar a la estructura como un producto de la historia? ¿Debe ser desechado el acontecimiento, del análisis antropológico, sociológico, psicoanalítico, histórico incluso?³⁵

³⁴ Tanto aquella presente en el "Proyecto", como en la "Correspondencia con Fliess", fundamentalmente en el **Manuscrito M**.

³⁵ Consultar al respecto Pierre Nora, *Faire de l'histoire*, Ed. Gallimard, París,

El análisis estructural, a diferencia de cualquier modelo que partiera de lo "interrelacional" aísla términos que luego pone en conjunción, yendo al encuentro de las relaciones que dan a los elementos que constituyen la estructura un valor posicional, e intentando la aprehensión de conjuntos cuya unidad los hace significativos. No se trata de una totalidad efecto de una sumatoria, sino de una antecendencia, una anterioridad de la totalidad que define la posición que cada elemento encuentra en ella. Dos ideas se manifiestan como centrales: la de interdependencia y la de totalidad, a esta última se subordina la primera.

El modelo, sabemos, viene de la lingüística, de la lingüística saussuriana, y es a partir de los años 30' que los principios del análisis fonológico son establecidos por Trubetzkoy -en Praga-, siendo retomados posteriormente por Levi Strauss para establecer los pasos del análisis estructural. Resumamos brevemente sus principios tal como fueron formulados en la Antropología estructural³⁶: En primer lugar, la fonología pasa del estudio de los fenómenos lingüísticos "concientes" a los "inconcientes" (no podemos dejar de señalar que gran parte de la confusión posterior operada por relación al concepto de inconciente -despojada de sus cualidades específicas, tomado como sinónimo de "no manifiesto"-, proviene de aquí). En segundo lugar, rehusa tratar a los términos como entidades independientes y toma como base de su análisis, por el contrario, las relaciones entre estos términos. Tercero: con el modelo estructural se introduce la noción de sistema. Por último, el análisis estructural busca descubrir "leyes generales", ya sea por inducción o bien deduciéndolas lógicamente, lo cual les otorga carácter absoluto.

Aun rescatando elementos centrales del análisis estructural, posiblemente uno de los problemas mayores consista en definir la unidad estructural de estudio. Hay indudablemente, en psicoanálisis, una teoría estructural; y no nos referimos a aquella producida en los últimos años a partir del estructuralismo lacaniano, sino a la generada por Freud en la segunda tópica. Las diferencias, sin embargo, son decisivas: para el freudismo, la unidad de análisis la constituye el aparato psíquico -el aparato del alma, para emplear la bella expresión, hoy un poco en desuso, empleada por Freud mismo, y que encierra una poética científica digna de un Bachelard. Por otra parte, no se cumplen todos los pasos del análisis estructural: si se pasa del estudio de los fenómenos concientes a los inconcientes -después de todo es el psicoanálisis el que ha puesto sobre el tapete esta cuestión del inconciente-, pero lo inconciente no es sólo, ni prioritariamente, una legalidad subyacente -aquella del proceso

³⁶ Levi Strauss, *Antropología estructural*,

primario- sino un conjunto de contenidos relativos al deseo, a la sexualidad infantil.

Respecto al segundo postulado, si bien, como acabamos de señalar, la tónica freudiana es considerada como un sistema en el cual las relaciones entre los términos es decisiva, y hay una dialéctica fina y precisa por relación al conflicto que pone en correlación deseo y defensa, el psicoanálisis no rehusa tratar a los elementos como unidades independientes, lo cual garantiza un estatuto diferencial a cada uno de ellos, abocándose a estudiar los términos que los componen así como las leyes que los rigen. De tal modo, aun en el interior de esa estructura que es el aparato psíquico, el inconciente es un sistema en sí mismo, provisto de su propia legalidad -la del proceso primario-, y con contenidos también propios.

Posiblemente la diferencia central que se plantee por relación al lacanismo, cuyo cuño levistraussiano es marcado, consista en cómo definir la unidad de base: si ésta es, como en el freudismo, el sujeto psíquico, o es la estructura del Edipo de la cual él constituye uno de los términos. La intervención de André Green en el seminario de *La identidad* que alrededor de la figura eje de Levi Strauss se realizara en París a fines de los 70', definía la cuestión en forma tal que la podemos considerar del más puro cuño lacaniano: "el sujeto sólo puede definirse desde la perspectiva psicoanalítica por su relación con sus progenitores. No aludo aquí al agente biológico de la procreación, sino al nexo de filiación imaginaria que vincula al sujeto con los integrantes de la pareja, de quienes es fruto, en el fantasma de deseo que ha presidido su venida al mundo."³⁷

No podemos suscribir este enunciado. Para el psicoanálisis, el sujeto no se define por su relación con sus progenitores, sino por su relación con el inconciente. El hecho de que el inconciente mismo se constituya por relación al deseo parental y por el posicionamiento del sujeto al respecto no implica que se puedan asimilar fácilmente las condiciones estructurales de partida con la estructura de llegada. Ubicar los términos de esta diferencia es central para recuperar los aportes del psicoanálisis francés contemporáneo sin que nuestra perspectiva del sujeto se diluya en un interaccionalismo intersubjetivo que pierda de vista los postulados freudianos de base.

Es en este punto donde se torna necesario volver a la cuestión del "realismo del inconciente", sobre la cual Jean Laplanche ha producido extensos desarrollos ³⁸ y acerca de lo cual hemos propuesto algunos otros tanto en lo que

³⁷ André Green, "Atomo de parentesco y relaciones edípicas", en Claude Levi Strauss, *La identidad, Seminario*, Ed. Petrel, Barcelona, 1981

³⁸ Ver al respecto Laplanche, Jean: *Problemática IV, El inconciente y el ello*, así como los *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, *op.cit.*

hace a la clínica de niños como a la metapsicología de la clínica en general. Posición, por otra parte, acerca de la cual no caben dudas en la obra freudiana, y que diferencia claramente el estatuto ontológico del inconciente -como algo que es-, de su conocimiento, es decir de las vías que permiten el acceso al mismo.

Si el inconciente es, si opera sin que el sujeto conozca ni sus contenidos ni sus procedimientos, se trata entonces de recentrar el conflicto psíquico en tanto intrasubjetivo, es decir produciéndose entre sistemas psíquicos, de modo inter-sistémico, pero en el interior de la tópica psíquica.

¿Qué lugar ocupa entonces lo inter-subjetivo, tanto en los orígenes del sujeto como a lo largo de los movimientos con los cuales la libido inviste sus objetos en los procesos psíquicos relativos al aparato ya constituido?

Sometido a un conjunto de necesidades que lo dejan inerme ante el cuidado del semejante, lo fundamental a señalar es que esta inermidad se produce en el marco de una "asimetría fundamental entre el niño y el adulto"³⁹, una asimetría en la cual la madre, cargada de sexualidad, atravesada por su propio inconciente, transmite con sus cuidados un *plus* de sexualidad, un *plus* irreductible a las necesidades básicas del cachorro, transmisión que, al mismo tiempo, que genera traumatismos -montos de excitación que deberán ser ligados- opera con carácter enigmático ya que el agente mismo de esta transmisión desconoce la emisión de los mensajes que envía por el hecho de que estos provienen de su propio inconciente.

A partir de mensajes libidinales, mensajes cuyo código escapa a la madre misma -en la medida en que son inconcientes-, un sentido a buscar se inaugura, ya que no hay código ni pérdida de sentido, sino "un sentido a sí mismo ignorado" que el niño tendrá que recomponer bajo modos de simbolización diversos. No es entonces la madre lo que se inscribe en el inconciente, ni siquiera su deseo como tal, sino algo que pasa descualificado, metabolizado, efecto de procesos de excitación que la cría humana intenta de algún modo domeñar, ligar, retransformar.

Parafraseando a Freud en "Duelo y melancolía", podemos decir que si "la sombra del objeto cae sobre el yo" en el duelo, es decir en el sujeto ya constituido, acá el objeto mismo se inscribe, cayendo sobre el incipiente sujeto, generando en él las condiciones de una excitación transformada a partir de esta intervención del semejante. Modelo que podemos seguir cuidadosamente en

Comentario [CAS1]:

³⁹ Laplanche, Jean: *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, parte II, "Hacia la teoría de la seducción generalizada", *op.cit.*

el "Proyecto"⁴⁰, y que fuera interpretado brillantemente por Lacan cuando, en el *Seminario de la ética*,⁴¹ definió al aparato psíquico a partir de esta intervención del otro como un aparato "totalmente construido contra el apremio de la vida", guiándose a partir de ello por los indicios de placer-displacer y no ya por los de la satisfacción de necesidades, e, incluso, en muchos casos - como ocurre con la conocida cuestión de la "alucinación primitiva"- contra ella.

Acá se genera, al mismo tiempo, lo que Laplanche ha denominado "objeto fuente", objeto de la pulsión que es el residuo indicial del objeto excitante proporcionado por el otro, objeto que, operando desde este rudimentario aparato inicial, da origen a la pulsión como algo que, proviniendo desde afuera, opera desde el interior -pero desde un interior que devendrá extraño al sujeto, desde un interno-externo, rudimento del inconciente.

Del lado del yo, por otra parte, la madre intenta la preservación de la vida. Sus cuidados se dirigen al alivio de las tensiones de necesidad a las que su cría se ve sometido. Imaginariza, ordena, se propone como modelo de lo humano, acá estamos del lado de lo que, suficientemente divulgado, se ha llamado "espejularidad", función que precipita en una matriz el retículo de ligazones que constituirá el yo del niño; función que otorga al mismo tiempo una identidad, produce una imaginaria unificación.

Vemos entonces al semejante, en los orígenes, inscribirse mediante un doble movimiento: fundación del inconciente por inscripciones pulsantes, descualificadas, seductoras, destinadas al *apres-coup* cuando la represión originaria separe las instancias psíquicas y regle el funcionamiento psíquico en sistemas diferenciales, y, del otro lado, del lado del yo materno, aprehensión de una totalidad que organiza una instancia del ser, de preservación del ser y de ordenamiento y contrainvestimento de aquello que en el inconciente será sepultado.

Si hay "relación de objeto", esto sólo puede ser pensado del lado de la madre: relación narcisista de objeto, relación de objeto amorosa y hostil, incluso relación "con" un objeto, en el sentido fuerte del término, ya que el niño es objetalizado por el semejante y, al mismo tiempo, deviene su objeto. Pero, como venimos desarrollando, ni siquiera esta relación de objeto abarca a la totalidad de la madre. Esto no es así desde el inconciente materno: el cuerpo del hijo, fragmentado en múltiples zonas erógenas, está también, a través de este procedimiento, constituido por una multiplicidad de objetos de la pulsión; objetos orales, anales, se brindan al placer autoerótico de la madre que recrea, mediante la crianza, sus propios secretos y desconocidos placeres de infancia.

⁴⁰ S. Freud, "Proyecto de psicología para neurólogos", *O.C.*, Vol. I, ap. "La vivencia de satisfacción".

Dos objetos diferentes se abren entonces a la investigación psicoanalítica: del lado del inconciente el objeto de la pulsión, concebido ahora como residuo, como indicio del objeto sexual ofrecido por el otro; del lado del yo, el objeto de amor-odio, aquel capaz de ligar, en un movimiento, la vida y el objeto en el sentido de lo objetal. Ambos en conflicto, en oposición tópica -es decir inscriptos en diversos sistemas psíquicos-, ambos de proveniencia diversa y de destinos diferentes.

Que el niño entre "como significante de la falta", como nos enseñó el estructuralismo psicoanalítico hace ya casi cuarenta años, no puede ser sino del lado de la castración materna, es decir de aquello que da origen al yo del niño, a su narcisismo, derivado entonces del narcisismo materno. Para el estructuralismo, la madre se ofrece como mónada -castrada, pero unidad al fin-, y queda, entonces, despojada de inconciente, de autoerotismo.

Las cuestiones que el estructuralismo deja sin resolver y que nos obligan a un replanteo general incluyen -por relación al tema que venimos desarrollando- por un lado, el concepto de estructura, que obliga a concebir los sujetos en ella instalados como sujetos homogéneos, como mónadas -y esto plantea una seria dificultad para conservar al inconciente como tal, como instancia, como efecto de un clivaje en el interior del aparato psíquico-; por otro, el modelo ahistórico que deriva del estructuralismo mismo.

Sin embargo, el estructuralismo psicoanalítico no dejó nunca de privilegiar, como eje de su propuesta, el carácter fundante de la estructura del Edipo -no de cualquier tipo de organización interhumana-, y no se confundió, al menos en sus principios teóricos, con un interaccionalismo que perdiera de vista el carácter sexuado del sujeto psíquico. Por el contrario, en un reciente Congreso realizado en Buenos Aires por la corriente sistémica acerca de los "Nuevos Paradigmas", el biólogo Ilia Prigogine, cuya obra es, por otra parte, evocativa para repensar muchas cuestiones relativas a nuestra propia práctica, dio un ejemplo del funcionamiento de la actual teoría de los sistemas. Bajo una propuesta que se propone establecer el monopolio del conocimiento en un intento de arrasar con las diferencias entre "ciencias exactas" y "ciencias del hombre", y reunificar todos los campos del saber bajo la égida de una supuesta metodología nuevamente universal, una nueva subordinación es establecida para comprender los fenómenos de la interacción humana. No nos extenderemos ampliamente en ello, sino para recordar un breve ejemplo dado en su conferencia: se trata de una comunidad de hormigas de las cuales, mientras la mitad trabaja hasta enloquecer, la otra mitad haraganea. Monitoreadas las hormigas, se retira a las trabajadoras, viéndose cómo el sistema se reproduce: una nueva bipartición es introducida y ahora la mitad de las holgazanas comienzan a trabajar de modo

⁴¹ Lacan, J.: *Seminario de la ética*, [ver referencia](#)

enloquecido mientras las otras, recostadas en éstas, mantienen su modo habitual de conducta. Evidentemente, al observador nunca le ocurrió que un hormigo, seducido por las piernas de una hormiga, deje su modo habitual de conducta y se dedique a seguirla por todo el hormiguero experimental introduciendo en el ordenamiento logrado variables inéditas que desacomoden el procedimiento de laboratorio tan cuidadosamente logrado.

Volvamos al estructuralismo psicoanalítico, entonces, cuya fecundidad es innegable pero cuyos obstáculos arrastramos. Concebir a la estructura del Edipo como constituida por cuatro términos: padre, madre, niño, falo -recuperando la estructura primordial del avunculado levi Straussiano-, si bien constituye un ordenador importante para la comprensión de las condiciones de origen en la fundación del inconciente, es hoy, indudablemente, insuficiente; más aún, si no se retoma el carácter clivado de la madre como excitante y narcisizante, dando origen a dos instancias, se pierde el origen mismo del inconciente infantil, diluido en el interior de un inconciente parental, definido por un espiritualismo deseante y no por el carácter indomeñable, pulsional, que el concepto de inconciente guarda siempre en Freud -y cuyo carácter mortífero, atacante, constituyó las preocupaciones centrales de Melanie Klein, destinando a ello su obra tanto bajo los aspectos teóricos como clínicos.

Una breve reflexión respecto a las instancias que Freud denominara "superiores", la de la conciencia moral y la del ideal del yo, efecto de la identificación secundaria efectuada mediante la incorporación de la función paterna en tanto función de prohibición del incesto -en la constitución del superyo-, para dejar planteado que ha sido tal vez objeto de una cierta simplificación, llevando a una fácil homologación entre ley y autoridad (cuyos efectos más graves se ven en ciertas nociones extendidas en la clínica de niños y en ciertos tratamientos de familia- y en la cual se pierde de vista que su carácter no es un derivado homogéneamente protector). El ejercicio de la función paterna que culmina con la identificación constitutiva del superyo en su doble vertiente -conciencia moral e ideal del yo-, se establece en el marco de una relación humana profundamente conflictiva, en la cual es inevitable que se agiten fantasmas mortíferos tanto del lado del niño como del padre: es porque el padre entra en rivalidad con el hijo, porque él mismo ha reprimido duramente su propio Edipo, porque se ve atravesado por sus propios deseos inconcientes a los cuales somete, que esta función puede ser ejercida. Algo de tal nivel de complejidad no puede reducirse a una fórmula simple ni reificado en sí mismo; tal vez el estigma mayor que soporta sobre sí cierto estructuralismo formalista psicoanalítico es el de haber banalizado el sufrimiento humano bajos fórmulas de distanciamiento e intelectualización, y haber propuesto una teleología de la castración que adquiere cierta semejanza con una ideología de la resignación.

Relaciones entre lo inter y lo intra-subjetivo

Intentemos, luego de estos recorridos, resumir ciertos elementos que nos permitan definir las relaciones entre lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo; tratemos de ubicar algunas categorías a los fines de una sistematización:

1. La tónica psíquica se constituye en el marco de relaciones de cultura que implantan, en el sujeto en ciernes, tanto los objetos sexualizantes que dan origen a la pulsión -es decir generan las bases del inconsciente- como las vías de ligazón y contrainvestimento que precipitan las instancias segundas -yo y superyo.
2. Estas relaciones estructurantes son sostenidas por sujetos reales, clivados, atravesados por una historia que se plasma tanto en las formas de seducción precoz con las cuales sexualizan a la cría -vehiculizadas a través de los cuidados precoces y, por supuesto, ejercidas a espaldas de sí mismos-, como en los modos de estructuración de las prohibiciones y pautaciones con las cuales ofrecen los modelos de represión de lo que ellos mismos han constituido.
3. No es del lado del niño de los orígenes donde hay que buscar la "relación de objeto". Desde el adulto sexualizante hay dos modos de establecer la relación al cachorro humano: por una parte, en tanto relación de la pulsión a su objeto, y, por otra -del lado del narcisismo y de las ligazones que de él derivan- como relación de objeto a un objeto total y totalizante, y, en tal caso, de amor y de odio. El famoso "*das kleine*" freudiano, que homologa el pene al bebé en la sexualidad materna, debe ser concebido entonces, por una parte, del lado directo del placer de órgano, y, por otra, del lado de lo que el lacanismo, siguiendo los textos freudianos sobre la sexualidad femenina, ha denominado "significante de la falta", aludiendo al carácter de objeto totalizante de la completud por relación a la madre castrada. De tal modo, la relación de objeto, en el sentido freudiano del término, sólo se establece desde esta instancia narcisizante-objetalizante del semejante, y no abarca la totalidad de los cuidados propiciados en la crianza.
4. Es el imaginario materno de estar en el marco de una "intersubjetividad", con la atribución de deseos, angustias, fantasías y pensamientos de todo tipo a la cría, el generador de la subjetividad de la misma. Que ello, eventualmente, no se

produzca de este modo no implica, sin embargo, que no haya hominización. Es suficiente que la madre pulse al bebé, aún sin tener una representación totalizada del mismo, para que las condiciones de la implantación del objeto-fuente de la pulsión se produzcan. Ello puede generar, si se produce de este modo, las condiciones de una psicosis; pero la psicosis infantil es ya un producto humano; en tal sentido, hominización ha habido, aun cuando esta hominización sea fallida.

5. Respecto al niño en estructuración, entonces, la intersubjetividad es un tiempo segundo. No hay "relación de objeto", en el sentido en que es concebida tanto por Freud como por el psicoanálisis post-freudiano: como relación con un objeto de amor y de odio, en los orígenes del sujeto psíquico. La relación es, en estos tiempos primeros del psiquismo, con el objeto de la pulsión.
6. Este objeto de la pulsión, si bien exógeno por su origen, opera a partir de su inscripción; en tal sentido, no es exterior al aparato. Hay que distinguir entre el origen exterior del objeto y el objeto de la pulsión constituido por "apuntalamiento" en este objeto exterior -siguiendo lo ya expuesto de una diferencia establecida por Freud mismo, aun cuando no reconocida en su contradicción, entre apuntalado en lo somático y apuntalado en el objeto. El objeto de la pulsión es siempre un objeto-fuente representacional, desligado del objeto de proveniencia, que ha cortado sus nexos con el referente, y, en tal sentido, constituye la materialidad de base del inconciente.
7. Este objeto de la pulsión, por otra parte, se constituye de modo residual y a partir de los indicios del objeto originario: no es el pecho lo que se alucina (en la alucinación primitiva definida por Freud), sino los signos de placer que acompañan el encuentro con el mismo. La noción de alucinación primitiva pone en juego entonces un modelo acerca del surgimiento, de la génesis de la sexualidad, bajo el modo de implantación y recuperación auto del objeto. Como toda alucinación, no se tratara de la creación interna de algo inexistente, a partir de la nada, sino de una recreación de lo real regida por los modos de funcionamiento del deseo. No se tratara entonces de la leche ni el pecho reales, sino de los indicios de placer-displacer que se imprimen a partir de intervalos diferenciales en la mamada. En este movimiento los elementos sensoriales en juego: calor, olor, textura, acompañando

las sensaciones de bienestar-malestar, inscriben las huellas de la experiencia de satisfacción que funcionarán en todo reencuentro con el objeto y guiarán los movimientos de la pulsión, en tanto "pulsión de indicio".

8. Es a partir de la existencia de esta "pulsión de indicio" que el objeto externo puede ser investido, al recuperarse en el las huellas del objeto primordial inscripto. Los procesos de investimento de objetos del mundo no son inmediatos sino efecto de la interposición del objeto sexual otorgado por el semejante. Si esto no ocurriera, los indicios serían del orden autoconservativo, ligados a necesidades básicas; el hecho de que haya una feliz conjunción entre ambos es efecto de la coincidencia entre objeto satisfactor externo y objeto pulsante también externo -capaz de ser recubierto por las huellas deseantes. Cuando esta coincidencia se fractura en un tiempo en el cual este fenómeno ya se ha instalado, como lo muestran los desarrollos de un Spitz, por ejemplo, la dominancia de lo sexual entra a funcionar en contra de lo autoconservativo y poniendo en riesgo la vida misma -lo que demuestra el carácter perturbante, "pervertidor" de lo autoconservativo, conque la sexualidad humana opera en el cachorro humano (los ejemplos clásicos de perturbación de funciones, tales como las anorexias y bulimias, van en la misma dirección).
9. Que la pulsión de indicio se metonimice en el objeto de amor es parte de un proceso que engarza por desplazamiento objeto de la pulsión-objeto de amor (e incluso organiza, por represión, las formaciones reactivas que constituyen los repudios más primarios del psiquismo respecto a objetos eróticos, y que pueden sostenerse a lo largo de toda la vida). Proceso producido sobre la base de movimientos tanto de represión como de sublimación, que permiten la mutación del erotismo en ternura.
10. Si bien Freud, como dijimos anteriormente, superpone con frecuencia ambos objetos (el del erotismo y el del amor), realiza una diferenciación taxativa en "Psicología de las masas y análisis del yo" cuando marca el carácter desexualizado del objeto de la ternura proponiéndolo como el producto de la renuncia a la mayoría de las metas sexuales infantiles, y definido por pulsiones que es preciso llamar "de meta inhibida".⁴²

⁴² Cf. "Psicología de las masas y análisis del yo", cap. VIII: "Enamoramiento e hipnosis", O.C., t. XVIII, p. 105 y sig.

Es en la combinatoria entre "amor sensual" y "amor no sensual", celestial -para seguir la terminología en ese mismo texto acuñada-, donde coexisten pulsiones de meta inhibida con pulsiones no inhibidas.

11. Los movimientos psíquicos primarios no están constituidos entonces ni por "vínculos" ni por "relaciones de objeto" amorosas, sino por relaciones puntuales, eróticas, de enlace con los objetos pulsionales. En esos tiempos del sujeto incipiente, El intercambio es una ilusión del psicólogo, como bien lo puntualizó Winnicott.
12. Será cuando el sujeto en estructuración haya atravesado el movimiento que va del autoerotismo al narcisismo, y de este al amor de objeto, cuando se pueda hablar de una verdadera intersubjetividad y, en tal caso, de relación de objeto, o de relaciones de objeto recíprocas. Sin embargo, aun cuando encontremos en la constitución de estos procesamientos una verdadera génesis histórica, es necesario tener siempre presente que no hay superación integradora de los mismos. En el inconciente, las pulsiones siguen operando como tales, con su carácter discreto y definidos sus movimientos por indicios que guían su accionar. De modo tal que en toda relación al semejante habrá compuestos cuyas proporciones son variables, en las cuales se conjuguen los indicios pulsionales, los modos de recaptura narcisística y la relación de objeto con reconocimiento de las diferencias en tanto tales (reconocimiento de existencia de un objeto exterior plausible de ser amado aun cuando no forme parte del yo, y no sólo odiado, como ocurre en las dominancias narcisistas que se rigen por los principios de lo que Freud denominó, en Pulsiones y destinos de pulsión, "el yo placer purificado"). Estas dominancias se producirán por razones diversas, de acuerdo al momento y tareas planteadas por las oscilaciones libidinales de la vida del sujeto, por la estructuración subjetiva singular, por el activamiento traumático de representaciones arcaicas reinvestidas, por citar las que consideramos más importantes al respecto.

El psicoanálisis no puede diluir esta complejidad en fórmulas empobrecedoras. La reinclusión del semejante en la constitución psíquica, así como los modos posteriores de relación al mismo: seducción originaria,

modelización narcisística de las identificaciones, implantación del sistema de prohibiciones e ideales, de ser reubicados y conceptualizados, pueden ofrecer un sustrato más racional a nuestra praxis y posibilitar una práctica clínica que, sostenida en la metapsicología, permita el ordenamiento de un campo en el cual el crecimiento desordenado de las malezas atenta contra su fecundidad.

Los aportes que de ello se derivan para una teoría de los grupos, constituyen el objeto de otros desarrollos de este mismo libro.

CAPITULO 3

El inconciente y el Grupo

➤uestra intención es poner en revisión una serie de postulados de base que hacen a la teoría y la práctica grupales. Nos veremos obligados, entonces, a realizar cierto recorrido en las páginas siguientes por algunos conceptos desarrollados por Freud respecto a los fenómenos de masas, así como a nociones claves presentes en la obra de Pichon Rivière, cuyo objetivo es plantear un reposicionamiento ante estos últimos, preguntarnos a qué distancia nos podemos situar hoy de sus desarrollos.

En el capítulo anterior desarrollamos ya una serie de cuestiones relativas a las relaciones entre lo intra-subjetivo y lo inter-subjetivo con vistas a reubicar, a partir de ello, la discusión con distintas formulaciones que aparecieron como centrales en la teoría de los Grupos Operativos; formulaciones que, más o menos *aggiornadas*, siguen, de uno u otro modo, formando parte de la mayoría de las propuestas que dentro de las teorías grupales actuales se realizan; posiblemente porque lo que sigue obstaculizando la resolución de tales cuestiones es aquello que arrastramos aún como no resuelto en el debate interno del psicoanálisis mismo, por relación a la constitución del sujeto psíquico -al carácter endógeno o exógeno de esta fundación.

Uno de los inconvenientes que enfrenta aquél que se aproxima a los temas que estamos desarrollando será el abordaje, la metodología con la cual acceder al conocimiento. Este no es un problema menor en la transmisión del psicoanálisis ni en la enseñanza de las ciencias sociales en general. Se repite así algo que es inherente a la constitución misma del sujeto psíquico, algo relacionado con los orígenes, cuestiones que empezamos a desarrollar en los capítulos anteriores y a las cuales seguiremos abocándonos.

Retomemos algunos elementos, bien conocidos, de la posición del niño en el momento del nacimiento. Además de las necesidades biológicas que padece, y en razón de su indefensión, es zambullido en un mundo de excitaciones y símbolos cuyo sentido se le sustrae y cuya significación deviene imperiosa a lo largo del tiempo. Para apelar a una imagen ya clásica, una red significativa es arrojada sobre él, y en la incipiente malla que empieza a constituirse en el psiquismo precoz, sólo algunos significantes son aprehendidos. Sobre este entramado básico se tejara luego toda la trama del lenguaje, la que abre las posibilidades de establecer dicha significación.

Imaginemos el absurdo de una experiencia en la cual una especie de deletreo de los objetos que se ofrecen fuera propuesta como modelo pedagógico de aprendizaje del lenguaje. En la crianza normal la palabra acompaña a la vivencia, cumple funciones de simbolización, despega al significante del objeto, le da su carácter de organizador.

El lenguaje es en la cría humana, un organizador segundo, algo que viene a otorgar a la vivencia un orden de significaciones del cual quedaría despojado el

sujeto si se viera sometido a la pura inmediatez de su exigencia, sea biológica, sea libidinal. Sin embargo, sabemos que el prerrequisito de que este organizador segundo se constituya esta dado por el hecho de que el niño se estructura en el interior de relaciones de crianza con sujetos que ya poseen el lenguaje y que otorgan, por ello, una significación a priori. En esta matriz originaria se generan las condiciones de toda significación, de todo pensamiento, y es a partir de ella que se podrán recomponer sentidos, revisar a posteriori lo a priori determinado, inaugurar nuevas propuestas, ampliar, contradecir, enriquecer, descartar, retrabajar lo originariamente inscripto.

Desconstruir la ilusión de una unidad imaginaria

Algo similar ocurre con la aprehensión de nuevos conocimientos. Es necesario dejarse forzar por cierta "violencia necesaria" -parafraseando la conceptualización que Piera Aulagnier nos ofreciera en su modelo de la constitución psíquica- en la adquisición de conocimientos, ya que si bien "no hay lector supremo", toda lectura cabalga sobre otra lectura posible, en primera instancia de la realidad, en segunda instancia, de su conocimiento⁴³.

Se ha discutido mucho, en los últimos años, si existe una "didáctica" de transmisión de los conocimientos analíticos; desde dónde y cómo leer la obra de Freud, por ejemplo. El viejo sistema de lectura cronológica se ha mostrado impotente para producir verdaderos procesos de apropiación y ha devenido, en muchos casos, puro recurso para la fundamentación de una empiria que no puede dar cuenta de sus fundamentos. Sabemos que alguien puede pasar varios años leyendo textos que van desde 1894 hasta 1915 sin que por ello tenga un panorama de los principales problemas planteados. La ilusión constructivista ha caído, y por el momento parecería que una génesis del conocimiento sólo es posible por rupturas, resignificaciones, saltos en el tiempo, ordenamiento lógico-conceptuales.

En el aprendizaje del proceso grupal algo del mismo orden se produce. Los conocimientos, que obligan a una apropiación trabajosa por parte de los miembros de un grupo, no pueden ser ofrecidos de una vez y para siempre. Requieren ser otorgados, pese a la ilusión totalizante con la cual el sujeto se aproxima al

1 Sin embargo, las condiciones de reducción de esta violencia necesaria y de sus efectos patógenos en el procesamiento de conocimientos deben estar dada, pensamos, porque quien los produce dé cuenta, al mismo tiempo, de su encaminamiento, de su manera de construirlos, y los engarce en un entramado que permita ubicarlos en una genealogía de la producción. Si ello no opera de este modo, la creencia -que siempre ocupa un lugar destacado en las certezas- obtura todo desarrollo posterior y cercena las posibilidades de apropiación crítica. En este último caso, se trata de sujeto contra sujeto bajo los modos especulares que a partir de Lacan conocemos: engolfamiento pasional o agresividad destructiva; la ausencia de triangulación y de circulación generacional no abre espacio a procesamiento alguno.

fenómeno, bajo modos de resignificación, espiralados, por aproximaciones sucesivas. Se trata, tanto en lo que hace al sujeto psíquico como respecto al *corpus* teórico, de *desconstruir la ilusión de una posible unidad imaginaria*. Toda constitución totalizante, unificada, se pone en juego o entra en riesgo frente a un cuerpo teórico del cual no hay apropiación posible sino a partir de su desconstrucción.

Y la irritación que produce este movimiento, insoslayable, por otra parte si no queremos quedar atrapados en un empobrecimiento dogmático que reduzca a tres o cuatro fórmulas el abierto campo a abordar, no hace sino reproducir nuestra irritación, sufrido a lo largo de la vida, cuando nos veíamos obligados a recorrer, trabajosamente, los procesos complejos y desgarrantes con los cuales hemos tenido que ir construyendo y desconstruyendo certezas.

Más allá de la perturbación inicial, sabemos que no hay nada más perjudicial para el conocimiento que el juego de "rellenamiento" de las cabezas. Cada sujeto se aproxima al objeto a conocer con nociones, con ideas preconcebidas, con preconceptos, con prejuicios, y rellenar es montar sobre lo anterior, en una superposición que anula las diferencias y en una sumatoria que no abre posibilidades de transformación. Para ir a una metáfora matemática: si se suman números racionales, positivos y negativos, la resultante es cero; no es por sumatoria que se puede producir un salto cualitativo, sino a partir de las peculiaridades de los conceptos en juego y remitiendo cada uno a su orden de pertenencia.

La teoría bachelardiana del obstáculo

Retomemos la perspectiva bachelardiana⁴⁴ para subrayar que el conocimiento no se realiza en forma acumulatoria, sino que su procesamiento pone en juego la desconstrucción de una evidencia primera, poniendo en tela de juicio el dato puro en apariencia, para abrirlo al campo del concepto.

Fue bajo la nominación de *obstáculo epistemológico* que Bachelard inauguró la cuestión de aquello que obtura, del lado del sujeto, la posibilidad de procesar los conocimientos quedando adherido a la evidencia primera. El planteo no era lejano, en el plano del conocimiento científico, a aquello que por la misma época conocimos en psicoanálisis como modos de *desconocimiento yoico*, en la medida en que ponía el eje

2 Vigente pese al silenciamiento en el cual cayó a partir de cierto deleite irracional que empapó a grandes sectores del psicoanálisis argentino a partir de fines de los 70'. Es a su perspectiva, por otra parte, a la cual seguimos permaneciendo fieles en la medida en que pensamos que expresa un modelo del racionalismo que no es ajeno a la obra de Freud. El lector que por razones generacionales fue excluido del placer de su lectura, puede consultar *La formación del espíritu científico*, *El compromiso racionalista*, y aún *Psicoanálisis del fuego*, *La filosofía del no* o *La poética del espacio*, para aproximarse a una de las mentes más lúcidas y poéticas del siglo en el plano de la epistemología.

en el grado de abrochamiento del sujeto, en su modo de conocer, a partir de cierto emplazamiento del campo de la mirada.

Pero lo más importante, lo que hoy nos parece necesario recuperar para el tema que nos ocupa, es que el proceso de construcción y de apropiación de conocimientos se establece siguiendo cierta presión, cierto forzamiento, que no hace sólo a la aprehensión del objeto sino a un movimiento en la posición de sujeto. El sujeto de conocimiento no es ni *tabula rasa* ni sujeto definitivamente constituido, su posición juega constantemente en un relanzamiento en el cual conocer es posible, pero en órdenes de determinación en el cual nuevos obstáculos se presentarán a medida que el conocimiento se construye.

Obstáculo y enigma traumático

Sin embargo, pensamos que la teoría del obstáculo puede ser repensada desde otra perspectiva, si ponemos hoy en correlación obstáculo -concebido del lado del sujeto- como defensa, y enigma traumático, como aquello de lo cual el sujeto se defiende cuando a nuevas cuestiones se enfrenta.

Veamos como es planteado esto desde la situación originaria. Dijimos anteriormente que el niño es inmerso en un mundo de signos, en un mundo significativo cuyo contenido se le escapa pero cuya significación se hace imperiosa. El *enigma* es constitutivo de la situación infantil, y es, a su vez, fundante de la marcha del sujeto por los caminos que debe recorrer a lo largo de su constitución sexual, y a lo largo de la constitución intelectual que la acompaña. Quien eche una ojeada desprejuiciada al viejo tema del Edipo tal como nos es presentado por Sófocles, verá que junto a la cuestión del destino, presente en toda la obra, y a aquella otra del incesto, que tanto nos ocupa a los psicoanalistas y que hace al eje mítico del texto, la cuestión del enigma ocupa un lugar central. El "quién es el que sabe, y qué hace con ello", ocupan un lugar preponderante, anudando la cuestión del deseo y del inconsciente a aquella del saber. En años recientes, Foucault ha realizado un lúcido estudio al respecto -desde un ángulo inédito, como todo lo que surge de su obra-, en el cual formula lo siguiente: "Me propongo demostrar cómo la tragedia de Edipo, que puede leerse en Sófocles -dejaré de lado el problema del fondo mítico ligado a ella- es representativa y en cierta manera instauradora de un determinado tipo de relación entre poder y saber, entre poder político y conocimiento, relación de la que nuestra civilización aún no se ha liberado"⁴⁵. Desde otro ángulo, Peter Drucker, conspicuo predicador del *management* y gurú del capitalismo moderno, afirma,

⁴⁵ Foucault, Michel [VER REFERENCIA]

en su libro *Sociedad postcapitalista*, que el conocimiento y no el capital es la nueva base de la riqueza⁴⁶.

Que la civilización pueda o no liberarse de esta relación entre poder y saber, es cuestión que no parece muy cercana -más bien, siguiendo a autores como Lyotard, cuando describen la problemática de la postmodernidad, parecería que toda esta etapa histórica está sostenida en una agudización de las relaciones entre poder y saber-, y sabemos también que ha habido intentos serios, a lo largo del siglo, si no por resolverla al menos por encauzarla⁴⁷, pero desde el psicoanálisis conocemos el obstáculo mayor que se establece ligado a ello en lo que hace a las relaciones constitutivas que introducen al niño en los misterios de la vida. Los orígenes mismos están marcados por esta relación entre saber y poder, y ello no es una cuestión menor de la fundamental asimetría que rige las relaciones entre el niño y el adulto. A los fines que nos interesan subrayemos que la cuestión del saber se liga, de inicio e inevitablemente, al problema del poder, en las relaciones primerísimas que marcan a la cría de hombre en su vínculo con el adulto.

Lo novedoso, aquello que no se había pensado y que Jean Laplanche ha puesto de relieve, es que si el adulto no puede transmitir sino un saber a medias, ello es debido a que algo se sustrae al propio adulto en la medida en que, atravesado por su propio inconciente, sostiene con el niño relaciones de deseo que a sí mismo le son desconocidas. De esto se trata cuando decimos que el adulto propone al niño, en el proceso de crianza, un conjunto de significantes cuyo sentido es a sí mismo ignorado.

La teoría de la seducción generalizada tiene el mérito, al respecto, de poner de relieve que la fundamental asimetría que rige las relaciones entre el adulto y el niño, no se resuelve con una propuesta de crecimiento o de autonomía, como se pretendiera desde ciertos postulados de la *Ego-psychology*, sino que se plantea como meollo de las relaciones de transferencia y de la depositación que todos los seres humanos realizan en la búsqueda de un saber absoluto en el semejante idealizado, un saber absoluto del cual él mismo se supone despojado.

Si pensamos esta cuestión del enigma desde otro lado, del lado de la pasivización que se produce a partir de la brusca inmersión en este mundo de

⁴⁶ Cf. Schwartz, Peter: "El gurú de los poderosos", en *Futuro*, suplemento del periódico *Página/12*, Bs.As., 24 de julio de 1993.

⁴⁷ De algún modo en ello se basó, ilusoriamente, la pedagogía socialista para intentar resolver la contradicción existente entre el trabajo manual y el trabajo intelectual -como sí se tratara de algo inherente a las conciencias de los hombres y no a un proceso complejo de transformación en la producción misma. Sin embargo, la impudicia con la cual hoy, incluso algunas corrientes psicoterapéuticas, pretenden "formar parte de los decididores" -es decir de los sectores que pueden incidir en la toma de decisiones en una sociedad postmoderna en la cual se agranda el abismo entre quienes se atribuyen esta función y el resto de la población- da cuenta del nivel de

símbolos en el cual el sujeto se constituye, podemos encontrar otro ángulo fecundo para pensar la cuestión grupal.

Algo de todo esto que estamos describiendo se reproduce en los momentos de aproximación a un nuevo objeto de conocimiento, y en aquellos de comienzo de un grupo: "¿Qué quiere de mí el texto, el semejante, lo desconocido que me enfrenta?" Se asiste al grupo, se abre el libro, con la esperanza de encontrar todas las respuestas; y cuando se accede a nuevas contradicciones, las respuestas halladas, una vez obtenido el placer inicial del descubrimiento, abren nuevos enigmas que pueden derivar en un movimiento placentero de reenvío hacia adelante, o de frustración e impotencia por lo fugaz del goce obtenido.

El carácter traumático que tiene el enigma deriva, en este caso, de la exigencia de trabajo que propone al psiquismo para ligar aquello que se desliga cuando las certezas obtenidas se desanudan en una circulación que sólo puede detenerse momentáneamente al religarse en un reordenamiento de nuevos fragmentos de verdad.

La antropomorfización de la teoría se presenta entonces como defensa posible. El riesgo mayor que ello encierra consistiendo en la evitación, por parte del sujeto, del reconocimiento de la no-unidad de la teoría, con la consecuencia cerrazón a toda posibilidad de comprensión de lo real y una recurrencia a lo conocido. Quedando el *corpus* teórico equiparado al cuerpo materno, donador de sensaciones de protección y garantía de existencia, la conclusión inevitable es que el dogmatismo no es un destino azaroso sino frecuente, para quienes a él se acogen, en aras de defenderse de un derrumbe de las certezas instituidas.

Obstáculo epistemológico y traumatismo ofrecen así dos caras de un mismo fenómeno, de la compleja dialéctica de su funcionamiento depende la posibilidad de estructurar, en el proceso grupal, nuevas posibilidades tanto para el sujeto como para el enriquecimiento de la teoría misma.

Relaciones entre lo intra y lo intersubjetivo en el proceso grupal. Si el enigma y el traumatismo constituyen dos postulados de base por relación a nuestra comprensión de la construcción del conocimiento, es necesario que definamos ahora nuestra concepción acerca de la inserción del sujeto en el proceso grupal.

Partamos de la idea de que todo sujeto llega a un grupo como sujeto escindido, es decir sujeto de inconciente que ha transitado una historia singular que constituye sus inscripciones psíquicas. No se relaciona, entonces, con el otro como una mónada a otra mónada, sino que es atravesado por un conjunto de fantasmas, efecto de su propia historia en el transitar por esa estructura de cultura que es el

deterioro de un entorno ético que otorgue un marco de racionalidad social a las prácticas supuestamente clínicas.

Edipo. Esta historia cuaja en una nueva estructura, a su vez, intrapsíquica: entre la estructura de partida, edípica, y la estructura de llegada, intrapsíquica, se han producido metabolizaciones, retransformaciones, algo que define el aparato psíquico en cuestión.

No hay algo "individual" que deba pasar "a lo social", como la propuesta ingenua de cierta psicología social nos ha planteado, sino algo que ha devenido *singular*, pero cuyo carácter es histórico, y en última instancia efecto de relaciones sociales primarias -social en el sentido más amplio del término: humanizante, "no natural". De una estructura de partida, compleja -el psiquismo del semejante en el interior de la estructura del Edipo-, se ha constituido una estructura de llegada, marcada por el mismo índice de complejidad, compuesta de elementos no homogéneos, escindida.

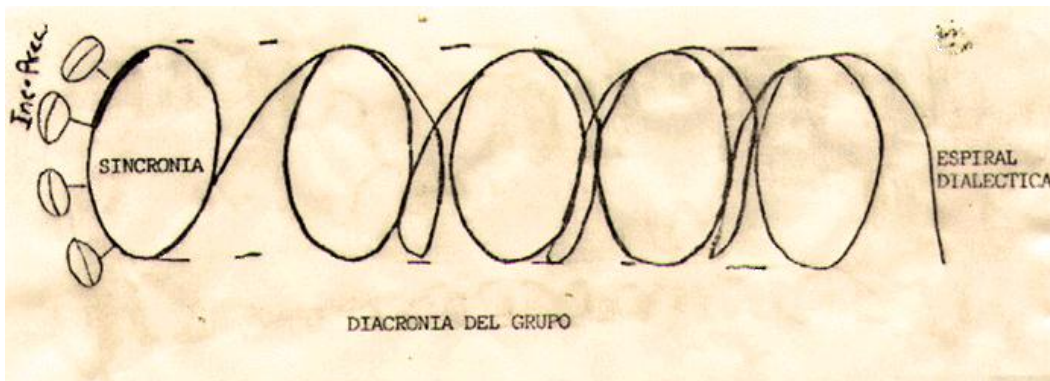
Con esta estructura llega el sujeto al grupo. Atravesado por fantasmas de diverso orden, por representaciones deseantes y por angustias activadas. No puede reducirse, entonces, el estudio de los grupos al fenómeno "interpersonal"; no puede quedar su conceptualización en la mera descripción del fenómeno al cual el observador accede. El hecho de que un sujeto interactúe con otro no es en sí mismo explicativo de nada, si no se encuentran las determinaciones que producen tal o cual tipo de interacción, determinaciones que hacen que un tipo de interacción se establezca, se conserve o se rompa. En el grupo veremos emerger relaciones en red, entre el conjunto de los integrantes, y también relaciones parciales entre algunos de los miembros. La cuestión es encontrar a qué tipo de significación responden, qué tipo de dinámica las determina.

Qué podemos recuperar de la teoría estructural para el análisis grupal

El grupo actualiza, desencadena, resignifica una serie de fantasmas que atraviesan a quienes lo conforman. El inconciente de cada uno de los miembros, en su singularidad, hace que responda de una u otra manera a la situación compartida (el inconciente, por supuesto, en sus relaciones con los otros sistemas psíquicos; relaciones de conflicto y de colaboración intrapsíquicas). Cada uno de los movimientos internos del grupo será pensado entonces en función de la detección de un sentido a capturar. Estamos en un principio de "significación", no de realidad; los hechos se juegan en planos donde las interacciones dan cuenta de significaciones a develar, es decir a hacer manifiestas, arrancadas de su carácter latente.

Pichon Rivière acuñó dos términos que nos parece necesario conservar de manera descriptiva: lo *horizontal* del grupo -que alude al conjunto de interacciones que en él se producen-, lo *vertical* del sujeto -modo con el cual cada miembro se instala en esta horizontalidad. Estos dos vocablos deben ser llenados de contenido, y eso es lo que hemos intentado hacer en las páginas precedentes.

Y bien, producido el acontecimiento, es decir una acción manifiesta en el grupo, algo que "ocurre", hay un primer momento de corte. Desde la horizontalidad grupal, uno o varios miembros actúan precipitando algo que deviene "el hecho grupal", hecho cuya significación debe ser construida. Desde la verticalidad de los sujetos en cuestión, es decir desde los aparatos psíquicos singulares, desde los fantasmas que en su interior se agitan y las angustias que los atraviesan -es decir



lo que los determina realmente como "emergentes"-, este acontecimiento puede convertirse en un índice a lo largo de la historia del grupo, un índice cuya insistencia dé cuenta de una posición determinada por la intrasubjetividad de cada uno en la estructura grupal.

En el corte estructural, en el aquí y ahora grupal, una doble historia se despliega: por un lado, la que el grupo mismo va construyendo; por otro, aquella que hace a la singularidad de los sujetos que lo constituyen, historia que el grupo reactualiza y que, en este movimiento de reactualización, no puede dejar de significar -lo cual inaugura la posibilidad de transformación, es decir de *elaboración simbolizante*.

Apelaremos a dos vocablos acuñados por el estructuralismo para dar cuenta de este movimiento: la *sincronía* -aquello que se da en orden de simultaneidad, lo que permite el ejercicio de un corte que posibilite la lectura de los elementos presentes en la estructura-, y la *diacronía*, que implica un devenir, una sucesión, pero una sucesión que opera bajo el modo de lo discontinuo -produciéndose a partir de ello la posibilidad de origen de nuevos procesos estructurales.

Veamos en un diagrama este movimiento en el grupo:

1- Hay *determinación latente sincrónica*, en un momento que puede puntualizarse en el proceso grupal -determinación a la cual no denominamos inconciente ya que reservamos este término para el inconciente singular, en el sentido psicoanalítico, de los sujetos.

2.- Hay *diacronía* en un doble movimiento, aquella de los sujetos que participan del grupo, y la que el mismo grupo va generando en su accionar. Diacronía, por otra parte, que se actualiza en la sincronía grupal.

3.- Cada sujeto interviene en esta sincronía-diacronía con su propia estructura psíquica; y en sus interacciones con los otros, a partir de los efectos que esta situación grupal determine, actualizará dicha estructura singular.

4.- Se constituirá así una *trama*, red de interacciones determinadas por la situación grupal, que actualizará una estructura previa resignificándola. Esta trama será determinante para el logro del objetivo del proceso grupal.

5.- El develamiento de esa red, en tanto *estructura latente*, permitirá el pasaje a otro momento del proceso de constitución del grupo.

Una observación del diagrama muestra que los sujetos que constituyen el grupo aparecen escindidos; cada uno de ellos participa del proceso grupal con su propio aparato psíquico, clivado y en conflicto, siguiendo en este caso el modelo freudiano: inconciente-preconciente/conciente. Aparato, a su vez, definido desde la propia historia singular del sujeto en cuestión y con la cual se incluye en el movimiento sincrónico-diacrónico que la estructura grupal establece.

En cada movimiento de develamiento del proceso grupal, los sujetos participarán a partir de estas premisas que los constituyen como sujetos singulares, únicos, *no intercambiables*. El acento puesto en esta *no intercambiabilidad* marca nuestra diferencia radical respecto a la aceptación de la teoría del emergente como teoría explicativa, y a todo *interaccionalismo sistémico* en el cual lo singular queda subordinado a las leyes generales del sistema.

Los distintos momentos grupales irán estructurando un movimiento cuya peculiaridad es la de no constituir una progresión lineal en el tiempo -de ahí los movimientos espiralados-, sino de retorno a puntos sensibles de resignificación y fuga.

Concebir la temporalidad bajo su vertiente histórica, nos aleja entonces de toda concepción *movimientista* en la cual cambio y transformación quedan fácilmente asimilados. La propulsión al cambio y la descalificación con la cual bajo un modo pseudo-científico se estigmatiza como defensa la "resistencia al cambio", se sostiene en una racionalidad ideológica que desconoce, del lado del psicoanálisis, la fuerza profunda y las motivaciones reales que la compulsión de repetición impone al sujeto, y hoy, cada vez más claramente, del lado de la historia, como "novedad" y "progreso" han quedado no sólo disociados sino incluso en oposición.

La teoría del vínculo: aperturas e *impasses*.

Volvamos ahora a la teoría de Pichon Rivière para buscar, a partir de los párrafos anteriores, ejes que nos permitan reubicar las cuestiones relativas a lo intra y lo intersubjetivo en relación a nuestro tema específico.

Hemos abordado a lo largo de nuestro trabajo la noción de relación de objeto e intentado diferenciar objeto-de-la-pulsión de objeto-de-amor, señalando, al mismo tiempo, que corresponden a estatutos diferentes tanto en su modo de funcionar como en lo que respecta a las instancias psíquicas implicadas. La noción de *vínculo*, que constituye el eje de los desarrollos de Pichon Rivière, será motivo ahora de análisis.

Las nociones fundamentales al respecto provienen del curso ofrecido por ese autor entre los meses de octubre de 1956 y enero de 1957, en la sede de la Asociación Psicoanalítica Argentina intitulado "Metodología de la Entrevista", publicadas a posteriori en un pequeño volumen: *Teoría del vínculo*.⁴⁸

Se parte allí de la relación de objeto para pasar a definir el vínculo: "Podemos decir que el último acercamiento que históricamente ha efectuado el psicoanálisis es el de las relaciones de objeto. Ello nos lleva a tomar como material de trabajo y observación permanente la manera particular en que un sujeto se conecta o relación con el otro o los otros, creando una estructura que es particular para cada caso y para cada momento y que llamamos vínculo"⁴⁹.

"¿Por qué usamos el término vínculo? En realidad, estamos acostumbrados a usar la noción de relaciones de objeto en la teoría psicoanalítica, pero la noción de vínculo es mucho más concreta. *Relación de objeto es la estructura interna del vínculo...* La noción de relación de objeto es heredera, diríamos, de la psicología atomística. El vínculo es una cosa diferente que incluye la conducta. Vamos a definir el vínculo como una relación particular con un objeto; de esta relación particular resulta una conducta más o menos fija con ese objeto, la cual forma un *pattern*, una pauta de conducta que tiende a repetirse automáticamente, tanto en la relación interna como en la relación externa con el objeto. Tenemos así dos campos psicológicos en el vínculo: un campo interno y un campo externo. Sabemos que hay objetos externos y objetos internos..."⁵⁰

Una especie de materialismo ingenuo empapa el texto: lo objetivo, lo subjetivo... lo interno, lo externo... la búsqueda de observables: la conducta... Y sin embargo, más allá del aire un tanto arcaico que resume el texto, ¿qué está tratando de encontrar Pichon Rivière? Algo que dé cuenta de la constitución del objeto interno en tanto objeto residual de relaciones intersubjetivas; al mismo tiempo, algo que permita ensamblar lo intra y lo intersubjetivo en un intento de arrancar al sujeto del solipsismo al cual lo condena el psicoanálisis instintivista.

⁴⁸ Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1979

⁴⁹ Op. cit. p. 22.

⁵⁰ Ibid. p. 35

Sin embargo, el instrumental teórico de su época no le permite dar el salto que determine una superación de las posiciones instintivistas predominantes en ese momento; una lectura de Freud, cronológica, positivista, no posibilita, tampoco, encontrar en Freud mismo las líneas de apertura que permitan salir de las *impasses* a las cuales se ve condenado. Es así como la recomposición se ve obligada a apelar a una integración entre "el conductismo y la psicología fenomenológica existencial", como es explicitado, en la Introducción, por su compilador⁵¹. Esta misma Introducción pone sobre el tapete, de modo elogioso y directo, cuestiones que no pueden ser soslayadas:

"Con la Teoría del Vínculo [Pichon Rivière] logra realizar el salto cualitativo de una teoría psicoanalítica predominantemente intrapsíquica a una psiquiatría social, que considera al individuo como una resultante dinámico-mecanicista no de la acción de los instintos y de los objetos internalizados sino del interjuego establecido entre el sujeto y los objetos internos y externos, en una predominante relación de interacción dialéctica, la cual se expresa a través de determinadas conductas. Esto le permite desarrollar una psiquiatría centrada en el estudio de las relaciones interpersonales, que denomina Psiquiatría del Vínculo, psiquiatría dinámica que construye con los postulados del psicoanálisis... *Este tipo de pensamiento dialéctico, que dirige constantemente el pensamiento de Pichon Rivière, le permite eliminar una multiplicidad de pares antinómicos, por ejemplo: inconsciente-consciente, irracional-racional, paciente-terapeuta, normal-patológico, constitucional-adquirido, etc...* Señala que no se puede establecer una división formal entre inconsciente y consciente ya que son simples diferencias de grado, cualidades de lo psíquico..."⁵²

El lector psicoanalíticamente informado no dejará de sentir cierto escozor ante el entusiasmo que produce el aniquilamiento de conceptos centrales del psicoanálisis -entre ellos el de ¡inconsciente!-, y la creencia, al mismo tiempo, de que esto puede implicar un salto superador por relación al mismo. Nadie que haya sido atravesado por la historia del psicoanálisis de los últimos treinta años, puede hoy pensar que el psicoanálisis considere al sujeto como una resultante de la acción de los instintos -nos hemos ocupado de ello en capítulos anteriores-, ni que el "objeto internalizado" deba ser concebido necesariamente como un producto puramente endógeno efecto de proyecciones determinadas de manera innata.

Y Pichon Rivière define: "Es posible establecer un vínculo, una relación de objeto con un objeto interno y también con un objeto externo [lo objetal y lo objetivo confundándose; ¿cómo se libra el analista de definir desde su propio prejuicio el principio de realidad del paciente?]. Es decir que, desde el punto de

⁵¹ Fernando Taragano, op. cit. p. 15.

⁵² Ibid., p. 10/15.

vista de la psiquiatría y del psicoanálisis, lo que más nos interesa es el vínculo interno, es decir la forma particular que tiene el yo de relacionarse con la imagen de un objeto colocado dentro de uno [¿dentro del inconciente? ¿dentro del *self*?]. Ese vínculo interno está entonces condicionando aspectos externos y visibles del sujeto. Podemos definir el carácter de un sujeto en términos de vínculo diciendo que su carácter, o sea la manera habitual de comportarse esa persona, puede ser comprendido por una relación de objeto interno. Es decir, por un vínculo más o menos estable y más o menos permanente que da las características del modo de ser del sujeto visto desde afuera, condicionado por un vínculo interno [el vínculo determina la relación de objeto, la relación de objeto determina el vínculo... más que a una dialéctica entre lo interno y lo externo parecería que estamos ante un nudo en el cual no es fácil distinguir la punta del ovillo]."

Un punto central que marca el deslizamiento del psicoanálisis a la psiquiatría parece estar dado por el desplazamiento de la escucha a la visión: lo observable es la conducta; el discurso del sujeto, la perspectiva con la cual él se emplaza ante sus propios objetos internos no aparecen como preocupaciones centrales. "Por consiguiente, el carácter recibe el impacto de la comprensión dinámica en el sentido de que el carácter es analizable en la medida en que descubrimos el vínculo interno. O sea, la naturaleza del objeto y el tipo de relación que establece el yo de ese sujeto con el objeto interno".

"Este concepto de objeto interno y objeto internalizado ha provocado una profunda modificación en la comprensión del modo de ser, de la personalidad, del carácter y de los diferentes cuadros psicológicos. El campo más importante de la psiquiatría es el intrapsíquico, al que denominamos *campo interno de naturaleza interpersonal y grupal*, en el sentido de que es el campo psicológico compuesto por un determinado número de personas que actúan en una relación dinámica particular... Podemos decir que es el descubrimiento principal efectuado por Freud y ampliado por la escuela inglesa, principalmente por Melanie Klein, quien contribuyó de una manera eficaz y profunda al esclarecimiento de esta situación particular".⁵³

El objeto interno toma acá un carácter residual, pero de relaciones interpersonales, no de descomposiciones y recomposiciones que son efecto de introyecciones y proyecciones definidas por los movimientos pulsionales. Estamos ante una perspectiva en la cual el estatuto mismo del inconciente se esfuma. No se trata ya de un inconciente constituido por objeto parciales -siguiendo la perspectiva de Klein-, o de inscripciones y huellas mnémicas -tomando la dirección más exogenista de Freud-, sino de un sujeto existente desde los orígenes interactuando con otros cuyos *patterns* de conducta internaliza. Lo "interpersonal", observable empírico a dismantelar en la comprensión de los intercambios interhumanos, deviene mito estructurante y, con ello, el concepto mismo de objeto

interno pierde el carácter pulsante, excitante, perturbador para el yo con el cual Melanie Klein definió los efectos de la pulsión de muerte.

De ahí que la introspección sea considerada un equivalente del análisis: "La introspección es en realidad un diálogo interno con un objeto que trata de esclarecer no tanto el objeto en sí sino el vínculo particular que ese objeto establece con el yo del sujeto. Ahora podemos decir que la introspección es el equivalente del autoanálisis en el sentido de que hay una imagen interna con la cual el yo establece un determinado tipo de relación, en tanto que el heteroanálisis es el análisis de la relación con un objeto externo".⁵⁴ Dado que el objeto interno es un objeto total, es una "persona" interna, y que su estatuto metapsicológico no es aquel del inconciente -el inconciente no aparece desde la perspectiva pichoniana como un espacio delimitado por la represión al cual no hay acceso introspectivo en razón de que escapa a la conciencia-, la terapia no deja de tomar un camino conductista: el sujeto deberá tomar en cuenta, en cada circunstancia, la presencia de "otros" dentro de sí mismo, para sacudirlos y poder vincularse a los otros reales que puedan entrar en contacto con su yo -idealmente despojado entonces de las sombras alienantes que lo capturan.

Hay una perspectiva en la cual un utopismo desalienante parece guiar toda la propuesta, perspectiva que produce en nosotros, psicoanalistas del fin del siglo, cierta nostalgia por la ilusión devenida concepto. Sin embargo, el intento pichoniano por encontrar un paradigma de la subjetividad que permita desprenderse tanto del biologismo como del idealismo solipsista sigue siendo, sin embargo, en nuestros tiempos, cuestión central para un abordaje de la problemática grupal. En tal sentido, más allá de nuestra imposibilidad de conservar nociones centrales de la obra -tales como la teoría del vínculo en los términos planteados anteriormente y una concepción de objeto interno en la cual, pensamos, los aportes fundamentales de Klein se diluyen-, retomar las cuestiones que hacen a lo intra y lo intersubjetivo en el proceso grupal y explorar a partir de ello "el proceso grupal" como un fenómeno fecundo y de alcances mayores, para extender los descubrimientos del psicoanálisis extramuros, más allá de la práctica individual y con posibilidades de incidencia en la resolución de los problemas que aquejan a grupos sociales numerosos, es razón necesaria para sentir que en el camino de romper y reanudar ubiquemos nuestra tarea en continuidad con el pensamiento y el espíritu que guió la obra de Pichon Rivière.

Resonancia y consonancia, cuestiones que hacen a una teoría de la intersubjetividad.

⁵³ Ibid. p. 36.

⁵⁴ Ibid. p. 37

La recuperación de la problemática de la intrasubjetividad en relación a los grupos y la inclusión de aquella relativa al traumatismo conllevan, inevitablemente, a reubicar cuestiones técnicas que se han mantenido como remanentes sin que su validez fuera puesta a prueba en correlación a los múltiples desarrollos teóricos operados en el campo del psicoanálisis en los últimos años. Podríamos señalar, en primer lugar, la disociación que opera cuando se acepta, en tanto psicoanalista, la teoría del fantasma y del conflicto psíquico y se mantiene, sin cuestionamiento, la teoría de los roles en el interior de las propuestas grupales, con las consecuencias que ello acarrea para la interpretación.

Es concibiendo una *intersubjetividad* a partir de procesos atravesados por la *intrasubjetividad*, que nos aproximamos al proceso grupal. Ello nos conduce a revisar, desde esta perspectiva, la noción de "resonancia"⁵⁵, mostrando, en las líneas siguientes, que, como en toda cuestión terminológica, se juega algo conceptual.

Se emplea el vocablo "resonancia" corrientemente para dar cuenta del prolongamiento o amplificación de los sonidos en ciertos medios sonoros. Por extensión, literalmente, toma significado de efecto de lo que repercute en el espíritu en términos de "eco", "repercusión".

Pero en todo encuentro intersubjetivo, las acciones, y de modo privilegiado las palabras, los fragmentos de discurso emitidos por los otros, así como los actos que dan cuenta de motivaciones tanto concientes como inconcientes, más que resonar en el vacío del sujetos, produce una activación de representaciones fantasmaticadas en el psiquismo que está atravesado por el inconciente, clivado, en conflicto, marcado por una historia que le otorga su singularidad.

Del mismo modo, en la situación grupal, en cada momento de la evolución del proceso, los discursos y acciones producidas, más que *resonar en el vacío* de unidades que serían consideradas meras partes de una totalidad, se precipitan en el interior de la complejidad que sostiene a cada uno de los miembros individualmente. Al modo de una orquesta en la cual participaran diversos instrumentos -siguiendo

⁵⁵ Fue Otto Gross quien introdujo, a partir de 1902, la noción de **resonancia**: "Nuestras impresiones, nuestras representaciones, provocan, mientras están presentes, unas reacciones inmediatas que constituyen su **función primaria**; pero cuando han desaparecido del campo de la conciencia continúan ejerciendo una acción, más o menos pronunciada, de "resonar" en nosotros, de motivar también unas reacciones a largo plazo (recuérdese la cox de la mula del Papa, en el cuento de Daudet); ésta es su **función secundaria**. Según que domine la descarga inmediata o la resonancia, nos encontramos el tipo **primario** o el **tipo secundario**". Citado por Baudin, Charles: *¿Existe una ciencia del alma?*, Cassal i Val, Andorra, 1958. Nos encontramos ante una noción que intenta dar cuenta del funcionamiento psíquico en el marco de una teoría de la subjetividad que hace equilibrio con el clasicismo de su época, entre el arco reflejo y la memoria. Por esa misma época Freud ya había escrito el "Proyecto" y "La interpretación de los sueños", vale decir que una nueva teoría de la memoria y del funcionamiento psíquico en general estaba ya desarrollada.

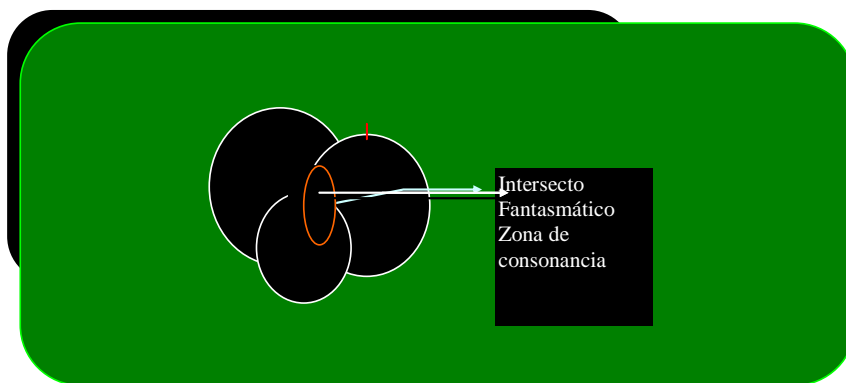
también la imagen musical original-, cada uno *consona* con el otro, a partir de la activación de sus propias determinaciones internas.

Este *consonar* de los miembros de un grupo, efecto de las estructuras singulares de cada uno de ellos, produce en el observador la ilusión de una totalidad, totalidad que no es, en realidad, sino el efecto de múltiples intersecciones.

A partir de ello, recuperando el eje central de la singularidad de los sujetos psíquicos en los grupos -cada uno con sus propios fantasmas, con sus propias imagos, con sus complejas organizaciones simbólicas y sus modos particulares de ligar la angustia-, es que podemos afirmar que las coincidencias manifiestas no pueden ser consideradas como totalidades grupales sino como puntos de intersección a develar.

Planteada de este modo, la cuestión propone entonces una variación fundamental por relación al eje de la técnica a implementar en la práctica grupal, ya que la misma se basará entonces en el develamiento del *intersecto fantasmático-defensivo* (volveremos a esta relación fantasma-defensa en el capítulo en el cual desarrollamos el tema del traumatismo), teniendo en cuenta que este *intersecto* variará, al modo de un caleidoscopio, en los diversos momentos del proceso en función de precipitaciones que sólo en rarísimas ocasiones abarcan la totalidad del grupo.

Podemos graficar el modelo del *intersecto* de la manera siguiente:



El *intersecto fantasmático* es el que posibilita la *consonancia* entre los miembros del grupo; y desde la perspectiva que estamos trabajando, esta *consonancia* es posible porque todos los sujetos, de uno u otro modo, han sido atravesados por los fantasmas originarios, universales -aun cuando no generales-, en la singularidad que los constituye.

Consonancia y momentos del proceso grupal

Es por otra parte evidente que a partir de esta singularidad no todos participarán del mismo modo ni formarán parte, homogéneamente, del mismo intersección. Una parte del grupo puede estar en un momento del proceso que hemos denominado de *Unicidad imaginaria*, juramentados por lazos de fraternidad-terror - para seguir la propuesta establecida por Sartre⁵⁶ hace ya tiempo, pero que cobra hoy nuevos visos de actualidad- mientras otra parte intenta la apertura hacia un movimiento diferenciador (*Momento de Organización*), o incluso no ha salido aún de lo que podemos denominar momento de *Multiplidad de singularidades* -homologable a lo que Sartre ha designado "serialidad".

Para volver al modelo de la música: cada uno, desde su instrumento, arma una melodía que se estructura sobre una suerte de amalgama en la cual los sonidos se entrelazan sin que ello implique la desaparición de cada instrumento en particular. Pero, a diferencia de una partitura prefijada, a la cual los músicos tienen que adaptarse y seguir en cada uno de sus movimientos, el grupo va produciendo su propia partitura, va escribiendo una historia cuyas leyes, si bien pueden estar más o menos determinadas, no establecen sino modalidades generales de accionar.

La consonancia implica que las partes del todo, los elementos que configuran la estructura, se encuentran en un ordenamiento particular, armónico. Musicalmente presupone la fusión de sonidos simultáneos emitidos por diferentes instrumentos, de cualidades y alturas diversas. Sonoridad al *unísono* -suenan como si fueran uno, pero esto, del lado de la escucha; es la escucha, la percepción auditiva, la que asigna el carácter de unicidad, pero un oído entrenado sigue percibiendo, en el todo de la orquesta, el funcionamiento particular de los instrumentos. La emisión se produce desde distintas fuentes, si bien sincrónicas; la disonancia, en caso de que se produzca, es efecto de que alguna de las partes del todo no consueña con el resto (y sería un contrasentido, para lo que estamos proponiendo, plantearse esta posibilidad como negativa, cuando es la disonancia en muchos casos la que puede generar un nuevo movimiento que arranque al grupo de la coagulación fusional en el cual se ha instalado).

Del modelo propuesto se deriva que nociones como "transferencia grupal", "fantasma grupal", o "ECRO grupal", no pueden ser conservadas sino a fines descriptivos y desechando su valor conceptual-explicativo. En el caso del "aparato psíquico grupal" nuestra posición es más radical: el aparato psíquico es un modelo - en el sentido desarrollado por Laplanche: *vorbild*, modelo y al mismo tiempo prototipo con estatuto de real-, para dar cuenta de un funcionamiento, y no el fenómeno en sí mismo. A partir de esto, nos parece innecesaria e incluso propiciante de confusión el empleo de una expresión de tal tipo. ¿Son acaso traspolables al grupo tanto las leyes de funcionamiento psíquico del "aparato del alma" como su

⁵⁶Sartre, J.P.: *Crítica de la razón dialéctica*, op.cit.

génesis? ¿Cómo ubicar en la intersubjetividad la represión, el conrainvestimiento, la formación sustitutiva, la formación de síntomas? Y aún, ¿cómo ordenar una génesis en la cual se produzcan los pasajes del autoerotismo al narcisismo, la estructuración del yo y del superyo, los destinos de pulsión y sus complementarios movimientos de constitución defensiva? -por citar sólo al azar, y de modo por supuesto no ordenado, algunos elementos.

Así como Freud conservó la expresión "sentimiento inconciente" luego del análisis metapsicológico con el cual él mismo desechara la posibilidad de concebir a los sentimientos como plausibles de sostenerse bajo el estatuto de reprimidos⁵⁷, podemos transitoriamente aceptar a fines descriptivos extrapolaciones como las descriptas, pero no es el caso para "inconciente grupal" o "aparato psíquico grupal", que dejan de ser metáforas descriptivas para proponerse como modelos posibles. Sería imposible decir "el aparato psíquico grupal está funcionando en proceso primario"; y aún cuando se pueda llegar a hablar de momentos en los cuales el grupo parece ser invadido por ansiedades que fracturan los procesos de discriminación y simbolización necesarios para el dominio y elaboración de las angustias de base de sus miembros, sometidos entonces estos a la pura descarga logorreica de sistemas representacionales incontenibles, sabemos que no estamos ante el proceso primario como tal, ni ante el inconciente "en carne propia" -lo cual implicaría la caída de todos los diques de la represión y el pasaje al acto de las pulsiones parciales a la consecución de su meta.

El aparato psíquico es un modelo, por otra parte, para dar cuenta de los modos de diferenciación, cooperación y conflicto de sistemas psíquicos que operan regidos por legalidades diferentes y cuyos contenidos son de distinto orden. Toda teorización que ponga el centro en el conflicto con el exterior, en la determinación intersubjetiva del conflicto psíquico, no puede sino caer en un adaptacionismo interrelacionalista que aniquila la singularidad y anula el concepto mismo de conflicto en términos psicoanalíticos.

Algunas reflexiones sobre "Psicología de las masas y análisis del yo"

Se ha dicho, y se repite de forma más o menos ligera -apoyándose en los párrafos iniciales de Freud en su texto acerca de la "Psicología de las masas"⁵⁸- que toda psicología sería una psicología social; que el ser humano aislado es

⁵⁷ Ver "Lo inconciente", en "Metapsicología", 3er capítulo. También, al respecto, se puede consultar el análisis realizado por Silvia Bleichmar en "Lo inconciente, fecundidad clínica de sus paradigmas", en *Lecturas de Freud*, Ed. Lugar, Bs. As., 1990.

⁵⁸ Freud Sigmund, "Psicología de las masas y análisis del yo", en *O.C.*, Vol. 18, Amorrortu Ed., Bs. As.

inconcebible y que, por tanto, siempre que se analiza un fenómeno de orden "psicológico", se está abordando un conjunto de relaciones en las cuales lo individual está entretejido.

Más allá de la dosis de verdad que esto encierra, como todo lo que se presenta con cierto nivel de generalidad, es engañoso. Freud mismo oscila entre apelar a la idea de una "pulsión social" -suerte de tendencia que *empuja* hacia el semejante-, y otra posición, de carácter más clásico en su pensamiento, relativo a la cuestión de cómo se inscribe el otro en el sujeto singular; algo que tiene más que ver con la incorporación intrapsíquica, con los efectos residuales de la intersubjetividad en la constitución de la subjetividad, o de lo intrasubjetivo.

"La oposición -dice- entre psicología individual y psicología social o de las masas, que a primera vista quizá nos parezca muy sustancial, pierde buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo. Es verdad que la psicología individual se ciñe al ser humano singular y estudia los caminos por los cuales busca alcanzar la satisfacción de sus mociones pulsionales. Pero sólo rara vez, bajo determinadas condiciones de excepción, puede prescindir el individuo de los vínculos con otros. En la vida anímica del individuo el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social, en este sentido más lato, pero enteramente legítimo." ⁵⁹

Conocemos el "interés práctico" de este texto freudiano: la preocupación acerca de cómo se vinculan los hombres entre sí está inscripta en el marco de una indagación sobre los efectos de la acción del semejante en la vida psíquica individual, cuyos resultados conocemos bajo el nombre de "identificación": "La relación del individuo con sus padres y hermanos, con su objeto de amor, con su maestro y con su médico, vale decir, todos los vínculos que han sido hasta ahora indagados preferentemente por el psicoanálisis, *tienen derecho a que se los considere fenómenos sociales*. Así, entran en oposición con ciertos otros procesos, que hemos llamado *narcisistas*, en los cuales la satisfacción pulsional se sustrae del influjo de otras personas o renuncia a éstas. Por lo tanto, la oposición entre actos anímicos sociales y narcisistas -austistas diría quizá Bleuler- cae íntegramente dentro del campo de la psicología individual y no habilita a divorciar ésta última de una psicología social o de las masas." ⁶⁰ Y Freud agrega, pocas líneas más adelante: "Ahora bien, cuando se habla de psicología social o de las masas, se suele prescindir de estos vínculos y distinguir como objeto de la indagación la influencia simultánea ejercida sobre el individuo por un gran número de personas con quienes está ligada por algo, al par que en muchos aspectos pueden

⁵⁹ "Psicología de las masas y análisis del yo", O.C., Vol. XVIII, p. 67.

⁶⁰ Ibid. -El subrayado es nuestro.

serles ajenas. Por tanto, la psicología de las masas trata del individuo como miembro de un linaje, de un pueblo, de una casta, de un estamento, de una institución, o como integrante de una multitud organizada durante cierto lapso y para determinado fin. Una vez desgarrado lo que naturalmente constituía un nexo único, parecería indicado considerar los fenómenos que se muestran bajo estas particulares condiciones como exteriorizaciones de una pulsión especial, ya no reconducible a otra: la pulsión social que en otras situaciones no se expresaría. Pero podríamos sin duda objetar: nos parece difícil adjudicarle al factor numérico una importancia tan grande, hasta el punto de que fuera capaz de suscitar por sí solo en la vida anímica una pulsión nueva, inactiva en otra circunstancia. Por eso nos inclinaremos más bien en favor de otras dos posibilidades: que la pulsión social acaso no sea originaria e irreductible y que los comienzos de su formación puedan hallarse en un círculo estrecho, como el de la familia." ⁶¹

Vemos aparecer la oposición *narcisista/objetal* en una de las direcciones que ya hemos trabajado: se trata de la relación del individuo con el semejante, opuesta a la satisfacción pulsional, la cual puede sustraerse del influjo del otro. Hemos ya desarrollado nuestra posición, acorde con otra corriente interna de la obra freudiana, en la cual lo narcisista no es pulsional sino relativo al yo, y en la cual autoerotismo y narcisismo aparecen bien diferenciados, e incluso opuestos. Lo que nos parece de interés subrayar es esta observación de Freud que abre, en el interior del psicoanálisis mismo, la posibilidad de diferenciar entre aquello "auto", en lo cual el semejante no cuenta, relativo al inconciente, podríamos decir, y lo que es del orden de lo vincular, que hace a las relaciones del sujeto con las figuras significativas de su entorno.

Que el otro cuente como modelo, como objeto, como auxiliar o como enemigo nos lleva a la siguiente cuestión: ¿en qué circunstancias, bajo qué condiciones, y aún, de un modo más específico para lo que nos ocupa, en qué instancia -lo cual implica siempre preguntarse de qué modo- concebir estas distintas formas de incidencia del otro?

Estamos en 1922; los tiempos de la segunda tópica -de la llamada tópica estructural- se avecinan. Las instancias segundas devendrán, en breve, eje de una nueva concepción de aparato psíquico; no sólo de su funcionamiento sino, incluso, de su fundación: endogenismo acendrado del ello, determinación exógena de las instancias segundas, el yo y el superyo concebidos como residuo de las identificaciones primarias y secundarias. Pero, aún en esta segunda tópica, el semejante no se constituye por interiorización directa sino por descomposición, por metabolización. No se trata de la figura del padre en el superyo, sino de sus prohibiciones y emblemas, de sus rasgos sexuados e ideales. Esta es una premisa

⁶¹ Ibid. p. 68

presente a lo largo de toda la obra freudiana: *entre los objetos externos, reales, y aquello que opera en el interior del psiquismo, un movimiento de descalificación que marca un intervalo se abre. Este intervalo señala, precisamente, la diferencia entre el mundo de la subjetividad y el mundo externo que opera como precipitante de esta estructuración.*

Es en estos términos que Freud encara la discusión con la psicología y la sociología de masas de su época: "contagio", "sugestión", no son categorías que permitan entender el fenómeno que liga a los hombres entre sí cuando se encuentran en el interior de la masa. "Le Bon reconduce todo lo extraño de los fenómenos sociales a dos factores: a la sugestión recíproca de los individuos y al prestigio del conductor... En McDougall podríamos tener por un momento la impresión de que su principio de la 'inducción primaria' al afecto excusa la hipótesis de la sugestión [*The Group Mind* -1920]. Pero una ulterior reflexión nos hará comprender que este principio no enuncia nada distinto de las conocidas tesis sobre la 'imitación' o el 'contagio'; el único matiz diferencial es su decidida insistencia en el factor afectivo. Es cierto que existe en nosotros una tendencia a caer en determinado estado afectivo cuando percibimos sus signos en otro. Pero, ¿cuántas veces la resistimos con éxito, rechazamos el afecto y reaccionamos de manera totalmente opuesta? Y entonces, ¿por qué cedemos regularmente a ese contagio cuando formamos parte de la masa? Por lo demás, y aparte de esto, tampoco en McDougall eludimos la sugestión; como los otros, nos dice: las masas se distinguen por una particular sugestionabilidad."

"Esto nos predispone -agrega- a admitir el enunciado de que la sugestión (más correctamente: la sugestionabilidad) sería un fenómeno primordial no susceptible de ulterior reducción, un hecho básico de la vida anímica de los seres humanos. Por tal la tiene en efecto Bernheim, de cuyo arte asombroso fui testigo en 1889. Pero, bien lo recuerdo, ya en esa época sentí una sorda hostilidad hacia esa tiranía de la sugestión. Si un enfermo no se mostraba obediente, le espetaban: '¿Qué hace usted, pues? *Vous vous contre-suggestionnez!*' ('¿Usted se contrasugestionan!'). Me dije entonces que eso era una manifiesta injusticia y un acto de violencia. Sin duda alguna, el sujeto tenía derecho a contrasugestionarse cuando se intentaba someterlo con sugestionaciones ⁶². Por eso más tarde mi resistencia tomó el sesgo de una rebelión

⁶² Cuánto guarda la transferencia de sugestión, debería tal vez ser pensado a partir de esta frase, teniendo en cuenta la pasión con la cual Freud intenta amparar el derecho del sujeto -posiblemente el suyo propio- de defenderse de todo intento de sometimiento y captura en las redes del terapeuta. En 1937 aún insistía en este punto: "El peligro de descaminar al paciente por sugestión, 'apalabrándole' cosas en las que uno mismo cree, pero que él no habría admitido nunca, se ha exagerado sin duda por encima de toda medida. El analista tendría que haberse comportado muy incorrectamente para que pudiera incurrir en semejante torpeza; sobre todo, tendría que reprocharse no haber concedido la palabra al paciente. Puedo afirmar, sin jactancia, que un abuso así de la 'sugestión' nunca ha sobrevenido en mi actividad" ("Construcciones en el análisis", *O.C.*, Vol. 23, p.263). En capítulos posteriores

frente al hecho de que la sugestión, que lo explicaba todo, se sustrajera ella misma a la explicación. Respecto de ella repetí el viejo acertijo jocoso: 'Cristóbal sostenía a Cristo/ Cristo sostenía al mundo entero;/ así pues, díganme, en ese tiempo, / ¿dónde apoyaba el pie Cristóbal?'.⁶³

En lugar, entonces, de la imitación y la sugestión, intentaré aplicar -dice- al esclarecimiento de la psicología de las masas, el concepto de *libido*, que tan buenos servicios nos ha prestado en el estudio de las psiconeurosis. Es la teoría de la libido la que puede dar cuenta del enlace que se produce entre los individuos; son los vínculos de amor lo que la pantalla de la sugestión oculta. Y amor, en este caso, debe ser concebido como *sexualidad*: concepción ampliada del amor, a la cual Freud se ve obligado a defender de múltiples maneras: "...En el psicoanálisis estas pulsiones de amor son llamadas a *potiori*, y en virtud de su origen, pulsiones sexuales. La mayoría de los hombres 'cultos' ha sentido este bautismo como un ultraje; su venganza fue fulminar contra el psicoanálisis el reproche de 'pansexualismo'. Quien tenga a la sexualidad por algo vergonzoso y denigrante para la naturaleza humana es libre de servirse de las expresiones más encumbradas de 'Eros' y 'erotismo'. Yo mismo habría podido hacerlo desde el comienzo, ahorrándome muchas impugnaciones. Pero no quise porque prefiero evitar concesiones a la cobardía. Nunca se sabe adonde se irá a parar por ese camino; *primero uno cede en las palabras y después, poco a poco, en la cosa misma*"⁶⁴.

Lo no reductible, el hecho básico de los seres humanos, tiene que ver con el vínculo amoroso, sexualizante, que lo liga al semejante. Y la premisa que Freud desprende de ello es la siguiente: "vínculos de amor (o, expresado de manera más neutra, lazos sentimentales) constituyen también la esencia del alma de las masas. Lo que correspondería a tales vínculos está oculto, evidentemente, tras la pantalla, tras el biombo, de la sugestión... Si el individuo resigna su peculiaridad en la masa y se deja sugerir por los otros, recibimos la impresión de que lo hace porque siente la necesidad de estar de acuerdo con ellos, y no de oponérseles; quizás, entonces, *por amor de ellos*".

¿No sería "la interacción" el equivalente, a explicar hoy, de la vieja teoría de la sugestión? En el espíritu del aforismo recién citado: "La interacción sostiene a los vínculos, los vínculos sostienen a los grupos, así pues, díganme, en estos tiempos, ¿dónde apoya el pie la interacción?".

desarrollaremos el concepto de **resiliencia** mediante el cual intentamos diferenciar la defensa normal de la patológica -para recuperar una terminología presente en Freud- cuando las intervenciones de un coordinador o de un terapeuta intentan someter al otro mediante esta misma violencia que se pone en cuestión en el párrafo que estamos analizando.

⁶³ Op. cit. p. 85

⁶⁴ Ibid. p. 87. El subrayado es nuestro.

Y aún más, en la dirección de nuestra argumentación de que el sujeto psíquico no se relaciona con lo real externo desde una interioridad vacía, a partir de una hoquedad en la cual los actos, palabras y emociones del semejante "resuenan", Freud retoma, en nota al pie, la epístola del apóstol Pablo a los Corintios, al intentar dar incluso una justificación bíblica a su concepción del amor en sentido extenso, el "amor ampliado": "Si yo hablo lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad {amor}, vengo a ser como metal que resuena, o cimbolo que retiñe"⁶⁵. El vocablo *resonancia*, que tanta extensión ha tomado en la teoría grupal, y que abordaremos más adelante, queda en este caso nítidamente ubicado del lado de lo no humano, de lo que no hace más que transmitir por vibración un sonido que no encuentra evocación en el alma ausente del metal. Si hay un alma, si hay psiquismo en aquel que recibe la palabra del otro, no es la resonancia la que permitirá hacerse cargo y acoger en el interior aquello proveniente del semejante.

El concepto de "masa" toma acá un giro totalmente novedoso. No es el número lo que la define, sino un tipo de relación. Se trata de modos prototípicos de relación al semejante: relaciones de simetría y relaciones de asimetría, al punto de definir a la hipnosis como una relación de masa "de a dos".

Es esta cuestión de la *asimetría*, que ocupa un lugar central en la relación con el conductor, un punto central a ser considerado cuidadosamente. Si los seres humanos depositan en el conductor la capacidad de pensar, de decidir, la diferencia -no aceptada para la horda, que se caracteriza por su paridad, por la transformación de sus relaciones originarias de envidia, de narcisismo de las pequeñas diferencias, en relaciones igualitarias establecidas sobre la base de formaciones reactivas y renunciadas pulsionales-, ello se establece en función de que alguien, ubicado en el lugar del ideal, asume la posibilidad de pensar, de decidir, de recibir todos los privilegios. Estamos ante un fenómeno de "servidumbre amorosa", que en la historia de la filosofía política conocemos como la "servidumbre voluntaria"⁶⁶.

⁶⁵ Ibid.

⁶⁶Cf. La Boétie, Etienne de, *El discurso de la servidumbre voluntaria*, (Escrito en 1574), publicado en español por Tusquets Editores, Barcelona, 1980.

CAPITULO 4

Lectura del Proceso Grupal

En los capítulos precedentes hicimos una apelación al pensamiento crítico, y nos reconocimos en una genealogía pichoniana, espíritu no temeroso ni de las transiciones ni de las excomuniones. Hay un cierto espinozismo que transita estos modos de pensar; modos que propician una búsqueda racional aun en el interior mismo de lo que sería el pensamiento religioso. En el *Tratado teológico político*, Spinoza predica la libertad intelectual e incluso la practica al estudiar los textos sagrados con un criterio por el que los somete al rigor científico. Examinar el sentido de la Escritura como se examina cualquier otro libro no ponía en duda, en su opinión, su devoción a Dios tal como la concebía. Defensa de la libertad de pensamiento que se abre en la dirección de una de las cuestiones importantes con relación al tema que nos ocupa, en tanto que el derecho a los propios juicios, sentimientos y creencias, es algo que no puede ser enajenado a ningún pacto social.

Si Spinoza se vio llevado a defender el derecho al pensamiento racional en el acceso a la Escritura, es interesante que tres siglos más tarde la cuestión quede virada del otro lado y, sin embargo, no sin puntos de sostén en las premisas generales que plantea. ¿Cómo hacemos hoy, quienes nos hemos visto marcados por la impronta de cierto racionalismo laico, para abordar en el interior del pensamiento científico los restos de fe y de constricción de la libertad que constantemente obstaculizan nuestro derecho a la libertad de pensamiento?

Despojar al conocimiento científico de los aspectos de fe -no de convicción, no de pasión- (concebida esta fe como la creencia absoluta en el dogma, como una creencia que no puede poner a prueba sus propios postulados de base y que se caracteriza por el "recurso a la autoridad"), para embarcarnos en un "retorno al texto", o, más aún sobre el texto -es decir en el desentrañamiento de sus contradicciones internas-, trae importantes consecuencias tanto para nuestro procesamiento teórico como para el modo de concebir el proceso grupal. Pensar con el texto, pese al texto... Pensar con el grupo, pese al grupo...

"No se puede enajenar el derecho a pensar en el poder supremo", propone Spinoza; frase que puede ser retomada para plantear que no sólo no se puede enajenar en el poder supremo el derecho a pensar sino que no se puede delegar en el poder supremo la *responsabilidad* de pensar, ya que no es solamente desde el poder supremo

que emana la autoridad despótica, sino desde los sujetos que depositan en él la responsabilidad de hacerse cargo de los problemas y de plantear las soluciones.

Sin embargo, la libertad de la inteligencia sólo se sostiene, a su vez, en el valor de las reglas de conducta prescriptas; reglas de conducta prescriptas en el pensamiento spinoziano por las religiones positivas, y, en nuestro caso particular, por el sometimiento que impone una revalidación conceptualizante marcada tanto por una ética que rige a la comunidad científica como a los modos de producción, apropiación y circulación de los conocimientos. Reglas internas al sistema científico en cuestión, que acostumbramos a llamar método, pero reglas también que hacen a la práctica social en la cual los conocimientos se insertan.

Es desde esta dirección que queremos retomar nuestra divergencia con las propuestas teóricas que reifican a un grupo fusional que anule la singularidad y reduzca la diversidad a una pseudo homogeneidad mutiladora.

El grupo es un escenario privilegiado donde pueden verse desplegar los mecanismos que constituyen los grandes fenómenos de la historia. No en sus determinaciones políticas, por supuesto, pero sí en los modelos de conflictos de poder y sometimiento en que se establecen los vínculos interhumanos.

Harold Searles es tal vez uno de los autores que más inteligentemente y con mayor sensibilidad ha explorado los movimientos por los cuales se pueden desencadenar -no construir, no producir, sino hacer emerger desde la subjetividad- procesos psicóticos en el juego que abren las relaciones intersubjetivas. Lo expresa del siguiente modo en un texto que lleva por nombre "El esfuerzo por volver loco al otro": "Según mi punto de vista, se puede decir, de manera general, que la instauración de toda interacción interpersonal que tienda a favorecer un conflicto afectivo en el otro, que tienda a hacer actuar unos contra otros los diferentes aspectos de su personalidad, tiende a volver loco, es decir esquizofrénico"; y da un ejemplo de la técnica que mediante este proceso se genera: "Por ejemplo, la mujer de un paciente en análisis cuenta que su marido no cesa de cuestionar la 'adaptación' de su hermana menor, joven mujer psicológicamente frágil, de modo que ésta termina por estar cada vez más angustiada. Para ello él atrae constantemente la atención de su cuñada sobre aspectos de su personalidad de los cuales ella es más o menos vagamente consciente y que no acuerdan en absoluto con la persona que ella se considera a sí misma. La represión que ha sido necesaria para que se mantenga el funcionamiento del yo se encuentra de este modo debilitada sin que la joven mujer tenga la posibilidad de emprender una psicoterapia. El conflicto y la angustia son debido a ello reforzados. Se puede constatar del mismo modo que el analista inexperienced o inconcientemente sádico que hace un gran número de interpretaciones prematuras tiende a tornar al paciente psicótico... ayudando con

esto, gracias a interpretaciones más oportunas, a asimilar progresivamente el material anteriormente reprimido" ⁶⁷.

Una lectura inicial nos pone sobre la pista de lo siguiente: relevar aspectos de la estructura de un sujeto que no pueden ser metabolizados por éste, señalamientos - pseudo-interpretaciones, en algunos casos- que no toman en cuenta las posibilidades elaborativas del mismo, que tienden a un incremento salvaje de la angustia, y que no pueden ser recuperados en el interior de una terapia analítica, propician desorganizaciones que pueden conducir a la emergencia de desestructuraciones psicóticas -agreguemos: si las condiciones del sujeto lo permiten.

Todos tenemos la experiencia de participación en grupos donde, de uno u otro modo, hay miembros que hacen el intento "de volver loco a otro". Y tanto más peligroso es esto cuando es el coordinador mismo de ese grupo el que está colocado en esa posición; y ello no ocurre en muchos casos en razón de las estructuras más o menos gravemente perturbadas de los sujetos que asumen esa función, sino de modelos teórico-técnicos que hacen uso indiscriminado del salvajismo interpretativo, que otorgan el derecho de un usufructo del poder no como acto de simbolización, sino de dominio.

El coordinador de un grupo que actúa de este modo deviene, en función del ejercicio de un liderazgo otorgado -que en psicoanálisis concebimos al modo de lo que se ha dado en llamar "sujeto supuesto saber" bajo la operancia de la transferencia-, el profeta de la transmisión de la obediencia, no del conocimiento. Entronizado en su función de sacerdote -en el sentido más antiguo del término: como aquel encargado de preservar el culto-, pierde evidentemente sus posibilidades de ayudar a combatir la ignorancia y, en el mismo movimiento, aliviar el desgarramiento que el proceso de pensar impone cuando éste es ejercido en una dirección verdaderamente creativa. La creación, sabemos, es el placer del descubrimiento, pero "se da a luz" siempre en una intrincación de placer por lo adquirido y duelo por la pérdida de las certezas anteriores.

Hay quienes han intentado encontrar en Moisés el modelo del primer coordinador de grupos, capaz de conducir al grupo-pueblo hacia la tierra prometida, y esto no ha sido ajeno a la manera de concebir al grupo, desde cierta perspectiva, como *masa*. Por el contrario, en el texto que venimos de citar, Spinoza escribe: "Diré, sin embargo, que Moisés no intentó convencer a los israelitas por la razón sino que se esforzó en ligarlos por un pacto, por juramentos y buenas acciones, amenazando luego

⁶⁷ "El esfuerzo por volver loco al otro -un elemento en la etiología y la psicoterapia de la esquizofrenia" (1949). En *Collected papers on schizophrenia and related subjects*. La presente cita ha sido tomada de la Ed. francesa, *L'effort pour rendre l'autre fou*, Gallimard, 1977, p. 157. Lamentablemente la edición castellana de los *Collected papers* no ha conservado este artículo y ello nos impide dar la referencia al respecto.

con castigos a los que quebrantasen la Ley, invitando a obedecer al pueblo mediante recompensas. Todos estos medios, buenos para inspirar la obediencia, no lo son para dar la ciencia..."

Se podrá aún discutir si esto es bueno o no para la política, no nos corresponde hacer extrapolaciones a un tema tan complejo y sobre el cual no somos especialistas; pero sí podemos señalar, sin maniqueísmo, que después de todo no fue el único bien intencionado que obligó a su pueblo a vagar veinte años -otros lo hicieron por períodos mucho más prolongados- por el desierto.

Liderazgo y coordinación son dos funciones antitéticas, y esto marca, desde nuestro punto de vista, una diferencia sustancial con cualquier concepción que conciba al grupo "como una herramienta", cosificándolo hacia un destino que lo trascienda.

Por nuestra parte, preferimos apelar a otra figura, en este caso de la literatura, controvertida por cierto, pero que da cuenta claramente de la función ejercida por quien queda emplazado, por el contrario, del lado del "anti-líder" cuando de defender la verdad se trata. Nos referimos al Dr. Stockmann, de "Un enemigo del pueblo", de Henrik Ibsen⁶⁸, a quien vemos funcionar desde una posición antitética a la del liderazgo mágico, autoritario y carismático.

Repasemos brevemente el argumento central de la pieza. La acción se desarrolla en un pueblo de Noruega, a fines del siglo pasado -fue escrita en 1882. El Dr. Stockmann, al regresar a su pueblo natal, funda un balneario luego de descubrir propiedades curativas y termales en las aguas del lugar, lo que determina una época de auge económico y social para sus habitantes. Posteriormente, el mismo Stockman, haciendo un análisis de las aguas, encuentra que están contaminadas, y ello debido a que los habitantes del pueblo, por afán de lucro y con absoluta falta de ética, han incurrido en graves deficiencias en el cuidado y saneamiento del balneario, en el cual se evacuan desperdicios de las fábricas y cloacas de desagüe. Stockmann plantea esto con la misma naturalidad e ingenuidad con la cual un coordinador de un grupo podría describir que "no todo es tan maravilloso como se quiere creer". La denuncia suscita una cantidad de repuestas de la población, encabezados por el alcalde -hermano del personaje-, quien decide desacreditar a la persona misma de Stockmann -modo de desacreditar su discurso de denuncia-, para no hacerse cargo de los gastos que demandaría modificar las deficientes condiciones del balneario ni perder la explotación de un negocio tan lucrativo. Stockmann y su familia son rechazados, repudiados, llegando, incluso a la amenaza física y al ataque, sin que él desista de su crítica; no retrocede, insiste, continúa defendiendo su singular punto de vista, mientras todos continúan negando el problema e intentan acallar a quien lo pone en evidencia.

⁶⁸Ibsen, Henrik, "Un enemigo del pueblo", en *Teatro Completo*, Aguilar s. a. ed. ediciones, Madrid, 1973

Es claro que el verdadero problema que enfoca Ibsen no es el de la contaminación de las aguas -no se trata de un ecologista-, sino el de la posibilidad de pensar "pese" a la presión de las mayorías, cuando una verdad debe ser sostenida.

Tomemos una página que da cuenta del modo mediante el cual la cuestión es enfocada. Se va a llevar a cabo una asamblea en la que todos están preparados para recibir y rechazar la propuesta de "este enemigo". Se nombra un presidente de la asamblea y éste le cede la palabra a Tomás Stockmann. Su discurso tiene el siguiente carácter: "Hace algunos días habría defendido valerosamente mis derechos si hubieran querido hacerme callar como aquí acaba de ocurrir; pero hoy ya no me importa. La cuestión de la cual voy a hablar es muy importante" (la multitud se agrupa alrededor suyo): "Estos últimos días he estado pensando mucho. Tanto he pensado que, en suma, he tenido miedo de volverme loco. Pero a la postre ha triunfado la verdad en mi espíritu a pesar de todo. Por eso estoy aquí. ¡Ciudadanos!, repito que voy a hablaros de algo muy importante. En comparación con lo que voy a decir, no tiene ninguna importancia haber demostrado que las aguas del balneario están contaminadas, y que el balneario está mal construido." (el pueblo reafirma esto): "¡No queremos que se hable del balneario! ¡Nada del balneario!". Stockmann prosigue: "Como gustéis. Sólo voy a hablaros de un descubrimiento que acabo de hacer. He descubierto que la base de nuestra vida moral esta completamente podrida, que la base de nuestra sociedad está corrompida por la mentira..." -luego de un breve diálogo cuyo sentido no puede ser desgajado del contexto en el cual es producido y que proponemos al lector relea en la obra original, agrega:

-Stockmann: "¿Acaso, no es la mayoría de esta sociedad la que me roba mi derecho y me niega la libertad de decir la verdad?".

-Un periodista: "La mayoría siempre tiene la razón".

-Otro: "Si, la mayoría siempre tiene razón".

-Stockmann: "No, la mayoría no tiene razón nunca. Esa es la mayor mentira social que se haya dicho. Todo ciudadano libre debe protestar contra ella..." (Y luego de una serie de comentarios cuyo espíritu, insistimos, no corresponde descontextualizar, y perturbarían seguir el hilo de pensamiento que proponemos, agrega): "Pienso dedicar todas mis fuerzas y toda mi inteligencia a luchar contra esa mentira de que la voz del pueblo es la voz de la razón. ¿Qué valor ofrecen las verdades proclamadas por la masa? Son viejas y caducas. Y cuando una verdad es vieja se puede decir que es una mentira, porque acabará convirtiéndose en mentira. (Se oyen risas y murmullos) No me importa lo más mínimo que me creáis o no. En general las verdades no tienen una vida tan larga como Matusalem. Cuando una verdad es aceptada por todos sólo le quedan de vida unos quince o veinte años a lo sumo, y esas verdades que se han convertido así en viejas y caducas, son las que imponen la mayoría de la sociedad como buenas, como sanas. ¿De qué sirve asimilar tamaña podredumbre? Soy médico y les aseguro que es un

alimento desastroso, créanme, tan malo como el jamón rancio. Esa es la razón por la cual las enfermedades morales acaban con el pueblo".

-El periodista: "La mayoría del pueblo tiene buen cuidado de no aceptar una verdad más que cuando es evidente".

-Stockmann: "Por Dios, no me hable Ud. ahora de verdades evidentes, reconocidas por todos. Las verdades que acepta la mayoría no son otras que las que defendían los pensadores de vanguardia en tiempos de nuestros tatarabuelos. Ya no las queremos. No nos sirven. La única verdad evidente es que un cuerpo social no puede desarrollarse con regularidad si no se alimenta más que con verdades disecadas".

-Y Stockmann concluye: "He aquí una vieja equivocación popular: creer que la cultura intelectual es contraproducente, que debilita al pueblo. Lo que de veras debilita al pueblo es la miseria, la pobreza y todo lo que se le hace por embrutecerle. Cuando en una casa no se barre ni se friega el suelo, sus habitantes acaban por perder en un par de años toda noción de moralidad. La conciencia, como los pulmones, vive de oxígeno, y oxígeno falta en casi todas las casas del pueblo, porque una mayoría compacta, que es harto inmoral, quiere basar el progreso de nuestra ciudad sobre fundamentos arteros y engañosos".

-La asamblea termina con la voz del presidente que enuncia: "La presente asamblea declara que el Dr. Tomás Stockmann, médico del balneario, debe ser considerado como un enemigo del pueblo".

La asamblea en la cual el Dr. Stockmann es considerado "un enemigo del pueblo" pone de relieve, claramente, cómo cualquier grupo humano puede convertirse, en determinadas condiciones y bajo ciertas presiones, en un conglomerado fusional destinado a la expulsión y destrucción no sólo de quien atente contra sus intereses manifiestos e inmediatos, sino contra quien diverja con lo que la mayoría supone que se debe pensar. Nuestro personaje no es estigmatizado porque haya llevado a cabo acciones que ponen en riesgo los intereses comunes, sino porque su discurso atenta contra el ilusorio grupal y hace entrar en conflicto a cada uno de los sujetos que de él participa. Estamos, en lo manifiesto, ante un enfrentamiento entre Tomás Stockmann y "los otros", pero este enfrentamiento se produce porque cada uno de los personajes entra, a partir de su denuncia, en conflicto consigo mismo: entre su deseo de seguir conservando las prebendas que las aguas termales proporcionan -lucrativas, narcisísticas-, y el reconocimiento de los riesgos a los cuales su uso los somete.

Supongamos que recurriéramos a las premisas de la propuesta pichoniana. ¿Cumple el Dr. Stockmann funciones de *pertenencia*, de *pertinencia*, tiene "telepositiva" con los miembros del grupo? ¿Es un líder o un *saboteador* grupal? ¿Qué debería haber hecho un coordinador grupal ante esta situación, suponiendo que nada supiera de lo que allí se está jugando en términos de verdadero-falso? Suponiendo que pudiera abstenerse ideológicamente de una toma de partido, ¿es Stockmann un

emergente grupal?, ¿es *portavoz*, expresa algo que de uno u otro modo todos comparten⁶⁹?

En cuestionamiento a la apología del cambio

Las nociones de tarea y pretarea mediante las cuales se pretendió ofrecer una lectura del proceso grupal se revelan hoy no sólo insuficientes sino aún más, parten de premisas teóricas cuyo sustento no podemos compartir. Heredadas del psicoanálisis tecnológico americano de los 50', que separa maniquea y arbitrariamente en dos diversos momentos el análisis de la defensa y el del contenido fantasmático que le da origen -como si "el mecanismo" pudiera abstraerse de los sistemas representacionales, deseantes, que en él se juegan-, se ensambla con una frase que ha circulado hasta el cansancio, perdiendo, a lo largo del tiempo, no sólo su vigor inicial, sino convirtiéndose en una verdadera muletilla: "unir el sentir con el pensar".

Un párrafo de "La noción de tarea en psiquiatría"⁷⁰ nos permite seguir estas cuestiones con mayor rigor. Es de señalar que no solamente se trata acá de establecer las pautas de una tarea grupal, sino de formular una orientación general para la aproximación al sujeto psíquico en términos situacionales -aproximación que amalgama una posición psiquiátrica, fenomenológica, con nociones psicoanalíticas mediante las cuales se pretendería otorgarles su contenido de base (técnicas defensivas, ansiedades en juego, posición depresiva, disociación): "Pretarea, tarea y proyecto son momentos situacionales de un sujeto que permiten un acercamiento a una diagnosis de orientación, pues cada uno de estos momentos configura un pensar, un sentir y accionar". La pretarea es definida en los siguientes términos: "Se ubican [en ella] las técnicas defensivas que estructuran lo que se denomina la resistencia al cambio, movilizadas por el incremento de las ansiedades de pérdida y ataque". Es allí cuando aparece el *como sí* o la *impostura* de la tarea, observándose entonces "un juego de disociaciones del pensar, actuar y sentir..." Por el contrario, "el momento de la tarea consiste en el abordaje y elaboración de ansiedades y la emergencia de una posición depresiva básica en la que el objeto de conocimiento se hace penetrable por la ruptura de una pauta disociativa y estereotipada, que ha funcionado como factor de estancamiento en el aprendizaje de la realidad y de deterioro de la red de comunicación". Es posible en este tiempo, entonces, "hacer conciente lo inconciente", y observar "una coincidencia total de las distintas áreas de expresión fenoménica", pudiendo, ahora sí, "elaborar estrategias y tácticas mediante las cuales intervenir en las situaciones (proyecto de vida), provocando transformaciones".

⁶⁹En cursiva todos términos de raigambre pichoniana.

⁷⁰ Cf. E. Pichon Rivière (en colaboración con A. Bauleo), "La noción de tarea en psiquiatría", en *Del psicoanálisis a la psicología social*, Ed. Galerna, Bs. As.

"Técnicas defensivas de resistencia al cambio", "hacer conciente lo inconciente" a partir de una ruptura de defensas en la cual se homologan objeto de conocimiento y aprendizaje de la realidad... "pauta disociativa y estereotipada", no creemos que sea necesario entrar en el desglose de este verdadero deslave conceptual que tiene por objeto poner de relieve las dificultades de los seres humanos ante situaciones de cambio. Nuestra discusión no se dirige, en este caso, a la salvaguardia de cierta "ortodoxia"⁷¹; pero sí de decir claramente que el supuesto pasaje del psicoanálisis a la psicología social en los términos propuestos no abre más que las condiciones para una psiquiatría dinámica cuyo valor ha sido innegable en la democratización y humanización de las prácticas asilares pero cuya fecundidad teórica ha demostrado un precoz e insoslayable agotamiento.

La resistencia al cambio debe ser ubicada en su lugar específico y en las prácticas que sobre ellas se dirigen. No se trata de realizar una síntesis superadora sobre lo no resuelto; sabemos que las dificultades para la transformación en el terreno de las neurosis llevaron a Freud a remodelaciones, una y otra vez, del edificio conceptual del psicoanálisis cuando de posicionarse ante el inconciente se trataba, y que quienes trabajan la historia de las ideologías o las ciencias políticas, o quienes están francamente implicados en el campo político de la transformación y el destino histórico, han entrado en debates medulares a lo largo del tiempo respecto a las determinaciones de un accionar social que se revela cada vez más desilusionantemente complejo de lo que sospechábamos no hace tan poco tiempo.

Sin embargo, y pese a ello, hay, una intuición que no puede ser abandonada, una intuición que guió el pensamiento de Pichon Rivière: nos referimos a la noción de *compromiso*, de *implicación* del sujeto en relación a sus propios enunciados. Algo muy similar a aquello que, de modo más sofisticado, se ha conocido posteriormente como *palabra plena*, la que logra un cambio en la posición del sujeto. Pero la teoría que sustenta una posible disociación entre el sentir y el pensar debe ser ajustada, replanteada a partir de las profundizaciones que en estos años se ha logrado establecer en lo concerniente a una teoría de los afectos en psicoanálisis.

No se puede diluir el aparato psíquico en una fácil fenomenología de sentimientos y pensamientos, generando la ilusión de que el acceso a lo inconciente desconocido puede ser aprehendido en forma directa sin que medien las asociaciones del sujeto ni la búsqueda y atravesamiento de los obstáculos que a él se oponen.

En psicoanálisis -y, ¿desde qué otro lugar se podría estudiar la cuestión del afecto? ¿qué otra disciplina puede otorgarnos un panorama más completo, en nuestros

⁷¹ Aún cuando, a esta altura de la historia, y más allá de modas vigentes, podríamos preguntarnos si es posible la evolución de un pensamiento científico sin una dosis de cuidado y respeto por los límites de la teoría misma, cuidado que siempre se rige por cierta ortodoxia.

días, de "las pasiones", de "las oscuras motivaciones del alma?-", la propuesta de poner en relación afecto y representación no es simple. No se trata de que los afectos, lo que se siente, esté en el inconciente, ni que el pensamiento sea patrimonio de la conciencia. Estamos ante sistemas psíquicos cuya legalidad y sus contenidos no pasan por allí: en el inconciente y en el preconciente-conciente hay tanto procesos de carga -afectos en sentido amplio- como de representaciones. Lo que varía es su modo de circulación, de ligazón y ensamblaje.

Más aún, sin la operancia de la represión, sin que la represión separe de algún modo el afecto y la representación es imposible el proceso del pensamiento lógico, la constitución del juicio. De qué modo vuelven a ensamblarse afectos y representaciones del lado de la conciencia es algo que hace tanto al destino de las neurosis como a los procesos de constitución de la inteligencia. Estas cuestiones pueden ser revisadas en la bibliografía pertinente, tanto en Freud como en quienes las desarrollaron a posteriori; nuestra intención es simplemente abrir al lector un panorama que le permita calibrar en su justa dimensión la complejidad a la cual nos enfrentamos.

La intención socializante de Pichon Rivière respecto al conocimiento no podía sino caer en un empobrecimiento de la teoría misma; la ilusión democratizante, en el marco de una sociedad en la cual las condiciones de producción y apropiación circulaba al modo general de la mercancía, no podía conducir sino a hacer circular su propio conocimiento como mercancía abaratada. Reducidas las "ansiedades básicas", descubrimiento capital del psicoanálisis kleiniano, a una fácil traducción por "miedo a la pérdida" y "miedo al ataque", despojadas de su complejidad estructural, una simplificación que las vacía de su contenido pulsional ha devenido una transmisión de enunciados fácilmente repetibles, esterilizantes; las ha convertido en muletillas para ser lanzadas a los miembros de un grupo de modo estigmatizante más que en ordenamientos simbolizantes que permitan el dominio de la angustia a la cual todo sujeto está expuesto.

¡Cuántos ejemplos podríamos ofrecer del tipo siguiente: si el grupo (en el caso que se trate de uno de aprendizaje) intenta hablar de teoría, si se aboca al material teórico en cuestión, "está en pretarea" porque no logra hacerse cargo de las ansiedades que lo embargan. Si, por el contrario, habla de sus relaciones mutuas, si se dedica "a lo afectivo", está en pretarea porque no aborda el conocimiento del cual debe apropiarse y para el cual supuestamente se ha constituido. El coordinador opera, entonces, en las vicisitudes de una dialéctica fálico-castrado: como madre insatisfecha estará siempre allí para señalar al grupo lo que le falta, será verdaderamente quien, desde un supuesto saber no sólo otorgado sino asumido, marcará ora la discusión teórica, ora el encuentro afectivo, como "pretarea". Se ha inaugurado de tal modo un movimiento circular, no una verdadera

espiral dialéctica, a la cual Pichon Rivière verdaderamente aspiraba y en cuyo empeño se comprometió inaugurando los caminos para replanteárnosla.

Historia singular - historia del proceso grupal

¿Cómo salir de la sincronía, del aquí y ahora al cual el interaccionalismo parecería condenar el descubrimiento originario? Volvamos a las preguntas iniciales: ¿por qué y cómo se constituye un grupo? Dando por supuesto que el sujeto anteceda al grupo, ¿a partir de cuándo y en qué tipo de grupo esto es así? ¿Es lo mismo un grupo familiar, un grupo laboral, un grupo de aprendizaje? ¿Qué efecto produce el grupo una vez constituido sobre los sujetos que lo constituyen? Y, por último, y es a ello que destinaremos los párrafos siguientes: Una vez abandonadas las nociones de tarea y pretarea, la circularidad en la cual su reverberación encapsula, cómo definir un *proceso grupal*, incluyendo allí la dimensión histórica en su doble carácter: como estructuración que antecede a la inclusión del objeto en el grupo, como movimiento que se plasma en el accionar grupal mismo.

La lectura que proponemos se ubica sobre dos ejes: 1) La cuestión epistemológica -que abarca la polémica histórica de si se debe, para la lectura, interpretación y transformación del proceso grupal, pasar "del psicoanálisis a la psicología social", o si estamos ante un caso de psicoanálisis exportado, extra-muros, debido a lo cual es imposible cualquier tipo de pasaje sin que nos reubiquemos ante psicoanálisis al que pongamos a trabajar, un psicoanálisis menos dogmático y, al mismo tiempo, menos ecléctico, a partir del cual pensar nuevos modos de aproximación. Esto nos introduce en la segunda cuestión, 2) aquella propiamente psicoanalítica, que implica propiciar una polémica interior al campo del psicoanálisis contemporáneo y, a partir de su profundización, refundar los paradigmas de base. De estos ejes derivará una tercera cuestión: Si es posible fundar, como campo autónomo de conocimiento, una psicología social, qué lugar ocupará el psicoanálisis -una vez establecidos claramente sus paradigmas y sus límites- por relación a otros campos del conocimiento, y de qué modo recuperará las propuestas ya realizadas por relación a estudios -de investigación, macro y microteóricos.

Despejemos entonces nuestras cuestiones: en primer término, saber de qué sujeto hablamos cuando retomamos las propuestas de base del psicoanálisis para pensar la cuestión grupal (a ello nos hemos referido en los capítulos anteriores). En segundo lugar, entonces, cómo concebimos el proceso grupal mismo, es decir las formas de agrupamiento que permiten el accionar conjunto de los seres humanos.

Durante un tiempo intentamos la respuesta siguiendo a Sartre, dado que su propuesta permitía una recuperación de la singularidad y una propuesta, de base, que permitía salir de la *impasse* reificante del colectivo a la cual nos había conducido

la teoría pichoniana: decíamos entonces que el pasaje del sujeto serial -aislado en sí mismo, constituida la serie por un conglomerado de singularidades- al colectivo fusional se daba por la existencia de un tercero exterior amenazante. Es decir que el grupo se constituía a partir de un elemento tercero, exterior, el cual precipitaba las alianzas iniciales entre sus miembros.

Constitución del grupo e inicio del funcionamiento grupal no eran, entonces, simultáneos. Revisemos rápidamente la concepción sartreana al respecto: el grupo como tal comienza, para Sartre, no a partir del momento en que los sujetos comparten una variable espacio-temporal, sino a partir del momento en que se comprometen en una estructura fusional. Aparece entonces una primera diferencia entre la materialidad de los sujetos participantes y la materialidad grupal. "*El grupo no es*", deviene grupo, y es necesario para ello que los sujetos salgan de la serie en la cual están inmersos, de la intercambiabilidad anónima con la cual la presencia del semejante es concebida en los primeros momentos, antes de que el grupo se haya constituido y más allá de la presencia física, material, de sus miembros.

Es a este primer tiempo al que Sartre llama *serialidad*. Una serie en la cual **a** es igual a **b**, pero en la cual, al mismo tiempo, **a** y **b** son sustituibles, indiferentes en su intercambiabilidad.

A ello sucede un momento de fusión, propiciado por la presencia de un tercero amenazante. "La *suma*, en lugar de ser la simple adición inerte de las unidades, se vuelve un acto sintético para cada uno; cada uno se une al grupo *para* que sea *más numeroso*, y así el crecimiento del grupo se vuelve la práctica de cada uno... Aparece aquí el primer "*nosotros*"... No es que sea yo en el Otro: es que en la *praxis* no hay Otro, hay varios *yo-mismo*. El libre desarrollo de una *praxis*, en efecto, sólo puede ser total o totalmente alienado".⁷²

Hubo un tiempo en que nos mantuvimos en una lectura literal de esta propuesta en la cual nos apoyábamos para desplegar nuestra concepción del desarrollo de los momentos del proceso grupal. Pero si desde nuestro punto de vista el modo de lectura implica una visión *teórica*, es decir una teoría de consecuencias en el campo de la práctica y una práctica que a su vez se legitima en la teoría, nos encontrábamos aquí, precisamente, con una afirmación (ésta de que el grupo se constituye por la presencia de un tercero exterior amenazante) que no podíamos seguir sosteniendo porque no la confirmábamos en los datos que nuestro accionar específico obtenía. No podíamos seguir forzando los hechos para ajustarlos al postulado sartreano.

Comencemos nuevamente reinterrogando a Sartre y hagamos lo mismo con Pichon Rivière para articular más tarde ambos ejes.

Dice Sartre: "...El grupo se constituye a partir de una necesidad o un peligro común y se define por el objetivo común que determina una *praxis* común; pero ni la

⁷² J.P. Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, Ed. Losada, Vol. II, p. 59.

necesidad común ni la praxis común ni el objetivo común pueden definir una comunidad si ésta no se vuelve comunidad al sentir como común la necesidad individual y al proyectarse en la unificación interna de una integración común hacia objetivos que produce como comunes."⁷³

¿No hemos sido llevados a un callejón sin salida? ¿Cómo se constituye lo común desde la necesidad, el peligro o el objetivo individual? Sartre apela a un tercero exterior o a grupos ya constituidos cuya acción trascendente de carácter antagónico dan sentido a esta disolución de la serie en un nuevo grupo en constitución. Pero, a nuestro juicio, esto sólo explica el acercamiento de los sujetos, no el "estrechamiento" entre ellos. Y aún más, ¿por qué no la huida, el refugiarse en los lugares conocidos para protegerse de tal peligro exterior? A esta pregunta Sartre respondería que ello no ocurre porque la huida no satisface la necesidad común, por tanto la búsqueda de su resolución "me acerca a otros que 'supongo' tienen necesidades comunes a las mías.

Tomemos el "supongo" en cuestión. Si considero la posibilidad de satisfacer necesidades mías que supongo que otros, a los que me acerco, comparten, doy por supuesto que tenemos un objetivo común: satisfacer entre todos las necesidades que cada uno tiene y que juntas constituyen una necesidad común. Ya tenemos necesidades comunes y objetivos comunes, pero para apropiarnos del objetivo común que satisfaga las necesidades comunes necesitamos de la praxis común. Para una praxis común el acercamiento solo es insuficiente. ¿Cómo pasan los sujetos del acercamiento, o agrupamiento, al estrechamiento necesario para una acción común? Hagamos jugar una variable que Sartre no parece tener en cuenta en su teoría de los grupos y que, sin embargo, ha ocupado un lugar central en su producción: ¿Cómo estrecharse al otro desconocido y por lo tanto amenazante, alienante?

Sartre parte, para ello, de la impotencia del sujeto singular para enfrentarse al enemigo exterior que impide resolver las necesidades y justifica la disolución del sujeto de la serie en el colectivo en fusión, pero no deja de considerar a este tiempo como un momento de pasaje hacia la *organización* y el *proyecto*; lo fusional no es "en sí mismo saludable" sino en el procesamiento dialéctico de culminar en la praxis transformadora.

Cuestión a la cual Pichon Rivière también intenta responder apelando a otras categorías para dar cuenta del mismo fenómeno. ¿Cómo se las arregla él, conspicuo teorizante de los miedos básicos universales del sujeto, para pasar por alto "el miedo al otro desconocido" con el que se debe interactuar, el "miedo a la pérdida" de los grupos y los objetos a los que el sujeto se halla adherido en tanto sujeto constituido en el interior de otros grupos con los que está en fusión y que preexisten a este otro que irá a constituir y en que se dará la interacción? ¿De qué

⁷³ Ibid. p. 14/15.

manera explica las contradicciones del sujeto, los deseos de sentido contrario, la fantasmaticización de las escenas grupales?

A nuestro juicio fuerza la respuesta recurriendo a uno de los principios que postula como organizador interno de la estructura grupal, instancia constitutiva, a su parecer, de toda trama vincular: "*la mutua representación interna*". Dentro del interjuego o dialéctica, señala, siguiendo para ello a George Mead -y dialéctica es aquí equiparado a movimiento en general, como si todo movimiento fuera dialéctico, y no la dialéctica una de las formas del movimiento-, se da un intercambio de mensajes, un acontecer, en ese tiempo y espacio compartidos, en el que se ligan estos sujetos teniendo como eje la comunicación; sería en el desarrollo y continuidad de ese juego comunicacional donde se produciría la transformación de esa relación entre sujetos, constituyéndose en estructura vincular. La constitución del vínculo como estructura de interacción implicaría un aprendizaje que significa un cambio sustancial en el proceso de interacción, una transformación cualitativa del mismo y que a la vez sería efecto del interjuego entre sujetos. Termina así afirmando que la transformación cualitativa del proceso interaccional está dada por la internalización del vínculo.

¿Qué quiere decir, en síntesis, todo esto? Que aquello que se daba en el campo real -mundo externo- se inscribe con otra calidad en el interior del sujeto, alojando al otro en su mundo interno, en un proceso de internalización recíproca a partir de la percepción recíproca. En este sentido, propone, cada sujeto queda habitado por los personajes, por las figuras y las relaciones que estructuran esa trama y que, de esta manera, transforma estructuralmente, al modificarse con nuevos personajes, su mundo interno. Esta internalización recíproca es la que asume, en la teoría pichoniana, el carácter de "*mutua representación interna*".

Y concluye con la afirmación de que "el vínculo, relación interpersonal elemental, y el grupo, como trama vincular, se constituyen desde las necesidades de los sujetos y a partir de su mutua representación interna de la que emerge el '*nosotros*' , vivencia de la unidad vincular del mundo grupal."⁷⁴Vivencia que, agrega, determina la pertenencia. Por la pertenencia es que los sujetos pueden planificar la tarea, incluyendo al otro. Para él tarea y mutua representación interna hacen del grupo un grupo.

Bien, ubiquemos a los sujetos del grupo en el momento de la percepción recíproca que da lugar a la internalización recíproca -en términos de Pichon Rivière. Desde su punto de vista, el sujeto llega al grupo, percibe al otro en su

⁷⁴ Pichon Rivière, E. "Una teoría del abordaje de la prevención en el ámbito del grupo familiar", *Del psicoanálisis a la psicología social*, Op. cit. Consultar también "Grupos familiares: un enfoque operativo" en el mismo volumen, y Quiroga, Ana, "El concepto de grupo y los principios organizadores de la estructura grupal en el pensamiento de E. Pichon Rivière ", en *Temas de psicología social*, Año I, N. 1, Bs. As., 1977.

realidad material y lo internaliza en la realidad psíquica. Nos vemos de pronto, de un solo golpe, ante una puesta, patas arriba, de toda la teoría psicoanalítica.

En "Lo inconciente" -perteneciente a la *Metapsicología*- en aras de señalar la radical diversidad de lo inconciente por relación al sujeto de la conciencia, Freud afirma: "[lo inconciente] nos es tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior, y nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales."⁷⁵ Modo fragmentario, por inscripción o por reinvestimento de los objetos del mundo real, he aquí la forma en la cual, entonces, lo real se engarza en lo psíquico: jamás al modo de totalidades, nunca en el sujeto en blanco, siempre metabolizante, reactivando las huellas de lo originariamente inscripto y permitiendo el ingreso de lo real externo bajo los engarces de las actividades deseantes y fantasmática.

Cuestión central del psicoanálisis que, sin embargo, Pichon Rivière, a partir de las limitaciones del pensamiento psicoanalítico de su tiempo, no puede retomar para diferenciar el ingreso del bebé al mundo estructurante de las relaciones primordiales que lo constituyen como tal (con sus introyecciones masivas y sus identificaciones pregnantes) en el interior de las primerísimas y originales relaciones intersubjetivas que darán germen a lo intrasubjetivo, de las formas mediante las cuales ese sujeto ya constituido, con un aparato psíquico clivado por la represión, (provisto de membranas protectoras que tienden a mantener un cierto equilibrio interno sobre la base de la dosificación del ingreso de estímulos cuyo pasaje permite), se enfrenta a nuevas relaciones intersubjetivas.

Tal vez halla en esta dificultad para discriminar diferencias estructurales tan importantes, un forzamiento al servicio de una ilusión en la cual el grupo se constituya como una experiencia no sólo inaugural, sino fundante; como la propuesta de dar origen en un útero artificial a un sujeto nuevo, libre de todas las complicaciones de la singularidad que lo atraviesa, despojado de sus pasiones edípicas que lo compulsan a la repetición. Un sujeto que naciera de nuevo y puro, un ideal ético al servicio de la desaparición del individualismo en aras de lo social-colectivo... Ello no está lejos de una ideología dominante en el mundillo intelectual de los 60', en la cual se hizo tabla rasa con las diferencias entre pragmatismo hedonista de un capitalismo degradado y singularidad necesaria en la construcción de todo producto social.

La necesidad también tiene su representación

Vayamos ahora a la tan remanida cuestión del "sujeto de la necesidad". Sabemos que ha habido una polémica importante a partir de los años 50' en Francia,

⁷⁵ En "Metapsicología", Op. cit. p. 14.

de los 70' en América Latina, en relación al sujeto deseante y su diferenciación con el plano de la necesidad; los términos de las cuestiones en ella desarrolladas pueden ser encontrados en diversas publicaciones. Nuevos elementos se suman hoy a esta polémica, fundamentalmente los que se refieren a las funciones del yo en relación a la vicariancia de lo autoconservativo y las modalidades representacionales que la necesidad puede encarnar en el sujeto psíquico cuando el yo-representación toma a su cargo la preservación de la vida. La complejidad de este tema nos obliga a un recorrido teórico para volver a emplazar la necesidad en su carácter simbólico y arrancarla de la simplificación con la que se pretende a veces hacerla entrar a fuerzas en el imaginario del sujeto psíquico.

Si volviéramos a los textos freudianos donde se intenta organizar un modelo de estos pasajes, sea al "Proyecto de Psicología" (de 1885), o al Capítulo VII de "La interpretación de los sueños", veríamos cómo la necesidad no se inscribe en el aparato psíquico en sí misma, sino a partir de la experiencia de satisfacción, es decir de la acción específica que tiende a reequilibrar los movimientos de incremento y disminución de tensión que se asientan en el principio de constancia. El deseo es concebido por Freud como un movimiento ligador, de reinvestimento de la experiencia de aquella primera experiencia de satisfacción, cada vez que el psiquismo incipiente es sometido a las tensiones que lo anegan con cantidades a las cuales debe dar solución. A partir de este movimiento, a diferencia de la necesidad -que parte de la tensión somática y requiere una acción específica-, el aparato se constituirá centrado en modos alucinatorios cuyo objetivo será el establecimiento de paliativos tendientes a evitar el displacer que los estímulos provenientes del exterior le proporcionan (del exterior del aparato, lo cual quiere decir que pueden ser interiores al soma).

Es indudable que, más allá de la complejidad y riqueza mediante las cuales este aparato incipiente se transforma, y no sólo él, sino la teoría misma que intenta cercarlo (tal como lo vemos aparecer veinticinco años más tarde, en "Más allá del principio de placer"), el problema del sujeto psíquico no es en primera instancia aproximarse a lo real, sino de qué manera estructurar y mantener niveles de equilibrio apropiados sin que las fuerzas que operan en lo real exterior lo destruyan -y cuando decimos real exterior nos referimos al orden de los estímulos que operan por fuera del aparato psíquico, incluyendo en ello todo pasaje de estímulo a excitación, aun aquellos que, como dijimos, provienen de lo somático.

La percepción se constituye entonces con una doble cara: por un lado mirando hacia el exterior; por otro, registrando las cantidades provenientes del interior, cantidades que invisten representaciones que tienden a recubrir los objetos reales externos y que son enfrenadas, detenidas, por la presencia del yo en tanto órgano de ligazón. La "identidad de percepción", modo de asimilación de los objetos del mundo

real a los objetos representacionales inscriptos, encuentra su lugar en el inconsciente cuando del lado del preconsciente se establecen las relaciones lógicas que dan paso a la "identidad de pensamiento". Es el hecho de que en algún lugar del aparato psíquico siga vigente la "identidad de percepción", lo que propicia la circulación en proceso primario y posibilita la transferencia -tanto en sentido amplio como restringido del término: transferencia de investimentos y neurosis de transferencia.

Si no hubiera inscripciones que recubran a los objetos del mundo con los cuales nos encontramos, o, mejor dicho, que salen a nuestro encuentro, si no hubiera una "recreación" de los objetos a cuyo conocimiento nos enfrentamos, no habría vínculo posible. Lo humano vincular -objetal- proviene de lo humano; ésta es la propuesta de Freud en relación a la fundación exógena de una tópica de los orígenes tal como nos la propone en su correspondencia con Fliess y en los Manuscritos, y tal como la retoma, de otro modo, en "Introducción del narcisismo" y en la segunda tópica.

Si, por otra parte, los objetos representacionales inscriptos no se encontraran con el refrenamiento de investimentos que la represión determina, no habría sino procesos alucinatorios; el encuentro con un nuevo objeto sería imposible. No es lo mismo el "porque me recuerda a mi madre" del neurótico, que la masiva direccionalidad de los actos psicóticos.

Un autor que ha intentado, también desde una perspectiva psicoanalítica, dar respuesta a esta cuestión del encuentro grupal, es Didier Anzieu. En su texto *El grupo y el inconsciente*⁷⁶ enuncia la siguiente hipótesis: "es por la existencia de una representación imaginaria, común a la mayoría de los miembros del grupo, que se da toda situación grupal. Estas representaciones puede ser un obstáculo para el funcionamiento del grupo para los objetivos que le son asignados... y pueden ser la causa de que se paralice su funcionamiento o de los errores en su actitud con respecto a la realidad. Pero cuando un grupo funciona eficazmente, es también una representación imaginaria la que le permite encontrar la solidaridad y la eficacia. No hay grupo sin lo imaginario."⁷⁷

Por supuesto, y estamos de acuerdo, dado que no hay acción humana de carácter significativo, de carácter libidinal, que pueda establecerse sin un imaginario que la sostenga. Las necesidades básicas más simples están inscriptas, a nivel del yo, en el ser humano, en un imaginario que las transcribe a un orden que no es puramente el autoconservativo biológico.

⁷⁶ Anzieu, Didier, *El grupo y el inconsciente*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1978.

⁷⁷ Ibid. p. 155.

¿Es el grupo una realización de deseos?

Lo que se torna más difícil de compartir con Anzieu es su hipótesis que homologa grupo a sueño: "Partimos del primer gran descubrimiento de Freud: el sueño, el sueño nocturno, es la realización alucinatoria del deseo; los procesos psíquicos primarios allí aparecen dominantes, a pesar de su intrincación con los procesos secundarios; dicho de otra manera, el sueño, como el síntoma neurótico, es un debate con el fantasma subyacente. En mi opinión el grupo real es ante todo la realización imaginaria de un deseo; los procesos primarios, velados por una fachada de procesos secundarios, son en él determinantes; dicho de otra manera, el grupo eficaz, tanto como el que está paralizado en su funcionamiento, el grupo, como el sueño, es un debate con el fantasma subyacente." Y agrega, unas páginas más adelante: "El deseo realizado en el grupo y en el sueño es un deseo reprimido en la infancia. Este segundo enunciado es mucho más importante y, pensamos, inédito... En el grupo, como en el sueño, las acciones son los desplazamientos, las condensaciones y figuraciones simbólicas del deseo. En todo caso, es algo bien conocido por los sociólogos que las actividades reales de un grupo raramente se corresponden con sus objetivos confesados u oficiales y sería fácil describir, en algunos aspectos de la ideología o de las creencias de un grupo, una racionalización, una sobrecompensación, una formación reactiva, e incluso hasta la anulación de los deseos efectivamente satisfechos en la práctica"⁷⁸.

Comencemos por el final: es sencillo reconocer a esta altura, no sólo en un grupo sino en cualquier ser humano, que detrás de sus motivaciones manifiestas operan otras latentes, inconcientes, reprimidas. Pero es precisamente el hecho de que algo esté reprimido, de que haya pasado a través de retoños, sustituciones, que haya sido sublimado y aún "transformado en lo contrario", lo que le da su estatuto singular a los actos humanos.

La propuesta de Anzieu intenta establecer una diferencia en relación a otras propuestas grupales -en realidad a otras propuestas del funcionamiento psíquico, ya que se trata de divergencias positivas en el interior del psicoanálisis. Para ello toma como punto de referencia a Bion, y se expresa en los siguientes términos: "todo grupo tiene su simbolismo y mitos, es decir, todo grupo es un lugar de intercambios entre inconcientes y estos conducen a construcciones fantasmáticas, unas veces fugaces, otras estables, en algunas ocasiones paralizantes para la acción, en otras estimulantes. En esto nos separamos de la concepción de Bion (1961): este autor ha tenido la fecunda intuición de tratar los postulados básicos, cuando un grupo está bloqueado en su trabajo, es decir, los nudos imaginarios que impedían su

⁷⁸ Ibid. P. 157 y 161/2

funcionamiento racional; pero parece pensar que un grupo funciona racionalmente cuando su fantasmática, habiendo sido formulada, ha desaparecido."⁷⁹

Rescate fundamental que propone lo imaginario como la argamasa del tejido intersubjetivo; lo libidinal no pudiendo concebirse despojado de fantasma, lo libidinal sosteniendo los vínculos inter-humanos. Respecto al inconciente se podría parafrasear la frase que formulara Laplanche respecto al pansexualismo freudiano: "no todo es sexual pero hay sexual en todo"... Y bien, no todo es inconciente pero hay inconciente en todo aquello que los seres humanos llevan a cabo. De todos modos, pensamos que la propuesta de Bion no está tan alejada o enfrentada con este rumbo que hemos elegido como lo supone Anzieu.⁸⁰ Más bien, desde un eje kleiniano en el cual se inscribe, las líneas centrales de su obra coinciden, en la dirección que plantea, que lo que se encuentra detrás del fantasma de defensa es siempre otro fantasma, y no la realidad como tal; sus supuestos básicos, relacionados con los fantasmas originarios, se enmarcan dentro de lo que Klein concibió bajo el concepto más general de *posición*: algo no disoluble, algo de retorno siempre posible; pero Bion da un paso más al poner en el centro de los procesamientos psíquicos los movimientos de ligazón metabolizante y de desligazón desestructurante que ha intentado ordenar, de algún modo, bajo la denominación de *funciones*.

Del otro lado, del lado de si el grupo puede ser homologado al sueño en la medida en que pone en escena una realización de deseos, nos vemos obligados a ubicar un matiz diferencial. Sólo desde una perspectiva que soslayara el carácter específico del deseo inconciente, se puede pensar que los miembros de un grupo realizan un deseo inconciente. Si los miembros de un grupo realizaran el deseo inconciente, se comerían entre sí, ejecutarían actos anales y genitales, se castrarían mutuamente. El deseo inconciente es la pulsión desligada, y sus formas de ligazón y derivación no son cuestiones accesorias. No hay acción humana en la cual no esté presente el deseo inconciente. Lo que importa para el psicoanálisis es, precisamente, de qué modo está.

El estatuto metapsicológico del deseo no es una cuestión menor para los psicoanalistas. Decir, a esta altura de la historia, que en todo cirujano hay tendencias sádico-agresivas reprimidas no sólo es una banalización del descubrimiento freudiano sino incluso una anulación absoluta de la diferenciación entre instancias psíquicas, que no es un problema menor del psicoanálisis; si esta diferenciación no se opera, un cirujano y un criminal serían exactamente lo mismo. Y esto hace a cuestiones tanto metapsicológicas como éticas.

⁷⁹ Ibid. p. 162.

⁸⁰Cf. Bion, Wilfred R., *Experiencias en grupos*, Ed. Paidós, Bs. As., 1963.

Primo Levi -escritor sobreviviente de los campos de concentración alemanes, que ha publicado una trilogía que es el relato más profundo y conmovedor que se haya escrito del lado de las víctimas para explorar el alma humana en condiciones tan extremas-, lo explicita de un modo tan directo como indiscutible. Un modo que puede hacer sonrojar a más de uno: "La directora de cine Liliana Cavani, a quien se le había pedido que resumiese el sentido de una bella y falsa película⁸¹ suya declaró: 'Todos somos víctimas o asesinos y aceptamos estos papeles voluntariamente. Sólo Sade y Dostoiowski lo han comprendido bien'. Dijo también que creía 'que en cualquier relación, existe una dinámica víctima-verdugo expresada con mayor o menor claridad y generalmente vivida a nivel inconciente.' Yo no entiendo de inconcientes ni de profundidades, pero creo que pocos entienden del tema, y que esos pocos son más cautos; no sé, ni me interesa, si en mis profundidades anida un asesino, pero sé que he sido una víctima inocente y que no he sido un asesino; sé que ha habido asesinos y no sólo en Alemania, y que todavía hay, retirados o en servicio, y que confundirlos con sus víctimas es una enfermedad moral, un remilgo estético o una siniestra señal de complicidad; y, sobre todo, es un servicio precioso que se rinde (deseado o no) a quienes niegan la verdad."⁸²

Más aún, lo que le da su carácter humano a las acciones de los hombres no es sólo la existencia del inconciente, sino también la posibilidad de su dominio. Ni los nazis fueron un emergente de toda la humanidad ni los asesinos argentinos lo fueron de toda la población; el "todos somos culpables" con el cual se pretende indiscriminar víctimas, asesinos y cómplices, es no sólo inadmisible éticamente sino insostenible psicoanalíticamente.

La ideología ocupa un lugar decisivo, por otra parte, en los modos mediante los cuales los hombres enfrentan sus deseos inconcientes y a cuáles de ellos pueden dar paso en ciertos momentos de la historia. Un grupo puede tener una actitud benévola o de repudio hacia un miembro vividor e inmoral -y ello dependerá del modo con el cual la mayoría de los miembros haya resuelto sus propios conflictos entre el superyo y el inconciente-, pero no cualquier grupo lo convertirá en un líder capaz de tomar a su cargo los ideales del yo de los miembros que en él participan.

El grupo favorece, indudablemente, ciertos comportamientos regresivos y abre la posibilidad de que se manifiesten aspectos de la estructura de los sujetos que lo constituyen que en otras situaciones no emergerían, pero no es un sueño, como no lo son el amor, las vacaciones, ni los grandes acontecimientos históricos o cotidianos capaces de embriagarnos y producirnos sensaciones inusuales. La vida está atravesada por el inconciente, no hay acto humano en el cual no "pase" algo del inconciente -en el sentido de un pasaje, de algo que se retranscribe-, pero no por ello es un sueño.

⁸¹Se refiere a la película "Portero de noche".

⁸²Levi, Primo, *Los hundidos y los salvados*, Muchnik Ed., Barcelona, 1989.

Y si hay una formación de compromiso ella está en la cabeza de los seres que viven ciertas situaciones, y no en la situación misma; el grupo tiene un carácter objetivo, material, que no se reduce a la mera representación que cada uno tiene de él. Pero esto implica, por supuesto, reconocer que no hay un inconciente grupal sino inconcientes singulares que se intersectan en un grupo.

Por último, desde el punto de vista metapsicológico, es interesante retomar una idea que Jean Laplanche ha desarrollado en su *Problemática V*⁸³: en el sueño, la censura puede ser levantada en la medida en que el durmiente tiene cerrado el acceso a la motricidad; la censura opera entonces no en la frontera entre los sistemas psíquicos, sino en el polo motriz del aparato. Esto es lo que posibilita que el sujeto se desplace por la tópica, permite los caminos de regresión y progresión, movimientos que hacen a la formación del sueño. La sesión analítica, en tal sentido, reproduce algo de esta situación: la consigna de "decir todo y sólo decir" abre un hiato entre la realización del deseo y su enunciación, otorga una garantía que permite la movilización de la censura.

Si trasladamos esta situación a los grupos en general, es evidente que no encontramos las mismas leyes; los grupos humanos no se caracterizan por la abstinencia motriz sino, precisamente, por la planificación y el pasaje a la motricidad, de modo que no es posible hacer una extrapolación general. Aun suponiendo que se tratara de un grupo terapéutico, lo que favorecería esta movilización de la censura no es el carácter grupal del mismo, sino la regla que convoca a los sujetos a la reactivación y reviviscencia del deseo, y a su enunciación; pero no estamos ya ante una ley de los grupos, sino del modo de funcionamiento del aparato psíquico singular de los miembros de un grupo en una situación particular. Ello no obsta, sin embargo, para que sea necesario analizar de qué modo la presencia del semejante y la posibilidad de enunciar pensamientos que en otras situaciones está imposibilitado favorece ciertos movimientos grupales en relación tanto a la angustia como al desencadenamiento de fantasmas, pero no se trata de una puesta en escena del deseo, sino de algo que, relacionándose con el deseo inconciente, nunca deja de ejercerse en proceso secundario.

La teoría debe dar cuenta del orden de determinación de lo aparente

Volvamos ahora a las cuestiones que veníamos desarrollando: dijimos que es el hecho de que haya representaciones inscriptas, vigentes, reprimidas, capaces de ser activadas y retranscriptas a través de los sistemas psíquicos, plausibles entonces de recubrir los objetos del mundo exterior, lo que posibilita un vínculo, vínculo que siempre es "de transferencia", en el sentido extenso del término.

⁸³Laplanche, Jean, *La cubeta, trascendencia de transferencia, Problemática V*, Amorrortu Ed., Bs. As., 1990.

Henos aquí ante la paradoja en la cual nos sumerge Pichon Rivière cuando afirma, simultáneamente, que un sujeto internaliza a otro al percibirlo como otro, dando lugar a la "mutua representación interna", y, por otra parte, que entre los miembros del grupo se establecen transferencias recíprocas, lo cual psicoanalíticamente sólo puede concebirse en el sentido antes expresado, es decir que los objetos actuales son recubiertos por representaciones introyectadas en las primeras relaciones intersubjetivas; esta segunda propuesta, con la cual coincidimos en términos generales, nos plantea que toda transferencia es producto de la actividad inconciente de un sujeto que jamás podría, entonces, ser concebido como una *tabula rasa* en el momento de incluirse en la situación grupal.

Ambas propuestas son insostenibles al mismo tiempo. Y, lamentablemente, es aquí donde se produce el pretendido salto del psicoanálisis a la psicología social; salto al vacío, ya que al no poder sostener los conceptos en los cuales el pasaje se produce, no conserva vías de ensamblaje entre teorías que se manifiestan como contrapuestas. Abandonado el psicoanálisis sin que se hayan extraído de su interior todas las posibilidades conceptualizantes para los fenómenos a abordar, la psicología social se nos presenta como un producto mestizo, ecléctico y fusional, para ello se acuña una supuesta "interciencia", en cuyo afán totalizante se diluyen las vertientes más ricas de las disciplinas participantes ya que solamente son rozadas las superficies de los conceptos que se amalgaman.

A partir de esto la teoría deviene asociación libre; entra a circular en proceso primario, los conceptos se combinan por asonancia, consonancia, similitud; la forma dominante en la cual queda capturada al fin la posible psicología social es el interaccionalismo. Un ejemplo de ello: se afirma que la inscripción efectivizada en la mutua representación interna fundante de lo grupal hace posible la emergencia de fantasías y expectativas que se patentizan en la adjudicación y asunción de roles. Este atrapamiento en el interaccionalismo de la teoría de los roles sólo puede conducir a la teoría de los grupos operativos a una técnica del "movimiento", no del cambio. A partir de ello la interpretación no aspira sino a la "circulación de roles" y a la "distribución de ansiedades", cuya consecuencia es sólo el intercambio de lugares adjudicados y asumidos. No pudiendo dar cuenta del orden de determinación intrapsíquico, de las relaciones entre defensa y contenido fantasmático, las intervenciones del coordinador del grupo se resignan a ser sólo manipulaciones tendientes a que los sujetos incorporen una normatividad maniqueísta en la cual "no se resistan al cambio y rompan el estereotipo", superando "el miedo al ataque y abandonando el miedo a la pérdida", propiciando la construcción de un "nosotros" en una "totalidad" grupal.

Ya hemos anticipado algunas cuestiones acerca de los supuestos ideológicos que subyacen a esta concepción en cuanto subordinación de lo singular a lo fusional. Abrochado el sujeto de modo alienado al devenir grupal, su eclipse es efecto del

soldamiento de las singularidades -momento necesario de fusión en el cual los miembros "se ven" y "se sienten" a sí mismos como un todo orgánico-, sin embargo, la teoría de los grupos operativos (como así también otras concepciones teóricas) refleja esta ilusión sin poder enfrentar el supuesto epistemológico de que la función de una teoría no consiste en reduplicar especularmente la totalidad estructurada, sino en dar cuenta del orden de determinaciones que la hace aparecer de este modo. El sujeto queda así doblemente fagocitado: por un lado por su propia construcción fantasmática, por otro por la teoría que no da cuenta de sus determinaciones deseantes y por tanto pierde capacidad transformadora.

Por otra parte si los sujetos son convocados a la situación de encuentro a partir de que se supone como interés común la necesidad del otro, lo cual determina un objetivo común explicitado en la consigna e implícito en el encuadre, queda sin resolver, cómo se pasa del encuentro a una praxis común; como se resuelve la cuestión de que ese otro al cual él debe acercarse es también amenazante en tanto extraño, ajeno a las representaciones grupales que trae. Desde la perspectiva que hemos escogido -ya lo hemos explicitado y lo pondremos luego en juego en la técnica misma- consideramos que sólo tomando en cuenta la legalidad de las constelaciones intrapsíquicas que determinan el accionar de cada uno de los sujetos que van a constituir el grupo es que se puede teorizar acerca de los fenómenos que constituyen el proceso grupal. Esto no agota sus leyes, pero reincluye un elemento fundamental. Tomar en cuenta quiere decir no establecer la subsumisión de un orden en otro; quiere decir, también, considerar que el sujeto que encontramos constituido como singular se ha estructurado, desde sus orígenes, en el interior de una unidad más amplia, de carácter que podemos denominar "grupal": aquella con la cual la estructura del Edipo se plasmó en tanto retículo intersubjetivo.

Volvamos ahora a los momentos sartreanos para pensarlos desde esta perspectiva: en el momento de su inserción en un grupo, el sujeto, ante la amenaza de pérdida de unidad yoica, de reactivamiento de deseos reprimidos engolfantes en la simbiosis originaria que lo estructuró, es lanzado a la búsqueda de otra unidad, en este caso la grupal. De la serie de sujetos aislados, distintos, intercambiables, se pasa a la constitución de una unidad de sujetos "idénticos", ligados por un "espíritu de cuerpo" (al modo de los ejércitos, *soldados* que forman un todo orgánico, corporativo, uniformado). La explicación propuesta por Sartre de que es la existencia de un enemigo exterior la que lleva a la constitución del grupo, si bien es fenomenicamente útil, es insuficiente. En tanto cada miembro de la serie es un sujeto fusionado a otros grupos que preceden a éste en vías de constituirse, cada miembro del grupo conserva una parte exterior a este nuevo grupo y en alianza con el grupo preexistente; ello obliga a los sujetos, en aras de establecer una alianza con el grupo actual que disminuya la angustia ante lo desconocido que la situación desencadena, a recubrir a los otros con las imagos interiores, lo que trae como

consecuencia que ya no esté con "otro", sino ante partes de sí mismo. La identidad de percepción, activada por el carácter traumático de la inserción, posibilita que este movimiento se produzca.

Es desde la imago de la unidad narcisística originaria que el sujeto responde metaforizando al grupo como una nueva unidad narcisística con rasgos similares a la original. El nuevo grupo "es" entonces cuerpo de la madre primitiva que protege de un tercero paranoizante. La exaltación y el despliegue del afecto en el momento en que se logra constituir al grupo en fusión dan cuenta de este funcionamiento regresivo a nivel del yo ideal posibilitando la proyección de una unidad fusional interiorizada que el bebé formara con la madre de los orígenes. Al mismo tiempo, la nueva unidad lograda o en vías de realizarse, protege del temor al sentimiento de cuerpo fragmentado que se activa en el sujeto al llegar a un grupo donde es miembro no integrado de una totalidad, a su vez, fragmentada. La anticipación -por parte del sujeto o por parte del coordinador- abre vías de posibilidad para que esta unidad se logre.

El *corpus* grupal adquiere consistencia al borrarse el cuerpo del sujeto que cede su consistencia propia. Cada uno desea contribuir, haciéndose inconsistente, a la fundación de ese cuerpo grupal plasmado, figurado, a imagen y semejanza de las huellas narcisísticas de completud de su propia fundación. Renovada alienación del sujeto en la trama de una nueva renovada construcción estructurante. Prótesis que garantiza un lugar en este originario grupal y que protege del sentimiento de aislamiento, de pluralidad de soledades, del riesgo de ser nuevamente satelizado, exorbitado -para usar una terminología que debemos a Baudrillard-, de la unidad cohesiva, de la totalidad en curso.

Si el dispositivo grupal agita, moviliza cargas con el riesgo de incremento de tensión en el interior del aparato psíquico al activar representaciones reprimidas, inconcientes -efecto traumático de la inserción en el grupo-, el recubrimiento fantasmático que transforma la escena en "otra escena" es un intento de ligazón, de elaboración tendiente a la recuperación del equilibrio. De este modo el grupo puede instituirse a modo de un "síntoma", regulador de investimentos que encuentran su anclaje representacional en los momentos de constitución y estabilización.

Ello no deja de ser una necesidad estructural, del mismo carácter que la "neurosis de transferencia" lo es en el análisis, propiciando el movimiento de religazón de lo que compulsivamente insiste, de lo que repite. ¿Implica esto que consideremos a este momento fusional como momento culminante del proceso grupal? Es evidente, a esta altura, que ello sería insostenible. El pasaje a formas de organización y discriminación se hace inevitablemente necesario. El objetivo del grupo no es constituirse como grupo, así como el análisis no tiene por objetivo constituir una neurosis de transferencia. El grupo es, en este sentido, una mediación que posibilita la recomposición de las modalidades previas con las cuales

los sujetos se han enfrentado a las tareas compartidas que la vida social impone, ayudando a disminuir los costos libidinales en juego cuando los estallidos a los cuales todo encuentro interhumano está sometido, atentan contra los proyectos singulares y colectivos poniéndolos en riesgo de fracaso.

CAPITULO 5

El fantasma inconciente y la práctica grupal

Es una obviedad a esta altura decir que las razones que llevan a los hombres a reunirse van mucho más allá de los propósitos manifiestos que invocan. Toda la teoría del trabajo grupal se dedica a esta obviedad que todos reconocemos: que junto a las motivaciones concientes, hay otras que determinan el encuentro. Además del enunciado por medio del cual los sujetos son convocados a un grupo, el que se explicita en una *consigna*, cada uno de los que en él participa posee otras motivaciones, coincidentes o divergentes con la propuesta inicial, conocidas o desconocidas por él mismo, obstaculizantes o propiciantes del objetivo manifiestamente enunciado.

Quienes hemos sido atravesados por tiempos de la Universidad, sabemos cómo la vida universitaria, casi como un paradigma de esto, está atravesada por el encuentro: se estudia en grupo, se discute en grupo, se planifica y se sueña el futuro, inmediato o mediato, se acuerda o se cuestiona, sea a los profesores o a los textos. Quien pueda honestamente remitirse a su pasado más o menos cercano de estudiante sabe que las largas horas transcurridas, quitadas en muchos casos al sueño, para compartir el estudio, no han dado "un rendimiento" acorde al esfuerzo invertido, pero ello sólo si se mide aprendizaje en términos de adquisición de conocimientos específicos, no como un modo general de aproximarse a la realidad. Los bares cercanos a la facultad han sido nuestras ágoras privadas; allí el tiempo constituía un continuo en el marco de una constante espacial. Allí bastaba sentarse en una mesa, solitario, para que al rato hubiera otros que se sentaran con la naturalidad de quien sabe que hay un derecho a un espacio acordado; más que en las aulas, en las cuales nos veíamos reunidos siempre los mismos, "compartiendo constantes de tiempo y espacio", y "que nos proponíamos llevar a cabo una tarea", allí, en el café, había grupo. En las aulas estábamos rodeados, en muchos casos, de desconocidos en el sentido más estricto del término: los conocíamos formalmente, hasta podíamos, en ciertos casos, llegar a saber sus nombres, intercambiar información útil, pero nuestro verdadero grupo de referencia, aquél con el cual llegábamos a los exámenes y planificábamos nuestro futuro, era el grupo con el cual construíamos la historia -tanto la nuestra, la singular, como la Historia, la que nos trascendía y nos hacía sentir inmersos en la argamasa de un social cuyas variables nos proponíamos domeñar.

Si hubo allí "mutua representación interna", eso recién ha podido corroborarse después, con los años. Era evidente que, para hacer un lugar en el interior de cada uno al semejante, la lucha con antiguos objetos arcaicos, con imagos anudadas y con ideales del yo eran puestas trabajosamente a prueba. El inconciente estaba siempre allí, sin que ello significara que se hablara del inconciente... Tal vez por ello los roles estaban de algún modo fijados -se cristalizaban en ciertos casos-, y la marea grupal no lograba arrastrar a cada uno más allá de sus potencialidades, sí afinarlas al extremo.

Pero el grupo se *materializaba en un proceso*, se constituía en el proceso mismo; el grupo no era un punto de partida sino un movimiento dialéctico en el cual cada uno sufría, se rebelaba o aceptaba las propuestas del semejante, tal vez no al modo del veredicto originario del grupo familiar estructurante, pero sí con las potencialidades creativas de una experiencia, nuevamente, inaugural.

¿Quién no puede, a lo largo de su vida, evocar otras experiencias de este orden? ¿Es que no hay algo falaz, ajeno a la vivencia, en la vieja fórmula transmitida como una verdad de que los hombres tienden a repetir, de modo idéntico, aquello que su Edipo les marcó? Hemos aquí ante una cuestión compleja, tan compleja

como para que no pueda ser resuelta de modo simple; el hombre "no nace todos los días de nuevo", y lo que en él está inscripto perdura a lo largo del tiempo sin que ninguna ilusión de borramiento pueda desarticularlo; pero, ¿de qué modo perdura? Entre la ilusión pichoniana de un sujeto que volviera a nacer en las experiencias reestructurantes de un grupo que "le enseñe a pensar", y cierto desaliento que invade a quienes conocen la fuerza del inconciente y su compulsión de repetición, múltiples eslabones se pueden tejer desde la teoría psicoanalítica.

El descubrimiento freudiano hace a la indestructibilidad del deseo inconciente, no a que este deseo se exprese siempre en forma idéntica, emerja siempre del mismo modo, manifieste siempre los mismos efectos.

Retomemos algunos de los ejes con los cuales se puede, hoy, repensar estas cuestiones. Sabemos que no hay en Freud una propuesta homogénea respecto a la fundación del aparato psíquico. Hemos señalado, en múltiples ocasiones, dos grandes líneas que pueden ser recuperadas: por un lado, una propuesta exógena, de un psiquismo constituido por representaciones cuya proveniencia es externa, rearticulado en identificaciones que se organizan a partir de las primeras experiencias estructurantes; por otra, un endogenismo del cual el concepto de pulsión -concebida ésta en una especie de paralelismo psicofísico- ocupa un lugar central, y por el cual se vuelve, de algún modo, a una especie de preformado, ya no biológico pero preformado al fin, cuyas consecuencias se expresan en la gama de conceptos que a partir de él se articulan, entre ellos el de "fantasma originario".

Carácter "preformado" de los fantasmas originarios

Sería excesivo proponernos acá un desarrollo "exhaustivo" de las razones, de la "exigencia", que lleva a Freud a establecer este recorrido, y aún esta alternancia, entre una concepción exógena de la constitución del inconciente y una endógena; recorrido por otra parte no lineal, y cuyos movimientos alternantes y en muchos casos superpuestos encontramos en diversos textos y a lo largo de toda la obra. En ella, como en el sujeto psíquico, nos vemos ante tendencias que subyacen una al lado de otra, pero cuya dominancia puede ser establecida en uno u otro momento, sin que se anulen mutuamente, sino abriendo posibilidades de reengarzamiento. Tal es el caso del concepto de pulsión, como ha sido retrabajado en los últimos años por Laplanche, que otorga a la misma un origen exógeno reinscribiendo este concepto en líneas abiertas ya por Freud; o el de Piera Aulagnier, que retoma las modalidades de funcionamiento no homogéneas del inconciente sin traicionar por ello el espíritu original del mismo, más bien, recuperándolo.

La cuestión del "preformado" no es un problema menor cuando se aborda una teoría de los grupos. Ha venido como anillo al dedo para resolver, sin mucho esfuerzo, las cuestiones complejas de lo que aparece manifiestamente, en la

dinámica grupal: modos simultáneos de emergencia fantasmática, modos de ponerse en juego bajo formas comunes angustias y simbolizaciones de estas angustias en los miembros de un grupo. Un inconciente colectivo resuelve esta cuestión rápidamente, pero no hay ya muchos capaces de defender de modo tan burdo esta noción que ha ido quedando cada vez más por el camino.

Sin embargo, hay muchas maneras de retorno del "inconciente colectivo", y ello bajo formas aparentemente más sofisticadas, formas que permiten mantener las mismas premisas sin poner en cuestión la existencia individual del inconciente.

Veamos dos de ellas, una presente en Freud, otra que cobra visos más modernos y que ha suscitado adhesiones entusiastas. Nos referimos, en el interior del psicoanálisis -y ello viene de perillas para una solución fácil al problema grupal-, a la línea que, a partir de Groddeck, se inscribe en "la gran tradición hermenéutica". Tradición hermenéutica que remite al Renacimiento, y de la cual Foucault ha hecho una descripción de modo ejemplar -y que alguien como Umberto Eco no deja de discutir en *El nombre de la rosa*: se trata de "La prosa del mundo", modo de conocimiento característico del Renacimiento bajo un cierto número de coordenadas: las *similitudes*, con una ley de la semejanza que se concretiza en diferentes subespecies; la *signatura*, como una especie de marca directa, que sortea vías complicadas; el lenguaje mismo, lejos de ser el medio privilegiado de estos sistemas de correspondencia, y de ser su causa, está incluido en el sistema de correspondencias, es efecto de una suerte de potencia originaria de significación que lo supera. Ello da carta libre para la interpretación más amplia, aquella que permite interpretar tanto "el inconciente de un texto" como "el inconciente de un grupo".

Del lado de cierto lacanismo, la interpretación concebida como "trans-subjetiva", puro efecto -el inconciente- del juego significante, aislado de sus premisas históricas de constitución, definiéndose en el aquí y ahora del discurso; discurso que, por otra parte, en la medida en que no es emitido por ningún sujeto singular, puede ser interpretado "en su materialidad misma" como fragmento de la lengua en el cual el inconciente cobra existencia. Desde este ángulo, se puede interpretar cualquier discurso grupal como "trans-individual", en última instancia como colectivo y, en el peor de los casos, en el caso de una suerte de lacanismo espontáneo que circula sobre los prejuicios y preconceptos de lo que cada uno cree que es inconciente, anudar ambas concepciones: la groddeckiana y la de un lacanismo "pour la galerie". Interpretación, entonces, que deja librada a la creatividad espontánea del intérprete -y por supuesto, a su inconciente, a sus actuaciones contratransferenciales y a su voluntad omnisciente-, todo análisis del proceso grupal.

De este movimiento que estamos explorando, la cuestión de los fantasmas originarios no ocupa un lugar menor. En ella se ha asentado toda una técnica de

interpretación grupal, cuyo valor parcial puede ser recuperado, pero a condición de poner en juego un movimiento de replanteo del concepto mismo de "fantasma originario".

El término *Urphantasien* con el cual Freud designa a partir de 1915 esas escenas, guiones universales en las cuales se inscribe el devenir del sujeto singular -seducción, castración, retorno al seno materno y escena originaria-, se constituye dentro de la vertiente filogenética de la obra que va llevando a un relevamiento del inconciente hasta culminar en la conceptualización de 1923, del Ello. En las "Conferencias de introducción al psicoanálisis", donde aparece por primera vez esta conceptualización, lo formula del siguiente modo: "...Estas fantasías primordiales... son un patrimonio filogenético. En ellas el individuo rebasa su vivenciar propio hacia el vivenciar de la prehistoria, en los puntos en que el primero ha sido demasiado rudimentario. Me parece que todo lo que hoy nos es contado en el análisis como fantasía... fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana, y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la realidad individual con una verdad prehistórica".

Subrayamos, en primer lugar, que el fantasma originario, -o fantasía primordial-, viene a "rellenar una laguna en la verdad individual", es decir que este fantasma cumple una función *simbolizante*, ordenando un *enigma* para el cual no hay verdad en el orden de una verdad filogenéticamente adquirida.

En segundo lugar, lo histórico reaparece a través de la filogénesis; no se trata de una segregación de la biología a la psique, sino de un verdadero rodeo por recuperar algo de la *verdad histórica*, del acontecimiento, que Freud no encuentra como tal en la historia singular del sujeto (recordemos que es a partir del historial del Hombre de los Lobos que se aboca a la búsqueda de esta respuesta, historial al cual le agrega, a *posteriori*, dos párrafos que remiten a éste que venimos de citar). Los fantasmas originarios, si bien aparecen entonces como *preformado a priori* en el sujeto singular, no lo son desde el punto de vista de la especie; la propuesta lamarckiana se ve claramente vigente en estos desarrollos.

Las especulaciones prehistóricas de Freud pueden ser rastreadas en la saga de "Tótem y tabú" (1912-13) en la cual ya están explicitadas las condiciones del Edipo en términos filogenéticos, y en *Sinopsis de las neurosis de transferencia*, manuscrito recientemente encontrado y cuya redacción es correlativa a la "Metapsicología".

Es inevitable deslizarse, a partir del concepto de *fantasma originario* hacia una suerte de universalidad de los contenidos inconcientes: si todos los seres humanos son partícipes y herederos de la misma filogénesis, ¿cuál sería el problema de atribuirle a los inconcientes singulares los mismos contenidos? De aquí al inconciente colectivo hay un paso, alegremente franqueado para dar a la teoría de grupos un cómodo trasfondo que permita la interpretación.

Sin embargo, como señala Jean Laplanche en sus *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, "a partir del momento en que la mano tiembla en el trazado de lo originario infantil y en la delimitación de la memoria infantil, a partir de ese momento se introduce el recurso a una herencia genética de las escenas... La idea de secuencias escénicas *mnemónicas*, biológicamente inscriptas, no puede sino ser objeto de un escepticismo radical; sin duda que los genetistas no la admitirían, salvo a favor de una confusión entre memoria (siempre ligada a representaciones) y esquemas de comportamiento." Y agrega a continuación: "No se trata, sin embargo, de negar que con los fantasmas originarios Freud haya descubierto algo prototípico, algo que sobrepasa efectivamente el vivenciar individual y que da forma, hasta modificar, la vivencia individual. Pero no está resuelta la cuestión de la naturaleza de eso 'prototípico', o, más exactamente, se trata incluso de una doble cuestión por resolver: su modo de transmisión y su situación tópica. ¿Cómo situar en el sistema psíquico humano estos guiones escénicos prototípicos? ¿Más cerca de qué? ¿Del ello, del yo, del superyo? En cuanto al fantasma de castración, el más fundamental tal vez de esos fantasmas originarios, ¿cómo no sentirse sacudidos al notar que lo que Freud re intitula 'fantasma originario' es lo que ya había descubierto como 'teoría sexual infantil'? Y, ¿qué podría querer significar esta última noción como no fuera algo que no surge directamente en el nivel de lo pulsional, sino que está encargado por el contrario de domeñar, de poner dique a aquello que lo pulsional tiene indudablemente de anárquico, pero también de cuestionante, en todo el sentido del término? La *castración*, titulada como teoría, fantasma o fantasma originario, es ante todo una *respuesta* y no un cuestionamiento pulsional. Es una respuesta a una pregunta entre las preguntas angustiantes que tal vez se plantean los niños pequeños: ¿de dónde proviene la diferencia de los sexos? *Es entonces que el ser humano es teorizante, autoteorizante, donde se sitúa la teoría que explica la diferencia de los sexos.* (42)" Y, por supuesto, es del lado de que el ser humano es *teorizante, autoteorizante*, donde se puede ubicar toda la problemática que hace a la relación entre enigma estructurante y fantasma de ligazón, de simbolización.

Si los fantasmas originarios tienen cierta universalidad tal vez ello se deba a que las variables a ser "teorizadas" por el niño en el curso de su constitución psíco-sexual no son tantas, y más aún, que no ha habido variaciones a lo largo de la historia de la humanidad. Que los seres humanos sean engendrados a partir de dos sexos diferentes, signado cada uno por características no sólo biológicamente distintas sino expresadas en modos de simbolización cultural -diversidad de vestimentas, de hábitos, de modelos de comportamiento-; que el niño deba recorrer todo un largo camino entre el parto biológico y el parto simbólico que lo separa definitivamente del objeto primordial materno; que los cuidados a los cuales es sometido sean originariamente pasivizantes, seductores, y que en la constitución de

su deseo inconciente la represión haga volver invertido este deseo; no son cuestiones sencillas para el incipiente psiquismo en estructuración. A qué nos llevarán los nuevos descubrimientos científicos y las transformaciones culturales que están a la puerta del nuevo siglo es algo de alcances insospechados. Pero, al mismo tiempo, es de tener en cuenta que ellos no están librados al azar: los hombres no están dispuestos a ceder fácilmente ni sus convicciones éticas ni su experiencia histórica acumulada, y ello pone coto y marca una cierta dirección a la investigación científica -la ilusión de principios de siglo de un científico enloquecido capaz de producir un Frankenstein es hoy impensable; la complejidad y el costo de la experimentación propone cada vez más un carácter social al descubrimiento.

Carácter universal, estructural, de los fantasmas originarios, cuyos contenidos son históricos, singulares, particulares -no generales. Todo el psicoanálisis transcurre por las vías de esta singularidad, y el proceso grupal, si bien parte de cierta comunidad de los procesos inconcientes, no puede abordarlos en sí mismos en la medida en que estos, atravesados por la represión, están inscritos en "las profundidades" de un sujeto al cual su acceso está vedado.

***f*antasmas originarios e intersección fantasmático**

Este recorrido teórico por el cual nos deslizamos va en la dirección de poner de relieve la imposibilidad de abordar un inconciente grupal, y señala al mismo tiempo las vías para el camino que hemos propuesto, aquel del *intersección fantasmático*.

Tomemos un ejemplo para mostrar su modo de funcionamiento. Supongamos que un grupo con objetivos de aprendizaje se ha reunido con la presencia de un coordinador -y eventualmente de un observador-, cuya función es ayudar a poner en marcha el proceso grupal y elucidar los obstáculos que a él se oponen. La sesión empieza marcada por el silencio pesado de los miembros; al cabo de un rato, alguien se levanta y abre la ventana, dando cuenta posiblemente, de este modo, de su sensación de asfixia. Estamos ante un primer indicio a ser significado, no suficiente para dar cauce a la interpretación. Del mismo modo que en cualquier situación en la cual un mensaje se vehiculice, sólo el segundo tiempo podría resignificar al primero. No hay lectura inmediata, y mucho menos si no hay discurso que abra su significación. En un segundo tiempo, entonces, alguien del grupo alude a su sensación de "no haber tenido ganas de venir, de no saber qué le pasa, pero no tenía ganas". A partir de esto se va generando una situación en la que algunos de los miembros se suman, expresan su agobio, su sensación de sobre-esfuerzo. Recapitulemos los momentos previos: en las últimas reuniones, el grupo, fusionado y habiendo establecido un pacto de "fraternidad-terror" -en el cual toda ausencia, toda independencia, podría llegar a ser considerada como una traición a la ilusión de fusión grupal- había

entrado en una parálisis que no permitía ni el intercambio con los textos -objetivo del grupo- ni entre los sujetos participantes. La opresión había hecho presa del grupo, y quien abrió la ventana "daba cuenta" de una búsqueda de oxígeno para esa situación de enclaustramiento. Los discursos posteriores ponían en evidencia lo latente, no lo inconciente: cada uno se sentía obligado, más allá de sí mismo, a someterse a una voluntad en la cual todos quedaban prisioneros.

Volvamos a los conceptos de diacronía y sincronía que hemos esbozado en capítulos anteriores, para luego hacer jugar otros elementos de lectura.

En primer lugar, el primer sujeto, aquel que abrió la ventana, daba cuenta de una angustia de encierro cuyas determinaciones inconcientes se escapan, hacen a su historia singular, a los modos con los cuales fueron inscriptos en los momentos de su fundación en la trama edípica particular que lo constituyó. Sólo convocando su libre asociación podría llegar a otorgarse un sentido a su conducta, sentido que permitiría resimbolizar y retranscribir huellas mnémicas cuyo carácter lo determinan pero a cuyo yo escapan. Aún cuando este sujeto tuviera mucho tiempo en el grupo, el coordinador, en modo alguno, podría considerarse dueño de un conocimiento acerca del otro que hiciera posible "hacer conciente" lo inconciente del sujeto.

Si este sujeto es emergente, lo es de su propia historia; al mismo tiempo los correlatos discursivos de los otros miembros permiten engarzar su accionar en el marco de un *intersecto* cuyo carácter de latente sí puede develarse, sin que este latente pueda ser homologado a inconciente.

En el devenir grupal, el fantasma que acosa a los miembros del grupo es un fantasma de reengolfamiento en el cuerpo-madre devorador, en un momento en el cual ha dejado de otorgar satisfacciones de algún orden y cuyo abandono somete al sujeto a angustias de reinclusión. Lo deseado y lo temido se conjugan en este movimiento, pero ninguna "verdad última" puede ser planteada como tal; y henos aquí de nuevo embarcados en otra cuestión a discutir en el interior del psicoanálisis mismo y por la cual hicimos alguna incursión en páginas anteriores.

Se tiende, con cierta ligereza, a considerar a lo preconciente-conciente como "encubridor" del deseo inconciente, y esto es parcialmente verdadero; lo preconciente-conciente da cuenta del deseo inconciente y a la vez sostiene un sistema de defensas frente a él. ¿Es plausible considerar a partir de esto a lo inconciente como "verdadero" y a lo conciente como falso? No parece ser ésta la propuesta de Freud; para él nos encontramos más bien entre dos sistemas con el mismo carácter de realidad. Es tan cierto que la represión de la hostilidad inconciente puede producir un exceso de cuidados hacia el semejante como que es el amor al semejante lo que sostiene la represión de dicha hostilidad. El odio al enemigo no produce ambivalencia, muy por el contrario, permite acciones planificadas hacia su destrucción.

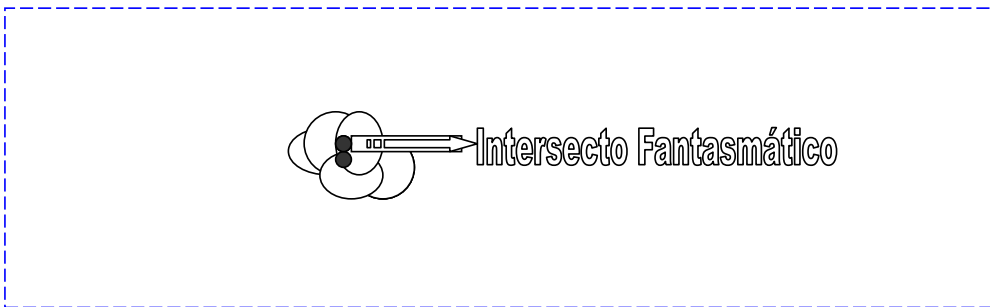
Interpretaciones del tipo: "pero es porque Ud. odia a su madre que..." no agregan ningún sentido; más aún, cosifican al sujeto en el odio en el cual estaba.

Y bien, en el caso de los miembros de este grupo cuya dinámica intentamos explorar: no es sólo porque desean fusionarse y ser devorados por el grupo, sino *centralmente* porque esta devoración es temida al activar fantasmas reprimidos en cada uno de los sujetos, que la dominancia aparece del lado de la claustrofobia. De modo que un coordinador avezado no tiene por qué dudar entre qué y qué interpretar: deberá generar, en un movimiento simbolizante, esta persistencia de un deseo al cual los sujetos, concientemente, se rehusan, permitiéndoles salir de la *impasse* que el juego entre deseo y defensa les provoca.

Estamos, evidentemente, ante la presencia de un "fantasma originario" del tipo *retorno al seno materno* y su correlato de *castración*, pero la circulación de este fantasma precipita un interseco en el cual el proceso grupal -las sesiones previas- ha operado como situación desencadenante compartida.

En el interjuego entre interseco fantasmático -sincrónico- y proceso de constitución de la dinámica grupal -diacrónico- los sujetos han coagulado modos de accionar cuyo develamiento constituye el eje de la interpretación.

Volvamos al diagrama propuesto anteriormente: veámoslo con la introducción de estos elementos que acabamos de explicitar:



El *interseco fantasmático* es el que posibilita la *consonancia* entre los miembros del grupo; y desde la perspectiva que estamos trabajando, esta consonancia es posible porque todos los sujetos, de uno u otro modo, han sido atravesados por los fantasmas originarios, universales -pero no generales-, en la singularidad que los constituye.

Es por otra parte evidente que a partir de esta singularidad no todos participarán del mismo modo ni formarán parte, homogéneamente, del mismo interseco. Como ya lo hemos mencionado, una parte del grupo puede estar aún en los momentos de fusión, de unicidad imaginaria, juramentado por lazos de fraternidad-terror, mientras otra parte intenta la apertura hacia un movimiento diferenciador,

o incluso permanece aún en la serialidad de la multiplicidad de singularidades. Si tomáramos el modelo de la música, cada uno desde su instrumento arma una melodía que se estructura sobre una suerte de amalgama en la cual los sonidos se entrelazan sin que ello implique la desaparición de cada instrumento en particular. Pero a diferencia de una partitura prefijada, a la cual los músicos tienen que adaptarse y seguir en cada uno de sus movimientos, el grupo va produciendo su propia partitura, va escribiendo una historia cuyas leyes, si bien pueden estar más o menos determinadas, no establecen sino modalidades generales de accionar.

Una observación más, entonces, en relación a las etapas sartreanas. Hemos introducido en las últimas líneas las modalidades de funcionamiento de un grupo "en fusión", aludimos a la "juramentación" y a la "fraternidad-terror" -sabemos que Sartre conceptualiza estos movimientos de los procesos grupales a partir de los acontecimientos producidos en el marco de la revolución francesa. El grupo en fusión se juramenta en forma solidaria para evitar la dispersión de sus miembros; en ese momento, toda ausencia, todo desacuerdo, toda posibilidad de discrepancia, de duda acerca del futuro grupal, es vivida como traición. El *nosotros* forma parte del discurso de cada uno de los miembros; aun quienes se niegan a ingresar en el agrupamiento, lo hacen en términos de *ustedes*, no apela a su singularidad para expresar sus ideas sino por contraposición a una masa, a un conglomerado que se le opone desde afuera como un todo.

El *yo* puede devenir *nosotros* en la medida en que los otros son *múltiples yo*. He aquí la fórmula con la cual Sartre define al momento de juramentación grupal: "El juramento comporta necesariamente: 1.- El carácter de contraseña, de acción reguladora cuyo fin (reflejo) es el de arrastrar a los terceros (me ofrezco para que se ofrezcan); el ofrecimiento de mis servicios (de mi vida, etc.) es ya el mismo que el suyo. En este nivel, mi compromiso es compromiso recíproco y mediado del tercero. 2.- El carácter de una maniobra ejercida sobre mí mismo: jurar es dar lo que no se tiene para que los otros os lo den" [este último subrayado es nuestro: ¿quién no descubre fácilmente en él, esa frase que ha circulado, a partir de Lacan, de "amar es dar lo que no se tiene"? ¿Cuánto del lacanismo no se ha asentado en una propuesta sartreana más o menos deformada, en el sentido psicoanalítico estricto: pasada por condensaciones, desplazamientos, disimulante de las representaciones de base, al servicio del ocultamiento, ante el sujeto, de un deseo que subyace?; se podrá objetar: "la historia del pensamiento se constituye de este modo"; sí, pero no siempre se ocultan las referencias de partida ni se hacen desaparecer los otros en el Uno, generando la ilusión de un saber absoluto...]

"En el momento de la decisión, el juramento aún es futuro, pero su significación -como objetivo inmediato del grupo y como *medio* de mantener una permanencia necesaria en los más lejanos objetivos- le presenta a cada uno como operación común, o, si se prefiere, como acción del grupo sobre sí a través de cada

uno"... "El origen del juramento, en efecto, es el miedo (del tercero y de sí mismo): el objeto común existe, hasta es interés común en la medida en que se hace negación de una comunidad de destino; pero el aflojamiento de la presión enemiga supone para cada uno, al mismo tiempo que la persistencia de la amenaza, el descubrimiento de un nuevo peligro: el de la progresiva desaparición del interés común y de la reaparición de los antagonismos individuales o de la impotencia serial"... Una vez en constitución, agrupado en la fusión, el grupo no requiere de un peligro exterior para mantenerse constituido; más aún, él mismo genera las condiciones del Terror: 'El Terror, hemos dicho, es la violencia de la libertad común contra la necesidad, en tanto que ésta no existe sino por la alienación de alguna libertad.' Por el tercero que descubre al grupo en peligro de muerte en su propia persona y en la de los Otros... El grupo, con ausencia de toda presión, tiene que producirse él mismo como presión sobre sus miembros... El juramento es precisamente eso, es decir, la producción común y por reciprocidad mediada del estatuto de la violencia... Jurar, es decir, en tanto que individuo común: reclamo que me maten si hago secesión. Y esta reclamación no tiene otro fin que instalar el Terror en sí mismo como libre defensa contra el miedo del enemigo."

¿Qué es un chivo expiatorio en el marco de este movimiento que Sartre nos plantea? ¿Es posible hacer "circular los roles" sin poner en juego los movimientos, profundamente dialécticos, por los cuales lo que realmente circula es un procesamiento en el cual los sujetos reactualizan y dan forma a fantasmas que determinan su praxis? Y aún más, ¿quién sería el saboteador de un grupo en el momento en que el grupo ha entrado en juramentación-terror? ¿El que se niega a la fusión y sostiene su derecho a la singularidad?. ¿El que pretende salir de la fusión luego de soportar los movimientos necesarios pero asfixiantes a los cuales el grupo lo somete al fusionarlo?

Veamos de qué manera culmina este desarrollo que estamos siguiendo: "La objetivación del grupo en fusión no se rechaza; por el contrario, se vuelve la realización material de la unidad arcaica, el momento de un surgimiento común... El grupo juramentado produce su objetivación como un determinado producto material en él (el pacto escrito, incluso la sala, antaño *continente*, se vuelve, tras la dispersión, producto interiorizado, mediación material entre los miembros)... Es el comienzo de la humanidad... Por los demás, *el-ser-de-grupo* es vivido por cada uno como naturaleza: está "orgullosa" de *serlo*, se vuelve el significado material de los uniformes de grupo [he aquí el momento de "ponerse la camiseta" al cual convocaba Pichon Rivière]... Así las relaciones de los individuos comunes en el interior del grupo son uniones de reciprocidad ambivalentes... Y esta fraternidad no está fundada, como a veces la presentan tontamente, en el parecido físico que expresa identidad profunda de la naturaleza. ¿Por qué habría de ser un guisante de una lata de conservas hermano de otro guisante que está en la misma lata? Somos

hermanos en tanto que después del acto creador del juramento somos *nuestros propios hijos* [¿cuánto nos evoca este párrafo a aquel otro acto de auto-fundación con el cual Freud opuso a la ideología nazi que les negaba su condición de pueblo, la auto-elección de los judíos en "Moisés y el monoteísmo"?], nuestro invento común. Y, como en las familias reales [como en toda familia, para eso existe "la novela familiar del neurótico"], la fraternidad se presenta en el grupo como un conjunto de obligaciones recíprocas y singulares, es decir, definidas por el grupo entero a partir de las circunstancias y de sus objetivos (obligaciones de interayudarse en general, o, en caso preciso y rigurosamente determinado de una acción o de un trabajo particular).⁸⁴

La equiparación entre grupo operativo y grupo familiar no podía surgir sino de esta cuestión común que subyace a ambos en el supuesto pichoniano de arribar a la constitución de un grupo en fusión. Nuestro camino, siguiendo a Sartre, muestra que el grupo en fusión no es un punto de llegada, sino un punto de partida. La fusión es el momento en el cual el grupo se constituye como tal, momento dialéctico a ser superado por la organización, pero en una dialéctica que, subversión de la hegeliana, no tiene síntesis. El grupo puede regresionar del momento de fusión al de serialidad, avanzar hacia la diferenciación o fracasar si no puede resolver las angustias que los momentos previos le plantean, y aún en los felices momentos de organización, volver atrás cuando los obstáculos a los cuales se enfrenta son irreductibles.

Si no existieran en los seres humanos un momento mítico de completud (más bien es la constitución a *posteriori* de ese momento la que lleva a ensalzar los tiempos de los orígenes como tiempos de ausencia de angustia y de realización omnipotente de deseos), el grupo no podría acceder jamás a una fundación. No es entonces el tercero exterior el que induce a la constitución del grupo, sino que su presencia amenazante reactiva siempre en el sujeto psíquico el deseo de diluirse en un cuerpo fusional, proveedor omnipotente de protección y cuidados.

Sabemos, a partir del psicoanálisis, de las trabas, sujetamientos, capturas que el amor narcisista impone como modelo de toda servidumbre voluntaria. "Introducción del narcisismo" llamó Freud (44) a ese momento de la evolución psicosexual en el cual el narcisismo "se introduce" en el sujeto psíquico, plasmando al modo de una instancia intrapsíquica -el yo-, los órdenes de ligazón que le permiten hacer frente a sus propios deseos autoeróticos, a lo que luego llamó "pulsión de muerte". El narcisismo es, entonces, movimiento de instauración necesaria para que el sujeto se constituya, y es a partir de que está instalado como tal, que el psicoanálisis puede jugar con sus desmantelamientos y propiciar desligaciones que el sujeto recompone. Tarea inevitable, ya que no hay amor llamado "objetal" ni relación libidinal al mundo en la que el yo no proporcione una especie

⁸⁴La puesta entre [] es del autor.

de semitransparencia en la cual se refleja a sí mismo al mismo tiempo que deja pasar algo del objeto -recubrimiento parcial que da origen a toda relación al otro.

Del mismo modo, el grupo *debe necesariamente* pasar por este momento fundacional de alianza juramentada, de subordinación amorosa, de unicidad imaginaria, de alienación constitutiva del proceso. El obstáculo, y ésta es la enseñanza psicoanalítica, no es tal en sí mismo, sino en la medida en que pone en riesgo de fracaso los movimientos que permiten el progreso psíquico. Del mismo modo, en el grupo, el coordinador avezado no puede dedicarse a señalar los momentos en aras de instar, sea a un abandono, sea a un pasaje precoz hacia un tiempo considerado "superior", en este caso, la *Organización*. Concebida esta organización como diferenciación de funciones, reconocimiento de las singularidades, aceptación de las diferencias: "el movimiento organizador decide sobre la relación entre los hombres, en función de la relación fundamental del grupo con la cosa", dirá a este respecto, Sartre.

Es tal vez necesario, llegando a este punto, llamar nuevamente la atención del lector respecto a una fácil transpolación de un campo a otro. Los momentos sartreanos tienen la virtud de proporcionarnos un organizador, un modelo de lectura del proceso; tal vez, desde nuestra perspectiva, el más fecundo al respecto. No corresponde, sin embargo, hacer transpolaciones lineales a la teoría de grupos. Más aún, imaginemos a un psicoanalista en pleno "*furor psicoanalítico*" tratando de ver en ellas el modelo, plasmado a nivel histórico, del funcionamiento psíquico en su evolución. Sabemos hoy que, epistemológicamente, ello es insostenible, que no pueden analizarse los fenómenos históricos desde una fácil reducción al psicoanálisis. ¡Cuántos abusos se han cometido al respecto a esta altura de la historia! Abusos que han llevado a la banalización y ridiculización del psicoanálisis en el campo más vasto de los intelectuales. Y sabemos también que no se pueden trasladar las leyes de la historia -o lo que de ellas queda- al plano del sujeto singular en una especie de traspolación simple de la "teoría del reflejo"; se trata de órdenes de pertenencia complejos, de legalidades a ser respetadas, a lo sumo plausibles de intersección.

Pero lo que es cada vez más compartido por la comunidad científica desde diversas disciplinas, es la caída de la ilusión de un progreso continuo hacia la perfección, tal como una cierta dialéctica que culmina en la síntesis absoluta parecería haber propiciado (y aún bajo modos renegatorios, hasta para aquellos que no creían sostenerlo a nivel teórico, esta ilusión se conservaba). Desde el psicoanálisis fue la *Ego Psychology* la que, con su ideal de desarrollo hacia la maduración, hacia la adultez, parecía querer sostener tales premisas. Tal vez no sea casual que haya sido un grupo de inmigrantes europeos en Estados Unidos, en la época del capitalismo más logrado, el que haya podido amalgamar estas dos

cuestiones: la de un progreso psíquico exitoso hacia la maduración sin retorno y la de un progreso de la historia hacia su culminación en la perfección del Estado.

Hay hoy una dominancia, cada vez mayor, tanto en el campo de las ciencias del hombre como en las llamadas "naturales" respecto a los modos de ejercerse los procesos en base a la discontinuidad. Aquello que alguien como Ilya Prigogine ha definido magistralmente como "la nueva alianza", pone de relieve que no es al modo del movimiento circular, de la teoría del equilibrio constante, ni del progreso armónico e ilimitado, que se observan los nuevos fenómenos que la física, la química, la biología molecular están en vías de mostrarnos. Más aún, qué sorpresa ha producido en todos nosotros, en los últimos tiempos, la lógica impecable -a corroborar, por cierto, pero impecable de todos modos-, mediante la cual, un Stephen Gould, paleontólogo de Harvard, pone en tela de juicio la teoría clásica de la evolución con su "teoría del Equilibrio Interrumpido". Gould, a partir de Darwin pero también en revisión de ciertos postulados, sostiene que nunca ha sido posible encontrar el famoso eslabón perdido que plantearía una evolución gradual de todas las especies, incluida la humana. A partir de ello, saca una conclusión sorprendente en su sencillez: si esto no ha ocurrido nunca es tal vez porque el eslabón perdido en realidad nunca existió, porque la evolución no se plantea al modo de un pasaje gradual sino bajo el modo de una discontinuidad. Y lo formula en los siguientes términos: "La ausencia de eslabones entre una etapa y otra no invalida a Darwin por completo. Los fósiles nos muestran procesos evolutivos parciales y también huellas de conexiones evolutivas entre una especie y otra. Pero no hemos podido establecer un linaje completo, ni uno solo. Por eso digo que lo que está en discusión no es el proceso evolutivo en sí, algo tan evidente como que la Tierra gira alrededor del Sol o que las manzanas caen de los árboles. Lo que rechazamos es el gradualismo. El Equilibrio Interrumpido dice que las especies evolucionan en forma abrupta, entre fracturas. Es un proceso marcado por una serie de catástrofes entre dos períodos en calma..."

Los últimos bastiones de la progresión evolucionista que marcaron nuestro pensamiento comienzan a ceder, aun en el plano mismo de las ciencias. Si hay algo abierto hoy a nivel epistemológico ello tiene que ver con continuidades que se proponen al modo de una discontinuidad, con una ruptura de la reversibilidad del tiempo -la teoría de las catástrofes, el Big Bang entre otras (45)-, con una puesta en tela de juicio del determinismo absoluto; no es que ya no haya determinación, pero ella se ofrece en una combinatoria compleja en la cual azar y necesidad juegan de modos combinatorios y no pueden reducirse el uno al otro; ni puro espontaneísmo y abandono de la posibilidad de conocer, ni pura predeterminación legal y contingencia de la historia.

Los destinos de un grupo

Traslademos ahora estas preocupaciones que venimos exponiendo a la teoría de los grupos: que haya líneas de lectura no quiere decir, ni mucho menos, que el destino de un grupo esté prefijado. La función del coordinador consiste, en el marco de la legalidad predictiva, en crear las condiciones de procesamiento que permitan la constitución y transformación grupal, siempre y cuando las condiciones de partida lo posibiliten.

Hemos tomado el momento sartreano fundacional para poner de relieve que el grupo "no es" a partir de constantes de tiempo y espacio, sino que el "grupo deviene", en un proceso en el cual no hay logro prefijado. Si el concepto de intersección grupal es adecuado, imaginemos las variables que se combinan para que un grupo se constituya como tal; afortunadamente, si los sujetos que en él participan han llegado a constituir algún tipo de proyecto personal, ello da indicio de que han atravesado los caminos que en su recorrido desde la estructura edípica originaria, los ha hecho circular por los fantasmas que posibilitan los intersecciones fantasmáticos capaces de producir -a partir de su develamiento en el doble eje de lo sincrónico-diacrónico-, un encuentro grupal.

Es este encuentro condición necesaria para la constitución del grupo, pero no suficiente para que éste pueda apropiarse de los objetivos para lo cual manifiestamente sus miembros han sido convocados y a lo cual parecen acudir voluntariamente. Ello es inevitable, sabemos que las razones que los hombres invocan para un proyecto no expresan sino un aspecto de sus motivaciones. No que las manifiestas no sean reales, pero estas motivaciones manifiestas entran en alianza, conflicto o colisión con otras cuya existencia desconocen, o, en el mejor de los casos, intuyen vagamente.

Una de las confusiones más frecuentes en un Grupo Elaborativo es el deseo, apenas disimulado, casi manifiesto, de participar de una experiencia de psicoterapia grupal. Aún más, los sujetos pueden formular claramente las diferencias entre ambos tipos de grupo, aceptar que es imposible el análisis sin libre asociación, que la consigna de inicio de un grupo como ése no propone abrir todo un proceso discursivo acerca de las angustias ni de los conflictos singulares, sino en el marco del objetivo propuesto y a efectos de que su palabra sirva de engarce en un proceso compartido, y no por ello deja de coexistir, en algunos de ellos, como un deseo en ciertos casos irreductible, y junto a la meta manifiesta, esta otra.

Ello se agudiza cuando sostienen, como ocurre en el caso de los Grupos Operativos tal como han sido desarrollados desde hace ya más de cincuenta años y no sin cierto sostén en sus premisas de partida, la ambigüedad, tanto en la teoría como en su técnica, la ilusión analítica fuera de las variables que la definen. Así hemos asistido a un proceso de verdadero empobrecimiento del psicoanálisis y de la función del analista; con un debilitamiento paralelo en las posibilidades de

extraer premisas que permitan "operar" en situaciones que requieren otro tipo de técnica, y no la analítica clásica, es decir en la factible exportación del psicoanálisis hacia prácticas extramuros. Si el pasaje del "psicoanálisis a la psicología social", como hemos visto, no ha ocurrido sino a costa de una mutilación de la teoría, este nuevo pasaje "de la psicología social al psicoanálisis" es definitivamente catastrófico y, lo que es peor, gratuito, no encuentra razones en las cuales sostenerse -salvo las que hacen a un mercado un tanto viciado y degradado en la circulación del conocimiento como bien de consumo.

Hemos retomado algunos elementos en relación a los momentos sartreanos y al intersepto fantasmático, y ello nos lleva a preguntarnos por esta primera necesidad de "agrupamiento" que conduce a la conformación del grupo en el pacto que suelda la fraternidad del grupo en fusión.

Sabemos a partir del conocimiento que el psicoanálisis nos ofrece, el largo camino recorrido por la cría humana en el proceso de su constitución hasta el sujeto que encontramos en grupo. ¿Qué es lo que propiciaría esta "necesidad de agrupamiento", qué es lo que permitiría soldar, en un movimiento de visos claramente regresivos, esta cesión de singularidades que daría lugar al "nosotros" en el momento en que el grupo se instaura -es decir, no a partir de que se reúne, sino de que "hay grupo"-?

Pichon Rivière hablaba de una "necesidad de ser grupo" que en su ambigüedad nos deja sin respuesta. Más aún, él mismo intuía de algún modo que esto no era tan así; el "como sí" grupal, "la impostura" aludía, claramente, a los momentos en que el grupo no era, al momento en el cual el grupo jugaba a ser sin ser verdaderamente. Había algo obstinado y tenaz en Pichon Rivière por darle a los actos humanos conjuntos calidad grupal; pero ello implicaba el reconocimiento de que esta tarea no era tan fácil; aún para llegar a ser "grupo en fusión", hay un trabajo arduo a realizar. Y cuando el grupo se ha constituido en ese movimiento fusional, ¿cómo evitar que se fragmente? Y aún, ¿cómo evitar que los miembros se despedacen en esa tensión que se juega siempre entre narcisismo y agresividad, en esas tensiones que la alienación, y sobre todo la alienación amorosa voluntaria, propone?

Es posiblemente Lacan, desde el interior del psicoanálisis, quien ha insistido más en abrir una nueva vía a la comprensión de la agresividad a través de la tensión que el narcisismo genera en las relaciones de captura que se establecen con el semejante. El da, a partir de ello, un nuevo movimiento a la cuestión. En primer lugar ayuda a librarse de la confusión entre agresividad y agresión, bajo los modos simbólicos que la primera inaugura en relación a la otra; en segundo lugar rompe con todo innatismo de la agresividad planteándola en el marco de los ordenamientos narcisistas, no de los pulsionales; y en este sentido no hay duda: la

agresividad es patrimonio del yo, no del inconciente -al menos no del inconciente en sentido estricto, a lo sumo puede corresponder a lo que Freud llamo "los aspectos inconcientes del yo", secundariamente reprimidos; implica una intencionalidad de la cual el inconciente está desprovisto. En el inconciente la intencionalidad se cierra sobre sí misma, deviene "cumplimiento alucinatorio", se ejerce al modo de un performativo -es decir de un enunciado que en el acto mismo de su enunciación realiza la acción que propicia (46); en el inconciente, y como derivado pulsional regido por el deseo, lo que se juega es algo del orden del sadismo, es decir del goce.

Por supuesto que en un grupo podemos asistir a formas de sadismo moral -no erógenas: nadie despedaza realmente al otro-, e incluso es posible ver formas de masoquismo moral, pero son actos secundarios, no constantes; lo que sí es permanente como circuito reverberante de la alianza narcisista es la tensión agresiva, y ella sólo puede ser entendida y develada a partir de su correlación con los movimientos de sometimiento narcisista a los cuales el grupo convoca a los sujetos. Sin tensión agresiva, manifiesta o larvada, no hay grupo; ésta es una verdad del mismo calibre que aquella que señala que sin capacidad de amor y ejercicio del amor no hay grupo; y no solamente amor a la meta por alcanzar, sino amor a los sujetos en cuya compañía nos proponemos la realización de ese cometido. Un movimiento que va de "la cosa" a los sujetos es inevitablemente el movimiento pendular que permite libidinizaciones sublimadas en el espacio del grupo. No hay en tal sentido "tarea" y "pretarea", sino circulación dialéctica de investimentos entre ambos polos del accionar grupal.

Para una teoría del narcisismo, *la cosa*, el elemento real que proviniendo del mundo externo intercambian los sujetos, adquiere un carácter de don. Si la madre no otorga el pecho como un don, como un objeto perpetuamente cedido y recuperado, no hay posibilidad de que la alimentación se desplace de lo autoconservativo a lo libidinal; pero si se ofrece el puro don, si "la cosa" no cumple una función de uso, no sólo de intercambio -para apelar a la economía política que conocemos-, si no resuelve algún tipo de necesidad material y a partir de ella se despliega en su carácter de necesidad simbólica, no se constituye en tanto objeto anhelado.

¿Cuánto tiempo puede sostenerse un grupo en fusión cuya juramentación no propicie sino sólo una alianza estéril de los miembros? Y por otra parte, ¿a qué tipo de estallidos estará expuesto, cuando es una ley de la vida amorosa que a mayor grado de sometimiento narcisístico, a mayor depositación del yo ideal en el semejante o del ideal del yo en el líder, mayor tensión agresiva sofocada, mayor posibilidad de estallido y de desligazón angustiada?

Porque, además, los sujetos que participan en un grupo "nunca regresionan realmente" al punto de partida. Una cosa es que el grupo precipite ansiedades que culminan en modos de funcionamiento regresivo, y otra es que creamos que el sujeto

en el grupo es un niño de pecho que vuelve a vivir, del mismo modo y con la misma intensidad, los procesos originarios -al menos los sujetos neuróticos, y por ello es necesaria la selección previa de los miembros.

El sujeto ingresa al grupo, como lo hemos señalado reiteradamente, con un aparato psíquico clivado, estructurado. Un aparato cuyo polo perceptivo está abierto, por un extremo, a lo real; y eso posibilita que se reinviestan antiguos fantasmas y que viejos mecanismos se actualicen. Pero la regresión no cumple el modelo del sueño, nunca hay regresión tópica ni formal, a lo sumo en cierto modo temporal, y ello bajo el modo de un *apres-coup*.

Masa y Poder, según Canetti

Un autor que se ha preocupado muy en particular de estudiar, aun cuando sea desde otra perspectiva, los fenómenos de agrupamiento humanos es Elias Canetti, cuyo libro *Masa y poder* constituye ya un clásico.⁸⁵ Sigamos los párrafos iniciales de esta obra:

"Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido. Desea saber quien es el que lo agarra; le quiere reconocer o, al menos, poder clasificar. El hombre elude siempre el contacto con lo extraño. De noche a oscuras, el terror ante un contacto inesperado puede llegar a convertirse en pánico. Ni siquiera la ropa ofrece suficiente seguridad: que fácil es desgarrarla, que fácil penetrar hasta la carne desnuda, tersa e indefensa del agredido. Todas las distancias que el hombre ha creado a su alrededor han surgido de este temor a ser tocado... El miedo al ladrón se configura no sólo como un temor a la rapiña sino también como un temor a ser tocado por un repentino e inesperado ataque procedente de las tinieblas. La mano, convertida en garra, vuelve a utilizarse siempre como símbolo de tal miedo. Mucho de ello ha pasado a formar parte del doble sentido de la palabra 'agarrar'..."

"Esta aversión al contacto no nos abandona tampoco cuando nos mezclamos con la gente... Incluso cuando nos encontramos muy cerca unos de otros, evitamos en lo posible entrar en contacto con ellos... todo este nudo de reacciones psíquicas en torno al ser tocado por lo extraño, en su extrema inestabilidad e irritabilidad, demuestra que se trata de algo muy profundo que nos mantiene en guardia y nos hace susceptibles de un proceso que jamás abandona al hombre una vez que ha establecido los límites de la persona"

"Sólo inmerso en la masa puede el hombre redimirse de este temor al contacto. Se trata de la única situación en que este temor se convierte en su contrario. Es esta densa masa la que se necesita para ello, cuando un cuerpo se estrecha con otro cuerpo, densa también en su constitución anímica, es decir, cuando no se presta

⁸⁵ Canetti, E.: *Masa y Poder*, ver

atención a quién es el que se 'estrecha' a uno. Así, una vez que uno se ha abandonado a la masa, no teme su contacto. En este caso ideal todos son iguales entre sí. Ninguna diferencia cuenta, *ni siquiera la de los sexos*. Quienquiera que sea el que se oprime contra uno, se le encuentra idéntico a uno mismo. Se le percibe de la misma manera en que uno se percibe a sí mismo. De pronto, todo acontece como *dentro de un cuerpo...* Esta *inversión del temor a ser tocado* forma parte de la masa".⁸⁶ (p.9-10).

Henos aquí nuevamente ante el prototipo de lo que hemos concebido como "grupo en fusión", y ello nos lleva a una nueva categoría: el grupo en fusión es siempre *grupo-masa*; es siempre un grupo en el cual los sujetos (al "estrecharse", en el sentido de "estrecharse entre sí", y "angostarse", como se dice de alguien limitado) desaparecen como tales anulando sus singularidades, diferencias, aspiraciones, se homogeneizan en la media.

De todos modos, algunas frases -que hemos remarcado-, saltan a la vista: Canetti parte de un temor a esta fusión, a esta dilusión del sujeto en la masa, temor que "jamás abandona al hombre una vez que ha establecido los límites de su persona"; es decir a partir del momento en que ha podido establecer un tegumento, una piel simbólica, que lo separa del semejante.

En el psicoanálisis hemos atravesado por diversas vicisitudes teóricas acerca de la constitución de este primer tegumento. No hay acuerdo, entre las distintas escuelas, acerca de qué es este "yo", esta "primera posesión de sí mismo" que delimita un territorio del ser. Entre un yo concebido como totalidad orgánica - ligado a la psicología, definido por sus funciones cognoscitivas- y un yo concebido como representación, como representación de una superficie y desplazamiento psíquico de la superficie corporal -un yo investido, regido fundamentalmente por el orden libidinal-, giran las diferencias. Sin embargo, y más allá de vacilaciones y movimientos espiralados, la línea dominante de la obra freudiana se abre en dirección de concebir al yo como una instancia segunda, no existente desde los orígenes (posición que se extiende desde el "Proyecto de psicología" de 1895 hasta la segunda tópica), y residuo de identificaciones, de la relación amorosa al semejante (a partir de 1914, en la "*Metapsicología*").

De todos modos, asistimos a partir de los años 50' a un movimiento, bajo la égida del psicoanálisis francés, por otorgar al yo un estatuto metapsicológico preciso. En esta dirección, una de las cuestiones que se reveló como más fecundas fue aquella que retoma, a partir de "Introducción del narcisismo", al yo como una masa libidinal, topicamente instalada por oposición al inconciente, residuo de identificaciones y cargado con el narcisismo derivado de los padres mismos.

A este movimiento estructurante del yo Lacan le otorgó la denominación de *espejularidad*, precisando el eje de la función alienante a la vez que estructurante

⁸⁶El subrayado es nuestro.

del semejante -entendido acá "a la letra": como el idéntico-, poniendo de relieve ese complejo movimiento que llevará desde la especularidad que captura en los orígenes en las redes del amor narcisista, a la necesaria separación que culmina en la diferencia de sexos y en el reconocimiento de un deseo propio a partir del corte que el padre establece en la mónada originaria. Mucho se ha dicho posteriormente sobre estas cuestiones, y hay aspectos a reinscribir y a replantear de diverso tipo.

Pero considerémoslo, en principio, como una gran metáfora fundante del yo, para poner de relieve que es a partir de su sepultamiento, y en consecuencia de esta pérdida originaria, que el sujeto conservará la potencialidad amorosa que lo lleva, aun luego de constituida su identidad singular, a marchar a la búsqueda de una fusión amorosa tan deseada como temida.

Si esta búsqueda de inmersión en el deseo-cuerpo de la madre permanece como una tensión nostálgica existencial que determina los movimientos centrífugos y centrípetos del ser humano hacia el otro, no es casual que mantenga, a lo largo de su vida, este "temor al semejante" del cual nos habla Canetti, y que este temor pueda desaparecer casi en forma mágica en la dilusión en un *corpus* masificado que lo devora y al cual cede una parte de su propio ser.

Es comprensible entonces que en el grupo en fusión, grupo-masa, se den algunos de los mecanismos que vemos aparecer en la masa en proceso de soldadura: quién no ha presenciado, con cierto temor, el pasaje de una "hinchada" de football incitando a los terceros que la miran, a sumarse a su paso; amenazante aún para la mirada indiferente del otro, agitando el puño en su convocatoria a agruparse. Es que el tercero revela, con su mirada reprobante o indiferente, la parte de cada uno de los sujetos que quisiera apartarse, desprenderse, liberarse del "estrechamiento" y de la captura a la cual se ve sometido. Por eso el grupo en fusión no tolera a un miembro ausente, denigra al desertor, le molesta el compañero en silencio -como si en ese silencio se revelara la parte íntima, oculta, que cuestiona o reprueba la alianza fusional-, necesita explicitación y reconfirmación del juramento y participación activa en la fusión. Se confunde, a veces, la melancolización de la cual los miembros del grupo son objeto cuando alguien "lo abandona" con la tristeza depresiva de la pérdida. Es en realidad una melancolía paranoide, una puesta en riesgo de la fusión omnipotente que agita representaciones hostiles y, al mismo tiempo, amenaza de castración.

Sólo cuando los participantes del grupo han podido discriminarse internamente, operando por un proceso de diferenciación en el cual cada uno es *reconocido* y *aceptado en su singularidad* como diverso -y no como "diferente a mí mismo", es decir no atravesado por una lógica binaria de oposiciones sino por el reconocimiento de múltiples caracteres propios-, los miembros pueden añorar o deprimirse por la pérdida de alguno de ellos.

Son la *Diferenciación* y la *Organización*, movimientos de superación dialéctica, los que hacen devenir al grupo juramentado, de la fraternidad-terror, en grupo capaz de arrancarse del centramiento en el sí mismo para volcarse "a la cosa", al objetivo. Sin embargo, a diferencia de toda dialéctica que propusiera una culminación feliz de este proceso, cabe señalar que nos vemos ante movimientos de idas y vueltas, de avances y retrocesos, si bien cada experiencia saldada deviene internamente resignificación y posibilidad de confluencia para los sujetos que de él participan.

Se ha pretendido dar el carácter de positivo o negativo a los agrupamientos humanos por su número. No hay duda -y sería de un simplismo extremo no reconocerlo- que el número determina, en lo que hace a los grandes movimientos históricos, las posibilidades de transformación real que un grupo humano posee. Lo que genéricamente se ha dado en llamar "la masa" está compuesto de leyes comunes y de diferencias que intentamos abarcar. Un conglomerado humano guarda en sí elementos de horda definidos por la fraternidad-terror así como elementos de grupo-organización que permiten la asunción de un proyecto compartido y abren posibilidades de que el estrechamiento no implique la disolución lisa y llana del sujeto -con sus valores y sus modos de vínculo previos al semejante. De la integración de uno y otro elemento depende, en última instancia, su validación *a posteriori* y su capacidad de establecer transformaciones a largo plazo y la capacidad de superar las *impasses* a las cuales la fusión los condena. Pero vemos, por otra parte, en los pequeños grupos formados por sujetos singulares que comparten las leyes psíquicas de todo conglomerado humano e intersectan entre sí, cómo ya se dan una serie de procesos comunes a los grandes agrupamientos y podemos estudiar, en forma privilegiada, sus modos de operar.

Una última observación respecto a estas cuestiones que estamos planteando. Hemos visto, a lo largo de estas páginas, de qué manera el grupo intenta, para lograr su constitución, la anulación de singularidades y el engolfamiento en el "grupo-cuerpo" que "devora" a los sujetos y los "estrecha" en un proceso de alienación constitutiva. La teoría grupal, al plantear este momento como de culminación y no de origen, ha reproducido esta situación sin ponerla en cuestión. La revisión de estos postulados posibilita, en nuestra opinión, objetar algo que, parafraseando a Marcuse, podríamos denominar *sobre-alienación*, es decir el favorecimiento y ejercicio de una alienación que, siendo necesaria para la estructuración, cosificada y reificada no como momento sino como punto de llegada, despoja doblemente a los sujetos de su capacidad de pensamiento: lo hace en el proceso grupal, y lo reproduce en la teoría como meta y culminación del mismo. Ello, inevitablemente, ha tendido a crear las condiciones para que el atrapamiento no pueda ser superado. A esta superación van dirigidos nuestros esfuerzos de teorización.

CAPITULO 6

Lo inconciente y lo latente en la lectura del proceso grupal

Descubrir los indicios que, detrás de la realidad manifiestamente observable, permiten la captura de algún tipo de sentido, no implica que este sentido pueda ser considerado "inconciente" en la dimensión que el psicoanálisis da a este término. Por supuesto, donde un hecho humano entra en juego, entra con él, al mismo tiempo, el inconciente; pero ello no quiere decir que todas las acciones humanas puedan ser "leídas" a partir de sus determinaciones inconcientes. Por otra parte, el uso abusivo del término "inconciente" en este siglo ha propiciado una extensión que, si bien puede ser conservada a fines literarios, no guarda nada ya del concepto que los psicoanalistas manejamos en nuestro campo específico: inconciente de un grupo, inconciente de un texto, inconciente colectivo de un pueblo, inconciente de una institución, son enunciados que hoy debemos sujetar a caución, si es que el *inconciente* histórico, singular, inscripto en el interior de las relaciones primarias sexuales -de cultura- puede ser relevado como eje conceptual mayor de nuestra práctica.

El segundo aspecto que subrayamos es el siguiente: lo que del inconciente conocemos no es algo que se exprese en directo, algo que esta ahí, a ser detectado sólo quitando la película de lo manifiesto. Conocemos al inconciente por sus efectos: transacciones en el interior de un aparato psíquico regido por relaciones de conflicto, de enfrentamiento, y aún de colaboración; formas de operar que son el producto de estas relaciones, que no expresan en forma directa al inconciente en cuestión, pero que abren la vía de acceso a su conocimiento.

El inconciente establece, en el sujeto psíquico, un *inter* que pone en juego todas sus relaciones con lo real; pero así como hubo en otro tiempo que desatar la ilusión concienialista de que las relaciones con la realidad eran inmediatas y "objetivas", tenemos hoy que reubicar el descubrimiento del inconciente dado que ha devenido una especie de comodín de signo inverso -aunque no por ello menos falaz-:

las relaciones con lo real tampoco son efecto de relaciones directas, inmediatas, de un inconciente que podría captar "la verdad".

A tal punto se ha extendido esta concepción vulgarizada del funcionamiento psíquico, que no ha sido extraño ver formulado algo tan absurdo como la creencia de que, demoliendo los obstáculos defensivos que se oponen en un sujeto al conocimiento del objeto, éste accederá a un conocimiento inmediato del objeto; ilusión omnisciente del inconciente que se pone de manifiesto en algunos grupos cuando, en ciertas situaciones, y en complicidad con el coordinador, los miembros suponen que es sólo por efecto de sus angustias y fantasmas que no pueden alcanzar sus objetivos: discutir claramente un tema, por ejemplo si el grupo es de aprendizaje, cuando en realidad no han leído la bibliografía correspondiente o no se han tomado el tiempo suficiente para realizar una reflexión cuidadosa sobre el tema al cual supuestamente están dedicados.

Para decirlo más claramente: si los movimientos defensivos del yo pueden llegar a obstaculizar mediante inhibiciones o procesos de contrainvestimento -de contrainteligencia, se decía en otra época, y ello no era tan erróneo a fines descriptivos- el acceso a un conocimiento del orden que sea, es decir del orden del inconciente o de la realidad exterior, es evidente que la disminución de las defensas no son suficientes para que este conocimiento se produzca en forma espontánea, como si el inconciente fuera un reservorio del saber universal. Más aún, un sujeto despojado de sus defensas, sin represión ni procesos defensivos que abran el camino a la sublimación, sería un sujeto guiado por sus movimientos pulsionales, por la legalidad del proceso primario, por una circulación de cargas desenfrenada que lo dejaría despojado de toda posibilidad de pensamiento lógico -cualidad esta, la de la lógica, que Freud ubicó, muy claramente, del lado del preconciente con su legalidad de contradicción, operancia de la negación, de la temporalidad.

Por otra parte, esta intromisión del inconciente en el sujeto psíquico ha entrado también como un *inter* en nuestra cultura, propiciando todo un modo de acercarse a los fenómenos humanos de nuestro siglo. El inconciente ha atravesado, en tanto noción extendida, la cultura de nuestro tiempo, ha pasado a formar parte de un modelo interpretativo y ha quedado, en muchos casos, subsumido en una hermenéutica general. Se habla del "inconciente de un texto", del "inconciente de un pueblo"... y, por supuesto -ya hemos comenzado a abordar esta cuestión que hace a nuestra preocupación específica- del "inconciente grupal".

Sólo por extensión, tal vez en razón de la fascinación que el descubrimiento freudiano produjera, el inconciente, en tanto concepto, ha llegado a obtener un grado de amplitud tal que tiende a su dilución. Bajo esta noción se despliega una teoría general de la interpretación que debemos ubicar en términos más precisos, y, sobre todo, cuando de la teoría de grupos se trata.

Diferenciamos entonces entre "conocimiento del inconciente" y "develamiento de lo latente", conservando el primero para el inconciente en sentido estricto, que hace a la singularidad de inscripciones reprimidas que funcionan en el interior del aparato psíquico singular produciendo efectos cuyas determinaciones deben ser abordadas a partir de una técnica específica en un campo específico, y reservemos el segundo para el descubrimiento de todas aquellas determinaciones que, siendo no del orden de lo manifiesto, no son sin embargo, por ello, objeto de la represión ni operan en el psiquismo singular de los seres humanos. También para estas últimas hay reglas de descubrimiento que deben ser respetadas y no pueden ser extrapoladas de un campo a otro; corresponden a legalidades diversas, y a ellas deben ser remitidas.

Que en la gestación de un fenómeno histórico entren los sujetos singulares, atravesados por sus deseos y angustias, por sus anhelos y experiencias previas, nadie podrá ponerlo en duda. Y la complejidad de este fenómeno obliga a que la lectura no pueda ser abordada desde un solo ángulo. Los hombres no luchan y mueren sólo porque tienen hambre, sólo por la necesidad; esta formulación es una simplificación extrema que puede ser útil como consigna agitativa pero que se torna indefendible como hipótesis científica. Todos los autores que han abordado honestamente en su escritura situaciones límites lo expresan de modo similar. Primo Levi -cuya obra es un modelo de implicación personal y honestidad intelectual- pone de relieve la ausencia de rebelión en condiciones extremas de supervivencia: quien es hambreado hasta lo infrahumano, quien es despojado de su dignidad y llevado hasta la animalización para preservar de modo autoconservativo "el potaje diario de cada día", no puede formularse proyectos de restitución de la humanización. Para pensar, soñar, planificar, es necesario un intervalo interior del cual el hombre sometido a condiciones extremas está generalmente despojado. No son las necesidades vitales en sí mismas las que llevan a la rebelión; esta rebelión, humana, requiere condiciones mínimamente humanas para su producción.

Una simplificación de ciertos descubrimientos de la economía política materialista y su vulgarización -necesaria en ciertos casos a fines políticos, pero vulgarización al fin- ha llevado a confundir la necesidad biológica con su modo de inscripción cultural. Esto debe ser replanteado no sólo a fines teóricos, sino por las consecuencias prácticas que implica y de las cuales sus efectos se están revelando en los últimos años de este siglo (51).

Los franceses tienen dos vocablos para lo que nosotros, en castellano, subsumimos en el denominador común de "necesidad". Las necesidades biológicas se inclinan más del lado del *besoin*, y es esto lo que se ha traducido en lenguaje psicoanalítico en los últimos tiempos -a partir de la influencia de Lacan- como "necesidad" (en el marco de una polémica con el instintivismo).

Por otra parte, la *necessité* alude a algo del orden "del espíritu": como una fuerza ineluctable que ejerce una compulsión sobre los hombres. En la frase "tengo necesidad de Dios", jamás podría ser traducido necesidad por *besoin*; se trata más de una exigencia, de algo que opera en el orden de lo ineluctable.

Diferenciar entonces entre la necesidad, del orden biológico, y esto que se manifiesta del lado del sujeto -en sentido estricto, como sujeto del yo-, que aparece como una suerte de necesidad "espiritual" -no por ello menos material-, debe ser operado para no caer en absurdos extremos (imaginemos a un psicoanalista, guardián celoso del tesoro de la lengua, diciendo "tengo deseo de Dios", para evitar cuidadosamente la palabra anatemizada en cierto contexto y por cierto grupo de pertenencia en un intento de *binarizar* el lenguaje en oposiciones simples).

Sabemos que el concepto de necesidad en sentido filosófico varía históricamente; ¿a qué tipo de necesidad, por otra parte, obedece la constitución de la familia? Se puede decir, de modo ligero y al mismo tiempo regido por la evidencia: "a la necesidad de preservar la cría..." Y volveremos a preguntar: "¿a qué tipo de necesidad corresponde, entonces, el deseo no ya de preservar la cría, sino de engendrar hijos?". Se dice de modo poético: "los hombres van a la lucha -sea la del trabajo diario, sea la de los grandes movimientos sociales- porque ven el hambre en los ojos de sus hijos". Van entonces a la lucha por amor, para decirlo de un modo simple, porque no toleran el sufrimiento de los seres amados con los cuales se identifican, y se ven obligados, entonces, a asumir modos de sufrimiento que en muchos casos ponen en riesgo su propia necesidad autoconservativa, su propia vida, a la búsqueda de soluciones que trascienden el plano más simple de la necesidad biológica, más aún, que se enfrenta a ella en ciertos momentos.

Hemos visto en el capítulo anterior el carácter relativo de la fórmula "necesidad de agruparse", fórmula que puede ser concebida, en su dimensión intrapsíquica, como deseo fusional ligado a la regresión hacia un vínculo totalizante perdido, y que puede ser expresada también desde una vertiente que proviene de un mandato exterior: "es necesario agruparse para..." en el cual el sujeto singular es mediación de un proyecto del otro, objeto a ser subsumido y trascendido por el semejante.

Entre el deseo inconciente, inscripto, autoerótico, aislado de lo real, degradado a "puro significante" en el sentido más amplio del término (52), y las motivaciones concientes, reconocidas, articuladas, hay no sólo múltiples eslabones intermedios que las unen y las distancian sino barreras de pasaje, de interceptación, de aislamiento. Sería entonces imposible proponer, a esta altura de nuestro desarrollo teórico -y de la corroboración en la práctica que lo justifica- que lo que determina todo accionar humano es del orden del inconciente -aunque no haya acto humano en el cual el inconciente no participe.

La politización de la teoría

Sería también imposible, a esta altura de la historia, abstenerse de la inclusión del inconciente en la apreciación de un fenómeno humano. Pero es necesario aclarar que desde el inconciente, tal como Freud lo concibió, el semejante no tiene cabida como tal, como diferenciado y reflejo de lo real. El semejante se inscribió inicialmente no como tal, sino como "indicio del objeto", como fragmento, huella mnémica de algo sustituido por inscripciones y aislado de lo real -en el inconciente. Esta es la inscripción, recompuesta y totalizada del lado del yo, del lado del imaginario amoroso, lo que hace que su perdurabilidad sea posible. Son las identificaciones, primarias y secundarias, dando origen al yo y a las instancias ideales al superyo, un precipitado de enlaces a objetos que nunca persisten como tales en el aparato psíquico, sino "metabolizados" por movimientos deseantes y recomposiciones fantasmáticas. Y si se trata de un precipitado de primerísimos modos de enlace a objetos, es indudable que los rasgos de estos objetos han quedado impresos a costa de una mutilación fragmentada de lo real.

Esta desconstrucción de lo real, anterior a toda desconstrucción científica y de la cual el yo estructura complejos modos de recomposición, nos alerta sobre la imposibilidad de proponer, al menos para el inconciente, la posibilidad de una "epistemología convergente" en el sentido pichoniano del término. Hace años que hemos roto con el ideal de una epistemología unificada y que nos hemos habituado a la idea de concebir una legalidad diferente para fenómenos de diverso orden. Ello no quiere decir que diversas legalidades no puedan operar simultáneamente sobre un mismo objeto -real, no epistemológico-: éste sería el trabajo más arduo por realizar con relación a una supuesta *interdisciplinariedad*. El hecho de que haya fenómenos que deben ser abordados desde distintos enfoques epistémicos, por distintas disciplinas, no implica que la interdisciplinariedad que se construye para ese fenómeno se intente homologar o sustituir una racionalidad por otra; se trata más bien de encontrar órdenes de incidencia sobre la base de la definición clara de cada una de las disciplinas de partida, para este abordaje en particular - y no todas operan simultáneamente y con el mismo orden de incidencia, ya que los elementos determinantes no lo son tampoco. Estamos nuevamente a nivel de una *intersección* multidisciplinaria en el abordaje concreto de un problema a resolver, y no en el de una "interciencia" que diluya los presupuestos específicos con los cuales cada ciencia toma a su cargo un aspecto de lo real. Tomemos el ejemplo de una úlcera gástrica en un paciente: habrá momentos en los cuales el tratamiento médico se convierta en imperativo y determinante para la vida del paciente y su salud futura, lo cual no obsta para que un tratamiento psicoanalítico adecuado ofrezca garantía de modos de organización de la angustia que favorezca resimbolizaciones tendientes a evitar el pasaje a lo somático. Encontrar las determinaciones diferenciales y los modos de operar adecuados, nos evita

la subsumición -generalmente riesgosa y que lleva al fracaso-, de "panpsicoanalitismo", "paneconomicismo", o "panmedicalización".

El vicio de cierto freudo-marxismo, tal como se gestó en particular en América Latina entre los 60' y los 70', consistió posiblemente no sólo en el intento de ensamblaje abstracto de dos teorías cuyos puntos de intersección no estando claros llevaron a una especie de "pastiche" ecléctico, sino fundamentalmente en no tomar en cuenta que, en el interior de cada una de ellas, era necesario una limpieza de los paradigmas, una puesta al día de sus enunciados en base a una resolución no dogmática de sus contradicciones.

Quienes conozcan los desarrollos propiciados por los filósofos de la llamada Escuela de Frankfurt saben del importante esfuerzo realizado por encontrar órdenes de intersección con el psicoanálisis. Lamentablemente, la Escuela de Frankfurt pudo realizar una labor importante en el interior de la filosofía misma, pero el psicoanálisis que tuvo a su disposición fue un psicoanálisis de impregnación biológica y en el cual no se había realizado una verdadera puesta al día. No podemos acusar a los filósofos de nuestras propias incapacidades; es a los psicoanalistas a quienes corresponde poner a prueba sus enunciados y constituir una teoría de lo psíquico que haya pasado la prueba de la metapsicología. Ello recién hoy estamos en condiciones de realizarlo, y tal vez recién se abran las líneas de un futuro intersección teórico.

La versión empobrecida de estos intentos circuló como moneda corriente en la ideología grupalista de la Argentina de los 60' y los 70'. Se unificó entonces una "economía política materialista" -en la cual la simplificación extrema hacia segregarse de las condiciones económicas de producción la ideología-, con un freudismo degradado en el cual lo inconciente se contraponía a un supuesto principio de realidad capaz de captar a "la realidad dada" como tal; es decir, se superpusieron las dos vertientes más empobrecidas e irrescatables de ambos modos de conocimiento (del freudismo y del marxismo). Ello llevó a una consecuencia inevitable: ¿a qué psicoanalista le era útil, en la práctica de la cura, una propuesta adaptacionista -del orden que fuera y al sistema que fuera-; y, del lado contrario, ¿a qué militante de la historia le era útil una teoría del inconciente que propusiera a éste más como un obstáculo a ser superado que como un elemento a ser incorporado?

En Pichon Rivière esta última concepción aparece con nítida claridad: "el grupo debe, para pasar de la pretarea a la tarea, resolver las ansiedades básicas que subyacen y conocer los fantasmas que lo determinan; de tal modo, la relación con la realidad, sea la realidad del semejante o de la tarea, podrá ser capturada y eficientemente manejada, 'operativamente' manejada". Que el conocimiento de los fantasmas inconcientes posibilite al sujeto un mejor manejo de la realidad exterior

con la cual tiene que lidiar, no es despreciable, siempre y cuando no se subsuma en ello el objetivo fundamental del análisis que consiste en un "mejor manejo", en un "arreglárselas", con la *realidad interior*, con la *realidad psíquica*. Pichon Rivière, en tal sentido, no hizo sino suscribir, aun cuando sea de modo involuntario, una psicología adaptacionista que sostuvo la ilusión de una superación del inconciente proponiéndose el despejamiento de la fantasía neurótica para que detrás de ella pudiera emerger la realidad (una realidad única que subordinaba al paciente, en última instancia, al principio de realidad del analista). Propuesta, por otra parte, no muy lejana de aquella que concibió a la ideología como un modo espurio de encuentro con lo real, o, desde otra vertiente, como un movimiento ascendente en el cual la ideología "verdadera" debía sustituir a la "ideología falsa", alienada - herencia de una lectura reductora en la cual se supone que a determinadas condiciones objetivas de la realidad la conciencia debe responder con un grado igual de objetividad.

La práctica grupal como posibilidad transformadora

Para puntualizar y en relación a nuestro tema: en el proceso grupal, de lo que se trata es del develamiento de lo latente, latente determinado en la intersección que se establece entre los sujetos singulares y el proceso histórico en el cual el grupo se estructura como tal buscando obtener un producto al alcanzar sus objetivos. Que en este movimiento los inconcientes singulares de los sujetos participantes propicien la constitución de intersecciones capaces de modular una problemática común, esto es la base que sustenta como necesidad teórica y práctica toda posibilidad de ejercicio de una coordinación grupal transformadora, y ello debe ser concebido desde dos ángulos: desde lo manifiesto que los convoca y desde las superposiciones fantasmáticas con las cuales consueñan entre sí a partir de ser sujetos de cultura que han atravesado las vicisitudes conformantes del Edipo cuyos rasgos asumen carácter de universalidad, no de generalidad: regidos por propiedades comunes, estas propiedades se expresan en singularidades no intercambiables y cuyos órdenes de determinación son también únicos en su combinatoria. El hecho de que haya una constante de variables en la estructuración del sujeto psíquico, no quiere decir sino eso: se trata de variables en el sentido matemático (más de un modelo de aspecto matemático que de una posibilidad de matematización), pero en su combinatoria define el producto de la operación.

Intentaremos dar cuenta, ahora, de este movimiento que se produce entre los objetivos manifiestos de un grupo y la forma en que estos objetivos se efectivizan como meta en el proceso grupal.

Convocatoria grupal

Los sujetos son convocados por una propuesta que, si bien es explicitada, no constituye aún una consigna de trabajo; se trata de algo más amplio, que debe ser precisado en el momento de la reunión. Supongamos, que se trate de una población que ha pasado por algún tipo de catástrofe (nos remitimos a la conceptualización que nos vimos obligados a hacer cuando abordamos el trabajo con pobladores que sufrieron el terremoto de México de 1985 al cual dedicamos un capítulo de este libro). Se los convoca, en términos generales, a "hablar de lo que pasó y a poder pensarlo juntos"; esto despierta, en las fantasías de los sujetos, el espectro más amplio -sin que sea necesario invocar al inconciente para explicarlo-: puede alguien llegar al grupo porque tiene necesidad, simplemente, de hablar de sus vivencias, de encontrar un interlocutor válido con el cual compartir; puede suponer, en su desvalimiento absoluto, que de su pertenencia al grupo dependerá el que pueda obtener ciertas prebendas o privilegios: que se le consiga una nueva vivienda, se le dé dinero o trabajo; puede venir, simplemente, para llenar el vacío de las horas muertas del albergue donde se halla alojado y salir de la pasivización a la cual se siente sometido; puede, en el mejor de los casos pensar que en el grupo va a encontrar un modo pautado de compartir inquietudes en aras de buscar soluciones comunes... La ambigüedad del objetivo manifiesto no permite decir, ni mucho menos, que todo esto sea inconciente sino, a lo sumo, que el coordinador lo desconoce -aun cuando pueda suponer todas estas motivaciones cuya regularidad se repite-. Son preconcientes o concientes en la mayoría de quienes son convocados y, a lo sumo, se tratará de que puedan ser, si ello hace al proceso grupal, explicitadas.

Junto a estas motivaciones más o menos concientes operan otras, del orden inconciente en sentido descriptivo -es decir que siendo desconocidas por el sujeto, no son reprimidas en sentido estricto-; y son por ello más o menos detectables para un oído entrenado y para alguien que posea los fundamentos de la teoría, a partir de fragmentos discursivos que el sujeto emite o de sus modos de insertarse. Tal fue el caso, por ejemplo en nuestra experiencia con poblaciones terremoteadas, de un hombre de sesenta años que habiendo tenido un pasado de dignidad y trabajo se sentía profundamente humillado al verse sometido a las condiciones de un albergue, ya que habiendo perdido su vivienda se negaba a trasladarse con su esposa a la casa de alguno de sus hijos, lo cual era significado en su "imaginario vital" como un símbolo de decrepitud y derrota. Venía al grupo a recuperar su capacidad organizativa y laboral, ofreciendo su aliento, sus propuestas de organización y su experiencia a los demás integrantes para restituir, en presencia de su esposa y ante sí mismo, una imagen de potente virilidad que veía en riesgo. ¡Qué torpe hubiera sido un coordinador que intentara un desmantelamiento del narcisismo sin ofrecer, a cambio, nuevos modos de simbolización que le permitieran disminuir el sufrimiento y aceptar los ofrecimientos que el amor de los suyos propiciaba! ¡Qué

crimen de sinceridad se hubiera cometido de poner sobre el tapete, y ante los ojos de los otros, impúdicamente, ansiedades tan intensas cuando se podían bordear y simbolizar de modo menos lesionante!

El ejemplo es ilustrativo para poner de manifiesto la forma no simple, histórica, de resignificación fantasmática en el movimiento vital que marca el proceso del sujeto psíquico. Lo "histórico vivencial" inscripto originariamente en el inconciente se retranscribe bajo modos diversos en distintos momentos del suceder psíquico, se reengarza y abre nuevas posibilidades de resignificación. Que este hombre al cual acabamos de referirnos esté atravesado por la angustia de castración no es sino un enunciado general que cobra significaciones diversas a lo largo de su historia; que en última instancia en un análisis se pueda remitir esta angustia a fantasmas estructurados en sus vivencias infantiles, no quiere tampoco decir que el sentido del psicoanálisis -en caso de que se estuviera en proceso analítico-, fuera el de "nominar" su angustia, sino el de re-simbolizarla en relación a estos referentes singulares que la constituyeron para abrir un proceso de perlaboración singular. En el proceso grupal se puede, por supuesto, establecer órdenes de ligazón que, en última instancia, generen posibilidades distintas -esto constituye un beneficio extra del proceso grupal-, pero su objetivo no es, evidentemente, psicoanalítico (volveremos sobre esto).

Y bien, retornemos al punto de partida: objetivos iniciales más si bien explicitados no anudados a una metodología, lo cual los deja librados a cierta ambigüedad que propicia todo tipo de fantasías, aún concientes, en los futuros participantes.

La consigna

A esto se sucede, ya en el primer encuentro grupal, la precisión de una *consigna* dada por el coordinador y que delimita, de modo más o menos estricto, tanto el objetivo como las condiciones de trabajo. Volvamos al ejemplo de las poblaciones abarcadas con el trabajo realizado en el post-terremoto de México, en 1985. Allí esa consigna fue la siguiente: "El objetivo de este grupo es abrir un espacio para que Uds. puedan compartir sus experiencias y hablar sobre lo que se les ocurra respecto a la situación que estamos atravesando. Sería conveniente que pudieran expresar cómo se sintieron en el momento del terremoto, cómo se sienten ahora, en este albergue, y de qué modo se imaginan el futuro". Como vemos la consigna apunta a delimitar un objetivo y un modo de funcionamiento. El "estamos" que, en este caso incluye al coordinador -lo cual no se hace en otras situaciones grupales-, tiene que ver con la situación particular que se abre cuando una catástrofe abarca a la totalidad de la población -y no sólo a los miembros del grupo- y tiende a propiciar la confianza y seguridad de que el interlocutor no intenta ponerse afuera de algo vivido en común, pero el resto del discurso excluye

al coordinador -"como se sienten... pudieran expresar... un espacio para que Uds. puedan compartir..."- y marca la diversidad de tareas y funciones.

Los Momentos Grupales

Los sujetos, como hemos dicho antes, llegan entonces al grupo con su intrasubjetividad constituida, y no hay, aún, relación intersubjetiva. El grupo aún no es, sino que se han creado las condiciones para que sea. A partir de esto se comenzará a producir, en el proceso grupal un movimiento signado por los fragmentos discursivos y acciones de los miembros que da cuenta de algo *latente* que debe ser develado. Inevitablemente, al hablar desde su propia experiencia histórica, repiten los modos con los cuales ella los ha conformado en el encuentro con *el otro* y con *lo otro*, con *lo diverso*.

En este primer momento *serial*, en el cual cada uno expresa a partir de las representaciones angustiosas y defensivas determinadas por su historia los modos de encuentro con esta ajenidad que el grupo potencial implica, se plantean los primeros modos de concientización -a partir de la interpretación del coordinador- de estas formas de encuentro con *el otro* que, en este primer momento es aún *lo otro*, lo ajeno. Estamos en el primer paso de una *historización simbolizante*.

Se genera entonces, si la dominancia *intrasubjetiva* lo posibilita, primeras formas de intersección *intersubjetivas* que abren las posibilidades de la constitución del grupo y, por medio de ella, de movimientos de transformación grupal con sus diversos momentos: pasaje de este primer tiempo de *Multiplicidad de singularidades* -serialidad, en terminología sartreana- hacia 2) Momento de *Unicidad imaginaria en curso* (totalización masificada imaginaria, fusional), 3) *Unicidad imaginaria consolidada* bajo los modos de la juramentación y la fraternidad-terror y, 4) la *Diferenciación*, discriminación para arribar a la *Organización*. Estos tiempos no pueden ser considerados como cronológicos en sentido estricto, siempre puede haber retrocesos, idas y vueltas (se puede regresionar de la fusión a la serialidad sin que ello implique el pasaje, necesariamente, a la organización; y más aún, se puede volver de la fusión a la serialidad como un modo de protegerse de los estallidos riesgosos a los cuales la fusión puede someter a los sujetos que de ella participan), pero es imposible saltarse uno de ellos: sin momento fusional y superación dialéctica es imposible entrar en la discriminación organizante.

En cada momento se precipitarán, como en un caleidoscopio, intersecciones fantasmáticas entre los miembros del grupo o entre agrupamientos internos al grupo manifiesto. Salvo en momentos particulares y no en todos los grupos, un intersección puede ser compartido por todos los miembros; pero aún cuando haya quienes no compartan las líneas directrices que el intersección grupal genera, su accionar está delimitado y definido por esta línea dominante. Ello quiere decir que en un grupo signado por el deseo fusional y tendiente a la evitación de todo incremento de la

tensión -sea el abordaje del tema a elaborar en común o los conflictos y dificultades que éste genera-, los miembros que rechazan tal deseo manteniéndose aparte -sea bajo formas silenciosas o activas-, expresan angustias definidas por este engolfamiento al cual el grupo los convoca. Más aún, un miembro así puede sostener su independencia durante todo el período fusional y sólo devenir activo en el pasaje a otra etapa cuando el grupo queda paralizado por las ansiedades que de esta etapa derivan; si hay algo que se debe tener en cuenta es que estamos hablando de líneas generales de procesamiento, pero ello no quiere decir que se amalgame a todos los sujetos en el mismo modo de funcionamiento en cada etapa.

La habilidad -saber hacer, saber "práctico"- de un coordinador reside, (basándose en su conocimiento de estas premisas del funcionamiento grupal pero, al mismo tiempo, en algo que se ha dado en llamar en los tiempos que vivimos -y no sin razón-, cierta "convicción democrática", es decir cierta tolerancia a que la realidad no encaje de modo riguroso en lo que se tiene en la cabeza -ni la realidad más general ni la que hace a los deseos y necesidades del semejante) precisamente, en la profunda comprensión de este fenómeno, y en generar condiciones de tolerancia para que las diversas singularidades humanas, con sus particulares modos de inserción, puedan desplegarse de la mejor forma posible en el momento preciso y coadyuvar al proceso grupal.

Intentaremos esquematizar, en un cuadro, los movimientos que hemos descripto:



El método en la Práctica Grupal

Conocemos los intentos que se han producido por subsumir al psicoanálisis en una hermenéutica, en una teoría general de la interpretación; Ricoeur es posiblemente el autor que con mayor énfasis ha planteado esta opción, y ello no sin cierta fascinación por parte de un sector de los analistas. Se trata, en definitiva, de ubicar al psicoanálisis entre los modos de atribución "del sentido", en el rango de una disciplina de la interpretación; esto, no siendo del todo incorrecto, deja de lado un aspecto fundamental: que si la interpretación psicoanalítica va a la búsqueda de un sentido, éste está definido por apuntar al

descubrimiento y develamiento de un objeto real, existente, productor de efectos no aprehensibles de inmediato; este objeto es el inconciente.

La "Interpretación de los sueños", texto capital de Freud, no se propone como eje central ni el conocimiento de los sueños ni el descubrimiento de un sentido, sino el acceso a través de un producto marginal, de un "desecho" psíquico -del mismo orden que el resto de las formaciones del inconciente: lapsus, chistes, actos fallidos, síntomas- a este inconciente. La interpretación ocupa entonces un lugar central en el develamiento del inconciente, pero no equivale al mismo. Tomamos partido acá por un eje freudiano irrenunciable, que ha tendido a diluirse en los últimos años: el que Jean Laplanche rescata como "realismo del inconciente", aludiendo a la materialidad del mismo más allá de sus efectos de sentido.

Un método regido por la aproximación a un objeto, de eso se trata la libre asociación, regla de oro del psicoanálisis en su práctica clínica, cuando de aproximarse al inconciente se trata. Y ello, en sentido estricto, es imposible en las diversas prácticas que aun compartiendo el descubrimiento del inconciente y su operancia en todo accionar humano se juegan del lado de lo que hemos considerado "extra muros", incluido tanto el grupo operativo como lo que hemos denominado grupo elaborativo de simbolización.

Si la interpretación del inconciente es imposible entonces en un grupo elaborativo, no hay dudas que, en sentido amplio, hay una interpretación que construye un sentido de algo latente que se devela (sin por ello ser inconciente). Este sentido latente tiene indudablemente que ver con lo inconciente, pero *no* es lo inconciente: ni grupal (ya hemos marcado nuestra divergencia respecto a esta formulación de "inconciente grupal"), ni mucho menos singular.

Consideremos entonces *la interpretación en el grupo* como el develamiento de un sentido latente que se inserta en el doble eje de lo sincrónico (simultaneidad de operancia de los sujetos singulares) y la diacronía del proceso grupal (carácter histórico de los momentos grupales).

Hemos explicitado ya anteriormente que los sujetos entran al grupo con una historia, con un aparato psíquico constituido y funcionando, y que el proceso grupal "dispara" una serie de fantasmas que definen su modo de "interacción", su modo de vincularse tanto a la tarea propuesta como al semejante con el cual ésta se lleva a cabo. A partir de ello, cada uno de los miembros de un grupo podrá, en mayor o menor medida, ligar ciertos movimientos del proceso grupal con vivencias históricamente inscriptas y eventualmente resignificarlas y obtener algún tipo de transformación sobre la base de una ampliación del sentido; y éste será el "plus" terapéutico de un proceso que no puede ser en principio homologado a una terapia psicoanalítica.

¿Cómo se produce entonces esta "interpretación" del proceso grupal?, ¿con qué parámetros definir su dirección? ¿Qué queda aún en el método de lectura grupal del

método analítico, de su propuesta de base de recomponer los indicios en un movimiento productor de sentidos que no se evidencian en sí mismo, que deben ser develados, recompuestos, contruidos?

En primer lugar, una interpretación, si guarda algo del método que el psicoanálisis nos propone, no puede ser efecto "de la subjetividad del intérprete". Cuando un músico interpreta una sonata, por ejemplo, lo profundamente creativo está dado por la "dosis de sí mismo" que incluye; las vivencias personales son el eje rector de su "interpretación". A diferencia de ello, la interpretación científica de un fenómeno pone siempre en juego una puesta en suspenso de quien realiza la interpretación, suspenso de su subjetividad, de sus deseos, de sus intereses. El único interés aceptado para ello es el de la descripción y el conocimiento del fenómeno en cuestión, y esto es ley general para el psicoanalista, el economista o el antropólogo.

Estamos en el corazón mismo de nuestro problema: al diferenciar nuestra concepción de aquellas que consideran la existencia de un inconciente grupal -o su correlato, la fantasía grupal-, inevitablemente se nos plantea el problema de que la interpretación debe ser redefinida y ello nos obliga a explicitar sus ejes.

Hemos hecho a lo largo de estas páginas dos afirmaciones: el inconciente es singular, histórico, producto de inscripciones reprimidas deseantes de carácter sexual; la segunda es que el inconciente interviene, inevitablemente, en todo accionar humano, y que la práctica grupal es un lugar privilegiado para explorar los modos de su intervención en relación a las formaciones humanas colectivas.

Esta intervención se produce a través de formaciones secundarias, de derivados del inconciente, que encuentran su intersección en el accionar común con otros seres humanos (accionar que no se reduce sólo a ello, ya que el preconciente y las intenciones concientes, ocupan también un lugar central). El encuentro de múltiples inconcientes no permitiría ningún tipo de interacción: cada uno de los sujetos en cuestión sólo podría dirigirse al otro como objeto de resolución de sus tensiones pulsionales, y, si queremos ser estrictos y un tanto exagerados, no podría hablar con el semejante, sólo podría comérselo, chuparlo, incorporarlo canibalísticamente -y ello por aludir solamente a sus pulsiones orales.

De modo que la interpretación de un proceso grupal gira alrededor de estas intersecciones en las cuales los fantasmas singulares *consueñan* entre sí determinando en su relación con los otros sistemas psíquicos formas de encuentro, complementariedad o repulsa, más allá de las propuestas formales que hacen a las motivaciones manifiestas de un encuentro grupal.

Desde esta perspectiva, ni la interpretación del "emergente", que tiende a considerar al sujeto como parte de una unidad mayor que lo engloba y diluye su singularidad, ni la del "inconciente" grupal, son pertinentes para la simbolización tanto del proceso como de los miembros que constituyen al grupo.

Volvamos ahora a nuestra preocupación por poner en correlación la teoría de la cual partimos con los modos de intervención que de ella se desprenden.

Si no es la subjetividad del coordinador lo que define la interpretación, indudablemente la teoría constituye un eje rector de toda lectura. Sería imposible componer algún tipo de sentido si no hubiera algún modelo de lectura de aquello que se pretende leer; pero ello no implica que la teoría "se aplique" a la lectura: ella constituye un trasfondo permanente que, al mismo tiempo que agudiza el oído, hace chirriar los conceptos ante lo novedoso que ella misma no captura. Se trata no sólo de reencontrar lo que ya se conoce (que no debe ser despreciado, como cierta reificación de la ignorancia parece hoy proponer), sino de detectar lo que irrumpe poniendo en juego las certezas -tanto las nuestras, teóricas, como las de las teorías espontáneas o asumidas que los miembros del grupo tienen tanto hacia sí mismo, hacia los otros, o hacia el objeto a conocer).

La teoría grupal conserva, y aun reinscribe, gran parte de los conocimientos que el psicoanálisis nos brinda: teoría del narcisismo, del conflicto, de la intermediación del fantasma en lo real, teoría, en fin, del inconsciente y de su estructuración en el interior del Edipo. La validez de estos conceptos para la teoría grupal no dejan, sin embargo, de plantear problemas: y no es el menor de ellos el intento de exportación sin mediaciones y aún con cierta desmesura que en ciertos casos no posibilita la delimitación específica de campos.

Pero nos preguntábamos antes, ¿qué conserva del método? Es indudable que el objetivo es diverso, y en tal sentido, el método varía. Sabemos que en el comienzo del proceso analítico se juega la regla de la libre asociación, que se explicita en los términos clásicos: "diga todo lo que se le ocurra" -lo cual implica no preocuparse por la valoración moral del enunciado, por su carácter halagador u ofensivo para el interlocutor, por las contradicciones que inevitablemente implica, por la conservación del secreto (propio o acerca de terceros), etc. El objetivo es claro: permitir que el inconsciente emerja a través de sus retoños y todo obstáculo que lo impida debe ser levantado.

Pero sería un absurdo plantear esto ante un grupo que tuviera una meta cuyo objetivo no fuera al conocimiento del inconsciente; un grupo que se propusiera conocer un texto o elaborar de algún modo ciertos traumatismos compartidos (catástrofes naturales o históricas) con vistas a su elaboración. Un grupo que permitiera dejar en suspenso la racionalidad del proceso secundario lo más posible no podría acceder, en modo alguno, a ninguna propuesta organizativa. Más aún, uno de los graves problemas de ciertos grupos operativos, que ayudan a sembrar la confusión e incrementar la ilusión de pertenencia a un grupo terapéutico, es que mientras lo explícito es que los miembros se reúnen a "estudiar teoría de grupos" por ejemplo, la dinámica grupal tiende a levantar las defensas que hacen al conocimiento del inconsciente, a propiciar el discurso asociativo acerca de "lo que

siento" y a permitir la emergencia de todas las pasiones, confundiendo incontinencia con explicitación de la verdad.

Esta ha sido la confusión mayor que lleva de aquí para allá a los grupos operativos entre la supuesta "tarea" -valorada en forma maniqueísta como positiva- y la "pretarea" -concebida como un obstáculo a la tarea y aun como un "como sí", como una *impostura*; sin embargo, y este es el *quid* de la cuestión, nunca queda claro qué es la tarea. Un grupo que se dedica fervientemente al comentario de un material teórico puede "ser acusado" de estar en pretarea por un coordinador que considera que el grupo debería hablar de sus emociones y de los problemas relacionales entre los miembros. Del lado opuesto, un grupo que pasara una sesión hablando de lo que acontece entre ellos terminaría inevitablemente por ser considerado en pretarea dado que la tarea quedaría asimilada al conocimiento del material teórico. Las similitudes con cierto psicoanálisis un tanto empobrecido y anacrónico no dejan de ofrecerse en forma descarnada: "diga lo que diga, siempre estará defendiéndose; por lo tanto, sólo yo puedo ofrecerle la verdad de lo que Ud. 'realmente' piensa, y ello lo salvará de vivir en defensa capital".

Una viñeta de Grupo Elaborativo de Simbolización

Expondremos a continuación una reseña de una situación grupal a fin de ofrecer *in situ* algunas reflexiones respecto a las cuestiones que venimos desarrollando. Se trata de un grupo que está atravesando su segundo año de trabajo en común, cuyo proyecto es estudiar la teoría y la técnica del grupo elaborativo funcionando como tal. Señalemos someramente que se trata de la sexta sesión del año, y que el tema que están en vías de trabajar versa alrededor del método y sus reglas. La clase teórica previamente recibida, si bien ha tenido como eje el tema en cuestión, se ha explayado sobre algunas cuestiones epistemológicas tales como las problemáticas no resueltas de la teoría misma, las vías abiertas para encarar algunos puntos a investigar, la existencia de agujeros y baches que deben ser encarados en el proceso de producción de teoría.

La sesión comienza con la intervención de uno de los miembros, al cual se suman otros dos más en sus comentarios, lamentando la ausencia de Pedro e invitando a Ricardo a trabajar dado que no había estado en el espacio teórico previo. Alejandro dice: "Yo no recuerdo la consigna, no podría formularla", invitando al resto del grupo a que se la recuerde.

Podemos hasta acá señalar dos grandes ejes: por un lado, que una problemática dominante parece instalarse, aquella que da cuenta de "lo que falta" (tanto del miembro ausente como lo que se ha perdido, lo que no se recuerda); dominancia de contenido que se engarza, con relación al material teórico, tanto con el contenido manifiesto: reglas de participación, formulación de la consigna, y, por otra parte, con lo que subrepticamente ha "golpeado fuerte" en la ansiedad de una parte de los

miembros del grupo: el carácter "incompleto" de la teoría. Desde el punto de vista de la etapa del proceso grupal, que el "yo no puedo..." de Alejandro marca la naturaleza discriminada, diferenciada, haciendo alusión a un sujeto singular que enuncia y demanda de los otros una respuesta. No hay aquí un "nosotros no recordamos", que daría cuenta de una etapa previa, grupo en fusión, *grupo en unicidad imaginaria*, pero al mismo tiempo, el hecho de que diversos miembros hablen de uno de ellos, ausente, e inviten a otro a trabajar, despeja la posibilidad de que el grupo estuviera en un momento de *multiplicidad de singularidades*, indiferencia mutua e imposibilidad de tener en cuenta al semejante. Doble eje, entonces, hasta ahora: un intersección fantasmático que podemos, de un modo amplio considerar como inscripto en una fisura del narcisismo de los miembros participantes y ligado a la castración, a la incompletud, y un modo de constituirse el grupo en el interior de un proceso que lo ubica en el trabajo de duelo de la *diferenciación*.

Segunda secuencia: Luis, que ha permanecido leyendo mientras sus compañeros hablan, comienza con una extensa exposición que cuestiona todo lo hecho y dicho hasta el momento; el tono es altivo y como de quien dicta cátedra, siendo caracterizado por algunos integrantes del grupo como "una cascada de palabras", y pidiéndole en ciertos momentos que aclare su discurso: "no te entiendo", "¿a dónde quieres llegar?", es formulado con cierta irritación encubierta. Claudia formula: "tengo la sensación de estar nuevamente en serialidad", señalando la fractura de ligazones ya constituidas por los miembros del grupo en fusión o con lo ya metabolizado teóricamente.

Si Luis se ve llevado a actuar asumiendo el lugar de sujeto supuesto saber, proponiéndose como completo ante los otros miembros, ello intenta, de algún modo, obturar la sensación de incompletud que aún la pérdida del sentimiento fusional con la pérdida de ilusión de una teoría completa. En este sentido, el proceso grupal desencadena, en cada uno de los presentes, desde su propia singularidad, activaciones fantasmáticas que se intersectan.

¿Es Luis un emergente del proceso grupal? ¿Da cuenta de una dominancia en el grupo? ¿Debe ser definido el concepto de "emergente" estadísticamente? Por orden de aparición, (¿lo que va primero es "más" emergente que lo que viene luego?

Señalemos brevemente lo siguiente: si todos los miembros, en tanto provistos de inconciente, de aparato psíquico, pueden ser plausibles de defenderse de la angustia que en ellos precipita la posibilidad de enfrentarse a la incompletud de la teoría como a la incompletud grupal, ello es porque han sido atravesados, en su constitución singular e histórica, por un tránsito edípico en el cual alguna vez se vieron llevados no sólo a renunciar a un posicionamiento sino a reconocer que tampoco el padre es quien posee todos los bienes y todas las respuestas. En el comienzo de todo proceso de conocimiento se activa la ilusión de encontrar un lugar

donde ello ocurra (esto es lo que Jean Laplanche a denominado "transferencia de transferencia": se transfiere algo que ya fue depositado una vez en otro lugar). Alejandro, en tal sentido, apela al grupo localizando en él un saber puntual, del cual espera una resolución; el grupo ha establecido, en tal sentido, un lugar de transferencia y ésta no queda localizada en el coordinador (originariamente única fuente de todo saber). Luis, por su parte - y desde un lugar al cual el proceso grupal no puede acceder, sino simplemente describir- intenta, en el mismo momento en el que el lugar queda vacante, la obturación de toda falla, y ella es concebida inmediatamente como falla del padre primordial, al cual convoca al grupo a devorar.

Las tímidas intervenciones de otros miembros: "no te entiendo", "a donde querés ir", señalan una doble vertiente. Por un lado, marcan el desacuerdo velado, no explicitado; por otra parte, y debido a ello, no son suficientes para detener "la catarata de palabras". Porque en algún lugar todos conservan la ilusión de que la cuestión no sea encontrar agujeros en la teoría, sino reemplazar una teoría agujereada por otra más verdadera, más plena. Sin embargo, el fantasma de completud es en ellos eso, fantasma, no certeza intelectual y vivencial, y desde sus sistemas psíquicos en conflicto definen su accionar mayoritariamente hacia nuevas potencialidades creadoras grupales.

Tanto Alejandro como Luis si son emergentes lo son sólo de sí mismo; cada uno de ellos atravesado por una historia y un modo de posicionarse en relación a sus propios fantasmas inconcientes. La diferencia, tal vez, está dada porque Alejandro, al escapar al juego de que hay un sólo lugar el cual debe ser ocupado inmediatamente para que no quede ningún hueco, representa, junto a la mayoría del grupo, la posibilidad de que el grupo devenga tal, es decir escape al atrapamiento fusional, o quede en el momento de mutua indiferenciación de singularidades.

El grupo, casi en su totalidad, está constituido por sujetos neuróticos, en el mejor sentido del término: atravesados por la castración, con sepultamiento de su Edipo, sin invasiones masivas de procesos primarios ni modos circulares de intelectualizaciones que abran la posibilidad de que la teoría devenga certeza delirante. En su inconciente está lo que debe ser reprimido y en el preconciente lo que puede "trasponerse". Luis, en tal sentido, no es ni un "saboteador" ni un "emergente", sino aquél que hace retornar en lo real aquello que en los otros opera como fantasma de completud reprimido.

No se trata entonces de "denunciar" sino de poner en marcha, en el proceso grupal, la posibilidad de que los sujetos procesen en el momento de pasaje hacia la organización que se vislumbra las constelaciones deseantes que "consueñan" a partir de sus historias singulares. En el caso de que Luis no pudiera procesarlo con los otros, en caso de que desertara del grupo, ello no será efecto de que los demás miembros "no pudieron detenerlo", o de que "actuó un deseo inconciente de todos por

segregarlo", sino de su búsqueda en otra dirección y dentro de las posibilidades que su propia constitución psíquica le otorga.

Por supuesto, no es una sola intervención la que marca el posicionamiento de un sujeto en el grupo. Es en esta dirección que la diacronía grupal se juega en una doble vertiente: por un lado, la historia del grupo, es decir los momentos que éste atravesó y aquel que esta en vías de atravesar. Por otro, la insistencia de las intervenciones de cada miembro y los modos con los cuales se repiten ciertas formas de accionar. Ello es imposible de ser "analizado", en el sentido de pedir asociaciones luego de un señalamiento de esta repetición. Pero sí, al menos, puede ser puntuado, y engarzado en la interpretación de conjunto en relación a las dominancias grupales ampliando nuevos horizontes de comprensión que, en algunos casos, llevan a la exploración individual de un fragmento, en general breve pero rico, de la propia historia.

Un coordinador que se hubiera arrogado el derecho de interpretar a Luis sus confrontaciones edípicas originarias haciendo hipótesis sobre las mismas hubiera saltado la valla y se hubiera posicionado en el lugar de analista, de analista por otra parte que cree él mismo que es "sujeto de saber", en la medida que el inconciente de Luis es inaccesible si no se establece la vía de la libre asociación. Por otra parte, un coordinador que al estilo pichoniano hubiera denunciado a Luis como "saboteador" no hubiera sino estigmatizado con un mote arrojado como *rol* algo que no circula, necesariamente, entre los miembros restantes del grupo, despertando en todos ellos el temor a que, si Luis no está presente, circule el estigma y cada uno sea colocado en el lugar del atacante-atacado. Que el coordinador pueda establecer en ciertos casos hipótesis acerca de la estructura psíquica de uno de los miembros del grupo no puede ser empleado a fines de la interpretación grupal; no estaría muy lejos entonces del lugar de la vieja psiquiatría represiva, que emplea todas las baterías para "amoldar" a los sujetos a la propuesta dominante. Su conocimiento de la psicopatología sólo puede servir a fines de detectar y ayudar en ciertos casos a sujetos sufrientes, y, de no ser ello posible, de evitar que la totalidad de los miembros de un grupo se vea enloquecida por aquello que Searles nominó como "el esfuerzo por volver loco al otro".

La interpretación formulada al grupo roza entonces los fantasmas inconcientes, pero en su relación con los movimientos simbolizantes que el proyecto propuesto requiere para liberarse de los múltiples obstáculos que los seres humanos se imponen entre sí en el proceso de creación común. Concebir la interpretación como el develamiento de un sentido a encontrar no implica necesariamente que este sentido sea inconciente. Si bien se emparenta con lo inconciente, con el inconciente individual de cada uno de los miembros del grupo, el sentido *latente* que la interpretación grupal tiende a poner de manifiesto pone en correlación al intersección fantasmático -que como tal no es el fantasma mismo, sino un derivado de

los fantasmas singulares de los sujetos en cuestión- con el momento grupal que los dispara y en el proceso de construcción del proyecto que el grupo mismo se ha propuesto.

Más que una exhumación del inconciente singular lo que se abre es la vía para la resimbolización de experiencias previas; experiencias en las cuales este inconciente, en primera instancia, se ha constituido, encontrando a posteriori condiciones históricas para su complejización y anudamiento, condiciones que permiten al individuo enfrentar toda situación interhumana bajo el modo dominante de la compulsión de repetición.

Que a partir de la interpretación grupal el sujeto quiebre esa repetición - aún cuando no sea más que en una experiencia puntual, fechable, de su vida- genera condiciones para resignificar situaciones previamente vividas y para abrir nuevas interrogaciones que lo libran de las "certezas" tanto acerca de sí mismo como del semejante.

En el caso de traumatismos severos, circunstanciales, como los que hemos mencionado anteriormente: catástrofes naturales o históricas -personales o sociales-, el grupo opera entonces como un espacio en el cual, a partir de vías de elaboración compartidas, se evite el anudamiento a *posteriori*; (*Nachtraglichkeit*) de situaciones patológicas previamente sufridas.

Qué conserva aún del método analítico la interpretación grupal

Es indudable que, a partir de los ejes que hemos someramente enunciado, la interpretación en grupo no puede ser concebida como una interpretación analítica simplemente "más de superficie", "incompleta". Sin embargo, algo guarda, la interpretación grupal, del método analítico; y ello porque algo mantiene del objeto inconciente.

Podemos seguir en esto a Laplanche cuando propone definir el análisis por su coordenada mayor, lo sexual, y ello de tres maneras: "1) en todo lo que tiene que ver con el psicoanálisis hay, digamos, un *sentido sexual* a encontrar... 2) la sexualidad adulta debe ser sin cesar remitida a la *sexualidad infantil* 3) la *sexualidad* debe ser tomada aquí en su *acepción extensa*, aquella que sin cesar es olvidada, recubierta, por los analistas mismos: la sexualidad no debe ser confundida con la genitalidad; no sólo existen las "sexualidades" descubiertas por Freud y clasicamente llamadas anal, oral, fálica, uretral, etc., sino que, en el límite, puede haber sexualidades en todo y por todas partes. La noción de sexualidad se define en todo caso fuera de la relación con los órganos genitales y aún más, por supuesto, de su relación con la procreación. Estos tres puntos, por otra parte, están muy ligados; apenas se los puede distinguir; la extensión de la noción de sexualidad es en gran parte lo que funda la posibilidad de interpretar

por lo sexual⁸⁷ (p. 149)". Y agrega más adelante: "Decir que hay sexual en todo, decir "pansexualismo", no es pretender, como se ha querido hacer decir a Freud, que todo no es más que sexual". (Ibid. p. 150).

Y es indudable que la problemática grupal tiene que ver con lo sexual en sentido extenso: tanto en el orden del placer que define los intercambios libidinales de los seres humanos entre sí y con los objetos (incluidos, por supuesto, los objetos de conocimiento), como con los fantasmas aterrorizantes, reprimidos, que obstaculizan y definen las barreras alzadas con lo desconocido a lo cual hay que confrontarse.

Sin embargo, la meta de un grupo elaborativo de simbolización no radica en la recuperación del placer a partir del descubrimiento del deseo inconciente, sino en hacer jugar, en "fluidizar", en el movimiento que posibilita los encuentros fecundos entre seres humanos, los diversos engramas mnémicos que dificultan la posibilidad de acceso a nuevos modos de procesamiento de este encuentro.

Hemos intentado, en las páginas precedentes, establecer mínimamente una diferenciación entre la interpretación analítica en sentido estricto y aquella que puede ser efectuada en el proceso grupal -en un grupo cuyo objetivo no radica en el conocimiento del inconciente sino en marcar ciertas dominancias fantasmáticas que se presentifican en el accionar grupal.

Recapitulemos brevemente:

1) Si el inconciente es algo del orden singular, posicionado topicamente en el sujeto psíquico y regido por la represión, es imposible acceder a su conocimiento sin las asociaciones pertinentes que se ponen en juego mediante la instrumentación del método de la libre asociación que abre la vía para ello. No es entonces al develamiento del inconciente a lo que la interpretación grupal accede sino a los modos mediante los cuales un grupo humano procesa su accionar compartido a partir de que los sujetos que en él participan son sujetos de inconciente.

2) El hecho de que los sujetos que intentan algún tipo de agrupamiento sean sujetos provistos de inconciente, hace que sus interacciones se encuentren inevitablemente imbuidas por una fantasmática que si bien no determina el conjunto de su vida psíquica, opera como un "inter", como un prisma particular que determina el modo de las interacciones.

3) Es impensable que las "ansiedades inconcientes" o los "fantasmas inconcientes" puedan ser superados, dejados de lado o exhumados para que la realidad emerja en estado puro. Esta misma realidad se constituye en el orden de lo humano atravesada por representaciones que constituyen un sustrato *imaginario* o *ideológico* que hunde sus raíces en el inconciente, en particular en vivencias históricas inscriptas en relaciones primordiales que serán a posteriori depositadas por represión en el inconciente y cuyo acceso no es inmediato ni directo.

⁸⁷ Laplanche, J.: Problemáticas V, La Cubeta, Amorrortu ed., Bs. As.,

4) Todo sujeto que haya circulado por el Edipo, todo ser humano que haya logrado el establecimiento de cierto nivel de represión y conflicto, comparte ciertos "fantasmas originarios" efecto de esta circulación. Sin embargo, el modo particular de operancia de estos fantasmas así como las representaciones que constituyen su materialidad no son el efecto de una herencia filogenética común a la especie (56). Su carácter extensamente compartido se define en dos direcciones: por un lado, en el hecho de que el proceso de constitución psíquica atraviesa ciertos movimientos universales, necesarios, que podemos denominar en términos amplio circulación por los posicionamientos edípicos -siguiendo para ello una perspectiva marcada por Lacan respecto a los tiempos y funciones del Edipo. Esta primera dimensión es la que posibilita la *consonancia* fantasmática entre los miembros de un grupo y la posibilidad de *intersectos fantasmáticos* plausibles de ser interpretados. La segunda dirección, definida por nuestra toma de posición de un inconciente histórico y no filogenético, marca los límites de toda interpretación de lo inconciente en un grupo que no tenga como meta fundamental el conocimiento del inconciente de sus miembros, y en este sentido el fantasma es enunciado en su relación con el momento del proceso grupal dominante y no como objetivo en sí mismo.

5) La interpretación, en un grupo elaborativo de simbolización, no es una interpretación ni del "inconciente grupal", ni del "fantasma grupal", ni de las "ansiedades grupales". Si devela modos de intersección de fantasmas o ansiedades de los miembros de un grupo reconoce que ello implica una *tendencia* dominante por intersección y no amalgama a la totalidad de los integrantes, en la medida en que su estructuración no es homogénea ni, por ende, su procesamiento de los diversos movimientos grupales lo son.

6) Los momentos del proceso grupal van produciendo, en el marco de la construcción de la historia del devenir grupal, los ejes alrededor del cual la interpretación define un sentido. El grupo se constituye entonces como unidad imaginaria, pero los sujetos que lo conforman no desaparecen de ella; el reconocimiento de una totalidad circunstancial y referenciada por un proyecto que amalgama singularidades evita la reificación del "todo" y deviene condición de posibilidad de los intercambios libidinales entre los miembros. La recuperación de la singularidad de sus discursos abre la posibilidad de no amalgamarse en el intersecto fantasmático, sino de encontrar una línea tendencial que los libere de la homogeneidad deseante para acceder a diferencias productivas. Estas diferencias productivas fracturan un punto central de la repetición de las experiencias familiares originarias; el sujeto puede "ser con los otros" o "pese a los otros" sin por ello dejar de ser (dejar de ser amado, dejar de ser parte, dejar de ser... sometido a una muerte simbólica que siempre remite al aniquilamiento parcial o global de sí mismo).

7) El conocimiento de las leyes del funcionamiento psíquico no agota cierta legalidad del proceso grupal. No son las primeras transponibles en las segundas, si bien guardan cierto orden de relación. El hecho de que el ser humano ingrese al grupo como sujeto constituido no posibilita, entonces, concebirlo ni como *tabula rasa* que asumirá roles asignados por los demás miembros, ni como plausible de repetir linealmente los momentos de esta constitución. De ser así, los sujetos se fusionarían de inmediato, tendiendo a recrear una mónada narcisista originaria sin más, sin operancia de defensas costosamente logradas a lo largo de la vida. Por el contrario la *serialidad* (siguiendo a Sartre), que hemos redefinido como momento de *Multiplicidad de singularidades*, primer tiempo de todo grupo en constitución, pone de relieve que las etapas ni son recreables linealmente ni se superan definitivamente. La interpretación grupal debe considerar cuidadosamente estos movimientos del grupo, sin por ello dar por sentado que van a producirse "necesariamente". Así como los movimientos constitutivos del psiquismo no están genéticamente determinados y las condiciones de su producción son complejas y pueden o no darse, el grupo puede no tener condiciones -internas o externas-, para que los movimientos estructurantes que permiten pasar por diversas etapas que devienen "grupo en organización" se logren. Hay algún tipo de correlación entre ambos fenómenos, y un grupo que estuviera constituido en su mayoría por sujetos en los cuales no se han producido estos procesos más o menos definitivos de fundación psíquica, no lograría nunca pasar tal vez de la multiplicidad de singularidades a la fusión, o de esta a la diferenciación.

8) La interpretación no puede ser efecto del deseo o la "buena voluntad" del coordinador, sino de una cuidadosa apreciación, tanto del momento del grupo como de las consonancias fantasmáticas de sus miembros. La interpretación es la *descripción* de lo latente, y, como tal, no surge de la subjetividad del coordinador ni de su deseo de llevar al grupo o a los miembros hacia algún lado, sino de la lectura que las condiciones objetivas le permiten para realizarlo, contando para ello con su "acogida benevolente".

CAPITULO 7

7ERREMOTO

Quienes acceden al aprendizaje de los conceptos básicos de la teoría y la técnica grupal desde una perspectiva psicoanalítica -pero cuya finalidad no es la de la práctica psicoterapéutica- se ven enfrentados a problemas serios consistentes en que, con frecuencia, se hallan ante la imposibilidad de aplicar estos conocimientos al campo para el cual fueron supuestamente destinados de inicio. Debido a ello, un conocimiento de tal tipo tiene dos destinos posibles: o esterilizarse en un movimiento que sólo da por resultado un pseudosaber acerca de sí mismo o de los seres que los rodean, una especie de "*furor interpretandis*" que se vuelca al entorno inmediato -que cristaliza en una modalidad de vida lo que sólo es un momento pasajero en la formación de todo psicoanalista- o, de modo más riesgoso, otorgar la ilusión de hacer devenir "terapeuta" (¡y no sólo grupal, también individual!) a quien por este aprendizaje somero ha circulado.

A un destino de tal tipo son varios los factores que han coadyuvado. Por un lado, las condiciones tan difíciles para el ejercicio de una práctica comunitaria a nivel de la salud mental en nuestro país, práctica en la cual podrían estar incluidos los más variados estratos de quienes tienen a su cargo diversos aspectos de la atención de la población.

Por otra, el lugar que, de más en más, ha ocupado la psicología, como efecto de la fractura de otros órdenes de referencia, de metarrelatos sean políticos, sean religiosos, en la esperanza de ampliar el campo de bienestar moral de grandes sectores humanos.

Por último -aún cuando sabemos que nuestro esbozo de análisis de estos factores es muy reducido y abarca sólo algunos aspectos descriptibles de la realidad entorno-, y como consecuencia de lo anterior, un cierto estatuto acerca de un saber sobre "lo humano" que otorga, a su poseedor, un reaseguro ante los múltiples traumatismos inmetabolizables que la vida cotidiana provee y que se extiende como el poder de un supuesto saber a quienes lo rodean.

No es entonces extraño que, en condiciones tales, la teoría misma se haya anquilosado y haya devenido, paradójicamente, "inoperante". Tal vez si las condiciones hubieran sido otras, muchos de quienes se han detenido en formulaciones cristalizadas desde hace ya tantos años, hubieran sido obligados a emprender el

camino de un enriquecimiento y la transformación de los conceptos con los cuales siguen intentando aproximarse a los fenómenos que nos competen.

A este anquilosamiento se añade, inevitablemente, el cercenamiento de las relaciones con otros campos del conocimiento -antropólogos, médicos, psicogenetistas, cientistas sociales en general- en el interior de equipos multidisciplinarios, lo cual llevaría a una confrontación y puesta a prueba de los resultados de las acciones con los grupos humanos a los cuales la tarea esta destinada y a un esfuerzo por la demostración, no sólo teórica sino empírica de los postulados sobre los cuales nuestra acción se basa.

La responsabilidad de una parte importante de los psicoanalistas no ha sido menor al respecto. Influenciados por el estructuralismo de mediados de siglo, hicieron gala de un profundo desprecio por las prácticas aplicadas -extra muros- que, a partir del psicoanálisis mismo, abrieron campos importantes para ampliar los horizontes de un pensamiento que atravesara considerablemente a nuestra cultura con el concepto de inconciente.

El menosprecio por todo aquello que tomara en cuenta algo más que el psicoanálisis individual, acompañado de las profundas lesiones que años de imposibilidad de agrupamiento social -efecto de la dictadura impuesta en la Argentina-, contribuyeron a que el defecto deviniera virtud. En tales circunstancias, inevitablemente, fueron no muchos quienes siguieron preocupándose por repensar algunas cuestiones inauguradas ya por Freud y rescatadas por los analistas de aquella época en la cual el psicoanálisis se concebía como una ciencia profundamente renovadora, revolucionaria, capaz de cambiar los destinos de la humanidad.

Sabemos hoy que ello no es tan fácil, y "El porvenir de una ilusión" ha cedido su lugar, paulatinamente, a un cierto escepticismo; pero la puesta en tela de juicio de la Utopía no necesariamente debe llevarnos a abandonar la esperanza de que el psicoanálisis tenga algo para aportar a una comprensión no sólo más profunda de los fenómenos humanos sino más amplia, ganando en extensión, sin limitarse por ende al ejercicio de una práctica cerrada, corporativa en el peor de los casos.

Sin embargo, no podemos dejar de señalar que la dialéctica que atraviesa al proceso de conocimiento nos lleva a postular que fue tal vez gracias a ese movimiento ordenador -aun cuando un tanto cercenante- que se intentó por definir los límites del psicoanálisis mismo, que las páginas que anteceden a este capítulo y la experiencia teórico-práctica que a continuación relataremos, pudo realizarse.

Desde la perspectiva que hemos escogido se hace evidente que toda extensión, aplicación o exportación de los conceptos psicoanalíticos a prácticas no analíticas sólo es posible a partir de la delimitación estricta del psicoanálisis como tal, como descubrimiento del inconciente y ejercicio de su exploración. Ello genera condiciones para ubicar los campos limítrofes y definir las posibilidades de abrir

nuevos espacios de aplicación que puedan entroncar otros descubrimientos realizados por áreas del conocimiento más o menos cercanas. Esta delimitación no sólo conserva cierto territorio para el psicoanálisis, sino que evita el imperialismo psicoanalítico sobre otras ramas del saber.

La aproximación a una cultura diferente, marcada por experiencias históricas, ideológicas y valores distintos, obliga a un psicoanalista a llevar hasta las últimas consecuencias el postulado de base que rige todo proceso de la cura: el de la acogida benevolente. Abstenerse de todo juicio de valor, de toda propuesta de ideología de vida, de todo "supuesto saber" acerca de lo que es mejor para el semejante, es algo que se impone cuando uno se ve obligado a enfrentarse a seres humanos cuyos códigos de cultura son distintos a aquellos en los cuales ha transcurrido la propia vida.

Porque si bien todos los hombres están marcados por el Edipo, por los movimientos de amor y de odio que van definiendo el campo de sus emociones, si bien todos los seres humanos han sido atravesados por la sexualidad infantil y han constituido ese movimiento universal que los transforma de crías naturales en seres de cultura atravesados por el deseo y la angustia, las formas peculiares en las cuales estas pasiones se ensamblan, los modos con los cuales se definen los sistemas deseantes, las formas particulares con las cuales cada sociedad define sus sistemas de alianza y filiación, obligan a un trabajoso ejercicio de aprehensión de la singularidad en el cual las únicas certezas a conservar son aquellas que hacen a nuestros postulados teóricos más básicos. Y ello en el movimiento permanente de diferenciación que nos lleva, cada vez más, a rigORIZAR nuestros enunciados extrayendo de ellos la universalidad suficiente y respetando, al mismo tiempo, los modos particulares en que esta universalidad se ejercita -todo ello, inevitablemente, a costa de dejar de lado cualquier orden de generalización.

Y más allá de las fronteras de nuestros consultorios, en la práctica extramuros, durante un período de aproximadamente diez años se abrió para nosotros la posibilidad de instrumentar proyectos de cierto alcance social que permitieron una resignificación fecunda de nuestra práctica. La oportunidad de trabajar con menores infractores, con líderes comunitarios que tenían a su cargo propiciar la auto-construcción de viviendas en poblaciones indígenas del sudeste de México, con sectores marginales, propulsando planes de salud y la transformación de hábitos alimenticios y de vida en general, son experiencias a las cuales rara vez tiene un psicoanalista el privilegio de acceder.

Si uno no es lanzado en forma desbocada a un practicismo degradado, si confía seriamente en que el rigor de la teoría y la ampliación de los límites de la experiencia no sólo no están reñidos sino que son mutuamente dependientes, si al mismo tiempo conserva y delimita el espacio de su práctica clínica específicamente psicoanalítica como un dominio que le permite seguir procesando las cuestiones

intra-campo -aquellas que tienen que ver con la metapsicología, con el proceso de la cura, con la teoría del inconsciente y con el sujeto psíquico, sexuado, en general- ello lo llevará, inevitablemente, a profundizar una serie de cuestiones que, en cierto momento, y bajo determinadas condiciones aparecían como clausuradas.

Una teoría de grupos sometida a la prueba del terremoto

La experiencia particular en que nos basaremos para dar cuenta de cierto procesamiento teórico será remitida, en las páginas que siguen, a los proyectos puestos en marcha a partir del mes de octubre de 1985; proyectos tendientes a posibilitar el trabajo con algunos sectores de la población de México afectados por el terremoto acaecido en el mes de septiembre del mismo año. Esta experiencia no sólo nos permitió realizar un verdadero asentamiento con relación a ciertos conceptos de la teoría y la práctica grupales, sino que nos obligó, en su elaboración, a revisar una serie de cuestiones de exclusiva pertinencia del campo psicoanalítico. Conceptos como el de "neurosis traumática", "neurosis de angustia", o "causa desencadenante de la neurosis", fueron repensados en el marco de un trabajo que sometía, en vivo y en caliente, los esquemas teóricos a la forja de una práctica en la cual nuestros errores no se limitaban al "tete-a-tete" de una conversación entre colegas, sino que eran revelados a la luz de una exigencia pública que definía la eficacia de nuestras acciones. No someterse pasivamente a la demanda de las instituciones estatales ni encerrarse en la imposibilidad de toda acción social, rigieron nuestra búsqueda de nuevas vías de trabajo cuando gran parte de los conceptos con los que veníamos trabajando ya habían encontrado un cierto perfil de rigurosidad pero aún no habían sido sometidos a la prueba de una experiencia tan extrema.

Entre los meses de octubre a febrero, luego del terremoto que asoló a la ciudad de México en septiembre de 1985, llevamos a cabo un Curso de Formación-Asistencia para terapeutas de Población en Situación de Emergencia, curso impartido bajo nuestra guía, y para el cual Trabajo del Psicoanálisis contó con el aval de UNICEF. Gran parte del material que expondremos forma parte del informe realizado a lo largo de nuestro trabajo; a ello se debe el tono coloquial, y el intento de verter los conceptos psicoanalíticos en un lenguaje accesible que permita al lector no especializado avanzar a lo largo de las ideas que intentamos desarrollar.

En circunstancias como las que vivieron los habitantes de la ciudad de México: en dos minutos 5831 edificios dañados de los cuales 417 estarían sujetos a demolición posterior, incomunicación telefónica con el interior del país y con el resto del mundo, desplome de los principales hospitales públicos con un déficit arrojado de 5000 camas, destrucción o amenaza de derrumbe de casi 300 escuelas

públicas que dejó a casi 200.000 niños sin clases por más de un mes y medio, y pérdidas humanas que según las cifras ofrecidas por las organizaciones internacionales ascendió a 9.000 víctimas, se debió tener en cuenta, en la elaboración de un proyecto de trabajo, que la población afectada no era sólo aquella que había tenido pérdidas directas -la cual fue, por supuesto, especialmente considerada-, sino también aquella que, de uno u otro modo, fue o se sintió partícipe, aún a distancia, de la situación sufrida.

Los participantes a este curso fueron elegidos entre estudiantes avanzados de psicología y médicos y psicólogos recientemente graduados, muchos de los cuales ya habían comenzado, espontáneamente, a brindar atención en albergues y barriadas afectadas por la catástrofe. Y no podemos dejar de señalar al respecto, que un elemento que contribuyó de modo decisivo al nivel de trabajo y compromiso manifestado, fue, posiblemente, el hecho de que todos los que tuvieron a su cargo desarrollar las tareas propuestas -incluidos aquellos que tuvimos los de impartir y supervisar clases y grupos-, compartimos la situación que asoló a la población en su conjunto. Todos fuimos "traumatizados", en mayor o menor grado, por igual; todos nos vimos sometidos al acoso de los acontecimientos que en aquellos días se precipitaron sobre la ciudad de México. Y es en parte debido a ello, que todos nos vimos en la necesidad de salvaguardar las cabezas de las víctimas, al mismo tiempo que recuperábamos la propia.

El enorme esfuerzo realizado por el conjunto de la población no sólo por rescatar lo rescatable, por salvar las vidas que era aún posible salvar, sino también por apoyar tanto material como anímicamente a quienes sufrieron las consecuencias directas de la catástrofe, debe ser considerado desde ese mismo ángulo. No fue la caridad lo que estuvo en juego, tampoco una "conciencia cívica" en abstracto, sino la necesidad de cada uno de reparar, rescatar, restaurar los efectos de la situación vivida, en una identificación al semejante que pone en marcha los complejos resortes psíquicos de aquello que, en nuestro lenguaje cotidiano, llamamos "solidaridad".

Las premisas teóricas de base

La primera cuestión que este curso puso en juego tiene que ver con el instrumental teórico de partida. "Operar" con la población, proponer un proceso de elaboración y sutura de los daños psíquicos sufridos, implica no sólo saber en qué dirección se va a trabajar sino aceptar, también, un grado de flexibilidad tal que permita repensar las cuestiones sobre la marcha, en el movimiento mismo del trabajo a desarrollar. Implica, de hecho, enfrentar nuevos problemas que se van abriendo a medida que se avanza; pero implica también diferenciar esta actitud de todo espontaneísmo pragmático que se dirija a la población esperando encontrar en ella

las propias fuentes de alimentación teórica de las cuales el terapeuta carece -y que, como ocurre en cualquier proceso de conocimiento y transformación, el objeto, en sí mismo, jamás podría brindarle.

Expondremos a continuación las referencias teóricas a partir de las cuales se desarrolló tanto el Curso de Formación para la Asistencia de Población en Situación de Emergencia, como la atención brindada a los sectores que abarcamos en el transcurso del mismo.

Dos son los ejes teóricos alrededor de los cuales se desplegó nuestra propuesta: la problemática del traumatismo, la cuestión de esta problemática en el aparato psíquico infantil -aparato en constitución- y la simbolización de dichos traumatismos en el proceso de elaboración grupal e individual.

La problemática del traumatismo

Señalemos, del modo más general, que la cuestión del traumatismo siempre pone en juego la concepción que un psicoanalista tiene de las relaciones entre el aparato psíquico y el mundo exterior. La preocupación constante de Freud por cercar el concepto de *realidad psíquica* no deja de poner de relieve la dificultad que ello determina: "¿ Hay que reconocer una *realidad* a los deseos inconcientes? No podría decirlo. Naturalmente, hay que rehusársela a todos los pensamientos de transición y de mediación. Cuando estamos en presencia de deseos inconcientes llevados a su última y más verdadera expresión, nos vemos forzados a decir que la realidad psíquica es una forma particular de existencia que no debe ser confundida con la realidad material", afirma en "La interpretación de los sueños".⁸⁸

No menor es la dificultad para definir el orden de proveniencia de esta realidad psíquica. En los primeros años del psicoanálisis, -en el *Manuscrito M*, por ejemplo ()- Freud se define claramente, en el marco de la teoría traumática, por concebir a la fantasía como el residuo de "lo visto y lo oído". Se trata, en definitiva, de comprender la forma en que lo real externo, lo vivido, se inscribe de modo no lineal, sino articulado por líneas de descomposición y recomposición, en el sujeto. Formulación que, más allá de las vicisitudes de la obra, no deja de estar presente hasta el final de la misma: en 1938 vuelve a adquirir consistencia en *Moisés y el Monoteísmo* -apartado G), y puede rastrearse claramente en todos los historiales -tal como lo pone de relieve, entre otros escritos, en la "Historia de una neurosis infantil", cuando agrega en una nota de 1917 que si bien la escena fantasmática que da origen al síntoma, puede muy bien ser una

⁸⁸ Freud, S.: "La interpretación de los sueños", O.C., Vol. V, p. 607, Amorrortu Ediciones.

construcción del sujeto, la percepción, al menos, ha suministrado *los índices* sobre la cual esta escena se arma.

Con el abandono de la teoría del traumatismo, entendida como algo que viene a irrumpir en un movimiento linealmente preformado del sujeto, gana extensión en los medios psicoanalíticos una oposición tajante entre lo subjetivo y lo objetivo, entre un mundo interior que tiende a la satisfacción por la ilusión y un mundo exterior que progresivamente impone al sujeto, por mediación del sistema perceptivo, el principio de realidad. Pensado desde este ángulo, el endogenismo más extremo puede ser planteado de esta manera: primero son las fantasías deseantes las que ocupan todo el mundo psíquico del sujeto, luego el sistema percepción-conciencia vendrá a modificar esta tendencia a la satisfacción alucinatoria y la realidad "se impondrá" a partir de las necesidades autoconservativas que obligan a un movimiento "realista" de preservación de la vida.

Sin embargo, queda sin resolver la cuestión que insiste: ¿cuál es el orden de proveniencia de estas fantasías? Un sector importante de los psicoanalistas -siguiendo una vertiente presente en Freud mismo- se ha definido sea por un paralelismo psicofísico en el cual la fantasía no sería sino el modo de inscripción psíquica de la pulsión -en el caso del kleinianismo: "la *phantasy* es la expresión mental del instinto", para seguir la conocida fórmula de Susan Isaacs aceptada oficialmente por M. Klein misma-, lo cual no deja de aprisionarnos en un biologismo del cual suficientes intentos se han hecho por salir, como los de la *filogenética*, teoría que intenta recuperar los componentes históricos de lo acontecido vivido en su transmisión a través de la especie. Allí se trataría de una prehistoria mítica de la especie, en la cual se afirma una pre-estructura inaccesible al sujeto, fuera de su alcance; tal es la forma en que Freud lo plantea: "Es posible que todas las fantasías que ahora se nos cuentan en el análisis hayan sido antes, en los tiempos originarios de la familia humana, realidad" ().

Dos son las cuestiones entonces que quedan pendientes como grandes problemas no sólo de la constitución subjetiva sino de la clínica psicoanalítica misma: por un lado, la del si el fantasma es concebido como pura delegación endógeno-biológica o por inscripción de la estructura -universal, lenguajera- del Edipo, la singularidad es imposible de ser capturada, dada que las escenas que el fantasma realiza estarían previamente inscritas -sea en lo biológico, sea en la estructura. En segundo lugar -tanto del lado del estructuralismo como del lado del biologismo-, la relación del aparato psíquico con el real externo sólo se definiría del lado percepción-conciencia, el polo receptivo quedaría cerrado del lado del inconciente, y este inconciente "segregaría" fantasmas, representaciones, al margen de lo experiencial-acontecido, de modo tal que toda singularidad quedaría de hecho anulada, reducida a articulaciones posibles de lo previamente establecido.

Intentamos poner de relieve cómo la problemática del traumatismo fue relegada durante años de la teorización psicoanalítica y reemplazada por la propuesta que, en relación con la constitución del psiquismo, hicieron las dos grandes escuelas post-freudianas que, al menos en nuestro país, ocuparon el mayor espacio en los últimos cincuenta años. Si el kleinianismo como señalamos antes, imprimió una dirección centralmente endogenista a la comprensión de la constitución psíquica, la escuela estructuralista, al calor de los desarrollos de Lacan, intentó barrer definitivamente el acontecimiento subsumiendo la historia a partir de los conceptos de estructura del Edipo y lenguaje. Por su parte, la *Ego-psychology*, diluida en una psicología general, no pudo dejar de imprimir, a la mayoría de sus observaciones tanto teóricas como clínicas, líneas preformadas en un genetismo, para el cual, el traumatismo no irrumpía sino para "desviar" aquello que, naturalmente, seguía la evolución prefijada por una psico-biología cada vez más ajena a las propuestas de base del psicoanálisis.

No creemos necesario tener que reafirmar acá nuestro acuerdo con los aportes fundamentales que, en nuestra opinión, tanto el kleinianismo como el lacanismo brindaron al psicoanálisis -y es posible que, en los próximos años, se puedan rescatar muchos de los descubrimientos de los psicoanalistas de la *Ego-psychology*, alejados ya de la contienda que, con justeza, se desplegó en los últimos 40 años para restituir al psicoanálisis su carácter profundamente transformador, hasta subversivo-. Sabemos que sin los aportes tanto de Klein como de Lacan son impensables hoy la práctica analítica -tanto teórica como clínica-; pero sí es necesario subrayar cómo ambas corrientes, desde distintas perspectivas, barrieron, junto al traumatismo, la historia del sujeto en el interior de la clínica.

El traumatismo es, entre los conceptos a recuperar, el único que puede dar cuenta de las relaciones establecidas entre la constitución del psiquismo -normal o patológica- y la forma en que la estructura del Edipo se inscribe, de modo histórico, universal pero contingente, dando origen al fantasma.

La expulsión de este concepto del centro de la teoría no puede, sin embargo, ser atribuida a los desarrollos postfreudianos (que ciertamente le dieron el empujón de gracia), ya que a partir de 1897 Freud mismo relegó el traumatismo a un lugar muy secundario, reemplazándolo, durante algunos años, por la teoría de la evolución libidinal, y luego por el descubrimiento del complejo de Edipo [con la teoría filogenética que concomitantemente lo acompañó] .

A partir de ello la teoría del traumatismo se mantuvo "en latencia", apareciendo en diversos momentos, con insistencia, como dijimos anteriormente, a lo largo de los escritos freudianos, sea a partir de las vicisitudes de la historia en la descripción de casos clínicos, sea a través de pequeños movimientos no por breves menos significativos, dando cuenta de una otra vertiente para la causalidad psíquica que estamos en vías de reensamblar.

Reducido a una concepción banal de "trauma" (suerte de lesión psíquica que viene a perturbar el desarrollo normal, comodín de la psicología), despojado de su carácter sexual y constitutivo, el traumatismo se mantuvo en los confines del psicoanálisis, reducto de las corrientes que pretendían reducir el descubrimiento freudiano -cuyo centro lo constituye la teoría de la represión y del conflicto psíquico- en una propuesta de subsumisión del campo específico a aquél de los conflictos entre el sujeto y su medio, que fácilmente desemboca en una teoría de la adaptación (cuya respuesta ha encontrado curso a partir de una reificación de la desadaptación, con la cual la antipsiquiatría nos deslumbró por algunos años).

Fue hacia mediados de los años 60' que Jean Laplanche puso a trabajar la teoría del traumatismo para reubicarla en el centro del psicoanálisis, reintroduciendo, en este caso, un descubrimiento mutilado por abandono en el procesamiento freudiano mismo: la teoría traumática de la seducción, redefinida luego como *teoría de la seducción generalizada*: los cuidados maternos, al mismo tiempo que colman las necesidades biológicas del recién nacido, inauguran el campo de la sexualidad, instauran la pulsión, a partir del hecho de que la madre, sujeto provisto de inconciente, envía mensajes libidinales cuyo sentido escapan a sí misma, en la medida en que son el producto de este mismo inconciente.

Teoría de la seducción generalizada: si el traumatismo es energía descualificada, energía sexual que penetra en el sujeto y lo somete a un cúmulo de excitación momentánea inelaborable, es también, y en razón de ello, la fuente de elaboraciones y simbolizaciones posteriores. Por ello, los cuidados maternos, producidos por un agente sexualizado y sexualizante, abren la serie traumática que, al mismo tiempo que da origen a la sexualidad -y por ende a la vida psíquica-, generan las condiciones necesarias -no suficientes- para la búsqueda de una elaboración o ligazón de la energía psíquica que busca constituir su movimiento en el marco del principio de placer.⁸⁹

El segundo aspecto que J. Laplanche retomó de Freud para poner en el centro de las premisas del funcionamiento psíquico, fue el concepto de *apres-coup* (*Nachtraglich*, que tendemos a traducir al castellano por "a posteriori"). La teoría del *apres-coup* plantea una cuestión central: el psiquismo, más que bajo el modelo de una génesis, más que bajo el modo de algo que se desplegaría por sumatoria, se constituye por el reensamblaje de lo anterior por parte de lo posterior (cuestión presente en los textos freudianos anteriores a 1900, en particular en la "Carta 52"

⁸⁹ Las condiciones de esta ligazón, ofrecidas por el mismo agente materno que si efracciona y sexualiza a la vez contiene, sostiene, cumple las premisas de lo que un Winnicott llamará función de *holding*, abren un camino de investigación en el cual S. Bleichmar se ha interesado en los últimos años.

de la correspondencia con Fliess). Lo anterior no determinando linealmente lo posterior, lo posterior no desencadenado por lo anterior, sino rearticulando, reengarzando de modo distinto, lo inscripto que a partir de este a posteriori se ofrece como producto nuevo, no previamente existente.

Siguiendo a Freud, y en particular los textos producidos entre 1895 y 1897, la acción del traumatismo queda descompuesta en varios tiempos y supone la existencia de, por lo menos, dos acontecimientos. Conocemos suficientemente la formulación freudiana retomada por Laplanche desde mediados de los 60' (con *Vida y muerte en psicoanálisis* y también con ese pequeño texto escrito en colaboración con Pontalis en 1964 que es ya un clásico: "Fantasía originaria, fantasías de los orígenes, origen de la fantasía" y en el cual formula:) "Las nociones de defensa y traumatismo están estrechamente articuladas entre sí: la teoría de la seducción -al mostrar cómo únicamente el traumatismo sexual tiene el poder de desencadenar una 'defensa patológica' (represión)- constituye un intento de dar cuenta del hecho, descubierto por la clínica (*Estudios sobre la histeria*), de que la represión lleva efectivamente a la sexualidad."

"Detengámonos un momento en el esquema que propone Freud. La acción del traumatismo queda descompuesta en varios tiempos y supone siempre la existencia de *por lo menos dos acontecimientos*. En una primera escena, llamada "escena de seducción", el niño sufre una tentativa sexual por parte del adulto ("atentado" o simples insinuaciones), pero sin que ésta haga nacer en él una excitación sexual. *Sólo se puede persistir en calificar tal escena de traumática si se abandona el modelo somático del trauma*: no hay aquí ni aflujo de excitaciones externas ni desbordamiento de las "defensas". Si se debe calificarla de sexual, será por cuanto lo es desde el exterior y para el adulto. Pero el niño, por su parte, no tiene a su disposición ni las condiciones somáticas de la excitación, ni las representaciones para integrar el acontecimiento; sexual en sí, este no adquiere por eso significación sexual para el sujeto: es "sexual pre-sexual". En cuanto a la segunda escena, que sobreviene después de la pubertad, es todavía, si se puede hablar así, menos traumática que la primera: no violenta, de apariencia anodina, sólo recibe su eficacia de la evocación retroactiva del primer acontecimiento por algunos rasgos asociativos. Es entonces el recuerdo de la primera escena lo que desencadena el ascenso de la excitación sexual, tomando al "yo" de flanco y dejándolo desarmado, sin poder utilizar defensas normalmente dirigidas hacia afuera, y suscitando así la manifestación de una defensa patológica..." (p. 111).

"Sorprendente manera de resolver la cuestión del traumatismo: cabe preguntarse si es un aflujo de excitación externa lo que traumatiza al sujeto, sobre el modelo de una fractura física, o si, por el contrario, es la excitación interna, la pulsión, la que, carente de exutorio, coloca al sujeto en 'estado de

opresión'. Con la teoría de la seducción, puede decirse que todo el traumatismo viene al mismo tiempo del exterior y del interior. Del exterior porque es desde el otro de donde llega la sexualidad al sujeto, del interior porque brota de ese externo interiorizado, de esa 'reminiscencia' de la que, según una hermosa fórmula, sufren los histéricos, en la cual reconocemos ya la fantasía." (p. 113).

Estamos ante una concepción del traumatismo en la cual todo es exógeno y endógeno a la vez; en la cual lo exógeno se inscribe, deviene endógeno y se reactualiza a partir de un elemento exógeno que viene a producir un reensamblaje, rearticulación que plantea un modo de temporalización que fractura todo intento de causalidad lineal.

Modelo de abordaje del traumatismo que, aun cuando Freud haya abdicado de la primitiva teoría de la seducción, se mantiene en varios de sus componentes esenciales en los desarrollos producidos a partir de 1920: modo de ejercicio de la temporalidad, desencadenamiento de una excitación endógena a partir de un acontecimiento exógeno, rearticulación de defensas y emergencia patológica *no necesariamente existente previamente*, puesta en riesgo del yo a partir del ataque interno sufrido como efecto del aflujo de excitación desencadenado...

En las "Conferencias de introducción al psicoanálisis" vemos definirse el traumatismo en los siguientes términos: "Llamamos así [traumatismo] a una experiencia vivida [no es el acontecimiento exterior, es la experiencia vivida] que aporta en poco tiempo un aumento tan grande de excitación [Erregung: no se trata de una simple cantidad, sino de una cantidad pulsante, excitatoria, no de un estímulo físico] a la vida psíquica, que fracasa su liquidación o su elaboración por los medios normales o habituales, lo que inevitablemente da lugar a trastornos duraderos en el funcionamiento energético [en la economía libidinal]." ()

El traumatismo es concebido, entonces, como aquello que viene a perturbar la economía psíquica, algo que trastorna los modos habituales de funcionamiento del aparato del alma. El hecho de que "produzca un aumento de excitación" puede ser leído desde el ángulo mismo que Freud propusiera en la Metapsicología de 1915, al establecer la diferencia entre *Reiz* (estímulo) y *Erregung* (excitación) -siendo el estímulo aquello que, proveniente del exterior, deja abierta la posibilidad de huida -la luz que hiera la mirada y frente a la cual se puede desviar la vista, es el ejemplo clásico-; la excitación, por el contrario, concebida como algo proveniente del interior, un interior del cual no hay fuga posible y ante el cual la única defensa es la tramitación psíquica.

¿No sería, entonces, el traumatismo, en última instancia, el modo de implantación y reactivamiento de todo movimiento pulsional,- si entendemos que las pulsiones "son el verdadero motor del progreso psíquico" y la tramitación psíquica de la excitación que de ellas deviene obliga a una complejización de los sistemas

psíquicos en los cuales toda estructuración no es en última instancia sino un movimiento defensivo?

Concebido el traumatismo como una experiencia vivida capaz de aportar un cúmulo de excitación inelaborable por medios habituales, este se juega entre el exterior y el interior del psiquismo -"espina en la carne", para emplear esa fórmula rescatada de Freud que continúa haciendo obstáculo en la comprensión de los medios psicoanalíticos-, pero su eficacia no queda subordinada a la magnitud del estímulo exterior, sino a las complejas relaciones que se establecen entre estas cantidades externas que invaden al psiquismo y lo que internamente es disparado: activamiento excitante de sistemas de representaciones inscriptas -tiempos previos del traumatismo a *constituirse* en el momento de este *apres coup*.

¿Se podría concebir un traumatismo de orden *no sexual*? Ello sólo sería posible al costo de reducir la concepción freudiana de la sexualidad a una linealidad, sea genital -en el caso más burdo-, sea del desarraigo del principio de placer de sus raíces económicas, reimplantándolo en un supuesto hedonismo más cercano al pensamiento cotidiano que insiste, constantemente, en el pensamiento psicoanalítico.

Y en el caso de que el sujeto se viera sometido al peligro de muerte que situaciones como las que estamos en vías de explorar ponen en juego, el traumatismo sufrido no podría pensarse al margen de una perspectiva en la cual el yo, sede de las representaciones totalizantes del sujeto psíquico, toma a su cargo la defensa contra el riesgo de aniquilamiento en el cual lo autoconservativo ya no es del orden biológico, natural, sino narcisista, amoroso; una vez más: representacional. El "miedo a la muerte" no es sino una formulación general que encierra, en cada ser humano, modos particulares, históricos, de *constituirse*; modos atravesados siempre por complejos fantasmáticos que dan cuenta de la presencia del inconciente en todo ejercicio de la protección autoconservativa respecto al mundo exterior. Se teme morir aplastado, despedazado, mutilado, envejecido, empobrecido, fallido; se teme, en definitiva, ser objeto del daño al cual el yo está expuesto. Y más aún se teme el anonimato de la muerte, cuestión que ha aprovechado bien el terrorismo de estado en todas las fases de la historia de este siglo, sometiendo a la víctima a un verdadero proceso de aniquilamiento que no sólo emplea las formas más cruentas de despedazamiento corporal sino que trasciende aún esta destrucción física llegando a la aniquilación del muerto mismo mediante la sustracción de toda simbología humana de su muerte que pueda ligarlo a la trascendencia.

Traumatismo, entonces, que pone en riesgo al yo, simultáneamente desde el exterior y desde el interior, y que nos llevó, en el momento de ubicar las coordenadas de nuestro trabajo, a definir nuestra hipótesis de trabajo en los siguientes términos: *El efecto traumático no es el producto directo del estímulo externo sino la relación existente entre el impacto recibido, el aflujo de*

excitación desencadenado a partir de representaciones previamente inscriptas y la capacidad ligadora del aparato psíquico por relación a esto.

Daremos en las páginas siguientes ejemplos de cómo esta hipótesis puede ser observada y sometida a la prueba de la experiencia.

Hemos intentado hasta ahora poner de relieve las relaciones entre el *externo-exterior* (acontecimiento precipitante), el *externo-interno* (representaciones inconcientes inscriptas que son activadas por el aflujo de excitación que las inunda) y el *interno-interior* del yo (capacidad ligadora y metabolizante por relación al embate sufrido del lado del sujeto en sentido estricto).

Veamos ahora otro aspecto subrayado por Freud en "Más allá del principio de placer", texto que devino nuestra guía fundamental a lo largo de esta experiencia y que, como sabemos, aporta los elementos decisivos para el abordaje de la problemática del traumatismo.

En el centro de la cuestión encontramos la noción de *impreparación*: en el episodio traumático el sujeto se ve impreparado para la situación que debe afrontar; esta impreparación es, por supuesto, de orden psíquico. Se trata de que el yo es confrontado a una situación no anticipada y ve puesta en riesgo toda su economía libidinal a partir de que el principio del placer -aquel que regula los incrementos y disminuciones de energía psíquica tendiendo a mantener esta al nivel más bajo posible-, se ve afectado.

"Hasta ahora no se ha alcanzado un conocimiento pleno de las neurosis de guerra ni de las neurosis traumáticas de tiempos de paz. En el caso de las primeras, resultó por un lado esclarecedor, aunque por el otro volvió a confundir las cosas, el hecho de que el mismo cuadro patológico sobrevenía en ocasiones sin la cooperación de una violencia mecánica cruda; en la neurosis traumática común se destacan dos rasgos que podrían tomarse como punto de partida de la reflexión: que el centro de gravedad de la causación parece situarse en el factor de la sorpresa, el susto (*Schreck*), y que un simultáneo daño físico o herida contrarresta en la mayoría de los casos la producción de la neurosis. Susto (*Schreck*), miedo (*Furcht*) y angustia (*Angst*) se usan equivocadamente como expresiones sinónimas; se las puede distinguir muy bien por relación con el peligro. La angustia designa cierto estado como de expectativa frente al peligro y preparación para él, aunque se trata de un peligro desconocido; el miedo requiere un objeto determinado, en presencia del cual uno lo siente; en cambio, se llama susto al estado en que se cae cuando se corre un peligro sin estar preparado: destaca el factor de la sorpresa. No creo que la angustia pueda producir una neurosis traumática; en la angustia hay algo que protege contra el susto y por tanto también contra la neurosis de terror." (P. 12-13, Vol. XVIII).

Basándose en estas ideas de Freud, Laplanche ha hecho un extenso desarrollo al respecto en su *Problemática I, La angustia*⁹⁰, planteando cómo este movimiento de la impreparación del susto al miedo debe, necesariamente, pasar por la angustia. Debemos retomar la propuesta originaria freudiana presente en los trabajos sobre la histeria anteriores a 1900 para subrayar el hecho de que siempre son necesarios dos tiempos (o más) para que el traumatismo se constituya.

En un primer tiempo el yo es invadido por un aflujo energético indomeñable, liberando angustia automática ante el ataque de un exterior que precipita una progresión de representaciones reprimidas; la impreparación deja al yo librado a este embate que efracciona sus fronteras (fractura sus membranas paraexcitación en uno o múltiples puntos). En un segundo tiempo, preparado para resistirse al embate exterior, "fobizado el peligro", la defensa es inoperante porque el yo es virado: no es desde el exterior desde donde el ataque se produce, sino del interior mismo.

A los tres modos de respuesta que Freud propone: susto, angustia y miedo, hemos decidido agregar, por nuestra parte, y como cuarta categoría a ser explorada, el terror. Si el susto implica que el sujeto se encuentre impreparado ante el peligro al cual queda sometido, y la angustia es la señal de alarma frente al embate inconciente que se fobiza en miedo capaz de operar en la realidad y preservar del peligro externo (externo que da cuenta de un interno, en el caso de la fobia), el terror deja abierta una nueva posibilidad: el sujeto sabe a qué le teme, pero no hay defensa operacional contra lo temido; el ataque puede venir de cualquier lado, y nunca se sabe cuáles son las defensas que evitarán la destrucción.

Sobre este modelo es que ha cabalgado intuitivamente el terrorismo de estado, propiciando un terror enloquecido ante el cual todo el mundo está en riesgo de ser atacado, y atacado, como dijimos anteriormente, en el corazón mismo del ser: aniquilamiento a través de la transformación en realidad de los fantasmas de "cuerpo despedazado", de desmembramiento corporal sádico o de supresión absoluta del ser. (Un ejemplo clásico de esta situación podemos encontrarlo también en las colas que en los campos de concentración nazis de la Segunda Guerra Mundial se efectuaban con vistas a enviar a los prisioneros a la muerte; una de ellas conducía a la cámara de gas, pero nadie sabía cual de las dos, de modo que los sujetos sabían a qué le temían, pero no había la menor posibilidad de escoger dado que no había parámetros, en la mayoría de los casos, para prever cuál de ellas era la que permitía la salvación circunstancial y cuál el aniquilamiento inmediato).

Si observamos los movimientos que se produjeron a partir del terremoto en México del 19 de septiembre de 1985, podemos explorar la secuencia que se expresó mayoritariamente en quienes sufrieron sus efectos. El primer terremoto ocurrió el 19 de septiembre a las 7 y 19 a.m. encontrando a la población impreparada; la

⁹⁰ Laplanche, J.: *Problemáticas I, La angustia*, Amorrortu ed., Bs.As.,

situación, ese día, fue de estupor, de desconcierto y parálisis. A las 19 y 38 Hs. del día siguiente, 20 de septiembre, se produjo un nuevo temblor que, en este caso, desencadenó el pánico. Lo *siniestro* se abatió sobre quienes se vieron sometidos al mismo, y una sensación de terror y desesperación se expandió entre quienes lo vivieron.

A partir de ello, y pasado el período de reorganización defensiva (tanto en la realidad exterior como psíquica) comenzó a producirse un fenómeno consistente en lo siguiente: la gente intentó organizar modos de significación del peligro (alarmas para no ser sorprendido dormido, tales como pilas de monedas en sus mesitas de luz o colgar elementos sonantes de las lámparas, las cuales con su movimiento denunciarían un nuevo temblor de tierra) y, a posteriori, el mito del "nuevo terremoto" comenzó a circular: éste se produciría, "con seguridad", el 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe -patrona de los mexicanos- y, casualmente, cumpleaños del entonces presidente de la Nación (tal vez en esa indisoluble conjunción de protección y castigo con la cual el imaginario popular intenta dar significación a los acontecimientos inexplicables y otorgarles una racionalidad mágica).

Este último tiempo da cuenta del modo con el cual el yo a través del miedo intenta controlar aquello que en un primer tiempo produjo susto a partir de la preparación del sujeto para estar en previsión de lo que pueda ocurrir; pasaje del susto al miedo que podemos considerar como un intento de restablecimiento espontáneo de defensas que posteriormente, cuando relatemos el material grupal, veremos de qué modo opera en el proceso de resimbolización inaugurado.

Neurosis traumática, teoría traumática de las neurosis

A partir de los diversos caminos que toma la teoría del traumatismo, dos orientaciones, complementarias y divergentes a la vez, van a aparecer en la clínica psicoanalítica. Por una parte, aquella que lleva a la *teoría de la neurosis traumática*, en el sentido clínico del término: la neurosis de accidente o de los cataclismos -las que abordara Freud en sus textos acerca de las neurosis de guerra, en 1919, o en "Más allá del principio de placer", en 1920-, en las cuales el susto actuaría directamente por sideración de las defensas. Teoría que rompe totalmente con la idea simple y mecánica de que el traumatismo deba ser concebido como algo externo, lo cual llevaría a la conclusión empobrecedora de que a mayor distancia del hecho efectivo se produciría un traumatismo de menor grado, ya que la observación experimental plantea, a Freud mismo, el interrogante de las razones por las cuales hay mayor eclosión de neurosis de guerra en la retaguardia que en aquellos sujetos que se encuentran en combate, o por qué razón una herida física deja al sujeto liberado, momentáneamente, de la posibilidad de irrupción de una neurosis ().

"Otra orientación mucho más elaborada por Freud, la *teoría traumática de las neurosis* (teoría traumática de toda neurosis, o teoría del traumatismo de toda neurosis), va a repercutir retroactivamente sobre la teoría de la neurosis traumática, permitiendo percibir que esta última pone en evidencia un factor de origen interno, *autotraumático*, susceptible por sí mismo de provocar el susto. Está allí, como sabemos, la teoría del traumatismo en dos tiempos, que reagrupamos comodamente bajo el término de *teoría de la seducción*".⁹¹

Teoría de la neurosis traumática, a la cual volveremos de inmediato para abordar nuestro tema: el impacto del terremoto en las poblaciones para las cuales este proyecto fue preparado; pero, al mismo tiempo, teoría traumática de las neurosis: reubicación del traumatismo como modelo de toda constitución psíquica, como modo de ejercicio de las inscripciones sexualizantes que operando en diversos registros y a través de múltiples tiempos, da origen a una historicidad singular que abre las condiciones de un inconciente cuya fundación no se define desde las generalidades de un endogenismo biologista ni de un estructuralismo abstracto. Sobre esta base, emergencia de toda neurosis por reensamblaje, en un *apres coup*, de los elementos desgajados de lo acontecimental -del real externo- que ingresan de modo descompuesto, desarticulado, invistiendo y resignificando representaciones que *progresionan* hasta efraccionar la barrera de la represión liberando angustia y obligando al yo a una recomposición sintomal de las mismas.

Ubiquemos a continuación los elementos de la *neurosis traumática*, repasándolos rápidamente: se trata de un cuadro marcado por el sufrimiento subjetivo, con una apariencia depresiva que desemboca en estados vecinos a la melancolía o incluso preocupaciones hipocondríacas muy importantes; síntomas de repetición, en particular recuerdos cuasi alucinatorios de la situación catastrófica, reaparición permanente del recuerdo del hecho traumático y más aún, su repetición en sueños de forma estereotipada; es decir, reacciones inmediatas posteriores al momento del accidente que en muchos casos se manifiestan como crisis de angustia, agitación o, por el contrario, estupor que puede durar un tiempo más o menos largo, estados confusionales.

Creemos importante diferenciar dos aspectos tanto desde el punto de vista fenomenológico como estructural: por un lado, que si bien se asemeja a ciertos estados melancólicos por la inhibición motriz y la abulia, no tienen lugar los autoreproches que aparecen más o menos masivamente en la melancolía -al menos durante un primer tiempo de su constitución. Desde el punto de vista estructural, que esta inhibición es producto de que el sujeto tiene toda la economía psíquica destinada a conrainvestir el sistema de representaciones que efracciona la membrana paraexcitación y a recomponer la barrera cuya función es la de impedir la emergencia del inconciente; se trata de un proceso de *conrainvestimento masivo*

⁹¹ Laplanche, J.: (Ver *Problemática I*, Op. Cit. p. 58).

este que propicia la apariencia pasivizada y depresiva del sujeto, sin que los contenidos de pensamiento tomen centralmente este rumbo en esta primera fase.

Pero después de un cierto tiempo de latencia, aparecen síntomas que se reagrupan según dos modalidades: por un lado, la persistencia de algunos de estos que acabamos de describir, pero en forma aislada; por otro, un cuadro más estrictamente neurótico, como si en el segundo caso el traumatismo no hiciera más que revelar, desencadenar, una neurosis latente preexistente. Sin embargo, esta idea de desencadenamiento o de revelación de la neurosis previa preexistente ha sido revisada a lo largo de nuestro trabajo no sólo a partir del desarrollo de la teoría del traumatismo concebida como "teoría traumática de las neurosis", sino en concordancia con el material clínico hallado.

La pregunta siempre presente, teórica y de consecuencias clínicas, es si los cuadros que aparecen a posteriori del traumatismo, del orden que sean, se hubieran desencadenado de todas maneras sin la precipitación del acontecimiento -y, en el caso de los niños, en particular, siguiendo la evolución normal de la infancia- o si, por el contrario, hubieran podido producirse no habiendo una disposición neurótica previa, a partir del solo traumatismo. La teoría traumática de las neurosis, en nuestra opinión, con una propuesta de la temporalidad psíquica que remite al *apres-coup*, pone de manifiesto que estamos ante dos falsas opciones, ya que el "acontecimiento" no es algo ajeno al psiquismo, sino algo que se precipita entre el interior y el exterior, en un borde cuya línea de demarcación está dada por los movimientos estructurales -históricamente estructurales- que hacen a la constitución del sujeto y, por ende, de su neurosis.

Inevitablemente esta perspectiva teórica nos ha conducido a emplazarnos, por relación a los cuadros neuróticos que el terremoto pudo causar, a concebirlos no como develando una neurosis previamente constituida "pero reprimida", como algo que simplemente se desencadena y se pone de manifiesto, sino como algo a reubicar en su encadenamiento simbólico o significativo -lo cual determina, por resignificación, las emergencias patológicas a las cuales nos vimos enfrentados.

Tal vez lo fundamental a ser subrayado es que en ningún momento nos vimos capturados por la idea de que fuera el acontecimiento en sí mismo el que producía esta emergencia de patología, ni tampoco que ésta fuera algo endogenamente determinado por algo atemporal y ahistórico que el terremoto pusiera simplemente en evidencia. Encontrar la significación sintomal implica reestructurar las cadenas que la precipitan, de modo tal que el traumatismo que el acontecimiento desencadena como reinvestimento y rearticulación de inscripciones, el traumatismo sufrido, debe ser resimbolizado en el interior de las cadenas a las cuales él mismo otorgaba un nuevo orden de significación.

A partir de esto, las relaciones entre *historia, estructura del Edipo y traumatismo*, estuvieron en el centro de nuestro accionar simbolizante en el marco de las premisas teóricas que lo fundamentan.

El traumatismo en el sujeto en constitución

Ligado a este tema que venimos desarrollando, la segunda cuestión que ubicamos en el centro de nuestra propuesta fue la de considerar al niño como sujeto en estructuración. Sólo puntualizaremos a continuación un tema cuyos alcances son mucho más amplios que los que la confección de un informe de este tipo posibilita (el libro *En los orígenes del sujeto psíquico* de S. Bleichmar está totalmente destinado a esta cuestión) y definiremos algunos puntos que nos parecen esenciales para la comprensión, por parte del lector, de las líneas centrales de trabajo.

Varias son los interrogantes que inaugura el hecho de considerar al niño en tanto sujeto en estructuración. En primer lugar, ¿en qué momento de la constitución mental, traumatismos como aquellos propiciados por el terremoto, pueden ser de consecuencias patógenas para este psiquismo incipiente? En segundo lugar, ¿cuáles son las posibilidades de intervención simbolizante a partir de la estructura psíquica a la cual estamos confrontados, teniendo en cuenta los plazos previstos para cualquier proyecto de este tipo y en el marco de un accionar cuyo objetivo es la resolución -o el evitamiento- de patología post-traumática?

Para que haya traumatismo -en el sentido estricto del término, no como traumatismo constitutivo de la sexualidad originaria, sino como aflujo de excitación psíquica capaz de obligar al psiquismo a articular nuevos modos defensivos o de producir patología previamente inexistente como tal-, es necesario que se haya constituido lo que en psicoanálisis hemos aprendido a definir, siguiendo a Freud, como *tópica psíquica*.

Una *tópica* implica lugares, áreas de demarcación internas al aparato psíquico, y, en este sentido, implica sistemas cuyas legalidades diversas regulan formas de circulación de contenidos representacionales diversos; estos sistemas no sólo coexisten en el interior del aparato anímico sino que se hallan en relaciones de comercio y conflicto. La idea de un aparato escindido por la represión, en conflicto, constituye un aspecto central de toda propuesta psicoanalítica, y es fundamental no sólo para abordar la teoría de las neurosis sino para la comprensión de aquellos aspectos de la vida psíquica que trascienden el campo intra-muros del psicoanálisis. Los *actos fallidos* -no verbales-, *lapsus*, *sueños*, *chistes*, fueron explorados por Freud bajo estas premisas, y hoy son consideradas, junto al *síntoma*, por cierta modernidad, como las "formaciones del inconciente" más clásicas. Su valor no sólo es ejemplar para dar cuenta de la existencia del inconciente y de las relaciones entre los sistemas psíquicos, sino que siguen constituyendo un punto esencial de la polémica acerca de si el inconciente se reduce a un constructo

interior al espacio de la sesión analítica o tiene una existencia "real", material, que trasciende el plano de su conocimiento.

Un alto producto de cultura, sexuado y conciente de su existencia, no se tramita en forma intrauterina ni se genera en un parto. El proceso de constitución del ser humano provisto de un aparato psíquico funcionando es un largo recorrido que culmina, en los casos exitosos, en la instalación de esta tópica psíquica, tópica cuya estructuración define tanto los procesos de pensamiento y lenguaje como los de la instauración de un inconciente regido por la represión.

Sabemos de la oscilación, presente a lo largo de las teorizaciones psicoanalíticas, acerca del origen de esta tópica. Señalemos rápidamente dos grandes líneas: por un lado, una forma de concebir la constitución del psiquismo de modo endógeno, genético, preformado y por diferenciación (en Freud mismo, textos como "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico" -1911-, ofrecen un paradigma de este modo de concebir la estructuración de la tópica. Por otro, una concepción exógena, traumática y por desgajamiento (tal el modelo propuesto en escritos como "Introducción del narcisismo", "La represión", o el tercer capítulo de "El yo y el ello", por citar sólo algunos).

Es la alternancia y, en ciertos casos, contemporaneidad, de ambas posiciones, no solamente en diversos textos sino en el interior a veces del mismo trabajo, lo que pone de manifiesto la dificultad por cercar una problemática que nos convoca a seguir profundizando dado que alude a una cuestión altamente compleja: el hecho de que la tópica se defina a partir de su constitución por movimientos determinados exogenamente, no puede hacernos soslayar el hecho de que una vez producidos estos movimientos, es endogenamente que se resignifican, se combinan y encuentran un modo de ensamblaje en el cual las condiciones externas, necesarias, precipitantes, no son suficientes para explicar los complejos movimientos que llevan a singularidades diversas en los distintos sujetos psíquicos.

Ordenemos rápidamente los grandes movimientos que Freud propusiera en los tiempos -lógicos, no cronológicos- de constitución de esta tópica: inscripción de la pulsión, modo de la sexualización precoz que inaugura las condiciones de un trabajo psíquico; establecimiento de los primeros clivajes intrapsíquicos -que podemos denominar momento de los grandes movimientos pulsionales: transformación en lo contrario y vuelta contra la persona propia-; instalación de la represión originaria -dando origen a la diferencia entre el inconciente y el yo, y generando los sistemas defensivos capaces de abrir el camino hacia los modos de estructuración de las neurosis-; establecimiento de la represión secundaria -con la concomitante constitución del superyo como efecto de las renunciaciones edípicas y la instalación de las identificaciones secundarias.

Se trata de tiempos reales, no míticos, cuyo cercamiento es posible a partir de indicios del funcionamiento psíquico; estos indicios nos permiten abordar el

diagnóstico estructural en los tiempos de constitución del sujeto psíquico y abren nuevas condiciones para la racionalidad de nuestra práctica clínica.

En páginas anteriores diferenciamos dos modos generales de concebir al traumatismo: en sentido amplio, como todo aflujo de energía libidinal que viene a perturbar cierto funcionamiento habitual. En este caso, el traumatismo puede ser considerado como el modo más general de ingreso del real sexualizante externo al psiquismo, capaz de inscribir las representaciones pulsantes que dejarán al sujeto para siempre imposibilitado de evacuar las cantidades que ingresen y lo obligarán a establecer modos de ligazón y derivación de las mismas. En sentido estricto, el traumatismo, capaz de desencadenar neurosis, viene a producir un aflujo libidinal indomeñable en un aparato ya constituido, con un yo de la defensa que funciona intentando evitar la efracción que agitaría los sistemas de representaciones inscriptos y perforaría sus membranas para-excitación que evitan los riesgos de despedazamiento a los cuales quedaría expuesto.

Constituida la tópica al instituirse la represión que funda la diferencia entre los sistemas psíquicos, es decir constituido el yo y lo que a partir de entonces será considerado no-yo (tanto el externo-exterior que es lo que habitualmente consideramos "realidad" como el externo-interno del inconciente - externo al yo e interno al aparato psíquico), este yo tomará a su cargo la representación de la totalidad del sujeto, lo cual será incluso evidente en los enunciados que produzca (empleo del pronombre adecuado con el complemento correspondiente: "yo soy bueno", "yo soy generoso, valiente, miedoso", "yo quiero...", "me gustaría", e incluso, y esta es la cuestión que nos atañe: "yo puedo desaparecer, ser aniquilado, morir"). Quedarán imbricados para siempre, en la representación que el sujeto tenga de su propio cuerpo una totalidad cerrada, que estando "invertida" (cargada libidinalmente, amada), podrá ser representada como sujeta a riesgos de destrucción.

En páginas anteriores señalamos algunas consecuencias de ello para las cuestiones que estamos desarrollando respecto al traumatismo en las circunstancias del terremoto. Intentamos poner de relieve el hecho de que el miedo a la muerte, en su carácter simbólico, representacional (no los mecanismos biológicos de supervivencia), son una adquisición altamente elaborada del ser humano a la cual no se accede naturalmente sino a partir de la constitución de este yo-representación y de los riesgos a los cuales se ve sometido. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, que el temor al aniquilamiento pasa por una fantasmaticización de la vida y de la muerte, de las propias representaciones -siempre singulares- acerca de la existencia, y la conclusión inevitable que de ello se desprende es que, para que haya traumatismo y desencadenamiento de neurosis traumática, es necesario que el sujeto este constituido, que haya atravesado ya los movimientos previos,

generadores de este clivaje de su aparato, que tenga un yo funcionando y pueda fantasmaticar y simbolizar sus propias posibilidades de aniquilamiento.

Ello no quiere decir que traumatismos de este carácter no puedan inscribirse en niños que no han terminado aún de estructurar las premisas de constitución de la tópica psíquica; muy por el contrario, como nos ha enseñado el psicoanálisis a pensarlo, son las experiencias más precoces de la infancia las que adquieren un carácter indeleble y sus consecuencias son a largo plazo. Pero estas inscripciones están destinadas al *apres-coup*, y no necesariamente darán origen a los síntomas de una neurosis traumática del mismo carácter y con las consecuencias que vemos aparecer en quienes han pasado por los movimientos fundacionales que estamos en vías de describir, dado que aún no se ha constituido este yo representación que toma a su cargo de modo simbólico los intereses de la vida y que el inconsciente no ha sido clivado del mismo por la represión, sometiendo al sujeto al riesgo constante de ataque interno al cual queda librado una vez producida esta separación entre los sistemas psíquicos.

La no instauración de la separación tópica en el momento adecuado deja al sujeto librado a los riesgos de una psicosis, tanto en sus formas floridas como oligofrenizadas y, en último caso, no será sobre los efectos del traumatismo sobre lo que se deberá trabajar, sino generando las condiciones de estructuración del aparato psíquico hasta entonces fallido. Como se comprenderá, en este postrero caso no se pudo sino crear, en los escasos cuatro meses en que nuestro proyecto fue implementado, conciencia de la gravedad de la situación en los padres, para que obtengan la atención institucional adecuada. Nuestro proyecto estuvo dedicado centralmente a los niños que, teniendo un aparato psíquico constituido, eran plausibles de sufrir los efectos del traumatismo y pudieran ser librados de las consecuencias que éste arrastraba.

Elaboración y simbolización: dos cuestiones centrales

Volvamos ahora a la definición de traumatismo dada en páginas anteriores [efecto sufrido por el psiquismo ante un aumento tan grande de excitación que fracasa su liquidación por los medios habituales] y veamos de qué modo el concepto de *elaboración* está en el centro de nuestras problemáticas.

La *liquidación* de una excitación, evidentemente, puede ser relacionada directamente con la técnica de la *abreacción*. Esta, concebida como una descarga emocional por medio de la cual el sujeto se libera de un afecto ligado al recuerdo de un acontecimiento traumático, forma parte de los orígenes mismos del psicoanálisis.

Entre 1893 y 1895, antes de que Freud se viera llevado a formular su concepción del inconsciente y de la defensa, considerándolos aún, bajo el influjo de la psiquiatría más avanzada de su tiempo como patrimonio sólo de los neuróticos,

desarrolló en sus textos sobre la histeria lo fundamental de la técnica catártica. Esta permitía al enfermo recordar y objetivar verbalmente el acontecimiento traumático y liberarlo del quantum de afecto que lo hacía devenir patógeno. No nos detendremos aquí respecto a las razones que llevaron al abandono de esta concepción tanto psicopatológica como técnica, pero es evidente que la misma entra en contradicción con la conceptualización del conflicto psíquico definido por la represión y tal como fue desplegándose en la teoría posterior.

Sin embargo, la teoría catártica sostenía una idea que llegó a constituir, retranscripto en los desarrollos posteriores, un eje central de la técnica psicoanalítica: para librarse del recuerdo del hecho traumático, el individuo debe integrar este recuerdo en una serie asociativa que permita la reinstalación del mismo, su resignificación. Se trata, en tal caso, de un verdadero trabajo de rememoración y elaboración psíquicas, mediante las cuales el mismo afecto es reactivado y resimbolizado por relación a los sistemas representacionales que lo produjeron, sistemas representacionales que deben ser develados ya que, detrás del acontecimiento aparente, otro acontecimiento, otro traumatismo, se engarza en una serie que escapa a la conciencia del sujeto.

Si bien el acento puesto exclusivamente en la abreacción caracteriza al período del método catártico, considerado actualmente por algunas corrientes como pre-psicoanalítico en sentido estricto, es indudable que ella sigue estando presente en la teoría de la cura en razón de que pone en juego las relaciones entre un afecto (mal emplazado antes de la labor analítica) y la representación correspondiente.

Sin embargo, es la teoría de la represión -ineludible para una teoría psicoanalítica del conflicto psíquico- la que pone de relieve que no es por un acto de voluntad que el sujeto podrá arribar a unir afecto y representación, en la medida en que el proceso mismo que llevó a su disociación es inconciente. La represión trabaja en la frontera de los sistemas psíquicos. Y lo hace separando afecto y representación con el objeto de evitar la emergencia, en el preconciente, de una representación que, cargada con el afecto correspondiente, pudiera llevar a la producción de displacer. En consecuencia, aquellas representaciones que, emergiendo con insistencia, operan como *repetición* de algo inelaborable, deben ser puestas en correlación con una serie psíquica de la cual se han desgajado al verse ésta sustraída al yo por la represión.

Ubiquemos entonces nuestras cuestiones: el acontecimiento se engarza, al ingresar al aparato psíquico, en una serie que activa precipitando un aflujo de excitación. Si este aflujo de excitación es excesivo para el aparato en cuestión, se puede producir una fractura en las fronteras que rigen los sistemas. Fractura por la cual lo insignificable, inmetabolizable, retornará en forma compulsiva. Sabemos, a casi un siglo de la existencia del psicoanálisis, que lo que no sale a

la luz, no puede ser extraído por un simple acto de voluntad; se trata de encontrar las vías adecuadas para ello.

Siendo lo inconciente algo capaz de ser significado pero que se niega al sentido, la emergencia de las representaciones reprimidas son aún insuficientes para que una transformación del núcleo patógeno pueda producirse. Es necesaria la simbolización, el reengarzamiento en algún tipo de serie psíquica que le otorgue una significación distinta lo que posibilita que el conocimiento de lo reprimido lleve al sujeto a liberarse de la compulsión de repetición.

Si esto no se produce, si la simbolización faltante queda sin realización, se constituye un vacío que no puede ser rellenado sino por los precarios medios que el yo tiene a su alcance: ya sea mediante el establecimiento de contrainvestimientos masivos -que terminan oponiendo una especie de tapadera siempre presta a saltar debido a que una parte de la energía psíquica no se distribuye y queda localizada en ese punto de fractura (es desde esta perspectiva que veremos, en muchos casos, emerger los trastornos de aprendizaje por contrainvestimiento, o por "contrainteligencia", posteriores al traumatismo), sea mediante la subordinación compulsiva a aquello que, siendo inelaborable, es también incontrolable y se abre a la emergencia sintomal (como las pesadillas, los trastornos psicósomáticos, y la reparación de "hábitos de conducta" arcaicos y supuestamente superados.

Elaboración, entonces, es decir integración en una serie psíquica, pero al mismo tiempo simbolización: otorgamiento de una significación a través de su integración en la misma. Indudablemente, si de significación hablamos, es imposible plantearse que ésta pueda operarse si no es mediante la palabra, es decir, un ejercicio de lenguaje. No existe significación que no se construya sino desde el lenguaje, y precisamente la función de la palabra es capturar en redes de sentido aquello que escapa, constantemente, al mismo.

Los Grupos Elaborativos de Simbolización

Fue en el marco de esta concepción de la elaboración y de la simbolización psíquica, que nos vimos llevados a introducir una propuesta de trabajo: los *Grupos Elaborativos de Simbolización*, que, conservando inicialmente algunos de los aspectos formales de la teoría y la técnica de los Grupos Operativos de Pichon Rivière (tal como la existencia de un equipo constituido por un coordinador y un observador, y el empleo de una consigna que se destina fundamentalmente a la capacidad pensante del sujeto en función del abordaje de una tarea -en este caso la simbolización del acontecimiento vivido), no se rige ya teóricamente por el funcionalismo en el cual se sustenta la teoría de los roles, ni por el interaccionalismo que de ello se deriva, sino por la concepción del aparato psíquico que hemos expuesto someramente en este capítulo y los desarrollos sobre la teoría grupal que constituyen los ejes centrales de este libro.

Señalemos de modo esquemático que hay diferencias teóricas y técnicas importantes cuando se vira un eje conceptual que estuvo "mal emplazado" durante muchos años. No se trata de unir "el sentir y el pensar", banalizando la idea rectora que atraviesa la obra freudiana consistente en el desligamiento y religamiento de *afecto y representación*. No es el inconciente la sede de los afectos y el preconciente la sede del pensamiento, sino que se trata de establecer una cadena fallida a partir de unir representaciones que se han separado por la represión con el fin, fundamentalmente, de evitar el displacer. El afecto sofocado no puede ser emplazado sino a partir de un re-emplazamiento de la representación reprimida, y esto propone variaciones sustanciales en la técnica de la interpretación por relación a la teoría de los grupos operativos.

Del mismo modo, hemos tomado aquello que posibilita trabajar una problemática grupal definida por *consonancia*. No se trata de generar un mejor funcionamiento de un ilusorio aparato psíquico grupal, sobre la base de un supuesto inconciente grupal de partida, mediante la extensión de un concepto absolutamente singular, que anula las cuestiones que se abren en la teoría y la técnica del trabajo con grupos. La *consonancia* fantasmática alude a la emergencia -a partir de circunstancias comunes que ponen en juego fantasmas individuales cuyo carácter de universalidad no puede ser negado pero si separado de una teoría instintivista- de problemáticas comunes cuya imbricación posibilita la interpretación por *predominancia de consonancia* (daremos cuenta de ello mediante ejemplos en las páginas que siguen).

La experiencia del trabajo grupal

Los contenidos fundamentales de esta experiencia fueron recogidos en las clases ofrecidas a los participantes del proyecto, y sirvieron de modelo para repensar aspectos técnicos puestos en juego en las supervisiones.

Expondremos a continuación el material trabajado en los comienzos del curso impartido, tal como fue presentado para que los participantes pudieran acceder tanto al modelo de trabajo como a las dificultades inherentes al mismo. El tono coloquial con el cual están expuestos los párrafos que siguen, es efecto de que han sido tomados textualmente de dichas clases.

"Han pasado ya casi dos meses del terremoto, y Uds. saben que a los 15 días de producido, nosotros realizamos un proyecto piloto en el Albergue del SUTIN (Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear), que brindó sus instalaciones para alojar damnificados de la zona. En aquella ocasión tuvimos oportunidad de recopilar y analizar algunas sesiones de grupo y algunos de los problemas que se nos fueron planteando, y quisiéramos presentarles ahora un material que luego podamos repensar juntos, pero que usaremos para ejemplificar las premisas teórico-técnicas y las dificultades presentes. Emplearemos párrafos de la crónica grupal e iremos agregando observaciones posteriores.

Los niños estaban viendo televisión cuando el coordinador y el observador llegaron al albergue. Por ese motivo ellos mismos tuvieron que ir a buscarlos. Al grupo llegaron entonces siete integrantes. Se acomodaron en el suelo formando un círculo. Todos se sentaron en el piso, incluido el equipo de trabajo. El coordinador y el observador se presentaron; y podemos ver en un micro-detalle las consecuencias técnicas de una propuesta teórica. En la técnica de Grupos Operativos, los observadores no se presentan personalmente; es el coordinador quien lo hace por todo el equipo, aclarando tanto sus funciones como las del observador. Ello tiene su basamento en una extensión a la técnica grupal de algunas formulaciones kleinianas bien conocidas, y se propone abrir la proyección de ansiedades básicas paranoides sobre esta pantalla neutra que constituye el observador. Partimos nosotros de una concepción que hemos ya explicitado, relativa al traumatismo y su simbolización en el proceso grupal; en función de ello no nos parece adecuado incrementar el monto traumático con nuevos enigmas, sino reducirlos al mínimo necesario que la abstinencia y el encuadre imponen, generando las condiciones para que el proceso transferencial circule sin un incremento "artificial" de los mismos -en el sentido de un dispositivo montado a tal efecto- sino simplemente abriendo la vía de la ligazón y la recomposición significativa. Bastante extrañas son para los niños las cosas que los adultos hacen, para introducir más enigmas que los estrictamente necesarios; el enigma de lo desconocido surgirá de todos modos. El rigor de la técnica debe estar al servicio del objeto a capturar y transformar, y no un "en sí" desgajado de toda propuesta teórica.

Luego de las presentaciones -tanto del equipo como de los niños-, la coordinadora dice: "Estamos acá para hablar de cómo se sienten en este lugar, cómo se sintieron en el momento del terremoto y cómo se imaginan que va a ser la vida cuando salgan del albergue". La consigna alude, indudablemente, a una secuencia temporal, pero de una temporalidad muy particular: no se empieza por el pasado, sino por la posición actual del sujeto, para que ello permita una resignificación del pasado y, en ese movimiento, se abra una perspectiva futura. Sabemos que, de todos modos, los niños empezarán por donde puedan, y que en una primera sesión, el eje estará en posibilitar la recuperación de las representaciones traumáticas que han quedado desligadas.

Posteriormente se establece lo que podríamos llamar las pautas de un contrato: "Nos vamos a reunir con ustedes hoy, mañana y pasado. Hoy es jueves, mañana viernes y pasado sábado; comenzaremos a las 11 y 30 Hs. y terminaremos entre las doce y treinta y la una". (Leo ante Uds. una transcripción textual, y podemos hacer al respecto algunas observaciones:) Sabemos que es conveniente precisar exactamente tanto la hora de comienzo como la de terminación, decir el tiempo de trabajo; y Uds. verán como esa ambigüedad que deja abierta las palabras de la

coordinadora respecto a la hora de terminación lleva a que, al final de la sesión grupal, los niños se desorganicen porque no hay un límite claro de contención. (Las sesiones, en aquella oportunidad, se realizaron durante tres días seguidos para permitir un proceso rápido no sólo de abordaje de la situación vivida sino también de diagnóstico 'grueso' que evitara la instalación de nuevos traumatismos a partir de la convivencia en el Albergue -Uds. saben que hoy, en el proyecto que estamos realizando, ya vemos las consecuencias de cadenas traumáticas efecto del hacinamiento y las malas propuestas organizativas).

A continuación de esta secuencia entra otro niño y se sienta a la derecha de la coordinadora, de modo tal que se cierra un semicírculo en el cual el equipo de trabajo queda enmarcado por dos varoncitos, estando el resto constituido por niñas. La coordinadora vuelve entonces a dar la consigna. ¿No hubiera sido conveniente, en este caso, proponerle a los niños mismos que informen a su compañero recién llegado, evaluando, a través de ello, de qué modo han recibido ellos mismos nuestras palabras? Por supuesto, si ellos no pudieran hacerlo, sí sería conveniente repetir la consigna para todos señalando brevemente lo novedoso de la situación y la angustia que dificulta entonces la escucha.

El psicoanálisis de niños nos ha enseñado algo al respecto: cuando se aclara a los padres cómo deben decirle a un niño que será traído a la consulta, les proponemos que hagan un recuento de las razones por las cuales consideran esto conveniente, de modo tal que, antes de llegar a la primera entrevista, éste tenga una idea verbalizada tanto de sus propios síntomas como del posicionamiento, tan particular, que implica el ingreso en ese espacio que constituye el análisis. Una frase del siguiente tipo puede ser enunciada: "Tus pesadillas, o berrinches, o dificultades escolares, indican algo que te está ocurriendo, y así como cuando te duele la panza vamos al pediatra, pensamos que es el momento de hacer una consulta por estas cosas que te producen sufrimiento. Hay cosas que duelen y no son del cuerpo, sino del alma, del pensamiento o del corazón [los padres deberán encontrar las palabras más acordes a la ideología familiar y a las posibilidades de comunicarse con su hijo], y para eso hay doctores que se ocupan de aliviar este sufrimiento".

A partir de ello, cuando el niño llegue a su entrevista, luego de las presentaciones, podremos preguntarle si sabe por qué vino, y de este modo hacernos una idea de cómo fue recibida por el psiquismo la propuesta realizada. No se debe perder nunca de vista que las complejidades de la comunicaciones interhumana -que se realiza siempre entre sujetos atravesados por el inconciente- hace que se diga una cosa y se entienda otra -y esto no es un problema cognitivo, sino el efecto de las ansiedades y fantasmas que operan tanto en la emisión como en la recepción y resignificación del discurso, lo cual nos obliga a preguntarnos constantemente,

cuando realizamos nuestro trabajo, si cuando hablamos lo estamos haciendo en el mismo circuito que el otro escucha, y viceversa.

Terminada la primera secuencia de presentaciones y explicitación de consigna, la coordinadora propone que los niños se presenten. Los niños dicen sus nombres y edades. La crónica registra: "Laura, una de las niñas, tiene un tapabocas"⁹². El tapabocas de Laura puede ser considerado, de inicio, como un indicador que debe ser resignificado a posteriori; un primer elemento significativo cuyo valor puede ser reinscripto -o no-, en el interior del proceso grupal. Así como el traumatismo se constituye en dos tiempos, del mismo modo la interpretación puede ser pensada en dos tiempos, tiempos entre los cuales media todo un proceso de resignificaciones y de simbolizaciones que llevará a corroborar o no la validez de la primera hipótesis. Se percibe un signo, y a través de los elementos que lo engarzan se vuelve sobre éste para realizar la interpretación del mismo.

Luego de las presentaciones, la coordinadora informa a los niños que trae material que puede servirles para la tarea que van a realizar: bolsitas con crayones y plastilina, una para cada uno, y hojas que serán repartidas y podrán utilizar. Pueden entonces expresar con palabras, con dibujos o modelados, todo lo que piensan, todo aquello que quieran decir respecto a lo que los reúne en este lugar. Se les aclara que las bolsitas serán recogidas al final de la sesión y devueltas en la próxima; a cada bolsita se le pondrá el nombre de cada uno para que sepan de quién es.

Con esto se ha terminado de establecer el encuadre, es decir el marco de trabajo de esta sesión y la secuencia posterior a seguir: consigna, material, número de sesiones y duración, identidad de cada uno de los sujetos, carácter del espacio de trabajo. Debemos subrayar, sin embargo, que los miembros del equipo técnico olvidaron definir su tarea y ello debido, posiblemente, al intenso traumatismo que los emparejó a los niños; la identificación del coordinador con los niños fue masiva a partir del hecho de haber pasado por la misma experiencia desestructurante -la sesión que estamos en vías de analizar fue realizada sólo quince días después del terremoto-, y si bien esto permitió una proximidad y posibilidades de comprensión muy amplias de las ansiedades en juego, también se produjeron momentos de pérdida de distancia que pusieron en riesgo la función simbolizante del equipo de trabajo.

Es muy importante, en nuestra opinión, definir la tarea tanto de los miembros del grupo como del equipo de coordinación-observación. Aún más en condiciones como las vividas, en las cuales las funciones materna y paterna se diluyeron en el interior de los albergues, desestructurándose las relaciones básicas que pautan la

⁹²Los tapabocas fueron distribuidos por los organismos sanitarios para evitar, en los primeros días del terremoto, la propagación de epidemias.

vida del niño, y dando lugar a la confusión y anomia que ganaron al conjunto de la población. A raíz de ello, es imprescindible que los espacios estén claramente pautados y que se recuperen las funciones continentales y estructurantes del adulto. Una pequeña variación en la presentación del equipo puede producir este efecto: "Mi nombre es X, y estaré junto a Y para ayudarlos a pensar en lo que ocurrió, cómo se sienten en este lugar, cómo se sintieron en el momento del temblor y cómo se imaginan que será la vida cuando salgan del albergue".

Volvamos ahora a la secuencia del grupo que estamos analizando. Luego que la coordinadora pone las etiquetas a las bolsitas, haciendo repetir a cada niño su nombre, se las entrega. Los niños sacan el material, lo revisan, hay risas nerviosas, se miran y miran a la coordinadora. Parecen no saber qué hacer ni por dónde empezar. Esto puede ser interpretado por relación a la ansiedad que sienten, al desconcierto, a la sensación de enfrentarse a algo nuevo que desconocen... La coordinadora, que también está un poco desconcertada, y que ha sido ganada por la ansiedad grupal, pregunta: "¿Algunos son hermanos?". Se trata, evidentemente, de una salida extemporánea, como esas que se producen cuando uno no sabe qué hacer, como cuando va sentado en el tren al lado de un desconocido y dice: "hace calor, ¿no?", introduciendo alguna frase que rompa la incomodidad del silencio compartido, de la presencia angustiante del otro. La tensión, por supuesto, no se resuelve; y ello porque si tenemos en cuenta el primer indicio de algo que anticipa el silencio (tapabocas de Laura), se trata de una tensión previa que se ha hecho efectiva en el grupo y que se emparenta con la angustia ante lo desconocido que está atravesando a los niños a partir de la pérdida de sus pertenencias, incluido en ello las certezas acerca de la seguridad absoluta que se supone el adulto brinda en la primera infancia.

Luego de una respuesta formal -un par de niños responden que son hermanos- vuelve el silencio, que es quebrado por una de las niñas: "mira, se le cayó" -refiriéndose en lo manifiesto a la punta de un crayon-; Laura responde: "sí, se les cae". Y estamos aquí ante el primer emergente verbal, ante un significativo que se desliza fácilmente, en el pensamiento psicoanalítico, del lado de la castración; pero que debe ser manejado con cuidado. Las cosas se caen, son frágiles, se rompen, se pierden. Esta frase, verdaderamente de apertura, pone de relieve nuevamente el tapabocas de Laura: ella misma se ve compelida a contener, mediante las palabras, todo aquello que emerge como angustia ante la destrucción y de pérdida a la que ha sido sometida. Y ¿qué garantías tiene, respecto a los otros, respecto al adulto mismo, de que esto pueda ser contenido, de que haya condiciones para que sus palabras mismas no produzcan un nuevo derrumbe? Angustia de destrucción y de pérdida son los primeros elementos que en el grupo se pone de manifiesto.

Como primera respuesta, los demás niños se ríen. ¿Se ríen de qué? ¿De que a los crayones se les caen las puntas? Intensas ansiedades, con sus defensas

concomitantes, intentan obturar el dolor que de otro modo ganaría al conjunto. Tres frases son formuladas a continuación por diferentes miembros: "¿podemos empezar?", otro: "¿tú tienes lugar?", un tercero: "yo no tengo negro". Ahora sí ha quedado expresada, discursivamente, en esta secuencia, la problemática básica de los integrantes del grupo: aparición de la pregunta por el duelo compartido -tener negro-, pérdida de un lugar, que no es evidentemente el lugar físico en el grupo sino aquel que remite, en primera instancia, a la pérdida de los lugares entrañables abandonados: la casa, el hábitat al cual han debido renunciar a partir de los acontecimientos vividos. Y, posiblemente, aún en otro nivel, alusión a un lugar perdido más profundamente instituido: el que los hacía sentir niños protegidos y cuidados en el interior de la vida familiar, ahora fracturada temporariamente, y el lugar imaginario de seguridad omnipotente que quedó fragmentado ante la imposibilidad de los adultos de preservarlos, en cualquier circunstancia, de todo riesgo.

Nadie ha comenzado, aún, a dibujar. Tienen el papel enfrente y no saben qué hacer ni de qué hablar. Están centrados en lo perdido, por eso no pueden utilizar lo que poseen. Una niña, retomando el diálogo anterior, dice: "¿Cómo que no tienes? ¡Escribe con naranja!". A partir de esto, comienzan a manifestarse dos tendencias centrales en el grupo: aquellos que, como señalábamos anteriormente, no pueden aprovechar lo que poseen por estar adheridos a lo perdido, y aquellos que comienzan a plantear la posibilidad de recuperar algo a partir de lo que se ha conservado, o de lo nuevo que han recibido. El movimiento reparatorio de esta parte del grupo podría ser transcripta en la siguiente frase -por supuesto no formulada verbalmente-: "Bueno, si no tengo aquello, puedo emplear esto otro; si no tengo casa, tengo albergue, tengo algo con qué empezar".

A la coordinadora no le es fácil desprenderse de la identificación con las pérdidas sufridas por los niños. Toma, a partir de ello, sólo aquella parte del grupo que expresa la melancolía y la imposibilidad reparatoria; y lo hace, además, incluyéndose en la situación: "Algo muy importante nos ha ocurrido, y cuando dicen que no tienen colores, eso nos recuerda todo lo que hemos tenido que dejar, todas las cosas que nos faltan". Es como si cuando un niño se golpea y llora, la mamá se pusiera a llorar con él; ella también es una niñita golpeada, que no puede tomar distancia para simbolizar, metabolizar la angustia -sin embargo nunca ello es tan grave como la indiferencia. Y aún la capacidad misma de seguir interpretando puede ser considerada como un posicionamiento simbólico que permite, de todos modos, mantener el movimiento grupal.

El niño que había dicho "¿podemos empezar?", agrega: "¿entonces podemos pintar las cosas que ya no tenemos?" Dando cuenta claramente de la existencia de estas dos tendencias internas del grupo: aquella que no puede salir de la situación traumática y está paralizada, como fijada a ella, y la otra, representada por estas

frases y por la niña que propuso emplear otro color, abriendo a la sustitución simbólica de los objetos perdidos.

La mayoría, sin embargo, sigue paralizada. La coordinadora logra, ella misma -tal vez recuperando sus propias posibilidades creativas a partir de los niños que propician un movimiento hacia adelante- formular una interpretación al respecto: "es como si algunos de ustedes sintieran que el haber perdido muchas cosas que querían les impide ahora tener cosas nuevas, están paralizados porque aproximarse a todas estas cosas nuevas los lleva a recordar lo que perdieron", propiciando así un pasaje del duelo melancólico -paralizante, que fija al sujeto al pasado-, a un duelo que, sobre la base del reconocimiento del dolor, producto de la pérdida, permita al aparato resignificarlo y retejer nuevos lazos libidinales.

Esta parálisis es irreductible a la palabra, y la coordinadora, que se enfrenta a una situación paralizante, emplea un recurso técnico que habíamos propuesto previamente si se producía algo de este orden. Dice: "yo voy a dibujar", y hace el dibujo de una niña asustada, con la boquita cerrada, los pelos parados. Ante el dibujo, una niña dice: "una muñequita, que bonita!". La coordinadora: "Esta es una niña que está muy asustada, por eso tiene la boca muy apretada y no puede decir nada". Los niños ríen, y empiezan a comentar y a dibujar, constituyendo microgrupos, pequeños diálogos de dos o tres participantes.

Entretanto, la observadora realiza algunas anotaciones relativas a la singularidad de los niños. Una niña -cuyo diagnóstico fue confirmado en la etapa siguiente-, dibuja sólo lo que dibuja su compañerita, como en espejo. Posteriormente, al tomar su historia contada por la mamá, supimos que había presentado un mutismo selectivo entre los dos y cuatro años, confirmando así la presunción de rasgos de especularidad primarios que daban cuenta de abrochamientos simbióticos originarios.

Los niños se van individualizando. Emma muestra su dibujo a la coordinadora - hasta ese momento no había hablado, permaneciendo callada todo el tiempo-. "¿Quién es este señor, Emma?" le pregunta. La pequeña, muy angustiada, no puede articular palabra, entonces la coordinadora vuelve a preguntar: "¿qué le pasó a este señor?"; luego de un nuevo silencio Emma, muy bajito, responde: "es mi primo que se murió".

A partir de esto, el mal estarse intensifica en el grupo. La situación que acaba de producirse es brutal para todos los presentes. El coordinador, con mucho cuidado, señala aquello que ha invadido a todos: "Emma, al hablarnos de la muerte de su primo, ha traído algo muy doloroso y que los lleva a todos a revivir la angustia que sintieron cuando se enfrentaron al peligro. Escuchar a Emma, les hace revivir esos momentos terribles que pasaron". Emma continua hablando de la destrucción de su casa, y en ese momento todos los niños comienzan a hablar simultáneamente, como en una evacuación desesperada de contenidos terribles retenidos. Una niña -que luego pidió el color café durante toda la sesión, lo

cual no deja de tener relación con esto que se está verbalizando- dice; "a mí el temblor me agarró en el inodoro..."; otra dibuja una casa vacía, sillas vacías, una cama vacía, y ante la pregunta de por qué dibujo todo vacío, responde; "porque mis papás estaban durmiendo".

A partir de allí comienza a aparecer otro tema: la relación existente entre abandono de los padres y escena primaria. Los padres, indefensos, duermen; están tan imposibilitados como ellos mismos para preservar la vida, para resguardar y proteger del peligro extremo por el cual han pasado. Si estaban solos y los padres los excluyeron, el fantasma de escena primaria marca la posición de los padres como padres abandonantes, atacantes, culpabilizándolos por no poder protegerlos; fantasma reactivado, por otra parte, por el hecho de compartir el mismo espacio para dormir a partir de la llegada al albergue. A partir de ello, se produce un clivaje: todos los aspectos protectores de la función paterna son depositados en el albergue, todo lo negativo, temido, atacante, en los padres. Un circuito melancolizante se establece: el ataque a los padres protege, a su vez, del dolor de descubrir la caída de la posición omnipotente, narcisista, en la cual el niño los había emplazado previamente.

Las asociaciones siguientes corroboran esta línea. Uno de los niños dibuja a una niña que está muy triste y dice: "se murió su papá". Otro niño le responde: "híjoles, ¿quieres que se muera tu papá?". El deseo de muerte permite resignificar las razones que llevaron al uso del tapabocas y a la parálisis para trabajar ya subrayadas: la fantasía de que la palabra opera como acción, en una regresión del acto al pensamiento, genera la emergencia de angustias masivas cuando el hablar de la muerte deviene posibilidad de las palabras invoquen lo real.

Un terapeuta que interpretara en ese momento del grupo el deseo de muerte de los padres, los aspectos hostiles existentes, sin dar cuenta del por qué de su emergencia, sólo lograría incrementar la angustia a niveles intolerables con probables pasajes a la motricidad o rigidización de las defensas y coartación del proceso asociativo iniciado. Lo real, catastrófico de la muerte está demasiado presente como para que se le pueda espetar sin más su deseo de muerte a un sujeto sin que se le ofrezcan, al mismo tiempo, las razones que lo activan. Se hubiera podido señalar, entonces, en un primer tiempo, el temor de hablar porque se teme que las palabras devengan invocaciones mágicas, malignas: nombrar la cosa es precipitarla. Y luego, como todos sienten dolor de que sus papás, que ellos creían tan poderosos, no hubieran podido impedir el terremoto y sus consecuencias de muerte y destrucción, y cómo este dolor se transforma en una rabia que les da miedo expresar porque temen ellos mismos destruir lo que les queda.

La última secuencia que quisiera analizar con Uds. parece corroborar esta línea: Una de las niñas dice: "ahora voy a hacer un coche, coche, coche...", otra contesta: "camión, camión, camión... voy a hacer un coche negro, negro, negro,

negro...", juego de repetición de palabras en la que se enganchan varios niños y que señala, parecería, como los significantes han sido desgajados de su función lenguajera porque no alcanzan a recubrir lo real vivido. Una repetición tal pone de manifiesto la pérdida de sentido del lenguaje en su función comunicativa; las palabras operando a mitad de camino entre el significante y la representación-cosa, son repetidas al infinito, poniendo de manifiesto la intención del emisor no de simbolizar la realidad ni de comunicarse en el circuito de la lengua sino de presentificar una escena o propiciar una invocación mágica de lo real.

En las sesiones siguientes, retomando estos elementos fundamentales, se intentó que las palabras volvieran a tener el carácter elaborativo de lo real vivido no simbolizado. Los niños pudieron entonces reconstruir los objetos dejados en sus casas de origen -hasta los caracolitos del jardín y las plantitas de las ventanas-, y hablar de lo que esta nueva situación en el albergue les planteaba como obstáculo para la recuperación de sus vínculos originarios.

Algunos elementos que se desprenden de la crónica puedan tal vez ser útiles para el conjunto del trabajo con los grupos. En primer lugar, como se habrá observado a lo largo de la exposición, la interpretación no va dirigida a ese terremoto real vivido, sino a la forma en que este real se inserta en una serie psíquica. Es necesario, dado que estamos trabajando con un grupo y no con un sujeto singular, tener en cuenta lo que hemos denominado, tomando la conceptualización propuesta, *consonancia fantasmática*. Si bien en algunos de los niños predominan los fantasmas anales -traídos por la niñita que pide el color marrón y habla del inodoro- en otros niños vemos aparecer como dominancia la emergencia de fantasmas de escena primaria. Sin embargo, en su composición estructural, hay elementos comunes que tiñen el conjunto del material: la pérdida de la omnipotencia originaria, el intento de restitución de la misma, la precoz caída de los padres idealizados, la emergencia de la hostilidad como modo de evitamiento del dolor psíquico en que todo esto precipita.

El hecho de tomar de las predominancias fantasmáticas los rasgos comunes que se van encontrando posibilita ir trabajando en la dirección de una elaboración simbolizante compartida. En esta etapa la interpretación está dirigida hacia estos *intersectos fantasmáticos estructurales definidos por consonancia*, y al mismo tiempo por la doble intersección que marca la patología previa y las determinaciones actuales con vistas a incidir en un posible saneamiento mediante la participación en la planificación y evaluación de directivas institucionales. Veremos luego -en una crónica que expondremos más adelante- cómo nuevos traumatismos, efecto de la situación vivida en un albergue, se suman a las situaciones de conflicto intrapsíquico de los niños.

La detección -no la interpretación- de los emergentes patológicos singulares debe ser cuidadosamente considerada en función de una segunda etapa. En el grupo

que acabamos de ver, la niña que sólo podía posicionarse por relación al semejante de modo especular -a través de copiar sus dibujos, haciéndolo en muchos momentos en forma invertida, o repitiendo frases de los otros-, tuvo que pasar a un diagnóstico individual posteriormente. De igual modo un niño que dibujaba de modo estereotipado tumbas, y que se mantuvo en ello a lo largo de las tres sesiones de grupo, debió seguir recibiendo atención terapéutica durante los meses siguientes.

Sin embargo, vemos la aparición de líneas predominantes en los niños del grupo y éstas pueden ser objeto de interpretación: un primer tiempo de fijación a lo perdido, y la posibilidad de abrir movimientos de recuperación simbolizante. Un segundo tiempo de emergencia de fantasmas singulares y de pérdida, expresados a través de verbalizaciones y dibujos, con una predominancia fantasmática compartida, que se caracteriza por la caída precoz de los objetos parentales en tanto omnipotentemente protectores. Por último, un momento de compulsión repetitiva, a través de la instrumentalización del lenguaje como herramienta mágico-invocatoria, respuesta regresiva y que sólo puede saldarse mediante interpretaciones otorgadas oportunamente por el coordinador.

Los traumatismos posteriores

La sesión que acabamos de ver fue realizada quince días después del terremoto, en el marco del proyecto inicial que efectuamos de común acuerdo con las autoridades del albergue del Sindicato de Trabajadores de la Industria Nuclear.

Dos meses después, luego de cuatro clases intensivas en el interior del curso patrocinado por UNICEF, comenzó el trabajo del proyecto piloto que nos permitió abarcar diversas poblaciones.

El 26 de noviembre de 1985 comenzó el proceso de trabajo en el albergue "Casa de la Cultura" -de la Colonia Culiacán. Las sesiones que expondremos a continuación fueron realizadas con niños de 9 y 10 años; y no deja de proponer algunas reflexiones las condiciones en que los albergados se vieron obligados a convivir y que dan cuenta de muchas de las cuestiones que los niños debieron enfrentar.

En este albergue -dadas las condiciones del edificio, según consigna el reporte de las autoridades- la mayoría de los hombres fueron separados de las mujeres y de los niños. El informe del psicólogo que tuvo a su cargo la coordinación del trabajo consigna: "reinaba un ambiente de confusión respecto a los límites que se debían establecer, lo cual desencadenó problemas maritales, problemas en la relación padres-hijos, y problemas de integración familiar. La censura grupal a la relación de pareja llegó a tal grado que algunos pobladores decidieron, al cabo de un tiempo, visitar un hotel con objeto de recuperar un mínimo de intimidad conyugal. Los efectos psicológicos de todo ello pueden notarse en las sesiones grupales con los niños".

Hemos señalado en páginas anteriores que sería de un simplismo absoluto reducir el traumatismo al terremoto mismo. Las consecuencias posteriores se encadenan de modo particular en la singularidad de los sujetos que las padecen, y algunos rasgos comunes se ofrecen a partir del momento vital y de las experiencias previas que constituyen el residuo histórico sobre el cual lo acontecido actual se inscribe. Niños de 9 y 10 años, que han atravesado trabajosamente los movimientos que llevan al sujeto humano de los abrochamientos originarios al establecimiento de su identidad sexual diferenciada, niños enfrentados a las tareas puberales sometidos por las circunstancias al poder omnímodo materno y al "asesinato del padre"; ¿de qué manera veremos constituirse un proceso grupal en esas circunstancias?

En capítulos anteriores hemos visto como, desde las primeras páginas de *Masa y poder*, Elías Canetti plantea que la atracción que la masa ejerce sobre los sujetos rompe con el horror que todo individuo tiene hacia el cuerpo del semejante. La función devoradora de la masa, barre los tabúes del sujeto ante la atracción primaria que ésta impulsa, y el sujeto sucumbe a la atracción propiciante de la misma. Canetti parte, para su propuesta de análisis, del sujeto psíquico constituido, de aquel que ha cercado ya el territorio diferencial de un yo y que teme, en razón de ello, confundir su propio cuerpo con el del semejante. Pero desde el psicoanálisis, no podemos dejar de exponer los momentos que llevan al establecimiento de estas modalidades de relación al semejante, para encontrar un orden de explicación -no sólo de descripción- a la facilidad con que la misma sucumbe.

La lucha del sujeto psíquico por constituirse en su diferencia al otro, el cercamiento de un yo que abre las vías de un no-yo, implica la represión de los tiempos primordiales en los cuales la fusión imaginaria al semejante materno propicio la creencia en la omnipotencia absoluta de ambos términos de la díada. El diferenciarse de la madre constituye entonces una tarea titánica, cuyos remanentes producen siempre el deseo-temor de un retorno a esa fusión originaria a la cual se ha tenido que renunciar. De ahí la facilidad que asombra a Canetti -que parte del sujeto constituido, sujeto de la represión-, con que esta supuesta individualidad queda fracturada en el interior de la masa, en la cual se activa el intento siempre posible, siempre anhelado, de recuperación de un tiempo de los orígenes en los cuales el sentimiento de seguridad absoluto, la omnipotencia, libren al sujeto de todo riesgo.

Este movimiento que Canetti describe y que no dejamos de observar en todo proceso de constitución de un grupo en su etapa fusional, no podía dejar de tener características peculiares en el proceso que estamos en vías de analizar, si tenemos en cuenta que en los niños que lo integraban, el mediador fundamental que propicia la separación simbólica de la madre, es decir el padre, había sido

eliminado del circuito de circulación libidinal. Esto a partir de las condiciones de existencia en el albergue, siendo el padre destituido de este circuito en sus posibilidades tanto protectoras como mediadoras por relación al niño y a la madre, en un momento de la evolución psíquica en el cual se propiciaba entonces un movimiento regresivo del colectivo social en su conjunto.

No es casual entonces que, una de las características que tuvo la sesión grupal que describiremos a continuación, fuera la de que, en el momento en que se iba a comenzar el trabajo, las madres se negaron a salir del recinto donde debía efectuarse la sesión. Ante esto se podían tomar dos resoluciones: una consistiría en negarse a comenzar y la otra, que es la que escogió el equipo que la llevó a cabo, la de iniciar la sesión con la presencia de ellas "cercando" al grupo, considerando esto como uno de los elementos centrales a tomar en cuenta [y que corroboraba las hipótesis previamente establecidas respecto a posibles consecuencias de las medidas de distribución tomadas en el albergue].

Se trata de una segunda sesión grupal, hay seis niños presentes: cinco varones y una niña -dos están ausentes-. Se da la consigna inicial, el coordinador distribuye las bolsitas y pone las hojas en el suelo, en el centro del círculo. Elvia, la única niña, se las apropia y las distribuye. El papel activo corresponde, indudablemente, a la mujer, no sabemos aún mucho de las características personales de esta niña, pero sí de la pasivización a la cual han sido sometidos los varones. Todos comienzan a jugar con plastilina, menos la niña, que dibuja. Ella deja de dibujar y toma un trozo de plastilina -la presión del "grupo-masa" es demasiado intensa como para que alguien haga algo diferente. El grupo ha comenzado a constituirse, la unificación da cuenta de un movimiento de anulación de las diferencias, no hay lugar para la singularidad.

Segunda secuencia: Uno de los niños hace un gato, otro un edificio. El coordinador interpreta la necesidad de ser todos iguales, de hacer todos lo mismo. Elvia vuelve a su dibujo, pinta una parte roja, a su alrededor hace un círculo con plastilina y dibuja lo que ha quedado fuera del círculo en verde -cerca un territorio. El coordinador le pregunta qué está haciendo; "una cosita", responde - el paradigma de todos los objetos. En la dinámica grupal no se tolera la diferencia, y si Elvia necesita tener "una cosita", de éste modo se logrará la homogeneidad total, anulándose aquello que marca, en forma paradigmática, la diferencia de la humanidad en dos géneros que la escinde, antes de que se metonimicen otras diferencias que la constituyen en una asimetría definitiva.

A continuación, Elvia muestra su dibujo: "Donde nadaba mi papá, el suelo está rojo (o roto, no se entiende bien) y se ensangrentó. Aparece el primer fantasma verbalizado en el grupo: una secuela que alude a la muerte del padre -padre que, por otra parte, "en realidad" no ha muerto. Poco importa si el piso real donde nadaba el padre se rompió, se ensangrentó, lo que importa es este fantasma de padre

muerto, su destrucción. Primera emergencia de un fantasma de parricidio ligado a las mujeres sin hombres, a niños fusionados con sus madres -fusionados al punto de que las madres no puedan separarse de sus hijos y custodien la sesión.

Eduardo dice: "Donde vivía se cayó y murieron mis tíos". Los demás trabajan en silencio, reflexivamente. Dirigiéndose al coordinador y al observador, la niña pregunta: "¿Por qué vinieron tarde?". Otro de los niños, José, intenta una respuesta: "Fueron a otro albergue". (No había habido tal llegada tarde, se había cambiado el día de sesión debido a dificultades en el albergue. Sin embargo, el equipo -compuesto por dos hombres- llegó tarde, tarde para resolver lo irresoluble, han "fallado" dejándolos, otra vez, abandonados y sometidos al peligro.

El niño que estaba haciendo un gato es interpelado por el coordinador: "¿Qué dice tu gato?"; "No habla", responde. El coordinador se siente burlado: "Pero tú sí". "Dice miau", agrega el niño.

Todos ríen: son gatitos, bebés gatos que no hablan en presencia de las madres, sólo pueden emitir sonidos, porque si hablan, lo temido se presentifica inmediatamente. En ese momento la niña se ha ido con su mamá, anda caminando, y todos vuelven al trabajo en silencio. Uno de ellos, ante la interrogación del coordinador acerca de qué era lo que había dibujado dice: "un cometa más grande que la tierra". "No, -agrega otro-, nada puede ser más grande; sólo Dios." La madre tierra ocupa todo el espacio, sólo un padre-Dios más grande podría sacarlos del encierro. Todos dibujan círculos. "¿A qué hora vamos a salir?", pregunta alguien. El coordinador está invadido también por la presencia de las mamás, no puede, entonces, interpretar este movimiento de encierro, de atrapamiento en un círculo que aparece en todas las representaciones.

Uno de los niños dice: "yo dibujé un edificio con ruedas en la base ¿cómo me siento en un edificio con ruedas?, me sentiría mareado, y no se por dónde correr, no sabría donde está la puerta, me marearía". Es inevitable la tentación de remitir esto a lo real, a los rulemanes que se ponen en la base de los edificios en zonas sísmicas, al movimiento sentido durante el temblor. ¿De qué serviría eso? Y, aún más, ¿por qué aparece esta problemática en el grupo en este momento, de este modo particular? La cuestión del encierro no es sólo, en este momento del grupo, encierro en los edificios que se derrumban. El derrumbe real de los edificios ha activado fantasmas muy primitivos: ser encerrados, atrapados en un interior que ha devenido maligno, asfixiante. La "inquietante extrañeza" de la cual tantas veces hemos hablado en psicoanálisis, aquello familiar que ha devenido amenazante a partir de su sepultamiento en el fondo del inconciente, retorna de modo aterradorante. Quedar atrapado en el interior de la madre; deseo que implica, al mismo tiempo, el asesinato del padre y se convierte en angustia; desde lo real, los interiores protectores de la vivienda se han transformado en amenaza mortífera, pero ello no hace sino reactivar ese movimiento fantasmático de renuncia a la

reinclusión en la madre primordial, lo cual conduce a estos temores innombrables en los niños.

A continuación viene una larga secuencia donde los pequeños sienten que todo se cae: Luis hace un muñeco; "perdió la cabeza", dice. Ante el edificio de José que se cae, Carlos propone: "ponle un piquito". Luis lo sostiene con una viga de plastilina, tan grande como el edificio, y dice: "es otro edificio", uno se apoya en el otro. Hablan de los peligros posibles. Luis: "es más peligroso un barco que estar en tierra, se puede hundir". Ramón habla de su casa: "mi casa propia, la tuvo que entregar Papá; ya teníamos mucho allí, doce años. A Papá ya lo querían correr de allí; abajo había un sótano; mi casa es de madera y el piso se mueve, tiene una cuarteadura, se cayó un pedazo de calle y se vino para abajo; cayó sobre una camioneta, como esa en la que llevan el dinero de los bancos, le cayó un edificio y la apachurró; y no queríamos correr, por la fuga de gas, por tres tanques, lo bueno es que el grande estaba vacío, y el mediano a la mitad".

El coordinador interpreta la sensación que tienen en ese momento los niños de tener la cabeza llena de cosas que presionan, como si fueran a explotar. A partir de ello, se van agregando nuevos elementos que no han podido ser verbalizados hasta el momento.

Luis: "Este es un rascacielos que se cayó. Se cayó de lado, se partió y con el peso de arriba no se aguantó".

Ramón: "Por la noche vuela un muerto; se cayó un edificio, y estaba una señora cuando se cayó, allí está la persona, y no la han podido sacar, se quedó allí y un señor, el que alcanzó a salir, es el hijo de la señora. A un niño se le quemó su casa, está huérfano, su hermanito está durmiendo y como la mamá estaba borracha le encendió un cerillo y la casa era de palo, y le cayó un palo en el estomago, y lo sacaron y su mamá era borracha y no se fijaba cómo le hacía, ya no lo quería su mamá, no tenía casa, pero nosotros lo seguimos, salió y se fue, y como se salía a cada rato ya no les dejaban entrar".

Ante la angustia que despierta este material que comienza a aparecer en una parte del grupo, uno de los niños pregunta qué hora es y si ya van a terminar.

Otros continúan haciendo modelos de plastilina, fundamentalmente edificios. Carlos, el que quería terminar, insiste en salir: "¿Puedo ir al baño? Aquí el baño es de mujeres". La situación de regresión a los orígenes pasivizados por la cual atraviesan, producto de la ausencia temporaria de un padre los somete a una intensa angustia de feminización, al sentirse sometidos a la figura fálico-omnipotente materna que proscribe todo pasaje a las identificaciones masculinas. Ramón dice: "En un edificio, un niño que se llama como yo, quedó atrapado". ¿Cuál será la forma en que estos niños de defiendan de su angustia de pasivización, encierro y pérdida de la identidad masculina? Al no haber interpretación por parte del coordinador, comienzan a arrojar bolas de plastilina entre los varones, e incluso una de ellas

cae en el pie del observador (algunos ríen). Forman grupitos, alianza de tres a tres y corren por el salón. La sesión termina desorganizadamente, aún cuando el coordinador fija la hora de salida y de reunión para la próxima.

Para que el lector pueda seguir los movimientos de elaboración que los niños establecieron en el interior de este proceso terapéutico, veremos un resumen de las sesiones posteriores y de la finalización de este grupo.

La tercer sesión se caracteriza por la puesta en evidencia de algunas de las líneas que ya se anticipaban en la sesión anterior. Lo primero que nos parece importante señalar, es que en ésta los niños se distribuyen en dos grupos, varones de un lado y niñas del otro (ya están presentes las dos niñas ausentes de la sesión anterior), poniendo claramente de relieve la necesidad de retornar a sus formas habituales de diferenciación (las madres ya no están presentes). En segundo lugar, pero no por ello menos significativo, los varones llegaron a la sesión después de un partido de football, y concurrieron al espacio de trabajo sin camisas. Sucios, sudorosos, desordenados, daban la impresión de una pequeña horda primitiva que retornara a la naturaleza. Luego de ciertas dificultades para empezar, caracterizada por el desorden de los niños y el intento de las niñas de conversar entre ellas, remedando a las señoras, el tema central de esta sesión se hace manifiesto. Luis hace dinosaurios. Aclara: "de la película del temblor, se caía todo, el templo..." "Es donde vivían los cavernícolas". Juana da su propia versión: "de la película que vimos...hubo un temblor...el se casó, le dió algo de tomar y se quedó dormido, empezó a temblar y los demás cavernícolas...y ya todos los cavernícolas se vistieron bien". Luis Enrique: "¿no es cierto!, eran sus antepasados, ¿cómo se van a vestir bien los cavernícolas?". El coordinador interpreta la vuelta al pasado que están viviendo, la sensación de sentirse cavernícolas sin ley ni normas. (No creemos necesario desarrollar al respecto los importantes aportes hechos a la comprensión del sujeto psíquico en los últimos años por la escuela psicoanalítica francesa, fundamentalmente los de Lacan, a partir de aquello que la Antropología Estructural de Levi Strauss ha puesto de relieve: la prohibición del incesto como base de la cultura, regulando a partir de ello el intercambio de las mujeres como origen de todo intercambio posible. Sin embargo, nótese la relación estrecha que se pone de manifiesto en este grupo entre el asesinato del padre, la ausencia de normatividad edípica, y el retorno a los orígenes que se plasma como fantasmas en complementariedad).

Luis agrega: "Un siglo es cien años, cada cien años nace la persona, lo leí en un libro; se acaba una civilización y empieza otra". A partir de ello, los niños empiezan a hacer cavernas de plastilina, y a empujarse y golpearse unos a otros. Uno de los niños intenta meter, en una caverna que está haciendo otro compañerito, un trozo amasado, de plastilina, de forma alargada. El coordinador interpreta en ese momento la necesidad que tienen de volver a recuperar su masculinidad, el

carácter salvaje que le dan a la misma, como si sintieran que ante mujeres tan poderosas como las mamás, que pueden desprenderse fácilmente del hombre y ser dueñas del albergue, sólo pudieran ejercerla brutalmente. Esta sesión, como la que sigue, ha podido realizarse sin la presencia de las madres, que han aceptado que el equipo de terapeutas trabaje con sus niños.

La cuarta y última sesión estuvo marcada por la despedida. Desde el comienzo, Ramón, lo verbalizaba claramente: "¿Por qué se van?, ¡Quédense!" reclama al equipo que ha señalado desde la consigna misma el hecho de que ésta es la última sesión. Juana agrega: "Vamos a seguir hasta abril".

Mientras las niñas hablan de cobijas y lanas de tejer, a los varones se los ve deprimidos. Luis dice al coordinador: "¿Vió la película de 'Matre'?; era una oruga gigante, hizo un capullo y le echaron fuego, y luego de unos meses salió con alas, era una mariposa". Se inaugura, evidentemente, la posibilidad de rehacerse e incluso salir transformados de la situación de riesgo por la cual han pasado. Las niñas hacen de comer para los varones, adoptan poses tradicionalmente femeninas, dos varones discuten acerca de quién quiere ser "chingón" -es decir hábil, que se las sabe todas, "piola", como se dice en Argentina-. Julia finge estupidez congénita, coquetamente empleada como rasgo de femineidad: "¿Qué significa esa palabra?... Una vez me fijé en el diccionario, decía algo sobre el cocinero, pero no me acuerdo de la palabra" (es evidente que alude a "pinche", que en castellano se refiere a ayudante de cocina, y en México es empleado en forma de grosería peyorativa). Sigue una larga secuencia con estas características: cada uno hace gala de masculinidad y femineidad. El contenido sexual de la misma aparece en lo manifiesto. Elvia hace una cama, todos los hombres se congregan y hacen bolitas entre ellos. Reclaman de comer a las mujeres. Estas despliegan un juego en el cual agregan a sus comidas cebollas y chiles, demandan a los hombres como las prefieren. A partir de ello comienzan a hablar del futuro. imaginan adónde irán cuando salgan del albergue. Ramón dice: "Puede que me vaya a la tierra de Papá, a Tabasco; allí hay mucho sol". Carlos: "cuando salgamos de aquí, nos vamos a una casa que compró Papá." "¿Y tú, Elvia?" preguntan; Juana responde: "Se va para su casa". Elvia: "Yo no tengo casa. Me quedo en el albergue". Todos permanecen en silencio. Es posible que además de sentir el dolor de que algunos compañeros no pueden avizorar un futuro, la terminación del grupo les hace sentir a ellos mismos el sentimiento de quedarse sin un espacio propio donde seguir elaborando las distintas dificultades a las cuales procedente la vida los ha sometido.

El traumatismo en las madres

Las sesiones anteriores de un grupo de niños nos permitió aproximarnos al modo con el cual el traumatismo se inscribe en cierto momento de la evolución

psíquica en una serie cuya dominancia estará signada tanto por lo histórico-vivencial como por las tareas edípicas a las cuales el sujeto se ve confrontado.

Es fácil prever la irritación que el terapeuta, o el lector, pueden llegar a sentir ante los esbozos iniciales del material expuesto, cuando nos enfrentamos a estas madres, vestales silenciosas del trabajo de sus niños, controlando cada uno de los movimientos tanto de estos como del equipo que tenía a su cargo la tarea.

Con demasiada facilidad, efecto del anidamiento que cierta impronta teórica ha propugnado en nuestra propia historia edípica, nos vemos llevados a identificarnos con el niño en su posición de víctima pasivamente sometida al deseo materno. Que este sometimiento tenga sus raíces libidinales, es decir amorosas y deseantes, en el sujeto mismo, nos libra del salvajismo castratorio conque algunos han entendido que se ejercía el corte en el análisis mismo. No se trata, indudablemente, de desconocer los órdenes de sujetamiento del niño en cuestión, pero tampoco de dejar de tener en cuenta cómo, la madre misma, es sometida, en una situación traumática, a un activamiento fantasmático que la torna, al igual que al hijo, determinada desde su propio inconciente.

En el transcurso del proyecto que estamos exponiendo realizamos, acompañando el trabajo con los niños, un proceso grupal con las madres. Se trataba de ofrecer un espacio que les permitiera hablar de las preocupaciones y emociones que las embargaban, de sus temores y esperanzas, de sus sentimientos, en fin, acerca de ellas mismas y de sus hijos.

En algunos párrafos que hemos subrayado especialmente, se hacen manifiestos los desencadenamientos fantasmáticos que llevan a la situación de regresión, al abrochamiento fálico-narcisista que hemos visto ya del lado de los niños en las sesiones transcriptas. El discurso de estas madres pone en juego un recorrido en el que podemos encontrar las determinaciones que llevaron, en general, a activar la fantasía de encapsular a los hijos en su interior; la sensación de despojo y pérdida que manifiestan a lo largo de esta hora de trabajo, y las dificultades que se plantean para hacer intervenciones que conserven, respetuosamente, los límites propuestos para la tarea a realizar.

Esta sesión que exponemos, de un grupo de madres, cuyas edades oscilaban entre los 19 y los 50 años, realizada durante el mes de noviembre de 1985 -dos meses después del terremoto-, es correlativa a la del grupo de niños que acabamos de analizar.

El Coordinador, luego de presentarse y dejar lugar para que se presente el Observador, da la consigna: "El objetivo de estas reuniones, dada la situación que acabamos de vivir, consiste en ayudarlas a pensar cómo se sintieron en el momento del temblor, cómo se sienten ahora, en el albergue, y cómo imaginan el futuro cuando salgan de aquí. Ello nos parece que puede ayudar a que Uds. puedan también

ayudar más a sus hijos. Vamos a trabajar durante cuatro sábados seguidos en períodos de una hora y quince minutos."

Inocencia: "La única forma es tranquilizarnos, no ponernos nerviosas..."

María: "Eso es... como si no fuera uno, cuando se derrumbaba el edificio de la vecindad... era allí, se veía desde el metro Hidalgo. Yo les gritaba a mis hijos y a mi esposo, yo no sabía dónde estaban... pero reaccioné: donde están? grité... lloré de desesperación. Ahora sin medicina, sin doctor, sin nada... Ya me siento mejor... Yo no podía comer nada durante dos días; cuando llegamos al albergue todos los que convivimos ya no estaban... Por ejemplo, ella perdió a su hermana Tere... Cuando vi que sacaron a mi hijo, ¡qué hermoso! Cuando nos volvimos a reunir en la calle le dimos gracias a Dios. Ahora ya estoy más tranquila, un poco mejor... Ojalá que cuando salgamos tengamos otra casa mejor. Mientras hay vida hay esperanza. Aquí estamos contentos, hay personas en la calle que no tienen nada... Hasta recibimos ayuda anónima, nunca conocimos quién nos la mandó..."

Inocencia: "A mi no me tocó ver esa situación, mi hijo se salvó. Hubo explosiones; ahí perdí a mis dos comadres..."

Coordinadora: "¿Y cómo se sienten ahora?"

Inocencia: "Al principio quince días en cama, ahora ya me compuse... mientras haya vida hay esperanza, nos han regalado cosas, ropa..."

Alicia: "Yo no estaba ese día (no aclara aún dónde; se sabrá por el relato posterior), yo me salí antes del tres de julio, se cayó un cuarto, por eso me había salido. Ese día quedamos atrapados, nos sacaron por una ventana. Yo lo que pensé enseguida fue... mi mamá! Yo les gritaba a los vecinos, ellos me calmaron, me dijeron que mi mamá había ido al rancho, luego me acordé de mi hermana, de mi sobrino de diez años, y mi sobrinita de unos pocos días. No me querían decir, ellos se habían quedado... (acá se aclara el relato inicial). Yo la sueño todas las noches... me duele porque se quedaron solos, yo le había dicho a mucha gente que no... mi hermana no ha muerto, que nadie, el que está muerto es René. A los niños también les afectó, pues era su tía."

Coordinadora: "Parece que no sólo los niños se quedaron solos, Uds. también se sintieron solas e indefensas en ese momento." (Intenta ofrecerles un espacio de protección. Para que puedan hacerse cargo de sus niños, deben salir de la orfandad en la cual ellas mismas se sienten colocadas, de la pasivización infantil a la que están sometidas).

Alicia: "Ahora todo es diferente. Más en estas fechas, íbamos a dar nuestros abrazos, nuestras cosas... ahora va a ser tan triste. Me enoja tanto que algunos puedan hacer sus fiestas... siento que se están burlando, no se, será mi modo de pensar... es muy diferente..."

Irene: "Yo también lo viví, me quedé enterrada hasta abajo".

(Todas lloran).

Irene: "Lo sentí feo, se nos venía encima, gritaba desesperada, una cosa horrible, se murió una hermana de mi esposo, gritaba y mi esposo no me oía; yo y mi hijo estábamos abajo, me llevaba bien con ella, por eso lo sentí..."

(Silencio)

Cada una, reflexivamente, piensa en sus propias pérdidas. Es el momento de narrar, pero en realidad no hay otros; se trata de modos catárticos, reviviscencia traumática de lo vivido que no deja lugar, aún, para ningún tipo de elaboración.

Largo rato pasan luego recordando; cada una relatando sus propias vivencias y momentos de dolor en un discurso desorganizado. No hay posibilidad de intervenir ni de ser escuchado.

Al cabo de un tiempo:

Alicia: "Los comentarios, lo que dice la gente nos altera... Ya no duerme uno, esta con el Jesús en la boca, los niños en la escuela. Grito fácilmente, brinco, estoy irritable, tenemos alterados los nervios. Claudia y Víctor son los más alterados, el de en medio es el más calmado. El lo resintió. Yo creo que deberían hacernos algo." (Empieza la preocupación por los hijos, por el estado actual que ven en ellos, en una identificación en la cual se sienten imposibilitadas de enfrentar los problemas que ellos les plantean).

Alejandra: "Mis hijos, desde el derrumbe para acá, se han vuelto rebeldes, no me obedecen aunque yo les pegue. La mayor entró a la secundaria y se veía enferma, enferma... La niña no avanza, se me atoró, ¿por que? si no era así..."

Inocencia: "Mi hijo era muy inteligente, ahora se distrae mucho, contesta mal, su mismo nerviosismo provoca esto... Si uno se pone nervioso..."

Coordinadora: "El temblor lo tenemos dentro, sentimos que todavía estamos temblando en cuanto a lo que sentimos" (La coordinadora, nuevamente, no puede despegarse, no puede ofrecer alguna garantía ante la fragilidad que manifiestan las madres, y se ofrece ella misma como sujeto presa de angustia).

Inocencia: "Doctora, ¿cómo nos puede ayudar?"

Coordinadora: "Uds. quieren que yo las ayude a sentirse más tranquilas; entiendo un poquito lo que les pasa, porque sienten que no pueden ayudar a sus hijos. Tampoco pueden controlarlos, es como si les hubieran fallado, porque no pudieron protegerlos del terremoto ni salvar a otros seres queridos, y ahora se sienten impotentes hasta para lo que sí podrían hacer".

Inocencia: "Esta bien, lo que yo les decía de mi hijo, tengo miedo".

Alejandra: "Yo los saqué. ¿Para que van a ir a la escuela? Yo no quiero que vayan a la escuela, no tiene caso".

Coordinadora: "¿Por qué?"

Alejandra: "No se. Ya que se queden. Para qué, si dicen que el día 12 va a temblar otra vez". (Se refiere al 12 de diciembre, al rumor que se ha difundido, fruto del imaginario popular, de que ese día se producirá otro terremoto).

Inocencia: "Ir a la escuela es una distracción. ¿Está bien que le diga que no vaya a la escuela? Que Dios nos ayude y nos ampare, el temblor va a ser en todas partes."

Coordinadora: "Si el temblor no hubiera pasado, si Uds. hubieran podido anticiparlo, prepararse como se preparan ahora... Hubieran querido anticipar la fecha, para proteger a sus hijos, protegerse Uds. y a todos los que quieren, por eso esperan ahora el terremoto del 12, para que no las agarre desprevenidas".

Alejandra: "*Yo los quiero tener adentro, ¡qué mejor que protegerlos! Yo diría que eso está difícil, pero sería muy bonito, para que los hijos estuvieran seguros. Nunca lo van a olvidar. ¡Que bonito sería que ellos volvieran a donde estaban! Tenerlos adentro y que no les pase nada.*"

Se hace un largo silencio.

Coordinadora: "¿Qué piensan?"

Inocencia: "Este temblor fue duro, cada año tiembla en julio, se va uno tranquilizando, si... pero queda la sensación desagradable."

Alejandra: "Cuando vino el Papa tembló. Se me han olvidado muchas cosas. Mi esposo, ¿saben que hizo? (Ya comienza a dirigirse al grupo, a recuperar los recuerdos), se salió corriendo, se olvidó de nosotros. Tomaba mucho. Se cerró la puerta... ¡Qué desesperación, estar encerrados! ¿Qué vamos a hacer? La única escapatoria es el balcón; terminó el temblor, se pudo abrir la puerta. [Empieza a vislumbrarse una salida]. En otra ocasión se estaba incendiando la cuadra, corrí hacia la ventana, no podíamos abrir la puerta -él bebía-, se volvió a acostar... abrieron la puerta. Ese día nos amanecemos en la calle; tronaba como si partieran leña en la vecindad; en otra ocasión una fuga de gas; el último temblor fue de la güera, estaba embarazada, había una fuga de gas, agarré a mi criatura por los pies, luego la andaba buscando, como pudimos salimos. O mide uno el peligro... Nunca olvidé a nadie en el peligro, éste nos hace ver a los demás... Primero mis hijos. En lo personal, me duele que se hayan ido" [estas pérdidas resignifican otras, vuelven a someter a las mismas angustias, a la reviviscencia de la desprotección y el abandono].

Coordinadora: "Tal vez haya que ayudar a abrir esas puertas para que no se queden encerradas en lo que sienten".

Alejandra: "Ya dentro de ocho días, ustedes (refiriéndose al coordinador y al observador) van a ver en los niños los cambios..."

Inocencia: "Yo le doy gracias a Dios y a mi hijo, el casado..."

La segunda etapa: el tratamiento individual

Al finalizar la etapa grupal se realizó un relevamiento de aquellos niños que requerían atención individual. El saldo fue de 42 niños, descartando de este relevamiento a aquellos que, tal como hemos señalado en un comienzo, debían ser

derivados a instituciones que tomaran a cargo su atención -niños afectados por patologías autistas, diversos tipos de psicosis o trastornos generales de la estructuración psíquica conducentes, en algunos casos, a grave deterioro intelectual.

Para hacerse cargo de la atención de estos tratamientos los asistentes al curso recibieron, a medida que éste se desarrollaba y en las supervisiones de grupos que fueron efectuadas, nociones básicas de psicopatología, lo cual permitió un trabajo mucho más riguroso sobre el material clínico a abordar.

No es necesario ser un analista de experiencia para darse cuenta de las condiciones extraordinarias en que estos tratamientos debieron ser llevados a cabo. Espacios improvisados, poco aislados y sujetos a toda clase de situaciones promiscuas -gente que pasa, mirones, voces que llegan de afuera. Evidentemente, el recinto debió ser constituido por las palabras del terapeuta e incluido en sus interpretaciones para posibilitar un mínimo de organización en las sesiones.

Cada niño contó con una cajita de zapatos llena de pequeños juguetes de acuerdo a su edad -juguetes modestos y cuya única función fue la de posibilitar un soporte lúdico a la verbalización, abrir nuevas formas de expresión cuando esta se paralizara. Incluimos entonces crayolas, plastilina, pequeños muñequitos, autitos, biberones, tacitas, aviones, soldados, etc. No se trataba de una opción obligada. UNICEF poseía los recursos suficientes para proporcionarnos lo necesario y, dentro de los límites del sentido común, no nos hubiera retaceado otro tipo de elementos. Sin embargo, y desde un primer momento, nos planteamos la realización de una experiencia que pudiera ser fácilmente trasladable a otras áreas no sólo del país sino del continente, a otras situaciones catastróficas por las cuales hubieran de atravesar niños de las más diversas regiones que, en su mayoría, no cuentan con recursos económicos holgados.

Fue debido a ello, y pensando en la posibilidad de que al menos nuestras conclusiones e instrumentos pudieran ser fácilmente recuperables por relación a otros proyectos de ayuda a poblaciones damnificadas -que, al menos en Latinoamérica, son las más carenciadas- que nos propusimos el empleo de recursos mínimos en lo que a nivel material se refiere. Por otra parte, la concepción con la que se desarrolló nuestro trabajo fue que si podíamos asumir la obligación de brindar, en la medida de nuestras posibilidades, aquello que consideráramos de nivel más alto y de mayor rigor a nuestro alcance; ello con vistas a ofrecer condiciones de atención adecuadas y disminuir los riesgos de improvisación que llevan, generalmente, a la producción de nuevos traumatismos cuando el grado de indefensión es tan elevado.

Expondremos a continuación algunos elementos del proceso de tratamiento individual llevado a cabo con un niño severamente perturbado por los acontecimientos vividos en aquel momento. Ello nos permitirá realizar un nuevo giro

alrededor de las premisas teóricas centrales en las cuales basamos de inicio nuestro trabajo, y dar cuenta de los alcances y limitaciones de la tarea grupal por relación a los elementos generales que hemos expuesto en capítulos anteriores.

Horacio, de 5 años, pertenece a un grupo de niños que fue atendido en tiendas de campaña colocadas en la calle para brindar asistencia médica y aprovisionamiento. La mayoría de la población de la zona pertenecía a un nivel socioeconómico de muy bajos recursos, incluso con un alto índice de analfabetismo; algunos moradores tenían trabajo eventual, otros eran desocupados. La población afectada por el terremoto en ese lugar no se había alojado en albergues, no había abandonado sus viviendas a pesar de que éstas fueron declaradas inhabitables e incluso expropiadas. Las familias continuaban viviendo ahí, con escasas pertenencias, apuntalando muros y escaleras.

Durante las cuatro sesiones de Grupo Elaborativo que se llevaron a cabo, Horacio permaneció en silencio, sin participar en modo alguno. Sin embargo por su expresión y formas de comunicación para-verbales (respuestas por sonrisas, encogimiento de hombros, docilidad aparente) se descartó la posibilidad de que estuviera afectado por una psicosis, autismo o algún tipo de forma oligofrenizada de deterioro, debido a lo cual decidimos iniciar un diagnóstico individual con vistas a un posterior tratamiento.

La primera entrevista con la mamá del niño se efectuó en una tienda de campaña de la Cruz Roja, y en ella la señora relató a la terapeuta que su hijo era muy inquieto "pero que lo notaba normal". Había comenzado a asistir a la escuela pocos días antes del temblor (las clases, allí, inician a principios de septiembre), y la maestra no parecía manifestar ningún tipo de inquietud particular respecto al niño, pese a que ella, la madre, notaba que en la casa era terriblemente "difícil de manejar". (Supusimos que Horacio reproducía en la escuela, el tipo de comportamiento observado en el grupo: una pasividad dócil y distante que lo llevaría a tener, posiblemente, dificultades en la incorporación de conocimientos; pese a ello, no presentaba problemas para mantenerse sentado en su banco, se sometía sumisamente a las órdenes formalmente propuestas y a partir de ello corría el riesgo de convertirse en uno de esos niños repitentes cuya patología pasa larvadamente a través del primer año escolar hasta desembocar en situaciones de deterioro cada vez mayor).

Siendo el menor de tres hermanos -y favorito del padre- hasta los cuatro años, hacía siete meses había nacido un hermanito varón al cual la madre estaba totalmente dedicada: "Daniel es el más chiquito -decía-; sólo tiene siete meses, pienso que la atención más importante, ahorita, es para Daniel, para todos no tengo..." La frase ponía de relieve algo que fue quedando cada vez más claro a lo largo del tratamiento: una simbiosis patológica se había constituido en los primeros años de vida del niño, simbiosis bruscamente rota por la aparición del

hermanito menor, dado que la madre sólo podía abocarse a un solo niño por vez. Así como Horacio había ocupado todos sus pensamientos y su atención en los primeros años de vida, en el momento del nacimiento de Daniel fue expulsado bruscamente del universo materno, corroborado esto por el hecho de haber comenzado la escolaridad al mismo tiempo.

Sin embargo, las dificultades del niño se habían incrementado a partir del terremoto. La "inquietud", "inmanejabilidad", ciertos trastornos del sueño - pesadillas y terrores nocturnos- aparecieron a partir del mes de septiembre, pocos días después de la catástrofe. Veamos una secuencia de la primera entrevista con Horacio; en ella aparece la posibilidad de hacer jugar nuestra hipótesis de la cadena traumática como movimiento de *apres-coup*, es decir de un a posteriori que reensambla de modo histórico y singular los fantasmas que dan origen a una producción neurótica.

Las condiciones para la entrevista no eran las más adecuadas. Esta se desarrolló en la "antesala" de una tienda de campaña, espacio formado precariamente por un conjunto de muebles que funcionaba también como pasillo. La crónica de la terapeuta transcribe: "Llega Horacio de la mano de su mamá, sin querer soltarse de ella. Cuando le doy la mano le pide a su madre que no se vaya. Le doy la consigna: 'Horacio, después que trabajamos contigo en el grupo nos dimos cuenta de que algo no te hace sentir bien, y que eso no lo podías contar allí. Ahora vamos a trabajar tú y yo; trata de decirme con palabras, con juegos o de alguna manera que yo pueda entender, lo que te pasa, para poder ayudarte'".

"Horacio está frente a mí con los ojos bajos; me mira cuando nota que yo escribo y no lo miro, mueve una manito haciendo círculos en el sillón. Se asoma a la caja con material que le ofrecí, no toca nada, mira a su mamá que está cerca; mira nuevamente la caja y sonríe con aire distante y amable. Se dirige a otro niño que ve a través del pasillo en la tienda vecina, el cual está trabajando con otra terapeuta, y le pregunta: '¿a ti que te trajeron, Ale?' Ale le muestra de lejos su cajita. Pasa la mano por un mueble, está muy calladito. Encuentra una semilla de mandarina, la toma, mira a Ale, vuelve a mirar la semilla y luego a Ale..."

"Le digo: 'Estas muy callado, no te atreves a tocar la caja, como si temieras sacar algo de adentro. Tal vez lo mismo pasa con tus palabras...'"

"Se mece en un sillón, hace ruidos, olfatea una bolsa mirando hacia la mamá. Ella le dice: 'siéntate ahí porque si no me voy a ir'. El se anuda la camiseta con las dos manos arriba del ombligo, la retuerce, no responde, se mete la camiseta bajo las rodillas e intenta tocar la caja pero retira su mano".

"Cuéntame, que pasa contigo, Horacio.", dice la terapeuta. Horacio ha soltado su camiseta, las manos tías al lado del cuerpo, los ojos fijos: "Que se caen las casas, sacan las casas para afuera, sacan la ropa, sacan los juguetes, sacan, sacan, las casas se deshacen; las cosas de hule, goma... se cambian (hay acá una

clara alusión al hule-goma- que se cambian, bombachas de goma, objetos de cuidados primarios que pueden tener alguna correlación con los cuidados del hermanito)... sacan los botes (recipientes para la basura), las cajas... sacan las cobijas... sacan los colchones, los fierros, las láminas, sacan los tabiques... sacan los techos de fierro... sacan los calcetines, sacan la escoba... sacan el radio... sacan la tele... sacan los costales de ropa... sacan los perfumes... sacan las cremas... sacan los juguetes... sacan las ventanas... sacan los botes de gasolina... sacan los hules de la mesa... sacan la mesa... sacan los alambres de la luz... sacan... sacan... sacan la comida... quiebran las ventanas, clavan las fichas de los techos... sacan la mesa, las sillas, las pelotas, sacan las tazas... los platos". "De pronto, guarda silencio y se queda quietecito, se distrae con las personas que pasan o se detienen a ver qué es lo que estamos haciendo".

La secuencia pone de manifiesto que el retraimiento y mutismo que expresa a inicios de la entrevista es la defensa con la cual contiene aquello que, posteriormente, se desborda como chorro incontinente. Sus movimientos son primarios, la manito en círculos sobre el sillón (una vez abandonada la rigidez de inicio), recuperando un contacto arcaico con los objetos, apelando, tal vez, a un tacto primordial perdido. Del mismo orden son los movimientos previos: el olfateo, el anudarse la camiseta ante la amenaza de la madre de dejarlo solo, la mirada que se dirige alternativamente al otro niño y a la semilla, incluso la pregunta sobre los dones: "¿qué te dieron, Ale?", haciendo alusión a aquello que, más que envidia sobre el objeto, se juega en la dimensión de la coagulación de una circulación de la mirada sobre el significante del amor del otro, que Lacan denominara en su momento como "envidia".

Y luego, a partir de una segunda intervención de la terapeuta, el largo parlamento catártico, que se desencadena alrededor de dos significantes alrededor de los cuales se ordena un *leit motiv*: *caen* y *sacan*, representaciones, estos, que pueden poner de relieve el movimiento que liga su propia expulsión del universo materno tanto por el nacimiento del hermano como por el ingreso a la escolaridad. Si el mundo en el cual había sobrevivido hasta entonces se ha venido abajo, si él mismo ha sido sacado del continente materno, y su hermano es introducido en el mundo a partir de ser sacado del vientre materno, todo ello lo precipita en una caída, derrumbe que la imagen catastrófica del terremoto plasma en una figura terrorífica que viniendo desde el exterior, rearticula las vivencias traumáticas previas constituyendo el núcleo a partir del cual lo insimbolizable deviene patógeno.

Será en esta dirección, entonces, que el tratamiento va a ser encausado. La catarsis previa no es sino un momento que permite la emergencia, desordenada, anárquica, de un conjunto de representaciones en las cuales la insistencia significativa subraya el modo en el cual lo anterior, enigmático, del derrumbe y la

expulsión del seno materno se anuda a la experiencia, a lo "histórico-vivencial" precipitado por el terremoto. Los síntomas neuróticos que encontramos no son el efecto simple de un traumatismo que pone en riesgo la vida a nivel biológico, ni tampoco algo que larvadamente sólo fue destapado por el acontecimiento precipitante. Un movimiento de verdadera resignificación ha permitido la emergencia de este producto nuevo del que da cuenta la primera entrevista y que se viene manifestando en los síntomas que, a partir de los últimos días de septiembre, empiezan a ocupar un lugar cada vez más dominante en la vida del niño.

En la segunda sesión del tratamiento, luego de tres entrevistas en las cuales el diagnóstico presuntivo se ha establecido, Horacio dibuja un niño; hay un sol a su lado, para ambos emplea los mismos colores: rojo, blanco, verde; los colores de la bandera mexicana, que en la escuela han empezado ya a enseñarle a colorear. El sol y el niño se duplican a través del color, como nuestro paciente sintió, durante sus primeros años de vida, que él y la madre vivían en perfecta correspondencia, constituidos por la misma materialidad. Pero esto se ha acabado, y es entonces que nos dice que el sol es una piñata, piñata que debe estallar, se fragmenta en pedacitos, dando curso, en un mismo movimiento, a la fantasía de hacer estallar el objeto amado en el momento del nacimiento del hermano (valioso producto surgido de la piñata vientre de la madre), y de su propio estallido a partir de ese momento en que se engarza esta fractura despedazante con la caída real del mundo circundante en el momento del terremoto.

A continuación, dibuja una cama, cama en la cual "duerme un niño solito", dice. "Y tú ¿con quien duermes?", pregunta la terapeuta "Con mi mamá y mi papá", responde; "¿Y Daniel?", "solito", agrega. Luego hace unas letras de color azul y las encierra en un círculo rojo. "¿Qué dice ahí?" Horacio, responde, agregando sus apellidos. Las letras no corresponden, por supuesto, a la realidad del nombre; sin embargo, por primera vez este niño ha intentado una representación de sí mismo que le permita simbolizarse a través de la letra en un espacio distinto al de su propia cama, al de la cama de los padres, recinto cerrado equivalente al espacio originario, pero a partir del cual puede empezar a construir algo diferente.

En la hoja despliega un coche, algo como un animal con patas que dice que son sus amigos: Armando y Alejandro; "juegan a las ruedas", aclara; se peina, se pone el reloj, y abre, por primera vez, en este ordenamiento, la posibilidad de que la fractura de la piñata-madre en la cual había quedado atrapado, le permita considerarse a sí mismo y a sus semejantes como seres de cultura, más allá del bebé hambriento que chupa una naranja a lo largo de toda la sesión. Los fantasmas mortíferos por relación al hermano y a la madre se despegan entonces de lo real del terremoto para permitir a Horacio que, en este espacio singular brindado por el tratamiento individual, pueda ir despojándose del temor que el retorno desde la realidad ha anudado.

La observación cuidadosa del niño en el grupo ha sido un prerrequisito para que este tratamiento se haya realizado. Jamás la madre de Horacio, con sus problemas cotidianos, el "apremio de la vida" al cual se ve sometida constantemente, el bajo nivel cultural que no permite ir más allá de una inmediatez signada, por otra parte, por la tragedia, hubiera realizado una consulta por el niño. Pero el nudo patógeno no podía ser desanudado, en este caso, sin trabajar sobre el encadenamiento fantasmático que la serie traumática -en el interior de la particular estructura edípica en la cual le tocara constituirse- precipita.

El grupo daba cuenta de su efectividad, de su validez, para la mayoría de los sujetos en los cuales no se habían reducido espontáneamente los síntomas de una neurosis traumática (como en la sesión de madres que expusimos) y en aquellos en los cuales la secuela del traumatismo, no elaborada, podía abrir consecuencias a futuro. Se trataba de "desactivar" el núcleo patógeno potencialmente constituido por el engarzamiento de este acontecimiento en constelaciones representacionales previas y eventualmente en latencia, presto a "desencadenar patología" en el momento en que acontecimientos posteriores ingresaran de modo significativo anudándose a lo ya inscripto.

Pero en el caso de situaciones en las cuales este último traumatismo, el terremoto, completaba la serie patógena dando curso a la aparición de síntomas neuróticos, cuando se había constituido aquello que podríamos denominar "neurosis post-traumática", en este caso, el tratamiento individual se hacía imprescindible.

**Relación entre traumatismo e historia. -Las constelaciones psíquicas previas-
Derivaciones para una teoría grupal.**

Hemos dicho a lo largo de nuestro trabajo que el sujeto no llega al grupo como una *tabula rasa*, que no se constituye como "emergente" *in situ* del proceso intersubjetivo en el cual sus acciones se encadenan, algunas conclusiones de la teoría del traumatismo pueden permitirnos dar un nuevo giro a estas cuestiones.

En la vida psíquica singular el acontecimiento no dispara, por sí mismo, ninguna de las acciones que podemos observar *a posteriori* del mismo. Hemos insistido en el hecho de que algo de lo real se engarza en la vida psíquica, y aquello que se engarza lo hace, de algún modo, sostenido y enlazado en la trama previa en la cual se constituye en tanto acontecimiento significativo.

Para apelar a un modelo freudiano suficientemente conocido, aquel ofrecido en "La interpretación de los sueños", el *resto diurno* no es un simple detalle banal ofrecido por lo real, sino un elemento que logra sobre sí la atracción de una serie psíquica que se ve desplazada a partir de su ligazón con un polo activador de representaciones. El ejemplo de Horacio, en el cual "caen" y "sacan" se constituyen como significantes privilegiados alrededor de los cuales se organiza toda una constelación ideativa, puede ser paradigmático del modo en que lo real ingresa al

psiquismo. De los múltiples elementos que el terremoto acarrea: fracturas en el piso, movimiento convulsivo de la tierra, caída de los edificios, superposición de los objetos, amenaza de muerte, visión de cuerpos despedazados en lo real, asfixia, no todos ellos ingresan del mismo modo en cada sujeto, más allá de la comunidad, del "intersecto" en el cual fantasmas originarios de cierta universalidad pueden encontrar modos comunes de operar en grupos humanos signados por ciertas características comunes encontrando dominancias que pueden ser pensadas grupalmente.

Pero esta dominancia, tal como la vimos emerger en esa comunidad de niños albergados cuya crónica grupal reprodujimos, no está dada a modo ahistórico ni general. Vimos a estos pequeños atravesados por un momento de la vida que les planteaba tareas comunes, edípicas, vivenciales, con riesgos también comunes que activaban conglomerados fantasmáticos a los cuales debían enfrentarse. Indudablemente ese enfrentamiento a los propios fantasmas no puede ser considerado como una tarea grupal.

El grupo posibilitaba la detección y simbolización del fantasma dominante de "retorno al seno materno" en un primer tiempo, y de "parricidio" en un segundo tiempo; ambos se anudaban en el referente real precipitante vivido: ser engolfado por la tierra- ser engolfado por la madre. La cadena de traumatismos no se cerraba en el momento del temblor, sino que quedaba abierta a nuevas resignificaciones, en este caso producidas por la separación de los niños por un lado, junto a sus madres, y los padres por otro, en un albergue que por las condiciones de hacinamiento proscribía los intercambios sexuales (incluidos aquellos que se dan en el interior de la pareja conyugal).

Sin embargo, no es difícil percibir, más allá de los intersectos, los modos de producción psíquica singular de los cuales dan cuenta los enunciados formulados por los niños. En el marco más general de la escena primaria, emergencias orales o anales, paranoizaciones en el vínculo con los adultos o dominancias melancólicas, dando cuenta, todo ello, de que el inconciente no se reduce, en su conocimiento, a enunciados más generales o de conjunto.

Pero, a pesar de estas diferencias, vemos abrirse, en el marco del proceso grupal, la capacidad de respuesta de los niños a la propuesta de simbolización, la evolución ligadora de las representaciones y, al menos en una primera mirada, un movimiento de elaboración de la serie traumática que pasa por los diversos tiempos que van, en algunos de los casos, desde una primera sesión en presencia de las madres y con marcados componentes de pasivización y regresión, hasta una asunción de la diferencia de los sexos y de prospectiva futura por relación a la vida que les espera a partir de la salida del albergue.

No es este el caso de Horacio, en el cual las vicisitudes de su historia edípica singular no permiten sino una repetición sin más de las formas con las

cuales los traumatismos sufridos clausuran de modo sintomal las posibilidades de comunicación con el semejante. Es de todos puntos manifiesto, que este niño, si es un emergente, no lo es de la imposibilidad de comunicación del grupo en el cual ha participado, sino de las circunstancias estructurales en las cuales su psiquismo se constituyó. Un coordinador que hubiera sometido al conjunto de los niños del grupo a esta supuesta "emergencia" no hubiera hecho más que retrasar toda la evolución del proceso grupal, confundiendo las pautas de manifestación sintomal de un sujeto singular con el conjunto de los seres que lo rodean.

Las labores desarrolladas con población terremoteada puso en evidencia, en el trabajo realizado, aquello que podemos considerar como serie traumática posterior; esta serie no se reduce a las pérdidas objetivas, materiales, por las que atravesaron los niños y sus padres, sino también aquellas que se juegan en los movimientos de constitución del sujeto psíquico y alteran las condiciones estructurales de la misma. En gran cantidad de casos, la caída precoz de las funciones paterna o materna idealizadas, efecto de la impotencia a la cual los adultos se vieron sometidos, se refractó de manera específica en los diversos tiempos de constitución por relación a la historia previa de cada niño. La constitución de familias ampliadas, suerte de hordas en las cuales los sujetos se vieron inmersos bruscamente, con borramiento de las funciones específicas que la familia realiza, con relevo de los padres por relación a las tareas protectoras y nutricias, lo cual los llevó a una sensación profunda de despojo de sus vidas cotidianas y, a partir de ello, a la imposibilidad de ejercicio de toda función parental, incluidas aquellas que tienen que ver con la pauta y la elección de ideología de crianza.

Se sumó a esto la promiscuidad, incrementada por los temores de los adultos ante sus propias angustias de muerte y destrucción. Duelos, ansiedad de muerte, impotencia, se conjugaron para producir en los niños nuevos traumatismos como consecuencia de las acciones de los adultos mismos; verdadero abanico en cuyo despliegue hubo que analizar cuidadosamente las relaciones entre la patología infantil emergente y las condiciones históricas actuales de su desencadenamiento a partir de la resignificación que estas condiciones específicas planteaban.

Desde el punto de vista del trabajo de elaboración, hubo que realizar una lucha interna contra las pre-concepciones que operaban como prejuicio y que se incrementaba a partir de la identificación de los terapeutas con los niños y sus madres en razón del carácter compartido de la catástrofe sufrida. El hecho de que "todos fuimos terremoteados por igual", genera, por un lado, las condiciones de un proceso de elaboración común -que inaugura un intenso movimiento de enriquecimiento teórico y personal-; pero, por otra parte incita a identificaciones masivas y al acrecentamiento de defensas en la medida en que todos son atravesados por la activación intensa de su fantasmática inconciente. En este sentido, tanto en las

clases teóricas como en las supervisiones hubo que batallar con la idea de que "lo que asusta está en la realidad", obligándonos a hacer un cuidadoso trabajo de discriminación, tanto teórico como clínico, para ir mostrando las diferencias entre susto, miedo y angustia, para marcar de qué modo y en qué momentos del proceso de elaboración traumática se ubicaban los niños.

Dos etapas pueden ser señaladas al respecto; en un primer momento, y pasado el susto inicial, los niños nos demandaban que nos constituyéramos en "sujetos supuesto saber", pero ello con una característica muy particular: la de darles fecha y hora del próximo terremoto; terremoto esperado como modo de localización, jalón de la angustia señal que de esta forma podía constituirse en miedo capaz de establecer mecanismos operativos de control en lo real. Esto, indudablemente, como intento de restituir un orden de certezas, ante la profunda desconfianza de los niños hacia los adultos que habían dejado de ser sujetos omniscientes y omniprotectores en la medida en que habían manifestado su "total incapacidad" para librarlos del peligro de muerte al que habían estado sometidos ante la imprevisión del terremoto. El rumor extendido del presunto terremoto del 12 de diciembre funcionó entonces como defensa, mediante la cual los adultos organizaron una respuesta que, aunque imbuida de pensamiento mágico, permitió la reinscripción mítica de los niños en un sistema de protección que restituía a las figuras parentales sus funciones y permitía la organización de medidas que propiciaban una ligazón, a futuro, de la conmoción sufrida.

Sin, por supuesto, discutir acerca de la realidad del presunto temblor, los coordinadores de los grupos se limitaron, mediante interpretaciones y construcciones, a dar cuenta de las fantasías en juego, permitiendo de tal modo que los niños no entraran en nuevas colisiones con los padres y aún, en ciertos casos, a que se ampliaran las posibilidades de simbolización de ellos mismos. Tal el caso de una madre que contó, conmovida, cómo su niña, viéndola colocar un precario sistema de alarma en la lámpara de techo de la vivienda (consistente en un conjunto de objetos sonantes que los despertaban al menor movimiento sísmico), le dijo: "¿Verdad, mamá, que todo esto es para que no nos coja dormidos? Porque tú te pondrías muy triste si el techo se cayera y nos muriéramos..."

La segunda preconcepción, o prejuicio, con la cual nos enfrentamos -y que tuvo gran arraigo no sólo en los medios de difusión sino en sectores vinculados al psicoanálisis mismo- fue una visión ingenua de la teoría catártica y de la técnica que de ella se desprende. El hecho de que -como hemos señalado en páginas anteriores-, en los primeros momentos post-terremoto los niños entraban a las sesiones con tapabocas puesto -tapabocas que había distribuido la Cruz Roja en previsión de epidemias efecto de la contaminación- indicaba que el problema de que el sujeto hable no depende simplemente de que alguien lo escuche o de que se lo permita, sino de que pueda vencer profundas resistencias internas para ello. La

teoría de la represión fue nuestro eje de trabajo, y aún en los casos en que el discurso operaba como una suerte de vomito evacuativo, sabíamos que eso sólo no propiciaba las condiciones de evitamiento de patología post-traumática que nos proponíamos realizar (como lo demostró el caso de Horacio, o de las señoras del grupo cuya crónica hemos transcripto). Teoría de la represión y teoría del traumatismo fueron puestas en conjunción a partir del concepto de *elaboración simbolizante* que guió todo nuestro trabajo.

De la neurosis traumática a la neurosis actual.

En 30% de patología a ser tratada individualmente fue el residuo que después de casi dos meses iniciales de trabajo quedó como remanente para ser abordado por los terapeutas. De ella, sólo un porcentaje muy pequeño podría ser ubicada dentro de los ordenamientos clásicos de las neurosis de transferencia: neurosis obsesiva, histeria de conversión o de angustia; en la mayoría de los casos vimos aparecer más bien formaciones sintomales polimorfas: trastornos del sueño, enuresis y una serie de manifestaciones que debemos repensar bajo una categoría que parecería haber sido descartada hace años ya por los analistas, y cuya persistencia nos parece de importancia someter nuevamente a la discusión: modos de *neurosis de angustia*, que, como sabemos, forma parte de la clasificación que Freud realizara en el marco de las *neurosis actuales* y cuyas manifestaciones son del siguiente orden: angustia crónica o expectativa angustiosa susceptible de ligarse a contenidos representacionales mutativos, ataque de angustia, pavor nocturno, equivalentes somáticos -disnea, dolor de cabeza, etc.

Nos detendremos un momento en esta cuestión solamente con el propósito de dejar puntualizados algunos elementos que puedan abrir vías para una reubicación futura en el campo de la clínica psicoanalítica misma.

El concepto de "Neurosis actual" aparece en la obra de Freud en 1898, etapa en que comienza a deslindar este grupo -que incluye tanto a las *neurosis de angustia* como a la *neurastenia*- del campo específico en el cual el psicoanálisis podrá operar con efectos terapéuticos: el de las psiconeurosis. La oposición entre neurosis actuales y psiconeurosis es tanto etiológica como patogénica: si bien la causa es sexual en ambos tipos de neurosis, en las primeras ésta es efecto de desórdenes de la vida sexual actual, y no del pasado. El término "actual" debe ser tomado en el sentido de una "actualidad" en el tiempo. La etiología, por otra parte, debe ser buscada, en la neurosis de angustia, del lado de una ausencia de descarga de la excitación sexual. Sabemos que estamos en una categoría "somática", en la cual la libido opera como una especie de sustancia de orden químico cuyo estancamiento tiene caracteres tóxicos para el sujeto que se ve sometido a una privación de su descarga.

El *Vocabulario de Psicoanálisis*⁹³ señala al respecto: "El concepto de neurosis actual tiende en nuestros días a ser borrado de la nosografía en la medida en que, cualquiera sea el valor precipitante de los factores actuales, encontramos siempre en los síntomas la expresión simbólica de conflictos más antiguos. Dicho esto, la idea de conflicto y de síntoma actuales, conserva su valor e induce las observaciones siguientes: 1) La distinción entre conflictos de origen infantil que son reactualizados y conflictos que están determinados en mayor parte por la situación actual se impone en la práctica psicoanalítica; 2) En toda psiconeurosis, al lado de síntomas cuya significación puede ser elucidada, existe un cortejo más o menos importante de síntomas de aquellos descriptos por Freud en el cuadro de las neurosis actuales: fatigas no justificadas, dolores vagos, etc. Impidiendo el conflicto defensivo la realización del deseo inconsciente, es concebido que esta libido insatisfecha esté en el origen de un cierto número de síntomas no específicos."

Conservemos esta idea de "libido inempleada" en aras de pensar aquello que se produce en momentos traumáticos: el sujeto es sometido a un cúmulo de excitación endógena, efecto de la transformación de cantidades exógenas fluyentes que se transforman y alteran toda la economía libidinal arrastrando, en su movimiento de descarga, sistemas de representaciones hasta el momento desactivados. El modelo de las neurosis traumáticas, anterior a 1900, puede ser puesto en confluencia con aquel ofrecido en "Más allá del principio de placer" (1920), para dar cuenta de una propuesta de traumatismo que no se limita a lo genital. En tal sentido, todo traumatismo sería de orden sexual en el sujeto psíquico constituido, transformándose la energía que ingresa como estímulo en excitación que debe encontrar algún modo de evacuación.

Si volvemos ahora al modelo expuesto de la serie traumática tal como la vimos constituirse en los niños terremoteados, vemos producirse, a continuación del temblor que agita por sí mismo cantidades enormes de investimentos (caída de las casas, salida a la calle en condiciones de impreparación, gritos angustiosos de los adultos, etc.) las condiciones posteriores a las cuales se ven sometidos: inmersión brusca, nuevamente, en la cama de los padres o con otros adultos (tíos, primos, hermanos, etc.) en momentos en que ya se habían producido renunciaciones edípicas y represión de los deseos concomitantes. Renunciamientos libidinales de diverso orden: cambios alimenticios, pérdida de objetos transicionales, pérdida temporal de las caricias parentales -por depresión o parálisis afectiva transitoria de los padres efecto de los propios traumatismos sufridos; imposibilidad, debido a las condiciones de hacinamiento, de exhortorio mediante la masturbación y sometimiento constante a la mirada vigilante de los adultos con la imposibilidad de armar espacios de intimidad para las resoluciones autoeróticas de las tensiones

⁹³ Laplanche, J. Y Pontalis, J.B.: *Diccionario de psicoanálisis*,

excitatorias; sometimiento, en ciertos casos a situaciones de excitación masiva a partir de la presencia de conductas -en este caso de desborde sexual- de los mayores, etc.

La posibilidad de recuperar mediante la interpretación modos de ligazón de este desborde económico al cual los seres humanos se ven sometidos, resimbolizando en constelaciones fantasmáticas reprimidas los síntomas "actuales" que dan cuenta de la imposibilidad de instrumentar nuevos reequilibramientos de la economía psíquica, debe ser cuidadosamente deslindado de una interpretación simbólica del fantasma inconciente que se supone estaría detrás del síntoma actual.

Pero sabemos que esto no es posible sin apoyarse en el concepto de sexualidad ampliada tal como Freud mismo lo descubriera pocos años después de haber diferenciado entre "neurosis actuales" y "psiconeurosis", ni, por otra parte, sin una recuperación de la teoría económica en el interior del psicoanálisis. El trabajo de simbolización se ofrece entonces como un cuidadoso entretrejo que no conserva ya la dominancia extractiva que constituyó durante años la concepción central de la clínica analítica, y reubica formas de intervención que se entrelazan en el interior del trabajo con las neurosis clásicas; formas que deberemos seguir explorando en nuestro trabajo cotidiano, si tenemos en cuenta que el traumatismo opera de modos diversos y permanentes en la vida actual -a partir del sometimiento masivo a catástrofes sociales constantes que este siglo propicia-, sin dar lugar a recomposiciones defensivas capaces de organizar transacciones sintomales para las cuales ejercer una clínica psicoanalítica en la cual no se puede seguir resguardando la pureza del método a costa del sufrimiento del sujeto.

Intervención de Jean Laplanche ante los alumnos del Curso para Terapeutas con Población en Situación de Emergencia

A mediados de febrero de 1987, Jean Laplanche llegó a México para dar un seminario y participar en la evaluación final del curso de UNICEF. Transcribimos a continuación las palabras que pronunció en esa oportunidad, las cuales resumen, en cierto modo, sus conclusiones centrales respecto a la labor realizada:

"Un momento como el que Uds. vivieron es absolutamente importante, y, en su importancia, puede ser destructivo o constructivo desde la perspectiva misma de nuestra concepción psicoanalítica.

Puede ser destructivo si nos hace perder todos los puntos, jalones de nuestra práctica y también de nuestra teoría. En momentos como estos, uno tiende a ser llevado a abandonar espontáneamente toda referencia teórica, a librarse a la experiencia bruta, a creer que el traumatismo es una experiencia dura y a abandonar todo lo que se ha pensado, lo que hemos pensado acerca del traumatismo durante decenas de años.

Durante este Seminario los puntos de referencia teórica no fueron abandonados y me siento, personalmente, muy contento. Pienso que, curiosamente, en este tipo de experiencias hay cosas nuevas a encontrar, y no quedarse solamente con lo que ya se había descubierto en otro momento; se trata entonces de un momento eventual de creación. Hubo momentos, aquellos que transcurrieron a raíz de la primera guerra mundial, en los cuales Freud intentó elaborar los datos nuevos que se producían. Veo que han trabajado sobre "Más allá del principio de placer" y sobre el texto de las Neurosis de Guerra, y hay puntos de referencia fundamentales que hay que señalar, algunos de los cuales están en lo que yo ya he dicho muchas veces en mis Seminarios.

El primer punto es que el traumatismo, para ser un traumatismo psíquico, debe ser un "auto-traumatismo". Incluso los traumatismos más "externos", no pueden tener efectos psíquicos si no se ligan por un aflujo de excitación interna.

El segundo punto es que el traumatismo no es jamás localizado en un solo momento o en un solo punto. Debe ser puesto siempre en relación con los acontecimientos anteriores y no tratándose de un solo traumatismo, debe ser puesto en correlación con una serie psíquica. Este acontecimiento de apariencia tan directa, debe ser correlacionado con los acontecimientos infantiles que retoman significación o toman nueva significación en el momento en que se produce.

No intento darles nuevos elementos al respecto, sino pensar con ustedes a partir de los resultados de lo que han realizado, y espero el reporte más detallado de esto para poder realizar nuevas propuestas. ¿Qué se puede esperar de un acontecimiento tan desdichado, sino que abra nuevas vías de esclarecimiento? Y tal vez, uno de los puntos que quedaría por pensar, remite a esta propuesta de Freud acerca de que el traumatismo físico y el traumatismo psíquico se excluyen mutuamente. Sería interesante ver en los casos que han seguido, si esta relación se verifica, si un severo traumatismo en el cuerpo actúa como un elemento que impide el traumatismo psíquico.

Uds., por su parte, han engarzado el traumatismo vivido, el que compartieron con la población, en una "serie teórica", y más allá de la elaboración personal que habrán debido realizar al respecto, han implementado, conjuntamente, las vías de la auto-teorización con las de la producción teórica, modos simultáneos de ligazón abierto a nuevas producciones.

No me queda sino exponerles la profunda satisfacción que siento de estar acá con Uds. para compartirlo".

Observaciones finales y problemas planteados (Exposición final de S. Bleichmar ante los terapeutas que participaron del curso de Formación Para la Atención de Población Damnificada)

Se decidido dividir este apartado en dos áreas: el curso impartido, por un lado, y los efectos de este curso en la población abarcada por otro, teniendo claramente en cuenta que los efectos del trabajo realizado, tanto por Uds. como por mí, deben ser medidos en sus alcances inmediatos así como en sus consecuencias mediatas.

Por otra parte, es evidente, sólo podré hacer acá algunos señalamientos muy reducidos acerca de cuáles fueron nuestras herramientas, tanto teóricas como técnicas de origen, y cuáles las incógnitas que se nos han abierto sobre la marcha, algunas de las cuales hemos podido ir teorizando a lo largo de nuestro trabajo en común, y otras que quedan para ser retrabajadas en un futuro.

El objetivo de este curso, tal como lo expresamos en la primera reunión, consistía fundamentalmente en poder ayudar a la población, pero también en recopilar una experiencia que pudiera ser instrumentada en otras circunstancias que se abrieran a una teorización posterior. Decíamos, en aquella ocasión, que hubiera sido de una gran omnipotencia pensar que treinta personas pudiéramos abarcar la situación de conjunto. Señalábamos cómo lo primero a lo que convoca una circunstancia tan dramática, tan brutal y tan sensibilizante como la que hemos atravesado, es la omnipotencia. Esto como respuesta personal a la angustia extrema que todos vivimos cuando tuvimos que enfrentarnos el día del terremoto a la posibilidad de nuestra propia muerte. De modo que anuncié, de inicio, que con Carlos Schenquerman, desplegaríamos, acompañados por Livia Fernández de la Maza, una lucha tenaz para implementar la mayor cantidad de recursos, para desarrollar la mayor cantidad de posibilidades, y al mismo tiempo, para evitar las expresiones de omnipotencia que pudieran perturbar tanto a la población como a los mismos integrantes de este curso. Al trabajar permanentemente en situaciones de angustia extrema, la peculiaridad que tiene nuestra práctica es la de enfrentarnos no sólo a la angustia del semejante, sino el remover permanentemente nuestros propios fantasmas infantiles, el confrontarnos a nuestra propia angustia, de modo que el sentido de este curso y de las supervisiones debía tener por objeto no sólo la transmisión de conocimientos sino el contener, de algún modo, en los participantes mismos, las situaciones que se fueran produciendo para que al ayudar a los niños en su proceso de simbolización, de re-simbolización, no se reprodujera algo que observábamos en aquel momento permanentemente: la parasitación de los niños por parte de los adultos a partir de las propias angustias que estos sentían como incontrolables.

En mi opinión este primer objetivo fue cumplido: se refleja no solamente en las pocas deserciones que tuvimos en la población con la cual trabajamos, sino también en el hecho de que en este curso, de treinta personas, hayamos tenido una sola deserción. Por eso, al evaluar este primer aspecto del trabajo, no puedo dejar de señalar al mismo tiempo mi agradecimiento hacia los participantes por el

compromiso asumido hasta el final, por la profunda implicación que mostraron, y por los esfuerzos que realizaron no sólo en enfrentarse a las tareas urgentes, sino por ampliar su propio horizonte de comprensión y por ayudarnos a enfrentar los enigmas traumáticos en que todos nos vimos inmersos. El material cuidadosamente conservado, entregado, pasado en limpio, la asistencia puntual a las supervisiones, no son en mi opinión aspectos formales; son el índice de que más allá de las dificultades reales, de las largas esperas en los albergues, de las condiciones inhóspitas del trabajo, supieron apelar a un recurso básico de la función analítica: la paciencia por un lado, la transformación de la frustración en material de elaboración por otro. Todo esto guiado por la preocupación por la cura y por la responsabilidad compartida.

Partimos de una hipótesis de trabajo, una hipótesis que nos permitiera aproximarnos a la realidad con toda la neutralidad posible pero no con una pseudoingenuidad paralizante: "el efecto traumático no es el producto directo del estímulo externo, sino la relación existente entre el impacto y el aflujo de excitación desencadenado en el sujeto psíquico". En tal sentido, y como corolario, se desprendía la siguiente propuesta: a efectos de nuestro trabajo, el epicentro del terremoto estaba en la cabeza de cada uno.

No se podía determinar mecánicamente y *a priori* por la proximidad del epicentro geográfico los efectos patógenos en los niños cuya asistencia nos planteamos, era necesario hacer un trabajo de evaluación y discriminación cuidadoso para encontrar esos efectos en cada uno de ellos y aplicarnos a reducir su potencialidad patológica.

Comenzamos a trabajar, entonces, en lo que hemos denominado "Grupos Elaborativos de Simbolización"; grupos que cada uno de ellos abarcaba aproximadamente 10 niños, diferenciados por edades, de 5 a 8 años, de 9 a 12, de 13 en adelante. Empleamos material gráfico en un comienzo: hojas en blanco, crayolas, plastilinas. Dimos las consignas iniciales, planteamos el encuadre. Lo primero que nos llamó la atención fue la repetición en los dibujos. No sólo de diferentes niños, sino de un mismo niño del mismo acontecimiento. De inmediato evaluamos que los pequeños no "representaban lo que habían visto" pura y simplemente. Se trataba de la recuperación simbolizada de lo vivido, de un intento por estructurar, del mismo modo que el discurso intenta estructurar, otorgar un escenario a aquello vivido, para lo cual el niño se hallaba impreparado. Vimos un rasgo común en los dibujos: la realidad era el soporte de una escenificación, tanto el dibujo como el juego, como la palabra, parecían tener dos vertientes: por un lado una tendencia a la descarga de lo inmetabolizable pero, por otra parte, algo que era ya de hecho una creación, no una mera repetición de lo ya existente, tanto en la realidad como en el psiquismo, sino una recreación de ambas realidades conjugadas.

Llegamos, entonces, a la conclusión de que no se trataba simplemente de que el traumatismo desencadenara una neurosis previa, revelando algo preexistente, sino que el traumatismo resignificaba las posibilidades previamente dadas para una neurosis, (yo no hablaría ya de neurosis latente previa, en la medida en que la neurosis no es medible sino por la formación de síntomas) El traumatismo no era un simple desencadenante, en el sentido de los etólogos, sino un productor de algo nuevo al resignificar las representaciones previamente inscriptas en el aparato psíquico. Se establecían entonces series traumáticas desde la vida pulsional del niño. Un ejemplo: la del pequeño que hemos recogido en este informe, aquel que habiendo comenzado en septiembre la escuela, pocos meses después del nacimiento de su hermanito, repetía en su primera sesión individual: "sacan cuerpos, sacan muebles, sacan ropa, sacan, sacan, sacan ollas, sacan, etc. etc." durante un largo parlamento, lo que daba cuenta, al mismo tiempo, del haber sido sacado él mismo de la posición de hijo favorito de la madre que la situación anterior le marcaba, de su fantasía de sacar él mismo al bebé del cuerpo de la madre identificado con una piñata que había que romper, y de los objetos que se sacaban del interior de los edificios destruidos por el terremoto como si sus fantasmas volvieran a lo real agudizando su propia angustia de aniquilamiento.

Tomamos partido para la comprensión de este movimiento reiterado en graves neurosis infantiles desencadenadas por lo que Jean Laplanche llamó la teoría de la retroacción, del *apres-coup*, es decir de que lo anterior se resignifica por lo posterior: no hay una construcción lineal del traumatismo, o de la neurosis post-traumática en este caso, sino de reestructuraciones y no de desencadenamientos.

Durante el período que abarcó desde el 15 de octubre hasta el 15 de diciembre, aproximadamente, se cumplió la primera mitad de los objetivos propuestos. Comenzamos los Grupos Elaborativos de Simbolización con una población que abarcaba 286 personas entre niños y madres. Estos grupos sirvieron, en primera instancia, para otorgar un espacio de elaboración a los niños y de contención a las madres, posibilitando, de tal modo, que colaboraran en el trabajo propuesto. Si bien hay que señalar las condiciones precarias en que la población adulta se encontraba, el hecho de que hayamos encarado el trabajo un mes después del terremoto, cuando los primeros momentos de pánico habían pasado y la población adulta se halla ya abocada a resolver el futuro inmediato, nos hizo rever el sentido de los grupos de madres, quedando limitada su función a disminuir la ansiedad que el trabajo con los niños pudiera generar en ellas, y a facilitar su colaboración. Es necesario tener en cuenta que ante las pérdidas masivas que las madres tuvieron que afrontar: vivienda, bienes materiales de todo tipo, e incluso familiares muertos, se hacía necesario contemplar un espacio para que no se sintieran despojadas de sus propios hijos y no sabotearan nuestra tarea con ellos.

Con aquellos grupos de niños en que nos enfrentamos a problemas teórico-técnicos que fuimos resolviendo a lo largo del trabajo: en primer lugar, encontrar un espacio que, al mismo tiempo que permitiera el saneamiento de los efectos del terremoto, posibilitara relevar patología no reductible en grupos, patología post-traumática, para la segunda etapa que fue concebida para los tratamientos individuales. Los plazos fijados para el proyecto, así como sus objetivos, nos hicieron descartar las patologías severas previas que hubieran sido intratables en plazos breves: secuelas de autismos primarios, formas oligofrenizadas de psicosis. Sin embargo, se previó la derivación a las pocas instituciones que pudieran hacerse cargo de esos cuadros que no entraban en nuestro proyecto; y se entrevistó a las madres de tales niños para intentar que iniciaran un tratamiento en dichas instituciones. De todos modos, la precariedad de los recursos de las familias con las que tuvimos que trabajar, tanto materiales como simbólicos, así como la carencia de instituciones, las distancias que habría que recorrer para llevar a un niño a tratamiento en casos en que los padres no contaban ni con recursos para el pasaje del transporte, nos hacía dudar de las posibilidades de que esas derivaciones funcionaran en la mayoría de los casos.

Respecto a los Grupos Elaborativos de Simbolización hubo que delimitar cuidadosamente esta propuesta de otras técnicas posibles, y seguir conceptualizando sobre la marcha. No se trata de grupos operativos, tampoco de grupos terapéuticos en el sentido tradicional del término: un grupo terapéutico se caracteriza porque intenta la aplicación de una concepción psicoanalítica, trabajo sobre la regresión y la transferencia, (en el caso de los llamados "análisis de grupo"). El fantasma, como lo hemos dicho en multiplicidad de ocasiones, es algo que sólo puede ser pensado en el interior del aparato psíquico singular, no hay fantasmas grupales como no hay aparato psíquico grupal. Lo que si hemos podido trabajar, son modalidades fantasmáticas singulares "en consonancia", derivadas tanto del momento histórico de los niños por relación a su edad, a las tareas que su constitución edípica les plantea, a las situaciones post-terremoto, ellas mismas traumáticas, que han tenido que enfrentar, como así por el momento del proceso grupal. Ejemplo de ello, el caso de los niños de ese grupo que tuvimos ocasión de pensar juntos acá, que se llevó a cabo en un albergue donde los hombres habían sido separados de las mujeres, que habían quedado a merced de las madres, y en el cual (niños de 9, 10 años), se vieron sometidos a una regresión pasivizante y a angustias masivas de castración producto, por una parte, de la imposibilidad de recuperar su ser sexuado masculino como efecto de la desaparición de las figuras masculinas de identificación y del temor a la retaliación.

Lo que puso en evidencia la situación post-terremoto fue el carácter de lo que podríamos llamar la suma traumática posterior. No sólo las pérdidas objetivas, sino también aquellas que se juegan en el movimiento de constitución de la

identidad atravesado por los ideales: en una gran cantidad de casos la caída precoz de la función paterna o materna idealizada, producto de la impotencia a la cual los adultos se vieron sometidos, y que se refractó de manera muy específica en el momento de constitución y en la historia previa de cada uno de los niños. La constitución de familias ampliadas, suerte de hordas en las cuales los niños se vieron inmersos bruscamente, con borramiento de las funciones específicas internas a la familia y el relevo de los padres en la función protectora y nutricia, que llevo a estos padres a sentirse despojados en la vida cotidiana de sus posibilidades de ejercicio de las funciones parentales: tanto de las protectoras como de la puesta de límites y la elección de la ideología de crianza.

A ello se sumó la promiscuidad, incrementada por la angustia de los adultos frente al reactivamiento de angustias precoces de muerte y destrucción. Duelos, angustia de muerte e impotencia fueron las coordinadas en las cuales se inscribieron los traumatismos post-terremoto, dejando un verdadero abanico, en cuyo despliegue hubo que analizar muy cuidadosamente las relaciones entre la patología infantil desencadenada y las condiciones históricas y actuales de su desencadenamiento a partir de la resignificación que estas condiciones siempre específicas planteaban.

Desde el punto de vista del trabajo de elaboración, hubo que luchar contra dos pre-concepciones, que operaban como prejuicio en la tarea de un sector importante de los participantes del curso, y que fue ampliamente trabajada tanto en las clases teóricas como en las supervisiones. Por un lado, la idea de que lo que asusta es lo real. Hubo que hacer un cuidadoso trabajo de discriminación tanto teórico como clínico para ir mostrando las diferencias entre angustia, miedo y susto, siguiendo los desarrollos propuestos por Laplanche, para marcar de qué modo y en qué momento se iban manifestando los diversos movimientos de elaboración psíquica.

La segunda preconcepción o prejuicio a la cual nos enfrentamos en este curso, y que tuvo un gran arraigo no sólo en los medios de difusión sino también en ciertos sectores vinculados al psicoanálisis, fue una visión ingenua de la teoría catártica y la técnica que de ella se desprende. El hecho de que en ciertos casos, y sobre todo en los primeros momentos posteriores al terremoto, los niños entraran a algunas sesiones con el tapabocas puesto, indicaba que el problema de que el sujeto hable no depende simplemente de que alguien lo escuche, sino que debe vencer profundas resistencias internas para hacerlo. La teoría de la represión fue nuestro eje de trabajo permanente, por supuesto, y aún en los casos en que el discurso operaba como una suerte de vomito (el ejemplo de "sacan, sacan, sacan" que recién mencioné es una prueba de ello), no bastaba para pensar que generaba en sí mismo las condiciones de salud que nos proponíamos producir. Nos vimos obligados a revisar la teoría catártica, para poner en su centro lo que ésta tiene de más

valioso: el hecho de que no se constituye por la emergencia de un afecto puro, que en sí mismo, si apareciera como tal sería angustia, sino a la reviviscencia de un afecto pero emplazándolo en relación a la representación de la cual se halla disociado. Anudar en la cadena del niño que decía "sacan, sacan", los elementos significantes faltantes: el ser sacado él mismo del centro del universo materno, su fantasía de sacar y despojar al cuerpo de la madre de los objetos valiosos, incluido el hermano que viene a expulsarlo, sacarlo de esa posición a medias en que se encuentra, que no le permite encontrar un lugar para sí mismo, no es simplemente favorecer el discurso como vomito catártico, sino ayudar al sujeto a ligar, a simbolizar su propia angustia desbordada.

Un treinta por ciento de patología fue el residuo que, de casi dos meses iniciales de trabajo, quedó como remanente para ser abordada en tratamientos individuales. Sólo un porcentaje muy pequeño podría ser ubicado dentro de los ordenamientos clásicos de las neurosis de transferencia: neurosis obsesiva, histeria de angustia o de conversión. En la gran mayoría de los casos nos enfrentamos más bien a formaciones sintomales polimorfas, trastornos del sueño, enuresis, y, algo que deberá ser pensado, formas que se asemejan a la neurosis de angustia, la cual, como hemos visto en el curso de nuestro trabajo, formaría parte de las neurosis actuales, no muy aceptadas por los psicoanalistas. Tal como se define esta neurosis desde el punto de vista sintomatológico: angustia crónica o expectación angustiosa, susceptible de ligarse a cualquier contenido representativo, ataque de angustia (pavor nocturno), equivalentes somáticos: disnea, dolor de cabeza etc. Si bien esta neurosis fue abandonada prácticamente por hallarse ligada a una teoría de la sexualidad genital que no tendría en cuenta la disposición inconciente y cuya frustración definiría el cuadro y la tensión subsiguiente, es de ser repensado si sus características no pueden ser replanteadas en función de la frustración libidinal que impone toda renuncia pulsional. En mi práctica privada he encontrado este tipo de cuadro en varias ocasiones, dos de las cuales relato someramente: en el caso de un niño al que le fue impuesto un aparato en el paladar para "ayudarlo" a abandonar el hábito del chupeteo del pulgar, y en el caso de una niña que acababa de renunciar a compartir el lecho de los padres, en parte debido a la prohibición que estos habían podido establecer en el curso del tratamiento. En los niños que tratamos, hay un porcentaje importante que se ve sometido a un cúmulo de excitación imprevista (nueva reinmersión en la cama de los padres cuando ya se había renunciado o se estaba en vías de sepultamiento del Edipo, obligación a compartir el lecho con hermanos, primos, tíos, con la subsecuente emergencia de un plus de excitación), etc. Tal vez sería el momento de plantearse la posibilidad de reconsiderar la neurosis de angustia no como algo que se desencadena sin historia previa, pero si como la imposición de la renuncia con

la frustración libidinal consecuente, y sería necesario diferenciar entre las razones externas tanto de la búsqueda de excitación como de su renuncia).

No podríamos cerrar esta evaluación sin hacer nosotros mismos un balance de lo que consideramos la función de enseñanza de un analista. Muchos de los participantes llegaron a este curso sin tener idea de lo que un trabajo psicoanalítico representa, no sólo sin experiencia previa, sino también sin las herramientas teóricas indispensables. Y si bien, en este sentido, el estado de impreparación en que la catástrofe nos tomó a todos, nos obligó a forjar nuevas herramientas dentro de la propuesta psicoanalítica misma para poder enfrentar una tarea inédita, no es lo mismo revisar una técnica, para ajustarla a las circunstancias, que partir de cero. En este sentido, tanto para aquellos que ya poseían los rudimentos de un conocimiento como para los que se inician en él, nuestra preocupación consistió fundamentalmente en lo siguiente: si hemos logrado transmitirles que el psicoanálisis es pasión por los enigmas y no aplicación de fórmulas vacías de contenido, si hemos logrado avanzar aunque sea un paso en compartir la propuesta de que en el centro de la práctica psicoanalítica está la angustia como eje que guía todo nuestro trabajo, y que esta angustia es el efecto de la represión de lo inconsciente constituido por la sexualidad infantil y sus fantasmas, este curso habría cumplido una parte de su objetivo. Pero si además pudimos ayudar a sus integrantes a pensar que la función del analista consiste en la elaboración permanente de la angustia desencadenada por esos fantasmas, que el analista es quien debe ayudar a elaborar, perlaborar, devolver, mediante aquello que Bion llamaba la función α , la angustia que recibe, transformada en simbolización, abriendo así nuevas vías para el psiquismo, habremos dado un paso más. Porque nuestra intención en este curso fue avanzar, con quienes nos acompañaran en la elaboración de una propuesta para la población a la cual tuvimos que ayudar a recuperarse, y cada uno de nosotros, en su compromiso e implicación, debe haberse dado cuenta que no es con una actitud contemplativa cómo los analistas nos enfrentamos diariamente a nuestro quehacer, que la neutralidad es neutralidad para no inmiscuirse en los destinos del sujeto, para no juzgar ni imponer, pero no es neutralidad para permanecer pasivo ante las asechanzas de la muerte y de la destrucción.

Apéndice

PROGRAMA DE ATENCIÓN PSICOLÓGICA Y SOCIAL A DAMNIFICADOS REUBICADOS EN LA EX-HACIENDA DE XALPA, MUNICIPIO DE HUEHUETOCA, ESTADO DE MÉXICO⁹⁴

I. INTRODUCCIÓN

A partir del Proyecto de Reubicación de Damnificados por los movimientos sísmicos de septiembre de 1985 que llevaría a cabo el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) se nos propone estructurar un programa que tuviera por objeto atender los problemas psicosociales de la población afectada y que sería reubicada en la Ex-Hacienda de Xalpa, Municipio de Huehuetoca, Edo. De México.

Este programa estaría enfocado con una concepción abarcativa del hombre y de la salud y trastornos mentales, ubicando al sujeto en un determinado contexto geográfico, histórico y social y con una visión que comprendiera la articulación del aspecto horizontal (la totalidad de la comunidad) y del aspecto vertical (el individuo inserto en ella) de una Sociedad que vive un tumultuoso proceso de cambio.

A través de este programa se podrían proveer los instrumentos para conectarse en una relación permanente y orgánica con la población y así detectar precozmente los problemas de salud mental que la afectan, diagnosticar y operar en forma adecuada y oportuna sobre ellos, manteniendo una vigilancia epidemiológica tendiente a elevar el nivel de salud del individuo y de la comunidad de la que forma parte.

Dado que la población ha sufrido varios impactos emocionales (terremotos, pérdidas y migración) se la debería considerar en estado de emergencia; por lo tanto, como primera prioridad, si bien se enfocará la necesidad de un plan de investigación diagnóstica que permita una evaluación logística objetiva de los recursos con que se cuenta y de las necesidades que deban ser satisfechas en términos mediatos e inmediatos, esta investigación diagnóstica debería, al mismo tiempo que buscar datos, ir operando transformaciones en la población damnificada.

Se debería, también ir detectando posibles líderes, formales e informales, dentro de la comunidad, en quienes se pueda ir delegando objetivos de escasa complejidad, reservando los menos sencillos para los técnicos especializados a

⁹⁴ Lo que sigue corresponde al Informe presentado a UNICEF en relación al Programa de Atención a las Personas que fueron reubicadas en un nuevo asentamiento a partir de las pérdidas sufridas por el terremoto.

los que se pueda orientar y derivar esas tareas. Así, con aquellos líderes, se iría logrando un efecto multiplicador que permitiría ir resolviendo dentro de la comunidad gran cantidad de problemas. Para ello, luego de detectados, se les debería instruir y capacitar en y con distintas técnicas y, posteriormente, supervisar sus acciones.

II. SÍNTESIS DE LOS OBJETIVOS

a) Detección de los problemas psíquicos y sociales del sujeto y de la población: Macrodiagnóstico operativo.

b) Evaluación de las tasas de prevalencia de trastornos mentales en la población desglosando la patología previa y posterior a los movimientos sísmicos.

c) Operar transformaciones in-situ sobre la población dañada o derivación a Instituciones especializadas en los casos en que así lo requiera.

d) Detectar y estimular la participación activa de posibles líderes de la comunidad, quienes actuarían como Agentes o Promotores de salud y a los que se iría delegando objetivos de escasa complejidad.

e) Promoción y preservación de la salud mental de la población aparentemente sana favoreciendo el incremento de sus capacidades, facilitando la elaboración y simbolización de duelos no elaborados que fueron efecto de las situaciones traumáticas vividas.

III. ESTRATEGIA POR ETAPAS Y CRONOGRAMA:

III.1 **ETAPA DE DIAGNOSTICO OPERATIVO** con Grupos Elaborativos de Simbolización con objeto de relevar la patología psicosocial de la población y comenzar a operar sobre ella. Se cubrirá en dos fases: La primera del 5 de Octubre al 24 de Octubre; Planificación de estrategia de convocatoria de la comunidad, selección de los grupos con los que se trabajará, así como la determinación de constantes témporo-espaciales en que se llevará a cabo la experiencia. La segunda del 25 de Octubre al 21 de Diciembre: Se procederá al trabajo con los grupos seleccionados por el equipo de UNICEF. Estos grupos serán 20 (5 en cada fin de semana previsto). El trabajo se organizará en 3 sesiones por grupo con una duración de 1 ½ hora cada sesión.

Los trabajos con adolescentes y adultos serán con 18 miembros por grupos y los de niños con 12 miembros por grupo. Se trabajará con 320 personas al término de esta 1ra. etapa cubriendo un 26,5% del total de la población atendida por el programa de UNICEF.

III.2. **La 2da. Etapa** que se llevaría a cabo del 21 de diciembre al 28 de febrero, tendría por objeto operar sobre los resultados obtenidos durante la 1ra. Etapa formando grupos específicos por patología o problemas concretos. Se utilizara la misma metodología de la 1ra. Etapa. A partir de la evaluación se redefinirán los términos de una 3ra. Etapa que podría recontractarse y llevarse a cabo entre los meses de marzo y octubre de 1987.

IV. DIAGNOSTICO

El trabajo de diagnóstico se abordará a través de una técnica operativa que al mismo tiempo que busca obtener información va produciendo transformaciones sobre los fenómenos que investiga.

Los objetivos diagnósticos que se proponen lograr en esta fase serán:

1) Detección de duelos no elaborados producidos por la situación traumática y de pérdida que determinó el terremoto y sus consecuencias, incluido aquí el traslado de la población hasta la zona de reubicación actual.

2) Macrodiagnóstico de patología mental determinada por los efectos del terremoto y de la actual migración.

3) Macrodiagnóstico de patología mental previa al terremoto.

4) Reconocimiento de posibilidades de operar transformación con técnicas colectivas y breves sobre la población afectada (grado de patología, grado de *Insight*).

5) Reconocimiento de las posibilidades de operar transformaciones con técnicas individuales y breves sobre los casos de la población afectada que así lo requiera.

6) Reconocimiento de las posibilidades de derivación a Instituciones especializadas para tratamientos individuales prolongados en los casos que esto sea necesario.

7) Detección de posibles líderes dentro de la comunidad con los que sea factible. Llevar a cabo acciones preventivas dentro de la población en etapas futuras.

NOTAS ACLARATORIAS

El punto 1 implica reconocer los signos tempranos de un trastorno que puede desencadenarse posteriormente o que, al operar sobre él con la elaboración simbolizante se reduzca el grado de complejidad o complicación de un trastorno previo que no era crítico en sí mismo.

Consideramos en el punto 2 los casos en que el trastorno apareció en forma súbita y repentina, abruptamente, aunque el análisis posterior de los datos demuestre que la pauta de reacción estaba preformada, activándose el proceso por la presencia del factor actual desencadenante (terremoto y sus efectos).

Las prioridades de la atención individual señaladas en los puntos 5 y 6 son los que se refieren a identificar, reconocer en forma precoz, tratar localmente o derivar a Institución especializada los sujetos que presenten:

a) Alteraciones peligrosas para ellos o para otras personas (suicidas potenciales, psicosis maniaco-depresivas severas, cuadros esquizofrénicos-paranoides, etc.).

b) Trastornos emocionales que interfieren con un funcionar afectivo útil (reacciones depresivas, crisis o estados de ansiedad, síndromes obsesivos, etc.).

c) Farmacodependencia o alcoholismo.

d) Retrasos mentales.

e) Trastornos serios de conducta y/o aprendizaje (contrainteligencia).

No creemos necesario enfatizar aquí que la intervención diagnóstica no responde simplemente a la necesidad de enmarcar al sujeto dentro de una categoría psicopatológica específica, sino que por el contrario, se trata de definir las áreas en conflicto de abordaje terapéutico será el indicado a partir de ello.

V. FUNDAMENTACION TEÓRICA DEL PROYECTO PROPUESTO

Si bien este Proyecto encuentra su fundamentación más general en un trabajo anterior (el trabajo entregado a UNICEF como evaluación del programa desarrollado entre los meses de octubre de 1985 y febrero de 1986 que obra en manos de dicha Institución y cuya publicación está prevista para fines del presente año), algunas consideraciones teóricas se hacen necesarias en función de ubicar los tiempos de esta nueva etapa, a más de un año de ocurrido el terremoto cuyos efectos aún nos vemos obligados a enfrentar en función de prevenir desencadenamientos de patología individual o social cuya emergencia ya se avizora.

Si definimos el *traumatismo psíquico* como un acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad de dicho sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos patógenos a largo plazo que provoca en su psiquismo, no podemos dejar de considerar que todo traumatismo, como herida psíquica, tratará de encontrar, en organizaciones psíquicas que van desde las más sanas a las más patológicas, sus propias vías de resolución. Esto quiere decir que, a partir del momento traumático (momento que por otra parte no hace sino revivir episodios previos de la vida que en su momento formaron parte de esta estructuración y definieron su modo de funcionamiento psíquico), la organización anímica del individuo, que siempre tenderá a su propia regulación con la apelación a aquellos mecanismos que en otros tiempos operaron con eficacia, intentará un modo de restitución que opere evitando el incremento de dolor psíquico a través de las vías que faciliten el exutorio de dicho dolor.

Definamos los tiempos a partir de la situación traumática para reubicar, a partir de ello, el momento particular que enfrenta la población a abordar.

a) Momento de la catástrofe: Primer tiempo de "desorganización psíquica"; desde el punto de vista teórico se trata de una ruptura de todos los mecanismos habituales de funcionamiento, y el ingreso al aparato psíquico de un cúmulo de energía inelaborable que rompe las membranas paraexcitación yóica dejando al sujeto sumergido en un desconcierto estuporoso y en el caso de individuos con patologías severas previas determinando desestructuraciones masivas.

b) Segundo tiempo, inmediatamente posterior (días siguientes): Intensa angustia -señal (es decir, intensa, angustia que busca, permanentemente, encontrar índices en la realidad a los cuales fijarse). El temor por la vida, en defensa de la vida, ocupa toda la vida psíquica del sujeto, que carece por otra parte de elementos con los cuales significar lo ocurrido. Aparecen manifiestas formas de apatía y abulia, o su contrapartida, de intensa ansiedad motriz, que si bien en lo manifiesto pueden semejarse a un duelo, no tiene las características intrapsíquicas de tal.

c) Tercer tiempo: aparición de los movimientos realmente depresivos, que de no ser tratados (y como remanente de los momentos previos), se caracterizan por la posibilidad de pasaje a estados melancólicos (desidia absoluta, apatía, culpabilidad y fractura de los mecanismos operatorios como correlato de la caída de la omnipotencia) o su contra-cara, búsqueda de resolución maníaca de la

depresión: fugas alcohólicas, adicciones, promiscuidad sexual o actos de agresividad y violencia.

En este tercer caso, comienza a aparecer lo que en la psicopatología se considera clásicamente como problemática del conflicto y la defensa. La reestructuración de defensas, producto de una ecuación entre los modos de funcionamiento psíquico de los sujetos y las opciones vitales a las cuales se enfrenta, entra en conflicto con los componentes dolorosos, reprimidos, de su propio aparato psíquico. Es a partir de esta nueva reestructuración que se definirá, a futuro, el modo con el cual el sujeto se enfrentará a las tareas que su situación vital le plantea con relación al activamiento de conflictos (no sólo activados sino resignificados) de su vida pasada.

En tal sentido, nuevas experiencias de pérdida o de reparación serán decisivas para su reorganización posterior y las mismas jugarán un papel clave en su reestructuración sana o patológica. Pero es necesario tener en cuenta que estas nuevas experiencias se inscribirán, de uno u otro modo, en el guión de base con el cual el sujeto las aborde, es decir que, en la medida en que el psiquismo no es virgen para inscribirlas, serán reinscriptas dentro de las tramas ya construidas para su inserción. Es a partir de ello que la experiencia reparadora vital no sólo es insuficiente, sino que puede llevar al sujeto a repetir, en el interior de la misma, modos anteriores de funcionamiento los cuales, conceptualizados como *compulsión repetitiva*, imposibilitarán desde todo punto de vista una ligazón ordenadora, enriquecedora, de esas nuevas experiencias, si no son acompañadas de un proceso elaborativo. La carencia de este proceso de elaboración llevará a que los individuos propulsen un fracaso, en el interior de las propuestas más "sanas" socialmente, por sus componentes patológicos y su propia intolerancia (ya sea por duelos melancólicos no resueltos, por ansiedades de pérdida no elaboradas, por desconfianza paranoide en esta posibilidad reparadora) hacia todo aquello que se ofrezca como una alternativa de vida. Esto producirá no sólo un incremento de la patología social sino un desaliento profundo en los organizadores de programas que no contemplen este juego ambivalente entre el deseo de vida, por un lado, y la repetición de componentes destructivos siempre vigentes y que arrastran hacia lo más abismal de la repetición inconciente por otro.

Teniendo en cuenta que, la población a abordar, no sólo ha sido objeto a partir del terremoto del despojo de bienes materiales y humanos, sino a través del traslado de su hábitat natural a otro que si bien ofrece mejores condiciones de vida no deja por ello de ser un espacio extraño que reactiva los sentimientos de pérdida de lo conocido, de lo familiar, en aras de la construcción de una nueva propuesta vital, no es de extrañar que se tienda, en este nuevo marco, a desencadenar modos defensivos patógenos frente a las profundas ansiedades depresivas que esta nueva vida impone, como renuncia al pasado. En tal sentido el incremento de formas patológicas de resolución del duelo (alcohol y adicciones, promiscuidad y violencia) es absolutamente esperable y, de no crearse las condiciones de un proceso elaborativo de sus determinantes, la población estará condenada a un fracaso comunitario más allá de las condiciones materiales otorgadas. Estas mismas condiciones materiales, requerimiento indispensable para comenzar todo proyecto de salud mental, no pueden ser conservadas en una comunidad cuyos sujetos se vean librados al deterioro de sus propias estructuras psíquicas en la medida en que, la preservación de la vida, pasa necesariamente por la preservación de las representaciones que cada uno de los sujetos que constituye dicha comunidad tiene acerca de sí mismo y de su inserción en la misma.

Los *Grupos Elaborativos de Simbolización* con los cuales nos planteamos abordar las posibilidades de reparación de la comunidad, tiene por objeto, como su nombre lo indica, crear espacios en los cuales, la simbolización de los traumatismos vividos, se apoye en una resimbolización del modo mediante el cual,

los sujetos participantes, abordan tanto sus fracturas psíquicas como los fantasmas que las mismas propician. En este sentido cumplen una doble función: si por un lado se transforman en una herramienta para la realización de estas tareas, por otra parte posibilitan, en una primera etapa de abordaje comunitario, la detección precoz de patología mental severa y su derivación por los canales correspondientes que posibiliten su no difuminación por la comunidad carente de herramientas de abordaje, sino la toma a cargo de la comunidad apoyada por los especialistas.

En segundo lugar, estos grupos se transforman en un modelo de procesamiento de la población a abordar, propiciando la formación, en el seno de la experiencia misma, de líderes comunitarios que puedan, a largo plazo, cumplir las funciones que hoy se ven obligados a realizar los técnicos.

Su operancia, definida en estas dos vertientes, ofrece un modelo alternativo de relevamiento de datos y operatividad combinadas en función de abordar, de inicio y antes de que se conviertan en irresolubles, gran parte de los problemas a los cuales la comunidad se vera sometida en los próximos tiempos a partir del ejercicio de una nueva dinámica que el traslado ha impuesto.

Hemos hablado de "pérdidas, ansiedades depresivas y duelos a elaborar". Creemos necesario abundar más en ese tema para que sea más entendible la propuesta explicitada en este programa. En lo que hace al estudio y conocimiento del sujeto humano no puede dejarse de lado su dimensión histórica ni la dimensión espacial en la que transcurre esa historia. La permanencia en la tierra, imbricación témporo-espacial, es condición de la cultura. Los hechos acontecidos no son meros hechos naturales generalizables como experiencia, sino vivencias biográficas de personajes actuando en su escenario geográfico. Las fronteras no son sólo puntos y rayas en una descripción cartografía sino, además, la forma en que los individuos se representan lo propio y lo ajeno, aquello a lo que están ligados y los liga, y lo otro o lo de otros que les es extraño.

Al hablar de representaciones estamos aludiendo a otra realidad tan eficiente (en el sentido de productora de efectos) como la realidad material de la que da cuenta los sentidos.

Hablamos aquí de realidad psíquica. En esta realidad psíquica y en sus representaciones, la tierra entonces, no es sólo lugar de residencia o espacio en el que se vive, sino símbolo o metáfora de múltiples significaciones. Es prolongación del cuerpo, es pie trascendido en raíz, es lecho para dormir el sueño eterno, es vientre fértil para ser fecundado, pero y sobre todo, es madre-tierra con la que se tiene un vínculo tan primitivo y profundo como el del bebé con su propia madre.

Este sistema representacional debe ser tenido en cuenta toda vez que se analicen las formas de organización de núcleos de población que serán o han sido trasplantados, ya que, en general, aunque se intente restituir lo que dejan o pierden por el traslado, lo que se les restituye, aunque sea igual o mejor, no alcanza a compensar lo perdido, no en su valor económico-material, sino en lo que no es reemplazable por ser valor simbólico-imaginario.

Y esa pérdidas, aquellas de lo que *con lo perdido se pierde*, son las que llevan a formas patológicas de elaboración del duelo como son la melancolía, el alcoholismo, la farmacodependencia, el suicidio u otras formas de violencia que podrían ser preventivamente enfocadas.

¶ Hemos hablado de la diferencia entre los objetos con que los hombres satisfacen sus necesidades materiales y las formas en que esos objetos se representan. Para un sujeto las cosas no son solamente la forma objetivada de esas cosas sino lo que esas mismas cosas significan. Esta significación esta dada por la singularidad de la forma de relación que él establece con esos objetos y se halla oculta detrás de la apariencia real de la cosa en sí y por lo tanto sustraída del campo de la conciencia.

En "Duelo y Melancolía"⁹⁵ (escrito en 1915 y publicado en 1917), Freud establece los nexos de conexión y diferencias entre la pena normal sobrevenida por una pérdida real (del objeto amado o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, o un ideal, etc.) y la melancolía en la cual el sujeto sabe que ha perdido pero no lo que con ello perdió y que absorbe enteramente al que la padece, apartando su interés del mundo exterior e inhibiéndolo de todas sus capacidades aun la de amar al prójimo y a si mismo, entregándolo incondicionalmente al duelo que nada deja para otros propósitos e intereses.

En el duelo normal es el tiempo, es decir el examen de la realidad, el que muestra que el objeto perdido ya no esta; la carga afectiva que lo unía a él se va desanudando paso a paso, pieza por pieza y el yo del sujeto queda libre para recargar a otro objeto de amor quedando así terminado el trabajo de duelo.

En la melancolía el retiro de la carga libidinal no se realiza y el sujeto queda pregnado por identificación con el objeto faltante, por lo tanto la perdida se lleva a cabo dentro del propio sujeto exteriorizándose en perdida del yo.

Dice Freud: "En el duelo hallamos que inhibición y falta de interés se esclarecían totalmente por el trabajo de duelo que absorbía al yo. En la melancolía la perdida desconocida (perdida con el objeto) tendrá por consecuencia un trabajo interior semejante y será la responsable de la inhibición que le es característica. Solo que la inhibición melancólica nos impresiona por que no alcanzamos a ver lo que absorbe tan enteramente al enfermo. El melancólico nos muestra todavía algo que falta en el duelo: una extraordinaria rebaja en su sentimiento yoico (*Ichgefuhl*) un enorme empobrecimiento del yo. En el duelo el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo".

La contribución de Melanie Klein a la comprensión de los estados depresivos está sustentada en sus estudios de la vida emocional en la primera infancia y al descubrimiento de que en ésta, tempranamente, se plasma el modelo en una protodepresión, al que se volverá indefectiblemente ante situaciones de perdidas posteriores.

Hoy, desde los aportes que la escuela psicoanalítica francesa abre, podemos realizar apreciaciones que nos permiten dar una comprensión mayor a los procesos originarios de la vida psíquica.

El niño al nacer es arrojado al mundo prematurizado, lo que los neurólogos llaman "fetalización", no ha acabado de constituirse su sistema nervioso. Sus fibras nerviosas no están aun mielinizadas, y esta es la condición neurobiológica para que el pequeño no pueda valerse por sí mismo y necesite de otro humano para terminar de conformarse él como tal. La madre será ese otro humano que vendrá a satisfacer sus necesidades de alimento, de calor, de cuidado higiénico. Pero junto a la satisfacción de estas necesidades vitales, la madre ofrece a su bebe

⁹⁵ Freud Sigmund: "Duelo y Melancolía". En *Obras Completas, Tomo XIV*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

las formas de su inserción en el orden de la cultura, a través de proveerlo del lenguaje y de un lugar en la estructura familiar⁹⁶.

Pero esta madre de los orígenes, para el niño, no está diferenciada de sí mismo, al no estar aún constituida como tal la separación "yo"- "no yo"; con lo cual el bebé, al mamar, mama de un pecho que es parte de él tanto como es parte de él el pulgar que hace sus veces al chupetearlo.

El hambre del niño exige su satisfacción a través de la lactancia en la cual, como plus de placer generado con el pecho, organiza el modelo de un deseo que ya no es deseo de leche (la cual pasara a ser el objeto satisfactor de la necesidad biológicamente determinada) sino de pecho, agente omnipotente productor de placer y displacer⁹⁷.

Aquello que calma la tensión de necesidad (cuando ésta se produce por la perentoriedad de la necesidad) será, volviendo ahora al modelo de Melanie Klein, lo que es incorporado como "lo bueno" dentro de su mundo interno sin que todavía pueda aprehenderlo como proveniente del exterior. El bebé que acaba de alimentarse, luego evacua y duerme, vivencia esos momentos de gratificación como de contacto con "lo bueno" absoluto. Pero hay otros momentos de insatisfacción, aquellos del abandono del pecho cuando es retirado o cuando no responde a la demanda traducida en contorsiones de hambre o de ira, berrinches y llanto incontrolados. Aquí la incorporación ha sido de un objeto "malo", frustrador por excelencia y que en nada tiene que ver con el otro, el de la gratificación.

El uno, entonces, es el "pecho malo", pecho odiado; el otro el "pecho bueno", el del amor pleno, el de la gratificación total. "El mundo de los objetos del niño en los primeros dos o tres meses de su vida puede ser descripto como formado en partes y porciones del mundo real que son hostiles y perseguidores, o bien gratificadores y benéficas"⁹⁸.

Pero poco tiempo después se va produciendo la integración suficiente para el pasaje a la sustitución de esas imágenes parciales, a la de un objeto total, madre separada de él, frustrante y gratificante al mismo tiempo, ahora madre total destinataria al mismo tiempo de ese afecto ambivalente, del amor y del odio.

La protodepresión de la que hablábamos es entonces el sentimiento resultante de la instalación del juicio de realidad que hace ver que es el mismo yo el que ama y odia, que ese yo unificado ama y odia al mismo objeto y que ese objeto es a la vez el amante objeto que gratifica y el odiado que frustra, es objeto total. El pasaje y las formas de elaboración de estas tempranas situaciones transcurre determinando efectos que marcan una posición: "posición depresiva" a la que se retornará cada vez que el sujeto se vea enfrentado a una nueva situación de pérdida o frustración.

El éxito o el fracaso en la posibilidad de transitar todo el camino que va desde el sujeto no diferenciado del objeto a un yo integrado capaz de tolerar su

⁹⁶ Bleichmar Silvia: *La constitución psicosexual en la infancia*. Publicación CCH SUR, Psicología, México, 1979.

⁹⁷ Bleichmar Silvia: *En los Orígenes del Sujeto Psíquico*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.

⁹⁸ Klein Melanie: "Contribución a la psicogénesis de los estados maníacos depresivos", (1934): *En Contribuciones al Psicoanálisis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1964.

separación, dependerá de la singularidad de la historia del propio sujeto, de sus factores constitucionales y de sus experiencias infantiles gratificantes o frustrantes. "El aumento de amor y confianza y la disminución de los temores a través de experiencias felices, ayuda al niño, paso a paso, a vencer su depresión y sentimientos de pérdida (duelo), lo capacitan para probar su realidad interior por medio de la realidad externa. Al sentirse amado y, a través de la alegría y confort que experimenta en la relación con el mundo, se fortalece su confianza en su propia bondad, así como en la de las personas que lo rodean, aumenta su esperanza de que los objetos buenos y su propio yo puedan salvarse y disminuye al mismo tiempo su ambivalencia y sus temores a la destrucción del mundo interno".⁹⁹

Las experiencias desagradables y la falta de gratificaciones en el niño especialmente la falta de alegría y contacto íntimo con los seres amados aumenta la ambivalencia, disminuye la esperanza y la confianza, y confirma sus ansiedades sobre la aniquilación interna y la persecución externa, además lentifica y a veces detiene de forma permanente el proceso beneficioso a través del cual, a la larga, se logra una seguridad interior.

En el proceso de adquisición de conocimientos cada nueva experiencia debe ajustarse a los moldes suministrados por la realidad psíquica que prevalece en el momento; y al mismo tiempo la realidad psíquica del niño está influida gradualmente cada paso en el conocimiento progresivo de la realidad exterior. Cada uno de estos pasos es paralelo al establecimiento cada vez más firme de sus objetos "internos" buenos, y es utilizado por el yo como medio de vencer su posición depresiva.

Cuando las experiencias infantiles son predominantemente frustrantes en lo que hace a necesidades vitales y al plus de calor, caricias, contacto corporal a través de la piel, voz suave que dé seguridad, el niño pequeño se refugia defensivamente en ese estado anterior en que él estaba fundido con el objeto totalmente bueno y gratificante disociando el otro objeto malo y persecutorio y proyectándolo dentro de su cuerpo o en el exterior; y lo mismo hará en sus experiencias futuras de pérdidas en las que reactivará esos mecanismos primitivos que le sirvieron en aquellas primeras oportunidades.

Así vemos muchas veces personas que ante situaciones de pérdidas reales o imaginarias recurren a estos modelos patológicos de elaboración de duelos plasmados en su infancia. La drogadicción y el alcoholismo son algunas de las formas que asume su presentación por desplazamiento de ese "objeto bueno", idealizado. La droga o el alcohol estarían simbolizando la "concreta" incorporación de ese objeto ideal totalmente gratificante, el que es tratado como posesión. Al poseerlo no hay diferencias ni separación, no hay límites entre él y el objeto, por lo tanto no hay sentimientos de necesidad ni dependencia. De esta manera el yo se retrotrae a la situación narcisística original, al yo del placer puro por la fusión con la madre primitiva representada en el alcohol o la droga¹⁰⁰.

VII. EL DUELO EN LA REUBICACION DE POBLACIÓN AFECTADA POR GRANDES CATÁSTROFES.

⁹⁹ Klein Melanie: "El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos", *Op. cit.*

¹⁰⁰ Schenquerman, Carlos et al: "Nuevos aportes al estudio y tratamiento de la farmacodependencia". Trabajo presentado en el *II Encuentro Nacional de Centros de Integración Juvenil*, México, 1977.

Como señalamos en el apartado anterior algunos de los elementos generales que posibilitan la explicitación del punto de vista psicoanalítico con relación al duelo. Nos introducimos a partir de ello en una perspectiva específica difícilmente abordada por las otras disciplinas que pueden observar el mismo fenómeno. Esto quiere decir que no hemos puesto el acento en las condiciones "reales" de pasaje de una comunidad de un sitio a otro, sino en las formas en que esta comunidad puede "representarse este pasaje", así como las formas en que se representa las pérdidas.

Cuando se aborda un fenómeno, se tiende a verlo como efecto de una causa sin tener en cuenta que está sobredeterminado por múltiples efectos que provienen de órdenes de realidad diferente. En el modelo de la alimentación, que explicitamos anteriormente, se hacía evidente que cuando el cachorro humano despierta a la vida, no es sólo la leche lo que lo mantiene vivo y lo humaniza, sino un conjunto de elementos que participan de la lactancia y que tienen en su constitución tanto peso como la leche misma. Más aun, se podría decir que un bebé alimentado mecánicamente por una computadora lograra un crecimiento más o menos evolucionado durante los primeros tiempos de la vida sin que eso implicara que algún día podría llegar a sumar matemáticamente, construir frases, amar o reproducirse normalmente. Este es el caso de los niños autistas, en los cuales una falla en el vínculo materno imposibilita el acceso a la comunicación y a la inteligencia humanas (impensables una sin la otra), o de los niños hospitalizados que son víctimas de un cuadro de "marasmo" que consiste en una anorexia progresiva, falta de atención a los estímulos, repliegue en sí mismos, que termina por producir una desvitalización que culmina, de no ser atendida rápidamente, en la muerte.

En este último caso, el del marasmo infantil, a estos niños no se los ha privado del alimento ni de la higiene necesaria para su subsistencia, sino que al ser separados del agente materno y trasladados a condiciones mecánicas de cuidado, parecería que pierden todo interés en vivir siendo afectados por una forma de duelo precoz y patológico que termina por afectar el desarrollo biológico mismo.

¿Qué nos enseñan estas experiencias? Que hay algo humano, específicamente humano que tiene que ver con los primeros contactos amorosos del hombre con sus objetos satisfactorios, y que no puede explicarse desde el campo de la biología, por ser de otro orden que aquél del cual ésta intenta dar cuenta.

Así un médico preocupado por la aparición de un marasmo infantil en una sala de hospital, pero que no poseyera los conocimientos adecuados (es decir, no sólo biológicos) para comprenderlo, se enfrentaría impotente a la muerte de sus pacientes intentando recursos que no podrían detenerla (cambios en la alimentación, cambios en la higiene) porque desconocería *otro orden de realidad* que aquél que está produciendo el fenómeno.

En el caso del traslado de comunidades, el economicismo puede estar en las mismas condiciones que el médico de nuestro ejemplo anterior. Nos enfrentamos en este caso a una muerte que, sin ser biológica, aunque también puede cobrar su saldo en este sentido, puede tener el carácter de muerte simbólica de la comunidad expresándose por el incremento de las patologías que conocemos socialmente en los procesos migratorios, tales como disgregación de la familia, incremento del alcoholismo, aparición de formas de farmacodependencia o suicidio.

Y esto es debido a que la relación con la tierra, con el espacio de arraigo y desarraigo, sobre todo en poblaciones campesinas, no es una relación puramente económica o natural, sino una relación "libidinizada", en el más puro sentido psicoanalítico, es decir que implica amor y depositaciones imaginarias de las cuales un observador, por muy entrenado que esté, no puede encontrar las determinaciones salvo que posea las herramientas capaces de dar cuenta de ellas.

Arraigo y desarraigo. El lenguaje nos tiende sus trampas. En el diccionario Etimológico de la Lengua Castellana aparece. Raíz, 1207, Deriv. Enraizar, Arraigar¹⁰¹. Y esto no es una casualidad lingüística, esto tiene que ver con dos elementos que explicitaremos: en primer lugar, que el pasaje del hombre nómada al hombre sedentario se dio mediante el pasaje de la forma de satisfacción de necesidades del hombre cazador al agricultor. Es decir, la relación con la tierra está en los orígenes mismos de lo que hoy llamamos *hábitat*, en el sentido de conjunto de condiciones materiales que forman el entorno humano. Pasaje también de la caverna a la caza, definición de las condiciones humanas de existencia. En segundo lugar, raíz, arraigo, aquello que posibilita la existencia, no sólo material sino simbólica; alimenta y da vida, nutre y permite el crecimiento. *Desarraigo*: separación de la raíz, muerte simbólica o real de la planta en el segundo caso, del sujeto humano en el primero.

En el modelo de la lactancia, que es el que estamos utilizando como base de nuestras observaciones, no era exactamente la leche lo que se ponía en juego en la constitución del ser humano. Un niño puede ser separado de la madre para pasar a alimentarse con una ama de leche que tenga más alimento para proporcionarle, y si bien los beneficios serán evidentes desde el punto de vista alimenticio, el pasaje de una a otra deberá implicar una serie de condiciones para que pueda realizarse satisfactoriamente. Y no sólo en este caso, que alude al objeto materno originario, sino que encontramos lo mismo en todos los elementos que acompaña el primer tiempo de vida: cuando se traslada al bebé del canasto que es su "hábitat" inicial, a la cuna en la cual permanecerá a partir de un cierto periodo de la vida, es frecuente que los primeros tiempos llore y se le dificulte el sueño. Esto hace que las madres con experiencia trasladen conjuntamente con el bebé alguna mantita a la que está habituado y que guarda restos de su olor y su calor, para posibilitar un pasaje menos problemático.

Este segundo ejemplo nos confronta con algo de importancia para nuestro tema: en primer lugar, que lo que el observador considera necesario y como una mejoría para el sujeto puede o no ser compartido por éste en la medida en que los elementos que componen la situación no sean totalmente conocidos e implementados adecuadamente. En segundo lugar, que no es a los objetos humanos solamente que el ser humano se aferra en su amor, sino a "restos humanizados" de objetos materiales, en la mayoría casos inanimados, que por contigüidad forman parte de su campo amoroso.

Con esto último que acabamos de señalar nos empezamos a ubicar en las relaciones entre los conceptos psicoanalíticos y el tema que nos preocupa: las consecuencias del traslado de población rural o urbana afectada por situaciones catastróficas.

Hemos señalado que cada objeto posee, a la vez que un valor material cuyo objeto de estudio es la economía política, un *valor representacional* cuyo objeto de estudio no puede ser otro que la ciencia que se ocupa no de los instintos, como vulgarmente se ha pretendido, sino de las relaciones del psiquismo con los objetos de deseo, es decir, el psicoanálisis.

Valor representacional es el concepto que introduciremos como correlato de valor libidinal, concepto específicamente psicoanalítico, para aludir a la carga -o valor simbólico- que las pertenencias de la comunidad tienen para la misma y no tanto en cuanto a bienes materiales, sino como objetos depositarios de fantasías individuales y compartidas por los miembros de esta.

¹⁰¹ Corominas Joan: *Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Ed. Gredos, Madrid, 1973.

En el modelo antes explicitado del duelo normal y el duelo patológico, señalamos la existencia de un tipo de pérdida en la que se conoce cual es el objeto perdido, sin que esto implique que el sujeto sepa que es lo que pierde con él. Esto es el valor libidinal del objeto. El valor representacional lo introduciremos puramente como concepto diferenciador en el plano de la comunidad, sin que dejemos de lado que este valor representacional guarda relaciones particulares con el anterior pero en el cual pesan no solo las representaciones singulares de los vínculos primitivos del sujeto individual, sino el conjunto de representaciones que hacen al tesoro histórico de la comunidad.

Y así como un destete temprano produce determinadas consecuencias en el sujeto libidinal que tendrá que ver con los modelos de organización del duelo en su vida posterior, la historia de despojamiento, migraciones y pérdidas históricas producirá determinadas consecuencias también específicas en las formas de elaboración que haga la comunidad de los nuevos pasajes a los cuales se ve enfrentada.

Esta elaboración será condición del reconocimiento de lo perdido tanto como de la capacidad de goce con los nuevos objetos a poseer.

Si recordamos lo que planteábamos antes respecto al valor representacional de la tierra en cuanto a sus múltiples significaciones y lo relacionamos con el proceso de elaboración de duelos tal como lo señalamos antes, podemos llegar a entender puntos que tienen una implicancia significativa en el proceso de evacuación de comunidades y en el reacomodo en nuevos asentamientos, previniendo allí formas patológicas de organización.

Decíamos que el sujeto -y más el de las poblaciones campesinas- tiene una particular y entrañable relación con su entorno. Con la tierra establece un vínculo de posesión, se siente parte de ella y la siente parte de él, crecen y se desarrollan juntos. Separarse de ella, desprenderse, es mutilarse. "Nuestras tierras son nuestros brazos, si la perdemos, ni manos tendremos para pedir caridad" (Ladislao Hernández, Zacatonal, Chiapas)¹⁰².

La unidad, el sentimiento de fusión que trasciende de esta frase es demostrativo por sí mismo.

Y en tanto se da esta fusión, muchos de los sujetos que serán evacuados quedarán con sus raíces truncadas unidas a la vieja tierra y se secarán como una planta que no prende en la nueva tierra de arraigo. Esto sobre todo se ve en los ancianos, los patriarcas de la comunidad, en los que es más profundo el proceso de identificación con el objeto perdido y la dificultad de reconocerse en el nuevo lugar: "Como se va a quedar la iglesia bajo el agua y yo me voy a salvar, yo voy a morirme con ella"... "Nosotros, que tenemos que ver con el nuevo lugar..."¹⁰³.

Como decíamos anteriormente los Grupos Elaborativos de Simbolización serían el instrumento apropiado para operar transformaciones en y con la comunidad y crear significación en la elaboración de los duelos por las pérdidas singulares y/o colectivas que hayan sufrido, con la meta de lograr conductas adecuadas y creadoras.

¹⁰² Primer Informe del Equipo de Estudios Interdisciplinario para el Reacomodo de la Presa Hidroeléctrica Itztantún, Edo. de Chiapas, México, Febrero de 1980. (Asesoramiento y Supervisión: Dr. Carlos Schenquerman).

¹⁰³ Informe recién citado.

Este aspecto creativo de la conducta grupal puede servir de vector para la cuantificación de la evolución de un grupo ya que mide la aceptación del cambio y la operatividad del mismo. Al enfrentarse con lo elaborado grupalmente a situaciones y desafíos nuevos, aumenta la plasticidad de los sujetos en detrimento de las conductas rígidas y repeticiones dando lugar a un pensamiento y a una acción creadores, productivos y funcionales, que lleva a un rendimiento superior en el proyecto común de la comunidad.

De esta manera el énfasis de nuestro trabajo se ve trasladado del plano de la enfermedad al de la promoción de un mayor equilibrio, de un mejor nivel de salud de la población. Así no nos interesa sólo la ausencia de salud sino el desarrollo pleno de los individuos y de las comunidades que integran.

EVALUACIÓN DE LA PRIMERA ETAPA DE ATENCIÓN PSICOSOCIAL REALIZADO CON GRUPOS DE DAMNIFICADOS REUBICADOS EN LA EX-HACIENDA DE XALPA, MUNICIPIO DE HUEHUETOCA, ESTADO DE MÉXICO.

PRIMERA ETAPA:

a) **Primera Fase:**

Convocatoria y Organización de grupos: Esta etapa sería llevada a cabo por el Personal Técnico de UNICEF bajo nuestra asesoría y supervisión. Se determinó la consigna con que debía convocarse a la población para constituir los grupos. Se debería tener un contacto directo y personal, en pequeñas reuniones. Se les explicitaría que UNICEF incorporaba a sus equipos y áreas de trabajo a técnicos especializados en técnicas grupales y constituiría un espacio para que ellos mismos bajo la coordinación de estos técnicos, pudieran hablar y reflexionar sobre los acontecimientos vividos desde septiembre de 1985 y que culminaron con su traslado al municipio de Huehuetoca. También sería posible dirimir en este espacio grupal la problemática actual que los afectaba, así como sus inquietudes o expectativas respecto al futuro. El personal de UNICEF que debería llevar a cabo esta actividad estaría conciente de que al convocar a la población pondría el énfasis en los aspectos prospectivos, tomando a estos como en un enfoque preventivo en cuanto a la posibilidad de que en el futuro se hiciera evidente patología mental de riesgo. Se desestimó la posibilidad de que esta convocatoria sea encarada por cualquier otro medio que no sea el de la comunicación cara a cara. Se dieron claros parámetros al personal de UNICEF para que en un mismo grupo que fuera a constituirse no hubiera familiares directos y que se evitara hacer grupos en base a supuesta patología. Por el contrario, estos deberían ser heterogéneos en cuanto a sexo, ocupación, lugares de origen y ubicación actual de sus respectivas viviendas. Se pidió a los técnicos de UNICEF que asumieran esta tarea de constitución de grupos con compromiso y pertinencia dado que de ella dependería el desarrollo posterior y el éxito del proceso. Se ofreció al personal de referencia la posibilidad directa de evacuar cualquier duda o malentendido para llevar a cabo su tarea. Al mismo tiempo nuestro equipo de trabajo visitó el Área y sus instalaciones para determinar el lugar y las condiciones en que se llevaría a cabo la tarea grupal. Se optó por las aulas de la escuela que si bien no ofrecía absolutas condiciones de idoneidad era el mejor espacio posible de que se disponía. Se indicó que se taparan las ventanas para evitar la mirada desde afuera y lograr una mayor intimidad al interior. Se determinaron los horarios y las fechas en que se llevaría a cabo los grupos, así como la confirmación definitiva de los mismos. Se propuso encarar la constitución de grupos reunidos

por edades de niños, adolescentes y adultos. Los niños de 3 a 5 años constituirían 2 grupos, los de 6 a 9 años constituirían 3 grupos; los de 10 a 12 años constituirían 2 grupos; habría 2 grupos de adolescentes de 13 a 15 años y 2 grupos de adolescentes de 16 a 18 años. Con la población adulta se constituirían 3 grupos de 19 a 28 años, 3 grupos de 29 a 40 años, un grupo de más de 40 años y 2 de mujeres. Como había sido explicitado en el Programa presentado con anterioridad a UNICEF el total de población abarcada por estos grupos ascendería el 26,5% de la población total. Esta cifra al finalizar la primera etapa completa no llegó a cubrirse en su totalidad salvo en el caso de los grupos de niño pequeños y mujeres.

Aclaremos aquí que algunos de los grupos no pudieron constituirse de inicio porque no se respetaron al pie de la letra nuestras indicaciones en cuanto a la forma de convocar a la población y además en algunos casos hubo malentendidos respecto a los horarios en que se reunirían los grupos. Pensamos además que, el hecho de que la población no demandara voluntariamente este tipo de atención, hizo que parte de ella no asumiera comprometidamente la tarea. Por otra parte conflictos previos entre distintas Instituciones que atienden y se disputan a la población también contribuyeron a esta dificultad inicial.

b) **Segunda Fase:**

Trabajo con Grupos Elaborativos de Simbolización: En la segunda fase de esta primera etapa, fase propiamente de trabajo grupal, nuestros equipos de coordinadores y observadores se presentaron a los respectivos lugares asignados en los horarios y días previstos. Como se había determinado con anterioridad cada equipo coordinaría 3 sesiones de un mismo grupo en un mismo fin de semana. Esto se llevaría a cabo de la siguiente manera: 1 sesión sábado por la mañana, otra el sábado por la tarde y la 3ra. El domingo por la mañana. Cada sesión sería de una duración de 1 ½ hora.

Cabría aclarar aquí que se decidió constituir grupos no mixtos, de mujeres solas en base a la experiencia anterior llevada a cabo por Trabajo del Psicoanálisis con UNICEF y en el Albergue de Río Becerra, México, D.F., donde vimos la profunda ansiedad de pérdida de las madres cuyos hijos participaban en esta experiencia. Además, esta decisión se apoyaba también en el hecho de que estas mujeres eran las que tenían mayor permanencia en las casas del municipio y podrían, posteriormente, actuar con más pertinencia como líderes de la comunidad.

Se trabajó durante 5 fines de semana entre el 25 de Octubre y el 7 de diciembre. Se constituyeron 21 grupos que cubrían un total de 245 personas. La consigna que el Coordinador expuso a los miembros del grupo y que determinaría la tarea giraba en relación a la posibilidad de que ellos hablaran libremente sobre lo que pensaban y sentían en torno a las circunstancias que habían determinado que estuvieran hoy viviendo en este municipio y sobre sus expectativas respecto a su propio futuro. Se les aclaró que ni en estos grupos ni el equipo técnico eran para responder a ningún tipo de demanda sobre necesidades o carencias materiales que los afectara. Se les aclaró también que todo lo que se dijera en ese espacio debería ser guardado confidencialmente y todo lo que se dijera afuera, en relación al grupo, debería ser restituido al grupo en su momento.

En cuanto a los grupos de trabajo con niños si bien el objetivo de la consigna era el mismo, se la adecuó a sus posibilidades de comprensión. Con los más pequeños se incluyó una historia leída por el Coordinador e ilustrada con láminas con el fin de que estas funcionaran como disparador y gestara un diálogo posible que luego se revertiría en un análisis significativo y simbolizante de su particular problemática. Con todos los niños se utilizó además material de dibujo y modelado (lápices de colores, crayolas, plastilina y hojas blancas). En los niños más pequeños este material sería la forma privilegiada de expresión y

proyección de su vida psíquica. En los niños mayores sería una forma de apoyar y contribuir a la verbalización.

Como estaba previsto, se convocó de inicio a un total de 320 personas de las cuales concurren a la primera reunión grupal sólo 245; esto equivale al 76,5%. El número de grupos que se pensaba llevar a cabo era de 25 y se lograron 21, de los cuales 15 llevaron a término las 3 sesiones planificadas, 2 grupos desertaron por completo al finalizar la 2da. sesión y 4 no llegaron a la 2da. De las 245 personas que comenzaron la experiencia grupal hubo 66 deserciones (26,9%) después de la 1a. sesión y sólo 123 participaron en las 3 sesiones del grupo; es decir que otras 56 desertaron después de la 2a. sesión. El total de deserciones fue de 122 personas (49,75%).

Esta deserción no fue homogénea dado que en los grupos de niños (3 a 5 años, 6 a 9 años y 10 a 12 años) casi no la hubo. De un total de 106 niños con los que se inició el trabajo grupal finalizaron por completo la experiencia 81 niños (76,41%). También el grupo de mujeres adultas que había iniciado con 39 miembros finalizó con 32 (82,05%). Como se ve si la deserción total fue de 49,75% y la del conjunto mujeres/niños sólo fue del 17,25% se hace evidente que quienes abultaron la cifra total de deserciones fue el conjunto Adultos/Adolescentes varones. Estos, como conjunto, comenzaron siendo 120 miembros y sólo finalizaron las 3 sesiones un total de 10 miembros (91,66% de deserciones).

El índice de prevalencia de trastorno psíquico detectado en la población abarcada en esta etapa del Proyecto fue alto. En realidad podríamos decir que fueron excepciones los sujetos sin algún grado de patología, pero, en su defecto, eran excepciones también aquellos que evidenciaban patología pronunciada. Hemos diseñado una clasificación de trastorno psíquico que nos es más útil que las de nomenclatura tradicional y conocida que, creemos, sólo sirven para etiquetar descriptivamente al sujeto. Nuestra propuesta para estos casos pone el centro en la relación del sujeto con el duelo que lo atraviesa, relaciona el duelo con las defensas del yo erigidas para evitar la angustia y el dolor psíquico y señala la posibilidad inmediata o mediata de transformar la defensa en cuanto a la capacidad del sujeto de tomar contacto con los sentimientos depresivos y con los fantasmas que movilizan la angustia.

a) Sujetos con duelos elaborados o en vías de elaboración, con capacidad productiva, reparadora y de goce.

b) Sujetos con duelos no elaborados con defensas rigidizadas que atentan contra sus capacidades productivas y reparadoras aunque sin sintomatología manifiesta y con capacidad de *insight*.

c) Sujetos con duelos no elaborados con sintomatología manifiesta y con capacidad de *insight*.

d) Sujetos con duelos no elaborados con sintomatología manifiesta y sin capacidad de *insight*.

e) Sujetos con duelos no elaborados con sintomatología manifiesta, sin capacidad de *insight* y con conductas que atentan contra sí mismo o contra la comunidad.

Consideramos aquí un espectro que va desde la salud entendida como capacidad productiva y reparadora con posibilidad de goce por lo que se posee y de dolerse por lo perdido, hasta el extremo opuesto en el que estarían quienes manifiestan sintomatología variable pero que en todos los casos muestran rigidez de defensas frente al dolor psíquico que inhiben o bloquean la capacidad productiva, reparadora y de goce, expresando, por el contrario conductas auto o hétero-destructivas.

Si bien no hemos visto sujetos que lleguen a este extremo del espectro pensamos que es posible que en un futuro más o menos mediato esto puede suceder en algunos casos. Nos referimos a aquellos en que la defensa del yo frente a la angustia y al dolor psíquico se ha estereotipado determinando conductas evasivas (motivo fundamental de las deserciones) que impiden tomar contacto con sentimientos depresivos que permitan una correcta elaboración de duelos o ha devenido en defensa maniaca que ubica imaginariamente al sujeto en la omnipotencia y en la megalomanía.

Como en todo proceso de trabajo las hipótesis y proyectos están sujetos a corroboración o modificación, de acuerdo a la marcha del mismo, al finalizar esta 2a. fase de la 1a. etapa, pensamos que la propuesta inicial de repetir con otro núcleo de población la misma experiencia deberá ser modificada.

Ahora proponemos para esta 2a. etapa que comienza en enero y concluye a fines de febrero trabajar en Grupos Elaborativos de Simbolización con mujeres por la posibilidad que han mostrado de acceder al *insight* y que permite operar con ellas para constituir líderes de y para la comunidad por su constante permanencia en ella y Grupos Elaborativos de Simbolización con niños por la acción preventiva y terapéutica.

Si bien con respecto a los grupos de niños trabajados, en total nueve, detectamos de inicio un alto índice de duelos no elaborados, debemos señalar que lo que aparecía en la primera sesión como señales de un alto grado de desorganización y desestructuración, en el curso de las 3 sesiones de trabajo esto fue revirtiéndose. Por dibujos de los niños, expresión privilegiada por proyección de la vida psíquica de estos, mostraban en el inicio panteones y edificios destruidos, agrietados, derrumbados. Al completar la experiencia pudimos notar el efecto de la capacidad de elaboración simbolizante en estos niños ya que sus dibujos eran ahora más organizados y estructurados y por sus asociaciones evidenciaban sus posibilidades reparadoras al recuperar en un aquí y ahora y prospectivamente objetos protectores que daban seguridad. En el de curso de las 2 últimas sesiones fueron pasando por hospitales, ambulancias -señales de que simbólicamente se sentían atendidos y cuidados-, hasta llegar a dibujar y dibujarse en el escenario de los "jardines" de Xalpa; un Xalpa idealizado con Centros Comerciales, Parques, Tortillerías, Escuelas y niños felices. Una niña escribió con letras mayúsculas y grandes la palabra "!ALE(G)RÍA!"; quiso escribir "alegría" pero le faltó una letra; y es que si, estos niños están muy cerca de recuperar la alegría infantil pero aún sienten que les falta algo. Creemos que otra etapa en trabajo con Grupos Elaborativos de Simbolización permitiría completar la aceptación de la pérdida y, al menos simbólicamente, al aceptar ese "agujero", encontrar la G que les permita llenarlo.

Mención especial merece la necesidad y posibilidad de trabajar con adolescentes que si bien su permanencia en los grupos que les correspondía estuvo caracterizada bastante homogéneamente por la deserción, pensamos que esto no es obstáculo insalvable para encarar un trabajo paciente, tolerante y benevolente que permita lograr motivarlos y, a través de distintas estrategias, captarlos para incorporarlos al proyecto de Grupos Elaborativos de Simbolización.

Estos adolescentes son quienes tienen más condiciones para transformar y transformarse, como los hemos apreciado en el desarrollo de los procesos grupales.

A este respecto compartimos el punto de vista del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, en cuyo último informe anual que acaba de hacerse público enfatiza la necesidad de que sean los niños y adolescentes quienes reciban el mayor apoyo en cuestiones de supervivencia, salud y atención psicológica a pesar de las políticas de ajuste económico, dado que un recorte en

este plano implicaría sacrificar el desarrollo físico y mental de la próxima generación y esto no tendría sentido humano ni económico. UNICEF aboga por un ajuste con rostro humano, en el que la moralidad se adecue a la capacidad y en el que se produzca un cambio fundamental en las concepciones públicas y políticas que sea capaz de modificar los límites de lo que es aceptable en nuestro tiempo.

Lo que hemos visualizado en el trabajo grupal con estos niños y estos adolescentes sirve para avalar lo dicho en ese informe. Vimos niños y adolescentes con enorme riqueza interior y con una gran potencialidad productiva que han iniciado el camino del deterioro físico y mental. Se sienten abandonados y librados a la gran máquina del anonimato ("*somos pollitos de incubadora*"). La experiencia reparadora vital que ofrece UNICEF no alcanza para llenar sus carencias; carencias que de por sí son insatisfacibles dado que no remiten sólo a algo material sino a "otra cosa" de la que ni ellos mismos tienen conciencia. Es que se trata de pérdidas muy primitivas reactualizadas en esta situación y que son de valor simbólico-imaginario. Habíamos hablado ya de que cuando las experiencias infantiles son predominantemente frustrantes en lo que hace a necesidades vitales, plus de calor, caricias, contacto de piel, voz suave que transmite y crea seguridad el niño pequeño se refugia defensivamente en estadios muy primitivos en el que se sentía totalmente fundido a la madre de los orígenes.

El Proceso Elaborativo de Simbolización que propician nuestros grupos de trabajo permitirían una ligazón ordenadora que enriquezca complementariamente la nueva experiencia que ofrece UNICEF con las acciones de sus Programas.

En lo que concierne a los sujetos masculinos adultos pensamos que el motivo de no responder a la convocatoria o de desertar después de haber concurrido a una sola sesión grupal se debe a la dificultad para tomar contacto con sentimientos depresivos dolorosos. Bajo el lema "*Eso es un perdedero de tiempo*", o "*Que vayan las mujeres que no tienen nada que hacer*", ocultan su propia debilidad y muestran la rigidez de sus mecanismos defensivos. Esto creemos que deberá ser tenido en cuenta porque ubica a estos sujetos en la compulsión repetitiva y los lanza hacia su propio fracaso o al fracaso de las alternativas de propuestas socialmente compartidas, con el consecuente desaliento de los organizadores o promotores de estas Programas y puede determinar el incremento de patología psicosocial. Decimos que debe ser tenido en cuenta en dos sentidos. Uno en relación a este posible efecto del deterioro que incrementaría la patología (alcohol, adicciones a drogas, promiscuidad y violencia). El otro en cuanto a qué es posible hacer con ellos. Pensamos que toda acción inmediata que se intentara indiscriminadamente estaría condenada al fracaso. Tal vez sería conveniente detectar un grupo discriminado de ellos con los que sí fuera posible el trabajo elaborativo y con el resto esperar, pero no pasivamente, sino que, a través de las mujeres con las que se vaya trabajando, y con los adolescentes, posiblemente hijos de ellos, se pueda penetrar la coraza defensiva y lograr la fisura por la que se haga posible un trabajo de elaboración adecuado.

EVALUACIÓN DE LA SEGUNDA ETAPA DE ATENCIÓN PSICOSOCIAL REALIZADO CON GRUPOS DE DAMNIFICADOS REUBICADOS EN LA EX-HACIENDA DE XALPA, MUNICIPIO DE HUEHUETOCA, ESTADO DE MÉXICO.

A) *Primera Fase:*

Convocatoria y Organización de grupos:

Como lo sugerimos en la evaluación de la primera etapa de trabajo de este programa, se decidió organizar grupos integrados por mujeres adultas y niños.

Estos últimos conformarían 3 grupos que, de igual manera en que operamos en la experiencia anterior, se dividirán por edades: 1 grupo de 3 a 5 años, otro de 6 a 9 y el último entre 10 y 12 años. También nos propusimos trabajar con un grupo mixto de adultos (mujeres y hombres). Se decidió respecto a los sujetos masculinos invitar a aquellos que habían participado activamente y sin deserción en la primera etapa y a aquellos otros que voluntariamente solicitaran su inclusión. Por pedido especial de UNICEF se trabajaría también con un grupo mixto de adolescentes. El pedido especial se sustentaba en que algunos de estos menores presentaban conductas problemáticas: actos delictivos o adicciones. La convocatoria se hizo siguiendo el mismo modelo de la primera experiencia y por el mismo personal de UNICEF. La consigna, en este caso, enfatizaba el rehusar en el presente con finalidad prospectiva. Nuevamente se llevó a cabo a través de contactos personales y directos, en pequeñas reuniones con la población previamente seleccionada.

En esta ocasión se decidió que los grupos funcionarían en el local de UNICEF aunque en la etapa anterior se llevaron a cabo en el local de la Escuela Pública del pueblo. Este cambio tuvo implicancias y efectos en el desarrollo del proceso de trabajo con Grupos Elaborativos de Simbolización ya que, al ligarse e identificarse concretamente a UNICEF con los equipos técnicos que coordinarían los grupos, se hizo participe a estos de las fantasías y sentimientos que despertaba en la población el hecho de que UNICEF se retiraría, junto con su apoyo técnico y económico del Proyecto de Huehuetoca. Como lo explicitaremos más adelante buena parte de la no concurrencia de la población convocada a las reuniones grupales como también una parte del índice de deserción, se explica por esta razón. Así lo manifestó una de las mujeres de uno de los grupos al preguntársele por las inasistencias a una de las sesiones de trabajo. Ella relató que todos se habían ido a ver al nuevo candidato a la gobernatura del Estado de México: *"Si no vamos, después nos pagan con la misma moneda"*. Esto tiene dos formas posibles de lectura pero que se ligan entre sí. Por un lado, en el plano manifiesto, el nuevo candidato era el que vendría en el futuro a satisfacer sus demandas y sus necesidades, por lo tanto había que estar con él y no frustrarlo. En otro plano, el latente, puede verse el valor implícito del discurso: *"Si Ustedes (el equipo técnico de coordinación grupal) -como los de UNICEF- nos abandonan y nos frustran, les pagaremos con la misma moneda, abandonándolos nosotros primero a Ustedes"*. Esto se exacerbo más aún en el momento en que a la casa de UNICEF se le cambia el nombre por el de AURIS (empresa constructora de la localidad).

B) Segunda Fase:

Trabajo con Grupos Elaborativos de Simbolización:

En esta fase de proceso grupal propiamente dicho, nuestros equipos de Coordinación/Observación trabajaron durante 3 fines de semana desde el 24 de enero a 15 de febrero de 1987. Se constituyeron 10 grupos que cubrirían un total de 160 personas. Cada equipo coordinaría 3 sesiones con cada grupo en un mismo fin de semana (sábado por la mañana y por la tarde y domingo por la mañana) cada sesión tendría una duración de 1 ½ hora como se hizo también en la primera etapa.

La consigna que fijaría los objetivos grupales, así como las reglas que legalizaban su ordenamiento fueron explicitadas de inicio en términos semejantes a como se había hecho con anterioridad en la experiencia de octubre a diciembre de 1986.

Las reglas eran las de *discreción* respecto a lo que se dijera en el interior de las reuniones grupales y la de *restitución* al grupo de lo que se dijera afuera si concernía al grupo. También se reiteró que el equipo técnico no estaba allí para responder o transmitir demandas sino para ayudarlos a pensar en la forma en que se les hiciera posible a ellos mismos resolver sus propias necesidades.

Técnicamente, con los grupos de niños se llevo a cabo la misma metodología descrita en la evaluación anterior en lo que respecta a consigna, historia leída que operara como disparador y generador de diálogo, material gráfico y verbalización.

De acuerdo a lo anticipado en el punto anterior, también en esta etapa hubo un alto índice de no concurrencia a las primeras reuniones grupales como también de deserción a las siguientes de quienes sí habían concurrido a las primeras.

De las 160 personas convocadas de inicio sólo concurrieron a las primeras sesiones de trabajo 37 personas, esto equivale al 23% del total. El numero total de sesiones previstas era de 36 y sólo se llevaron a cabo 25. Un numero de 11 sesiones tuvieron que suspenderse por no haberse logrado un *quórum* adecuado.

De las 37 personas que comenzaron la experiencia grupal hubo deserciones después de la primera sesión y solamente 19 completaron las 6 sesiones previstas como ciclo completo. El total de deserciones fue del 51%.

A diferencia de lo explicitado en la Evaluación de la Primera Etapa en ésta sí las deserciones se dieron con mayor homogeneidad en todos los grupos de edades. Las deserciones en los grupos de niños de las 3 edades por supuesto se ligan a las deserciones de los grupos de mujeres adultas, sus madres, que deberían traerlos a ellos.

Con respecto a la clasificación de trastorno psíquico que proponíamos en la Evaluación de la Primera Etapa podemos afirmar que, en su mayoría, nos hemos encontrado con personas que corresponden al segundo ítem, es decir, sujetos con duelos no elaborados con defensas rigidizadas que atentan contra sus capacidades productivas y reparadoras aunque sin sintomatología manifiesta y con capacidad de *insight*. Nuestras posibilidades de operar con este *insight* se vio limitada por la no concurrencia o por las deserciones que se explicarían por la rigidez de las defensas. Estas a su vez dan cuenta de la necesidad de estos sujetos de re-estructurarse de la manera en que les fue posible dado el largo tiempo transcurrido desde los episodios traumáticos; el terremoto en primer lugar y, posteriormente, su traslado y reubicación en la Ex-hacienda de Xalpa, con la consiguiente pérdida de su hábitat propio. En relación a esto, nos apresuramos a sugerir que, a la luz de esta experiencia, deberían llevarse a cabo acciones de Elaboración y Simbolización, previamente y durante el tiempo de traslado de la población, para no dar tiempo a que las lesiones o heridas que esto determina pongan en juego formas defensivas estereotipadas que después son más difíciles de movilizar y resolver.

Algunos, muy pocos, prácticamente los adolescentes para quienes se solicito un grupo especial, pertenecen a los ítems c, d, y e de nuestra clasificación; es decir sujetos con duelos no elaborados con sintomatología manifiesta con (y sin - algunos-) capacidad de *insight* y en muy pocos casos conductas auto o hétero-destructivas.

En algunos casos también tuvimos deserciones o no concurrencia por motivos distintos. Por ejemplo, un grupo de señoras que no concurrieron porque lo que elaboraron en la experiencia anterior en sus respectivos Grupos de Elaboración Simbolizante les permitió concretizar un proyecto surgido en ellas: un taller de costura y diseño de ropa, pero que no les dejaba tiempo para una nueva experiencia de reflexión.

También, aunque en forma individual y no homogénea, vimos muestras de los efectos transformadores del proceso elaborativo en quienes explicitaban su sensación de cambio personal ("Me siento otra, nueva", decía Alicia Bravo en uno de los grupos). Alicia había sido un miembro silencioso en las primeras reuniones

y ahora podía comunicarse y encontrar el placer de compartir sus sentimientos y sus proyectos futuros. Ella fue portavoz de otros miembros de grupos que aceptaban lo que ella explicitaba como expresión de sus propias sensaciones de transformación y agradecimiento por lo recibido de sus compañeros de grupo y del equipo técnico que los coordinaba, como hacia UNICEF que les había hecho posible esta experiencia.

Sin embargo, otra parte de la población convocada no pudo aprovechar la ocasión brindada para la contención y elaboración de sus ansiedades.

Estos daban cuenta o hacían explícita una enorme demanda o una alta dosis de voracidad y sintieron que el grupo y sus conductores *"no les daba todo lo que necesitaban"*. Estos representaban a quienes no podían tomar lo que sí se les ofrecía por no tolerar ver frustradas otra parte de sus carencias.

Como lo señalamos antes, el hecho de que estas experiencias terminaran y de que UNICEF se retire del Proyecto de Huehuetoca, fue factor decisivo para explicar otra parte de la no concurrencia y deserción. Los niños en sus dibujos escribían las palabras *"FIN y ADIOS"*. Se veían helicópteros con la palabra *"UNICEF"* que partían y se alejaban y mostraban signos de tristeza y dolor por la pérdida de este espacio grupal pero, también, de agradecimiento por lo vivido en él.

En otros grupos se hacían referencias al *"agua y luz que se cortaban"*; el hecho de tener que ir a acarrear cubetas de agua fue otro de los motivos manifestados por algunos miembros de grupos para justificar sus ausencias. En esto también se ven dos planos: uno concreto, el de ir a resolver por sí mismos sus propias dificultades, y otro plano, simbólico, *"no podemos buscar, en los grupos el agua que calme la sed ni la luz que aclare la mente y las ideas porque nos la van a cortar cuando se vayan y esto va a ser doloroso, otra pérdida que se suma a las anteriores, por lo tanto mejor arreglémonos por nosotros mismos"*.

En uno de los grupos, las mujeres, hablan de abortos, interrupciones voluntarias de embarazos. ¿A qué abortos se refieren? También en lo explícito a cuestiones intrínsecas a su femineidad, en lo implícito a ser abortados del grupo por sentir que esta experiencia no duró el tiempo suficiente y que fueron expulsados prematuramente, por lo tanto, mejor ser ellas las que aborten e interrumpan antes de llegar al término. El efecto de esto fue la deserción de ellas y sus niños. Cuando María Teresa dice que van a buscar a otro pueblo una enfermera que les dé una inyección a pesar de que tienen una aquí, en Huehuetoca, quiere decir que van a buscar afuera lo que puede ser resuelto allí; están hablando además de su desconfianza a darse y recibir entre ellos. *"Es que sí una vez tenía y lo perdí, porque voy a confiar en que aquí no va a suceder lo mismo; mejor busco en otro lado y no creo nuevos lazos que me activen el dolor si los pierdo"*.

El paradigma de esta dificultad fue expresado por María Teresa en un grupo de mujeres al decir *"cuando riego los arbolitos debo arrimarles la tierra porque los niños se la quitan"*. No sólo expresa María Teresa qué pasa con los arbolitos sino que su discurso da cuenta de lo que pasa con ellos. Se sienten como plantas que han perdido su tierra, su lugar de arraigo; han sido arrancadas de raíz y no pueden asentarse en tierra nueva hasta que no elaboren el duelo por lo perdido.

De acuerdo a los objetivos planteados al iniciar el proyecto, pensamos que en lo que se refiere a la evaluación del índice de prevalencia de trastornos psíquicos, la detección fue alta. Que, tal como ya fue expresado al informar sobre la primera etapa, son excepciones los sujetos sin algún grado de patología así como también son excepcionales los sujetos que evidencian patología pronunciada y que la mayoría de la población se encuentra con una situación de duelo no elaborado con defensas rigidizadas que atentan contra sus capacidades

productivas y reparadoras aunque sin sintomatología manifiesta y con capacidad de *insight*.

Consideramos que el largo tiempo transcurrido entre el episodio traumático y la posibilidad de elaborarlo a través de los Grupos Elaborativos de Simbolización, facilitó la rigidización de las defensas por lo que, como ya fue mencionado, proponemos que para situaciones similares la experiencia grupal se desarrolle previamente y durante el tiempo de traslado de la población.

En lo que concierne a la detección y estimulación de líderes de la comunidad y de acuerdo a la población con que trabajamos, creemos que el grupo de mujeres a través de los técnicos de planta de UNICEF podría ser aprovechado para trabajar situaciones preventivas y de desarrollo. Si bien hay diferencias entre ellas en relación a las posibilidades de participación de cada una, como conjunto son quienes más capacidad transformadora mostraron tanto en ellas mismas así como posibles agentes de cambio en y hacia la comunidad.

Apéndice II

La teoría puesta nuevamente a prueba frente al atentado sufrido por AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina) el 18 de Julio de 1994¹⁰⁴

Si observamos los movimientos que se produjeron a partir del atentado del 18 de julio de 1994 a AMIA, podemos explorar la secuencia que se expresó en los distintos sectores que sufrieron sus efectos.

Una parte de la población quedó anonadada y pasivizada, abrochada a los televisores que mostraban las imágenes de la catástrofe tratando de cercar, de algún modo, las representaciones del horror. En otro sector, la impreparación previa dio lugar a una puesta en marcha de múltiples acciones solidarias (colas para dar sangre en los hospitales, acercamiento de voluntarios que comenzaron inmediatamente y bajo modos espontáneos de organización a brindar ayuda en la remoción de escombros y en la constitución de vallas de contención a los curiosos, en la recolección de elementos de ayuda, etc.).

Este primer tiempo está atravesado por un sentimiento predominante de angustia, y por el intento de estructurar defensas mínimas ante la irrupción de lo siniestro. La angustia se ligó rápidamente en formas de balizamientos en las defensas "hacia afuera".

A partir de un anuncio gubernamental del día 12 de agosto de 1994 (tres semanas después del atentado), en el cual se informó a la población sobre la posibilidad de nuevos atentados, la angustia que comenzaba a ligarse en miedo devino terror generalizado. El terror fue producto de que el anuncio no podía, en modo alguno, permitir la instrumentación de medidas operatorias por parte de la población, tanto judeo-argentina como argentina no judía.

Señalemos de modo general que, a partir del atentado, algunas tendencias generales particularmente preocupantes se expresaron centralmente en la sociedad. Del lado de la comunidad judeo-argentina, una tendencia a organizar medidas de

¹⁰⁴ El 18 de julio de 1994 la Asociación Mutual Israelita Argentina sufrió un atentado perpetrado por grupos terroristas en el cual murieron 83 personas y hubo cerca de 200 heridos. En esa oportunidad fuimos convocados para dirigir el Programa de Atención a víctimas y afectados. Esto que sigue son reflexiones posteriores a esa experiencia.

seguridad externas, no todas ellas operativas, y determinadas, en muchos casos, por el intento de establecimiento de sistemas de protección cuya racionalidad y eficacia deben ser exploradas desde un ángulo que no es de nuestra competencia.

Sin embargo, sí podemos afirmar que estas medidas no fueron acompañadas, en la mayoría de los casos, por formas de simbolización colectivas, y produjeron un incremento exacerbado de las ansiedades paranoides de los sujetos miembros de las instituciones que operaron bajo esta forma.

Directivos y maestros -por ejemplo, en las instituciones educativas- fueron, en gran parte, tomados de sorpresa por el atentado y afectados bajo los mismos términos que la comunidad que tenía a su cargo; en razón de ello, salvo excepciones, se encontraron desprovistos de instrumental simbolizante para enfrentar las ansiedades que se manifestaron. Aquellos que pudieron realizarlo espontáneamente, al no encontrar canales colectivos en su área específica de elaboración, quedaron librados a un esfuerzo de simbolización personal excesivo y a transmitir, de uno u otro modo, significaciones personales que estaban altamente determinadas por la ideología propia, conciente o inconcientemente atravesada por el acontecimiento y sin regulación grupal de las angustias despertadas.

Hubiera sido necesario recoger datos acerca de ausentismo y desertión en escuelas y clubes, y de las oscilaciones que se produjeron durante esa primera etapa, para evaluar consecuencias inmediatas y operar sobre efectos mediatos.

Debemos señalar también que, el proceso mismo -por no haberse producido otros atentados en los tiempos posteriores- tendió hacia una resolución espontánea de lo vivido y, tanto segregacionismo como balizamiento enguetante, disminuyeron quedando reducidos a los bordes. Por el contrario, de haberse producido otra catástrofe y, por no articularse con un verdadero proceso de elaboración en los tiempos siguientes al atentado, los efectos de la misma, tomando desprotegida a la población desde el punto de vista de la simbolización colectiva, hubiera tenido efectos de resignificación retroactiva y haber producido consecuencias gravemente preocupantes de disolución y segregación sociales.

Respecto a algunas cuestiones específicas de la Asistencia a los Afectados por una Situación de Catástrofe

Debemos señalar que, en los lineamientos generales de un Programa de Asistencia, la atención específica a los afectados no puede enmarcarse a los cánones clásicos terapéuticos, tal como se brinda en situaciones que no son de emergencia.

Ello no obedece sólo a razones "prácticas", vale decir a los modelos asistenciales y a la planificación de un proyecto a mediano plazo, sino a una concepción específica del modo de ingreso del acontecimiento traumático en el psiquismo singular.

Dos son los caminos que ha tomado la concepción del traumatismo en psicoanálisis. Se trata de dos orientaciones, complementarias y divergentes a la vez, que aparecen en la clínica y en su conceptualización. Por un parte, aquella que lleva a la teoría de la *neurosis traumática*, en el sentido clínico del término: la neurosis de accidente o de los cataclismos -las que abordara Freud en sus textos acerca de las neurosis de guerra, en 1919, o en Más allá del principio de placer, en 1920-, en las cuales el susto actuaría directamente por sideración de las defensas. Teoría que rompe totalmente con la idea simple y mecánica de que el traumatismo deba ser concebido como algo externo, lo cual llevaría a la conclusión empobrecedora de que a mayor distancia del hecho efectivo se produciría un traumatismo de menor grado, ya que la observación experimental plantea, a Freud mismo, el interrogante de las razones por las cuales hay mayor probabilidad de eclosión de neurosis de guerra en la retaguardia que en aquellos sujetos que se encuentran en combate, o por qué razón una herida física deja al sujeto liberado, momentáneamente, de la posibilidad de irrupción de una neurosis

(la experiencia con afectados que han sufrido heridas directas durante el atentado a AMIA, confirma, en general, la no-irrupción de patología neurótica específica e inmediata durante el tiempo de internación).

Otra orientación mucho más elaborada por Freud, la *teoría traumática de las neurosis* (teoría traumática de toda neurosis, o teoría del traumatismo de toda neurosis), va a repercutir retroactivamente sobre la teoría de la neurosis traumática, permitiendo percibir que ésta última pone en evidencia un factor de origen interno, *autotraumático*, susceptible por sí mismo de provocar el susto.¹⁰⁵

Teoría de la neurosis traumática, a la cual volveremos de inmediato para abordar nuestro tema: el impacto del atentado en afectados indirectos, inscripción del acontecimiento en una historicidad singular que abre las condiciones, tanto de un proceso patológico como de una recomposición retroactiva.

Siendo más precisos: desencadenamiento traumático de una neurosis en cuya constitución misma, por reensamblaje representacional, los restos desgajados de lo acontecido -del real externo- ingresan de modo descompuesto, desarticulado, invistiendo y resignificando representaciones que *progresionan* hasta efraccionar la barrera de la represión liberando angustia y obligando al yo a una recomposición sintomal de las mismas.

A diferencia de una catástrofe natural, los traumatismos que pone en marcha una catástrofe histórica no sólo se resimbolizan a partir de la resignificación singular que se entrama en las inscripciones histórico-vivenciales previas, sino también en los modos ideológicos que la sociedad ofrece y en el entretejido de las tramas históricas de las experiencias sociales en las cuales los sujetos se ven inmersos.

Sus efectos son, entonces, predominantemente disolventes y atomizantes en el ámbito singular y tienden a hacer confluír el terror y la defensa en una relación al semejante atravesada por el deseo de diferenciación y por el juego complejo que se establece entre los lazos de solidaridad y el ataque a los mismos.

Cuando los hombres se enfrentan a una catástrofe natural el enemigo está fuera de la condición humana. Cuando la catástrofe ha sido producida por otros seres humanos, y alcanza de modo específico a un grupo en particular, el tejido social tiende a fracturarse y a sembrar las condiciones para el temor de que la proximidad al semejante devenga riesgosa para la autoconservación personal.

Al modo de una fobia, inevitablemente, el síntoma separatista no queda coagulado en un punto sino que tiende a extenderse a otras áreas. Estas cuestiones, si no son enfrentadas a tiempo, producen lesiones a largo plazo en los modos de relación y aproximación de toda la comunidad.

A partir de ello, dos fueron los ejes centrales alrededor de los cuales se desplegó nuestra propuesta:

1. Por una parte, ayudar a elaborar las heridas psíquicas producidas por el acontecimiento traumático y contribuir a la simbolización de los sujetos afectados en el proceso de elaboración, tanto individual como grupal.

2. Por otra, generar modos de intervención comunitarios que tendieran a contribuir, desde nuestro campo específico, al desactivamiento de los mecanismos de terror y segregación que ponían en riesgo el entretejido social de la población, en su conjunto.

Respecto al primer objetivo, la recomposición de los efectos traumáticos implicaba concebir un Programa amplio que no considerara a la población afectada como "pacientes", en el sentido clásico del término, sino como "damnificados", vale decir, habiendo sufrido un daño a reparar.

En lo que hace al segundo, inscribir los modos de ejercicio de intervención en la población, en el marco de la historia de un país que, como el nuestro, había sido atravesado, en su historia reciente, por procesos específicos de

¹⁰⁵ Laplanche, J.: *Problemática I -La angustia-*, Amorrortu editores, Bs. As., (pág. 58)

sufrimiento y terror, y en cuyo imaginario colectivo ellos se inscribieron sin aún saldarse.

En una primera aproximación, podemos señalar que el terrorismo se articula en diversos ejes de este imaginario colectivo bajo formas que se engarzan y diferencian con sus especificidades en los diversos sectores que componen la Comunidad Argentina. Por una parte, una línea que podemos encontrar, resignificando el terrorismo fundamentalista actual con los efectos paranoizantes sufridos durante los procesos de terrorismo de Estado y durante la guerra de Malvinas (no fue casual que los primeros días post-atentado, a las víctimas no encontradas durante la remoción de escombros, los medios de comunicación les hayan dado la denominación, impresa a fuego en la sociedad, de "desaparecidos"). Por otra, y más específicamente en la comunidad judía argentina, el engarce entre ese atentado, el terrorismo de Estado y su resignificación del horror de la SHOAH (campos de concentración, profundo antisemitismo de las instituciones oficiales durante los años de la dictadura militar, etc.).

La guerra de Medio Oriente, por su parte, abrió un abanico complejo con dos direcciones dominantes: para ciertos sectores de la comunidad argentina no judía, el recrudescimiento de las viejas ideas acerca de la "extranjería" de los judíos, bajo la forma de estar siendo afectados por un "conflicto ajeno" que se jugaría en nuestro territorio. Por otra, para una parte de la comunidad judía argentina, la idea de que la resolución de situaciones como aquella que se estaba viviendo era algo que involucraba en forma exclusiva a los judíos, pivoteando sobre el doble eje de una subordinación de todas las preocupaciones comunitarias al Estado de Israel, con el efecto de enquetamiento y propuestas de soluciones comunitarias unilaterales y un centramiento en soluciones de blindaje que ponían en el centro la lateralidad y no la resolución ideológica de conjunto de la sociedad argentina.

Desconocemos aún las proporciones en las cuales estas variables se combinaron y el peso que cada una de ellas tuvo. El trabajo comunitario hubiera permitido ir precisando, desechando hipótesis y confirmando otras, al mismo tiempo que implementar intervenciones en el proceso de desactivamiento de la atomización social y el terror que tendió a instalarse espontáneamente.

La sensación catastrófica de estar ante un nuevo holocausto -más allá de las variables ideológicas o políticas que podrían significar el terrorismo actual desde una perspectiva histórico-social- puede ser concebida, desde el punto de vista psíquico, como un modo de atemporalidad presentificadora de terrores cuyo estatuto no es el de lo reprimido, sino el de algo que está operando constantemente en los trasfondos del psiquismo de aquellas generaciones que aún arrastran la marca catastrófica de un traumatismo colectivo que impregna al conjunto del imaginario colectivo. El holocausto, en razón de su imposibilidad de teorización, parecería no formar parte del pasado, sino inscribirse como un presente constante presto a proyectarse sobre el futuro en el imaginario colectivo de la comunidad judía.

En situaciones traumáticas, el pasado funciona como escena estructurante, ligadora pero patológica de lo acontencional vivido, y genera, entonces, formas de simbolización que pueden ser desarticuladas en un proceso terapéutico al propiciar nuevos modos de simbolización.

En tal sentido, es necesario diferenciar -para luego articular- los modos histórico-vivenciales singulares de las cadenas traumáticas, de las formas de inscripción colectivas transmitidas a través de las series generacionales a partir de una tragedia compartida. Ello nos permitirá seguir, en el doble registro, cada situación particular: aquella que hace a la asistencia particular del desencadenamiento patológico, y aquella que incide a largo plazo en los modos de representación de las identidades con las cuales las diversas comunidades se insertan en la sociedad.

Algunas cuestiones técnicas a tener en cuenta.

El primer objetivo, entonces, del trabajo con *afectados* consistió en propiciar la elaboración, vale decir, la integración en una serie psíquica, lo cual no puede efectuarse sin una simbolización concomitante: otorgamiento de una significación a través de dicha integración. Indudablemente, si de significación hablamos, es imposible plantearse que esta pueda generarse si no mediante la palabra, es decir un ejercicio de lenguaje. No existe significación que no se construya desde el lenguaje, y precisamente la función de la palabra es capturar en redes de sentido aquello que escapa, constantemente, al mismo.

El trabajo con el traumatismo en los términos en que la tarea que encaramos requería, puso de relieve que, en la medida en que eran justamente las defensas fracturadas las que se encontraban inhabilitadas por la invasión hipertrófica de representaciones, aun cuando se opere desde una conceptualización psicoanalítica el método no es estrictamente aquel que concebimos clásicamente desde el psicoanálisis: en la mayor parte de los casos no se trata de levantar la represión, sino de producir simbolizaciones que permitan recomposiciones que no queden libradas a la desestructuraciones o a modos de defensas extremas, seriamente patológicas.

Los elementos fundamentales que se siguen sosteniendo pueden ser, sin embargo, recuperados en los siguientes términos:

- 1) Abstinencia de ideologización del proceso de asistencia, y respeto absoluto por los modos particulares de recomposición -teorización espontánea- que los asistidos ofrezcan para reelaborar psíquicamente lo vivido.
- 2) Comprensión, en el límite mismo, de que la transferencia está operando, sin que ella se convierta en el motor central de la asistencia ni en el eje del accionar interpretativo.
- 3) Intervención en la recomposición metabólica de las representaciones ofrecidas a través de la palabra como herramienta mayor del trabajo de asistencia, ofreciendo mojones para la organización discursiva sin confundir la abstinencia con la impasibilidad y el acartonamiento distante -defensa extrema, en este caso, del profesional ante la movilización afectiva a la cual él mismo está sujeto en tanto operador y parte del proceso. En el extremo opuesto, la implicación excesiva y la falta de resguardo respecto a quién es el asistido y quién brinda la asistencia.
- 4) Ayuda del despegue de la situación traumática actual respecto a la progresión psíquica atemporal de otros acontecimientos que forman parte del histórico vivencial o del imaginario colectivo -terrorismo de Estado, SHOA, Malvinas. Ello sin establecer forzamientos entre la fantasía y la realidad, y sin intentar el relevamiento de un principio de realidad por otro.